

1962: C



# TRIBUNA socialista

ELOGIO DEL MANIFIESTO DE MARX Y ENGELS  
ANIBAL PONCE

ESTRUCTURA SOCIAL DEL CAMPO ESPAÑOL  
JUAN RAMOS

EL MARXISMO Y LA "COEXISTENCIA PACIFICA"  
SERGE WEINSTOCK

LA ENSEÑANZA PRIMARIA BAJO EL FRANQUISMO  
F. L. P

EL XXII CONGRESO DEL P. C. DE LA U. R. S. S  
WILEBALDO SOLANO

¿ POR QUE VENCIO STALIN? LEON TROTSKY

LA LUCHA POR EL SOCIALISMO EN VENEZUELA  
DOMINGO A. RANGEL

LA CRISIS ARGENTINA SILVIO FRONDIZI

LA CUESTION AGRARIA EN EL BRASIL  
MICHAEL LOEWY

DOS LIBROS SOBRE LA REVOLUCION ESPAÑOLA

LOS BENEFICIOS DE LAS GRANDES EMPRESAS  
ESPAÑOLAS DOCUMENTOS

N° 4

Enero-Marzo 1962

*Revista independiente de crítica e información*

8' P 5154



# SUMARIO

## NOTAS EDITORIALES

<i>Las dificultades del franquismo</i> .....		1
<i>Washington y Franco</i> .....		3
<i>El ocaso de Oliveira Salazar</i> .....		4
<i>Elogio del Manifiesto de Marx y Engels</i> .....	Anibal PONCE .....	6
<i>El marxismo y la «coexistencia pacífica»</i> .....	Serge WEINSTOCK ..	15
<i>Estructura social del campo español</i> ..	Juan RAMOS .....	21
<i>La enseñanza primaria bajo el franquismo</i> .....	F.L.P. ....	26

## EL XXII CONGRESO DEL PARTIDO COMUNISTA DE LA U.R.S.S.

<i>Un proceso irreversible</i> .....	Wilebaldo SOLANO ....	33
<i>¿Por qué venció Stalin?</i> .....	León TROTSKY .....	43
<i>El caso Kirov, un año de terror</i> .....	Victor SERGE .....	48

## PROBLEMAS DE AMERICA LATINA

<i>La lucha por el socialismo en Venezuela</i> ..	Domingo A. RANGEL ..	53
<i>La cuestión agraria en el Brasil</i> .....	Michael LOEWY .....	60
<i>La crisis argentina</i> .....	Silvio FRONDIZI ....	69

## CRITICA DE LIBROS Y REVISTAS .....

«*La Révolution et la guerre d'Espagne*», por Pierre Broué y Emile Témime. — «*The Spanish Civil War*», por Hugh Thomas. — «*La revolución militar e industrial de nuestro tiempo*», por Fritz Sternberg. — «*Cuba. Anatomía de una revolución*», por Leo Huberman y Paul M. Sweezy.

## CLASICOS DEL MARXISMO

<i>Carlos Marx: El hombre y la religión</i> .....	89
<i>Rosa Luxemburg: Democracia y dictadura</i> .....	90
<i>León Trotsky: Socialismo y stalinismo</i> .....	92

## DOCUMENTOS

<i>España y los países de la O.E.C.E.</i> .....	94
<i>Los beneficios de los Bancos y grandes empresas en 1959 y 1960</i> ..	95
<i>Treinta y cuatro empresas con más de 100 millones de beneficio neto anual</i> .....	95

## NOTAS EDITORIALES

### *Las dificultades del franquismo*

**F**RANCO y sus colaboradores terminaron el año 1961 congratulándose de los resultados obtenidos con el «Plan de estabilización» y con la «reactivación económica» y celebrando la «estabilidad política» del país pese a las «tempestades» que agitan al mundo contemporáneo. Sin embargo, la simple lectura de ciertas publicaciones especializadas, las revistas económicas en particular, y de las crónicas de los observadores políticos extranjeros en Madrid, basta para comprender que el régimen franquista sigue navegando en un mar de dificultades crecientes.

Los resultados del «Plan de estabilización» son conocidos. El gobierno franquista logró cortar la inflación y mejorar sensiblemente su situación económica y financiera. Esto se obtuvo gracias a una política que redujo brutalmente el nivel de vida de los obreros, los campesinos y las clases medias y que permitió a los Bancos y a las grandes empresas seguir realizando beneficios escandalosos. Luego se entró lentamente en la fase de «reactivación», que, por cierto, no ha sido tan prometedora como se esperaba.

Un examen atento de las cifras publicadas últimamente sitúa las cosas en su verdadero terreno. La renta nacional de España experimentó en 1961 un aumento del 3,7 %, cifra que está muy lejos de compensar la pérdida que supuso en 1960 la disminución de dicha renta en un 5,9 %. Un análisis de la renta por sectores revela que, en el dominio agrícola, el aumento fue del 1,5 % y que, en cambio, en el dominio industrial, pasó de 169,4 a 188,9. Comentando estos índices del Consejo Nacional de Economía, «Fomento de la Producción», órgano de la burguesía catalana escribe: «De todos modos, estos índices sólo pueden utilizarse de forma restringida y no deben considerarse como signo característico de la marcha de la economía, ya que sus cifras, al referirse sólo a algunos productos, resultan imprecisas y, consecuentemente, carecen de valor general». Y para justificar su criterio precisa: «Así, en 1960, mientras los índices de producción minera e industrial experimentaban incrementos positivos del 3,4 y 5,6 %, la renta neta industrial o valor añadido experimentó un descenso de 3.302 millones de pesetas (menos 2,2 %) con respecto al año anterior». La explicación de este hecho, que no es precisamente nuevo, es bien sencilla: los índices del Consejo Nacional de Economía suelen basarse en las producciones de algunos artículos esenciales. De ahí, pues, que muchas veces sirvan sobre todo para alimentar la propaganda franquista más vulgar.

Naturalmente, los franquistas insisten en particular sobre el hecho de que las reservas monetarias se cifran en unos 800 millones de dólares. Pero minimizan un hecho capital: el déficit del comercio exterior, que se elevó a 250 millones de dólares al finalizar el año 1961, déficit que sólo pudo ser enjugado gracias a los ingresos del turismo. En fin, lo evidente es que

todo cuanto se hizo para reducir efectivamente el déficit de la balanza comercial resultó vano, cosa sumamente grave en un momento en que el problema que suscita mayores preocupaciones es el de integración de la economía española en el Mercado Común Europeo.

Con reservas monetarias importantes o sin ellas, sigue en pie el hecho decisivo. Para seguir adelante, para obtener más créditos extranjeros, para abordar seriamente el problema del Mercado Común, la economía española tiene que sufrir modificaciones fundamentales de estructura. Esto lo reconocen al fin hasta los propios franquistas. De ahí que comience a hablarse de «reforma agraria» y de «plan de desarrollo». La primera ha sido anunciada incluso por el propio Franco. Pero teniendo en cuenta que la oligarquía terrateniente constituye una de las bases fundamentales del régimen actual y de la monarquía que se prepara, no habrá reforma agraria efectiva. En lo que respecta al «plan de desarrollo», hasta el presente todo se queda en palabras. Es posible que sobre la base del «ahorro forzoso» y de una explotación todavía más intensa de los trabajadores se realicen determinados reajustes y que, con la ayuda de los créditos extranjeros, se den nuevas facilidades a ciertos sectores capitalistas. Mas todo se quedará ahí.

Pero las dificultades del régimen no son solamente de orden económico. El accidente de caza de Franco ha recordado crudamente a todo el mundo que el «Caudillo» no es inmortal y ha renovado viejas inquietudes. Al parecer, para hacer frente a esas inquietudes, Franco se propone reorganizar su gobierno y acoger en la nueva combinación a algunos elementos muy próximos a Don Juan. Esta maniobra, como las precedentes, puede calmar o irritar a los sectores monárquicos más impacientes. Mas no modificará fundamentalmente el curso de los acontecimientos. El poder está hoy íntegramente en manos de las fuerzas reaccionarias tradicionales y éstas lo tienen todo preparado para restablecer la monarquía en el momento que «las circunstancias lo exijan». Por lo tanto, la reorganización ministerial será una escaramuza más.

Para los terratenientes y los capitalistas, para el Ejército y la Iglesia, el camino está trazado de antemano. Los residuos del falangismo no lo ignoran. Y por eso insisten de vez en cuando para que se tenga en cuenta la aportación que puede suponer el «Movimiento» para el futuro régimen monárquico. El discurso pronunciado por Solís en Castellón a fines de enero es sumamente significativo a este respecto. Fué más bien un catálogo de súplicas que un programa de reivindicaciones.

Sin embargo, la marcha hacia la restauración monárquica corre el riesgo de desarrollarse en un clima difícil y complicado. El régimen de Oliveira Salazar se tambalea. En el horizonte se perfilan nuevas dificultades con Marruecos a propósito de Ceuta y Melilla. Y, por otra parte, los trabajadores, a los que se les dió meses atrás la válvula de escape de la emigración al extranjero, comienzan a transformar la resistencia en lucha abierta. El clima del campo andaluz es cada día más peligroso para el régimen. Los movimientos de protesta de Sagunto, de Beasain y de Bilbao, magníficos por su forma y por su contenido, han dado la medida de la tensión que existió en los grandes núcleos industriales de España, tensión que muchas veces no perciben los observadores superficiales.

Las brutales características que está adquiriendo la explotación capitalista en ciertas empresas industriales (introducción de las técnicas norteamericanas de productividad, aumento constante de las normas, reducciones del personal, etc.), el bloqueo indefinido de los salarios y la disminución del nivel de vida abren la posibilidad de que se reproduzcan movi-

mientos como los de Sagunto, Beasaín y Bilbao. Por otra parte, las huelgas reivindicativas y las manifestaciones parciales pueden ir elevando la conciencia política y la combatividad de los trabajadores y determinar movilizaciones de amplias capas de la población. En ese caso, el frente obrero podría inaugurar una nueva etapa política y crear las condiciones de una gran movilización contra la tiranía franquista y las fuerzas que la sustentan.

## Washington y Franco

CUANDO Kennedy fué elegido Presidente de los Estados Unidos, en ciertos círculos políticos de la emigración antifranquista y del interior de España comenzó a soplar un viento de optimismo. Olvidando las lecciones del pasado, es decir, de la política realizada tanto por Truman como por Eisenhower a pesar de que uno y otro hicieron en diversas circunstancias profesión de antifranquismo, toda una serie de personajes y personajillos, muchos de cuyos nombres no queremos recordar por piedad, dirigieron solemnes mensajes al nuevo Presidente norteamericano invitándole a modificar la política de Washington con respecto a la dictadura franquista. Después de los mensajes, vinieron las gestiones y las visitas, menos numerosas, claro está.

Durante algunos meses, el optimismo, completamente artificial, fué alimentándose con los rumores y los secretos a voces más diversos. Hasta llegó a circular la especie de que el Pentágono se proponía liquidar sus bases en España por razones puramente estratégicas. Este clima fué mantenido artificiosamente por ciertos dirigentes del movimiento sindical norteamericano que no han escatimado las declaraciones antifranquistas. Y, una vez más, cediendo absurdamente a esa facilidad que nos ha sido tan fatal en los últimos veinte años, un gran sector de la emigración se dejó mecer por la ilusión de la «solución norteamericana». Mientras tanto, Franco contraatacó vigorosamente, poniendo en juego todos sus medios y confiando en ellos y no en esperanzas ingenuas.

Ha pasado más de un año y los resultados están a la vista. La política de Washington con respecto a la dictadura franquista apenas ha experimentado modificaciones. Los dirigentes de los Estados Unidos no solamente siguen manteniendo sus bases en España, como era de prever, sino que continúan ayudando por diversas vías al régimen de Franco. En el curso de los últimos meses hemos asistido incluso al ya clásico desfile por Madrid de los ministros de Comercio, Defensa, Marina, cerrado con la no menos clásica visita a Franco del jefe del Departamento de Estado, hoy Dean Rusk y ayer Foster Dulles. La única novedad ha consistido en que Dean Rusk ha sido todavía más locuaz en sus elogios al «Caudillo».

Pero lo más curioso del caso es que el que formula exigencias ahora es el propio Franco, y además de un modo público y solemne. Anticipándose a las posibles proposiciones norteamericanas, en su discurso de Burgos, el «Caudillo» reclamó una revisión del acuerdo sobre las bases en condiciones más beneficiosas para la España franquista y hasta exigió que se le concedieran armas atómicas tácticas para «modernizar» su ejército. Esas reclamaciones que, por lo visto, fueron repetidas en el curso de las semanas más críticas de la crisis de Berlín, dan una idea de lo seguro que se siente Franco en lo que respecta a Washington, con Eisenhower o con Kennedy.

El concierto de Pablo Casals en la Casa Blanca y la entrevista del célebre músico con Kennedy, que han suscitado una nueva oleada de rumores misteriosos, no han alterado ni pueden alterar el problema de fondo. Hoy por hoy, el mantenimiento de las bases en España y las facilidades que Franco proporciona al capital yanqui son vitales para los dirigentes de los Estados Unidos. Naturalmente, la política de Kennedy no excluye los contactos con los dirigentes de la «oposición monárquica», e incluso con fuerzas de la emigración antifranquista, en previsión de que mañana haya que hacer frente a una situación como la de Santo Domingo. A este respecto, tampoco pueden caber ilusiones: Washington encontrará en España el Balaguer de turno, el Echevarría que convenga y el Bonelly que se necesite (ya hay multitud de candidatos para desempeñar esos papeles). Pero de la misma manera que las masas populares de Santo Domingo han luchado y luchan contra todas las maniobras tendientes a privarlas de lo que desean realmente, las masas obreras y campesinas de España combatirán firmemente por la realización de sus aspiraciones. El proceso revolucionario español será más profundo y más radical que el de Santo Domingo.

La experiencia de la guerra civil y la realizada en estos últimos veinte años son demasiado aleccionadoras para que se siga marchando constantemente por las mismas vías. No hay «solución norteamericana». No hay «solución rusa». No hay, en definitiva, solución milagro. El porvenir de España está en manos de las masas trabajadoras del país y de las fuerzas que sepan organizar y dirigir la lucha revolucionaria por la liberación.

## *El ocaso de Oliveira Salazar*

PARA Portugal, el año 1961 se inauguró con la asombrosa aventura del «Santa María», que planteó ante la opinión mundial el problema de la «dictadura olvidada». Y el año 1962 ha comenzado de un modo todavía más espectacular, con las consecuencias de la liberación de Goa, la insurrección de Beja y la ofensiva de los países afroasiáticos por la independencia de Angola. Realmente, las nubes se acumulan rápidamente sobre el «Estado Novo» de Oliveira Salazar, tan elogiado durante largos años por los elementos más reaccionarios de todos los países.

La Revolución colonial no podía detenerse en las fronteras del imperio portugués. La caída de Goa ha constituido la primera gran derrota del colonialismo lusitano y el anuncio del derrumbamiento final. El griterío de los franquistas y de tantos otros expertos de la agresión no modificará el rumbo de los acontecimientos. El movimiento de liberación de Guinea se apresta a ganar la segunda batalla. Mientras tanto, en Angola, los representantes de Salazar llevan a cabo una guerra de exterminación que provoca la repulsa de todos los adversarios del colonialismo.

La guerra colonial de Angola, una de las más crueles de nuestros días, no logra dominar el movimiento de liberación. Y, por otra parte, agrava la situación en Portugal. El esfuerzo económico y militar para hacer frente a la crisis general del imperio reduce aún más el bajo nivel de vida de las masas obreras y campesinas del país y provoca toda suerte de protestas. Al ritmo actual, el gobierno portugués va a tener que poner en juego la mayor parte de sus recursos para tratar de dominar movimientos de rebelión en todas las colonias lusitanas. La empresa es superior a sus fuerzas.

Por si fuera poco, el «frente interior» suscita más inquietudes que nunca. La insurrección de Beja, mucho más importante de lo que se ha dicho en la gran prensa, ha sido una advertencia extraordinariamente seria. Hasta hace poco, Oliveira Salazar se permitía el lujo de tolerar una cierta oposición (la oposición burguesa moderada), al objeto de evitar que su régimen fuera asimilado en el mundo a la dictadura franquista. Pero las tolerancias de ese género no son ya compatibles con la situación del régimen y del país.

Las últimas elecciones fueron una farsa más escandalosa que las precedentes. La mayoría de los candidatos de la oposición moderada no pudieron participar en la campaña electoral, y algunos de ellos fueron enviados a las prisiones y a los campos de deportación. Así las cosas, la «vía pacífica», que también tiene defensores en Portugal, cuenta cada día con menos partidarios. Lo sucedido en Beja ha venido a confirmarlo una vez más.

La descomposición del régimen está muy avanzada. Contrariamente a lo que sucede en la España franquista, ésta se manifiesta incluso en el seno del Ejército. Delgado, Galvao y Varela Gómez, el héroe de Beja, son militares. Pues bien, no se trata de casos aislados. En las fuerzas armadas de Portugal se da actualmente un fenómeno parecido al que se dió en España a fines de la dictadura de Primo de Rivera. Bastantes jefes o oficiales han roto con el régimen y parecen dispuestos a pasar a la acción directa contra la dictadura.

En la insurrección de Beja participaron, al lado de los militares, trabajadores y estudiantes. Esta unidad sellada en la acción resulta sumamente prometedora. Ahora bien, el problema fundamental es político. Hasta el presente, las fuerzas de oposición no han llegado a reagruparse eficazmente bajo un programa preciso y, lo que es todavía peor, no han conseguido definir una política justa ante la cuestión colonial, que constituye la piedra angular de la lucha contra Salazar.

En su guerra contra los movimientos de emancipación nacional en las colonias, Oliveira Salazar va perdiendo poco a poco los apoyos que tenía. La conducta de Inglaterra durante el asunto de Goa y la actitud de los Estados Unidos en el debate de la Asamblea general de la O.N.U. sobre Angola han constituido rudos golpes para el gobierno de Lisboa. En realidad, Salazar sólo cuenta con el apoyo de Franco. Pero tampoco es seguro que el «Caudillo» se arriesgue excesivamente, salvo que vea en peligro su propia situación. Sea como fuere, hay algo que no ofrece materia de discusión: frente al «Pacto Ibérico» es preciso establecer una sólida alianza de las fuerzas obreras y revolucionarias de España y de Portugal. Repetimos una vez más que esto constituye una exigencia de la lucha de hoy y de las tareas de mañana. La nueva estructuración de los pueblos de la Península Ibérica que implicará la caída del franquismo tendrá que realizarse contando con Portugal.

# Elogio del Manifiesto de Marx y Engels

Por ANIBAL PONCE

*El documento que sometemos a la consideración de nuestros lectores es el texto de una conferencia que tenía que haber pronunciado Anibal Ponce el 5 de mayo de 1938 ante los estudiantes de la Escuela de Economía de México. El acto no tuvo lugar porque Anibal Ponce fué víctima de un accidente de automóvil que le costó la vida.*

*Anibal Ponce fué uno de los pensadores marxistas más valiosos de América Latina. Al publicar hoy este estudio sobre el «Manifiesto Comunista», rendimos homenaje también a la memoria del ilustre escritor socialista argentino.*

EL 26 de enero de 1848, el Comité Central de la Liga Comunista, residente en Londres, envió al Comité Regional de Bruselas, la siguiente enérgica advertencia: «El Comité Central, por la presente, encarga al Comité Regional de Bruselas comunique al ciudadano Carlos Marx que si el Manifiesto del Partido Comunista, de cuya redacción se le encargó en el último Congreso, no ha llegado a Londres antes del martes 1.º de febrero del año en curso, se tomarán contra él las medidas consiguientes. En caso de que el ciudadano Marx no cumpliera su trabajo, el Comité Central pedirá la devolución inmediata de los documentos puestos a disposición de Marx». La nota lleva las firmas del cajista de imprenta Carlos Schapper, del relojero José Moll y del zapatero Bauer.

El «ciudadano» Carlos Marx, justo es decirlo, estaba acostumbrado a escuchar esta especie de conminaciones. Su profesor, Bruno Bauer, primero, su camarada Arnoldo Ruge, después, su amigo Federico Engels, por fin, le habían reprochado más de una vez su desesperante lentitud en el trabajo. Con una clara conciencia de su responsabilidad, con un espíritu crítico de tal modo exigente que nunca le dejaba satisfecho, Carlos Marx corregía y rehacía sus obras tantas veces que el tiempo se le iba insensiblemente entre las manos.

Paseando de un lado a otro a través de su cuarto de trabajo, un poco inclinada sobre el pecho la cabeza soberbia de greñas aborascadas, gustaba poner en orden sus pensamientos largo tiempo antes de hacerlo descender hasta la punta de la pluma. Pero una vez sentado a trabajar, la lucha del estilo, no menos penosa que la otra, comenzaba. Porque aquel moreno muchachote de treinta años guardaba un noble amor por Homero y por Virgilio, a pesar de su Hegel y Ricardo. Trece años atrás, al dar prueba de composición literaria en el Gimnasio de Tréveris, el jurado le había rendido un elogio, pero no tan completo, sin embargo, como



## ELOGIO DEL MANIFIESTO DE MARX Y ENGELS

para no permitirle insinuarle algún reproche por la rebusca insistente de la expresión inusada y la metáfora suntuosa. Esta «rebusca insistente» no había disminuído con la madurez: en Marx, el pensador no miraba en menos al artista. Nutrido de los viejos clásicos, tanto como de las letras nuevas; capaz de saborear lo mismo un «canto» de Heine que un «triste» de Ovidio, Marx había tenido la fortuna de encontrar, además, en su niñez feliz, esa atmósfera cordial de la literatura racionalista del siglo XVIII, en que alteraban, sin contrastes bruscos, la pasión de Diderot y la sonrisa de Voltaire. Viejo jacobino de Renania, enamorado de la claridad francesa y de la elegancia latina, el padre de Marx no supo preservarlo a tiempo del fanatismo escolástico y del misticismo «servil», sino que le dió, además, como secreto de la crítica lúcida, su propia fe en la inteligencia y la ironía: la inteligencia que todo lo somete a prueba sin provocar nunca el desorden; la ironía que todo lo anima sin fijarlo en un dogma para siempre.

Por su ambiente, por sus gustos, por su educación, Marx se complacía en reconocerse como una rama florecida sobre el tronco añoso de la Enciclopedia. La burguesía alemana, en retraso respecto a la francesa, no había respondido sino a medias al vendaval de la gran revolución. Sus teóricos más alertas —Kant primero, Fichte luego, Hegel después—, no pudieron, sin embargo, permanecer indiferentes, y gracias a los filósofos, ya que no a los políticos, la Alemania de comienzos del siglo XIX podía considerarse a la altura de su tiempo.

El concepto de un mundo en permanente evolución, que había tenido en Diderot su anunciador y en Condorcet su apologista, adquirió en Hegel la vasta repercusión de una doctrina y un método: una doctrina, para la cual todo lo existente vive y actúa en la medida en que contiene el germen de una contradicción; un método, mediante el cual nos es posible asir esa contradicción como raíz de toda lucha y de todo movimiento. Pero Hegel, con haber dado a la doctrina las proporciones de una inmensa sinfonía, no había sabido desprenderla de los residuos teológicos que la invalidaban. Tras la idea absoluta dirigiendo la historia, se disimulaba apenas el viejo Dios de Bossuet que la burguesía francesa había destronado. No contento con eso, Hegel, profesor del rey de Prusia, traicionaba, además, su propio método.

Aquel espíritu universal cuya marcha a través del mundo y de la historia iba despertando los seres a la vida y los hombres a la libertad, detenía en la Alemania de Federico su movimiento eterno. Como si tamaño viaje a través del universo y de la vida pudiera merecer como remate la apoteosis grotesca de un Estado despótico.

Durante algunos años, Marx vivió bajo el hechizo de aquel amplio sistema en que los pueblos y los tronos, las religiones y las artes, las instituciones y las costumbres desaparecen o nacen, se despedazan o progresan, según el curso que les imprimen sus ocultas contradicciones agudísimas. Pero tanta idea absoluta y tanta tesis y antítesis y tanta negación de la negación, después de embriagarlo largo tiempo, determinaron a la postre un «verdadero furor irónico». Y esa ironía lo salvó del idealismo hegeliano que lo tuvo subyugado. Feuerbach lo llevó de nuevo hasta el cauce realista de la Enciclopedia.

Heredero del materialismo francés, Feuerbach esgrimió contra el Estado absoluto magnificado por Hegel, las mismas armas filosóficas que al «tercer Estado» procuraron en Francia tantos triunfos: la duda escéptica y el ateísmo epicúreo. El elemento revolucionario, contenido pero ahogado en la filosofía de Hegel, adquirió sólo a través de Feuerbach su expresión más auténtica. Con él, la idea absoluta descendía de las nubes; en Hegel lo había transportado, y al contacto de la realidad humana a que Feuerbach la sometía, apenas se dejaba el turbio residuo que es común a todos los sistemas religiosos: «El hombre es, para el hombre, el ser supremo», afir-

maba Feuerbach; y al trasladar sobre el otro plano el conflicto perenne en que la antítesis reta a duelo a la tesis, quedaba implícitamente sugerida la necesidad categórica de echar por tierra a cuantas formas sociales mantuvieran al hombre en la servidumbre y en la miseria.

Marx saludó entusiasmado esta filosofía que no sancionaba, como la de Hegel, la inquietud y el despotismo, y que acogió en la entraña con una promesa de triunfo, la varonil incitación de los «principios enérgicos». En su tesis doctoral sobre *La Filosofía de la Naturaleza en Demócrito y Epicuro*, había escrito Marx estas líneas elocuentes: «Una ley psicológica quiere que el espíritu teórico se transforme en energía práctica al recobrar su libertad». Con excepción de Epicuro, que desafió a los dioses en un arrebato heroico, Marx echaba de menos en todos los sistemas materialistas en filosofía, la impulsión de esa «energía práctica». La descubría ahora llameante en Feuerbach; pero así como en Hegel el prusiano traicionó al dialéctico, en Feuerbach también el intelectual traicionó al luchador. En vano Marx lo incitó a la acción en una carta contagiosa de fervor juvenil; Feuerbach respondió con cortesía, pero sin fe. Después de haber lanzado, como una catapulta, su doctrina audaz, se replegó taciturno en un silencio austero, sin importarle, desde luego, que la vida pasara rugiendo sobre su cabeza.

Aquella decepción fué para Marx el estímulo postrero que aún necesitaba. El hombre de Feuerbach, desvinculado de la acción, no pasaba de ser una figura abstracta. Poca cosa es asegurar que cada uno de nosotros es un producto pasivo del medio en que vive, una materia plástica que la sociedad moldea. La observación más elemental demuestra que, dentro de un mismo medio, la diferencia entre los hombres es enorme. El campesino que La Bruyère vió arrastrándose sobre la tierra, el obrero que Lord Byron oyó gemir sobre las máquinas, parecen de un mundo bien distinto al de los nobles que escuchó Froissart o al de los clérigos que pintó Rabelais. El medio social en que vivimos no es, por lo tanto, homogéneo en el curso del desenvolvimiento histórico; las contradicciones surgidas dentro de su seno han creado determinadas relaciones económicas que engendran y explican las sugerencias de los hombres en su situación social.

Diecisiete años tenía Carlos Marx cuando sospechó por vez primera esa idea directriz a cuyo desarrollo debía consagrar toda su vida; idea de tan extraordinario contenido que todavía no ha agotado su eficacia. En el examen de composición literaria a que ya hicimos referencia, se le había dado por tema «Consideraciones de un joven antes de elegir carrera». Mucho, sin duda, debió reflexionar sobre el tema, porque dejó caer de pasada esta observación definitiva: «No siempre podemos abrazar la carrera a que nuestra vocación nos llama; la situación que ocupamos dentro de la sociedad empieza ya, en cierto modo, antes de que nosotros mismos podamos determinarla». Idéntico problema reaparecía diez años después, con un sentido nuevo. Las relaciones económicas que al nacer nos fijan ya una determinada situación social, son formas de equilibrio creadas por los hombres y que los hombres han transformado a través de los siglos. Lejos de ser producto pasivo de las circunstancias, una resultante del clima, de la raza, de la tierra o de la montaña, el hombre modifica con su acción las condiciones de su existencia y, al transformar de tal manera su modo de vivir, resulta a su vez modificado.

Un dilatado horizonte se abría así para la filosofía.

Hasta ese instante, los pensadores más ilustres habían definido con orgullo la soledad de la inteligencia. Y ese era su vicio, su miseria y su tormento. Una filosofía que no vaya unida a una política «no llegará a ser una verdad».

Si el pensamiento teórico no constituye de ninguna manera toda la actividad humana; si además de explicar el mundo la filosofía debe transformarlo, ¿qué clase social tomará en sus manos la magnífica empresa?

## ELOGIO DEL MANIFIESTO DE MARX Y ENGELS

¿Qué clase social podrá sentir la necesidad de una revolución capaz de arrasar las barreras burguesas que dividen las clases, como la burguesía de otro tiempo derribó las barreras feudales que impedían su triunfo? Hay una sola, contestaba Marx, capaz de emprender por cuenta propia la emancipación del hombre, una clase en cuyas condiciones de existencia se encierra todo el mal de la sociedad presente: «una clase que representando la total pérdida del hombre, sólo puede volver a encontrarse a sí misma encontrando de nuevo totalmente al hombre perdido». Esa clase —el proletariado— sobre la cual descansa todo el peso social, será por eso mismo la que más interés ha de tener en transformar el orden existente. Pero el proletariado que hoy se distingue de todas las otras clases esclavizadas o serviles que la historia ha conocido porque es el producto, no tanto de la miseria naturalmente existente, como de la miseria artificialmente producida. Consecuencia directa de la introducción de la máquina en el trabajo del hombre —no del hombre en abstracto, sino del «hombre burgués»—, el proletariado demuestra con su misma miseria todo lo que hay de insuficiente en el orden actual. Y si por la sola acción de su presencia anuncia la disolución de la burguesía, es porque el proletariado constituye precisamente la disolución efectiva de ese orden social.

Sin abandonar todavía el terreno propiamente filosófico, el pensamiento de Marx iba adquiriendo de tal modo una nitidez y un vigor incomparable. «La filosofía, había dicho su maestro Hegel, no es otra cosa que el tiempo aprehendido en pensamiento». Después de mucho andar y desandar, la realidad de su tiempo ofreció a Carlos Marx la solución que buscaba. Se arrojó sobre ella vorazmente, con la plenitud de su «principio energético», y fuerte ya en la doctrina de lo que no había sido hasta entonces más que empañada conciencia en el proletariado.

Muchos otros, sin duda, le habían precedido en la tarea: desde los bravos tejedores de Lyon, cuyo estandarte negro simbolizó por vez primera, en 1831, la reivindicación de su clase, hasta aquel digno y heroico Tomás Moro, del siglo XVI, cuya cabeza sangrienta, clavada para escarnio sobre el puente de Londres, ha dado desde entonces a su noble utopía yo no sé qué terrible lobreguez de tragedia. Pero en el insurrecto desesperado o en el utopista generoso faltaba precisamente la conciencia del tiempo aprehendido en pensamiento. Los mejores y más tenaces andaban todavía por ahí derrochándose inútilmente en la conspiración o en el ensueño, sin saber por qué luchar, sin saber cómo construir. Algunos seguían suspirando por repúblicas platónicas nacidas por arte de encantamiento sobre algún peñón aislado. ¡Como si no hubiera sido precisamente en una isla en donde la industria del siglo XVIII alcanzó por primera vez la expresión más violenta!

Otros, menos soñadores, pero no menos ingenuos, se lanzaban a reformar la sociedad con su puñado de lástimas para el proletariado: como ese lúcido y frío señor de Sismondi, analista admirable de la superproducción y el pauperismo, pero enemigo irreductible de la soberanía popular. O como ese buen Charles Fourier, legislador prolijo de comunidades inexistentes, enemigo implacable del comercio y del «honor» burgués, pero creyente, como Leroux, en las virtudes ocultas de los números; o ese buen Charles Fourier, tan grave y tan ceremonioso, con su pulcra elegancia de notario, y tan confiado siempre en la justicia eterna que malgastaba invariablemente dos horas de cada día en aguardar al millonario desconocido que habría de traer la fortuna necesaria para fundar su falansterio.

Cierto es que Owen, Saint-Simon y Proudhon habían llegado hasta un nivel más alto. Pero los defectos de aquéllos aparecían en éstos con una intensidad que era, a menudo, mayor. Owen en verdad había sido un gran realizador, aunque sobre el terreno tímido y prudente de las cooperativas. Mas, después del fracaso de su colonia «La Nueva Armonía», pocas cosas más trágicas y cómicas que las andanzas de este hombre por las Cortes de

Europa ofreciendo aquí y allá su «sistema racional de la sociedad». Saint-Simon, genial y extravagante, no puede entrar tampoco entre la turba pintoresca de los proyectistas y de los «inventores». Pensador penetrante, afirmó que la economía absorbía alguna vez a la política y que el Estado reduciría sus funciones a dirigir la producción. Mas, vislumbraba tan poco el proceso histórico que hervía en torno suyo, que no sólo confiaba en la Santa Alianza para sacar triunfantes sus proyectos, sino que anunciaba, además, y a un dos por tres, revelaciones desconcertantes. El Saint-Simon que a los trece años fué encerrado por su padre en Saint Lazare, como castigo ejemplar por no haber querido recibir la comunión, era el mismo Saint-Simon que treinta y dos años después aseguraba que el Supremo Hacedor se le había aparecido. Ciertamente es que en la extraña visión ya no estaba Cristo, sino Newton, a la diestra de Dios; pero aquel Ser Supremo, por respetuoso que fuera de la ley de la gravitación, no dejaba de inspirar ciertos temores entre las manos de un reformador social. Proudhon, por fin, merece también, un puesto aparte. Crítico endiablado; charlatán petulante; del brazo hoy de los conservadores, del brazo mañana de los revolucionarios; orgulloso ante todo de una frase que después resultó que no era suya y que él mismo fué desmintiendo por etapas en cada nuevo libro; candoroso hasta creer que Napoleón III, «tirano humanitario», podría ser muy bien el brazo armado de las doctrinas socialistas. Proudhon había descubierto, sin embargo, algún filón de metal noble entre la escoria fangosa de su Sistema de las Contradicciones. Pero, si el haber comprendido que las leyes de la economía política son las leyes de la historia, bastaría, sin duda, para tratarlo con respeto, la organización de sus sociedades anarquistas, en que asumía funciones de primer ministro el secretario perpetuo de la Academia de las Ciencias, recordaba por demás las fantasías ingenuas de Morelly o Campanella con sus reyes filósofos dirigiendo la marcha de las Islas Flotantes, o con su gran metafísico tomando entre las manos los destinos de la Ciudad del Sol.

Utopistas completos o utopistas a medias, ninguno de ellos abordaba los problemas de su tiempo con el análisis implacable de Marx, con el rigor de su método, con la limpidez de su crítica, con el sentido revolucionario de la historia. Su concepción del drama humano como un producto de las contradicciones entre las clases sociales, se había insinuado ya en la Crítica del Derecho de Hegel; había adquirido más firmeza en el panfleto despiadado de La Sagrada Familia, y un cierto tono de arrogancia bélica en los sarcasmos magistrales de Miseria de la Filosofía. Faltaba precisar, sin embargo, sobre la humilde y descarnada realidad económica, lo que había sido hasta entonces genial hipótesis de trabajo. Un compatriota suyo, renano, además, como él, le trajo entonces el auxilio inapreciable de su talento y de su ciencia.

La historia de aquella amistad, uno de los espectáculos más edificantes del siglo XIX, no ha encontrado todavía el panegirista entusiasmado. Pero de la unión de Marx con Engels ha surgido, como quizá no hubiera sido posible en otra forma, esa imbatible fortaleza del marxismo en que las ciencias viejas y las ciencias nuevas desembocaron tumultuosas a través de dos muchachos, genial el uno, talentoso el otro, y tan moreno aquél como rubio éste, pero idénticos los dos por la generosidad y el entusiasmo. Lo que Marx había hallado descendiendo desde la filosofía venerable, Engels lo había encontrado en las condiciones miserables del pueblo inglés. Neohegeliano, como Marx allá en su juventud, Federico Engels no se hallaba a sus anchas, sin embargo, sobre el terreno firme de la etnografía y las ciencias naturales. Jacobino en sus mocedades, hasta el extremo de afirmar que la Marsellesa aleteaba todo el día sobre sus labios; imbuido de pensamiento francés, y quizá, de sangre francesa, porque se complacía en remontar sus ascendientes hasta cierto hugonote Ange refugiado en Alemania, Engels se movía entre la maraña de los hechos con más agilidad que Marx. El observatorio, además, que él había escogido, tenía sobre el de Marx una ventaja innegable: la revolución industrial, no muy acentuada todavía en

## ELOGIO DEL MANIFIESTO DE MARX Y ENGELS

Alemania y Francia —los únicos países que Marx había estudiado—, dividía ya a la sociedad inglesa en dos líneas tendidas de enemigos en acecho. Aquellas «dos naciones» de que hablaba Disraeli —explotadores y explotados—, agudizaban de tal modo las contradicciones de la sociedad presente, que no se requería gran esfuerzo para captarlas. Lo que en Marx fué el final de un largo drama intelectual, en Engels fué un hallazgo feliz. Pero cada uno guardaba por eso, en su dominio, una superioridad que le era propicia: confesando Engels alguna aversión respecto de las teorías, reconociendo Marx cierta torpeza en el manejo prolijo de los hechos.

A mediados del siglo XIX nadie estaba en condiciones mejores que las suyas. Perseguidos ambos, los dos desterrados tenían bien probada la devoción a las ideas. En ambientes muy distintos las habían sometido al control de los hechos, y fuertes ya, con la seguridad que dan las convicciones profundas, se disponían a salir ahora al encuentro de las masas. Las masas, mientras tanto, estaban sedientas de doctrina. En Alemania, en Francia, en Bélgica, en Inglaterra, Marx se había acercado hasta los centros obreros, con admiración siempre cordial, y hasta había creído ver en los escritos del sastrecillo Weitling, las botas de siete leguas del proletariado. Marx, por su talento, Weitling no había conseguido arrancarse a la utopía. Soñando siempre con revoluciones espontáneas, confiaba mucho más en la canalla andrajosa que en el obrero ilustrado. Por tal camino, claro está, no se saldría jamás de la revuelta estéril. Con la alianza fraternal de Engels, Marx se entregó por eso a organizar y a educar a las masas, convencido como estaba de que no basta tener jefes resueltos para lanzarlas cualquier día sobre la ruta de la revolución.

El congreso de Londres, en el verano de 1847, fué su primer triunfo ruidoso. Las diversas corrientes del proletariado, representadas por escasos delegados, resolvieron fusionarse en la Liga Comunista, editar una revista popular y elaborar el proyecto de una «profesión de fe» que debía ser, en cierto modo, la bandera visible de la Liga. A Marx, a Engels y a Hess se encargó la redacción de los proyectos, y una vez discutidas las tesis de cada cual en el nuevo congreso de noviembre del mismo año, se resolvió confiar a Marx la redacción definitiva. Ese era el manifiesto que el cajista Schapper, el relojero Moll y el zapatero Bauer reclamaban a Marx a fines de enero de 1848, con una energía que podría parecer violenta si no se prefiriera ver en ella la urgencia casi dolorosa de una clase oprimida que pugnaba por hablar en la prosa del filósofo el reflejo de su propia conciencia, la tensión de su propia voluntad. «No basta que el pensamiento busque la realización —ha escrito Marx en otros tiempos—; es necesario que la realidad sienta la apetencia de ese pensamiento». Dábanse ahora las dos corrientes que confluían: la historia ascendiendo hasta la filosofía, la filosofía poniéndose al servicio de la historia.

Emocionante momento del drama humano que ha dejado como recuerdo memorable las veintitrés páginas in octavo del Manifiesto Comunista: prodigioso portal levantado a mitad del siglo XIX para que pasara por él, rumoroso y pujante, el espíritu nuevo.

El Manifiesto, de una sobriedad admirable, consta de cuatro capítulos y una breve introducción. No voy a incurrir, de más está decirlo, en la redundancia de explicarlo, ni a intentar tampoco la tarea imposible de concentrarlo en pocas fórmulas. Para cada uno de vosotros, además, el Manifiesto Comunista —lo afirmaría sin vacilar— constituyó en la adolescencia una de esas lecturas juveniles que se quedan prendidas al recuerdo con gratitud emocionada. Pensado y escrito para un movimiento obrero que se incorporaba a la vida, el Manifiesto conserva cierta frescura de amanecer, cierta acritud de fruta joven. En una alianza admirable, reúne la austeridad de la doctrina con la nerviosidad de la polémica, el goce áspero del razonamiento con el otro más sutil de la ironía.

El capítulo primero —«burgueses y proletarios»— es la más concisa, luminosa y certera filosofía de la historia que se haya escrito hasta hoy. Desde la línea del comienzo, imperativa y recia como un axioma: «la historia de toda sociedad, hasta nuestros días no ha sido sino la historia de las luchas de clases», hasta aquella otra del final que anuncia a la burguesía sus propios sepultureros, como un redoble sombrío de tambores enlutados, toda la historia del mundo, con sus dolores y sus grandezas, va desfilando delante de nosotros. Pero la realidad histórica ha sido enfocada desde tan arriba, que nada distrae los ojos con detalles pueriles. La historia tradicional, que se detiene en la superficie de las cosas, daba del mundo la impresión de un caos en que la voluntad de los dioses o la rivalidad de los príncipes lanzaban unas sobre otras a las muchedumbres abigarradas. Sin alterar la realidad en lo más mínimo, el panorama que abarca el Manifiesto es bien distinto: en donde hervía el tumulto, vemos ahora insinuarse la ley; y tras del capricho aparente, el puño de hierro de la necesidad. En un esquema vigoroso, en que las proporciones se suceden con la elegancia y la fuerza de un teorema, el Manifiesto demuestra cómo la burguesía creció en el seno de la sociedad feudal y cómo al transformar los medios de transporte y modificar los instrumentos de producción, se vio forzada a romper con la organización feudal que la cohibía. Pero demuestra también que las mismas armas de que se sirvió la burguesía se vuelven ahora contra ella: late en su entraña también la clase que habrá de derribarla y que, liquidando de modo radical la propiedad privada en que aquélla se asienta, impondrá por la violencia las formas más adecuadas de la propiedad colectiva.

Pero en todo ese largo desarrollo, no suena en el Manifiesto ni una imprecación, ni un lamento. La burguesía no triunfó de la nobleza porque así lo exigiera esta moral a aquel principio; las fuerzas productivas que su iniciativa arrancó de la naturaleza impusieron la necesidad de instaurar un nuevo orden social. No hará otra cosa el proletariado cuando le toque cumplir con su misión.

La objetividad rigurosa y calculada de este capítulo, de tan formidable trabazón dialéctica, da a la página primera del Manifiesto Comunista el ceremonial imponente de una sentencia a muerte. En un instante, sin embargo, corre por la prosa un temblor de emoción; pero no es de rencor, sino de elogio. Como triunfador generoso que presentara armas al enemigo vencido, ensalza a la burguesía por haber demostrado, frente a la pereza del noble, hasta dónde puede llegar la grandeza del trabajo humano. Jamás una clase celebró en honor de otra un funeral más solemne. Muy distinta, en cambio, la entonación dominante en el capítulo segundo, tan distinta que, para muchos, provoca un cierto asombro. Verdad es que el título «proletarios y comunistas» guarda cierta simetría con el título anterior y predispone a encontrar en este párrafo un tratamiento parecido. No es así, sin embargo, y ese viraje brusco en el tono y en la prosa responde justamente a la secreta intención del Manifiesto. Cada forma social, antes de morir —había escrito Marx algunos años atrás—, debe pasar por dos muertes sucesivas: la muerte trágica primero, la muerte cómica después. Los dioses griegos, mortalmente heridos por el «Prometeo Encadenado», de Esquilo, sólo bajaron a la tumba después de los diálogos burlones de Luciano.

Como los dioses griegos, la burguesía pasa por dos muertes en las páginas memorables del Manifiesto Comunista; en el capítulo primero, la muerte trágica; en el capítulo segundo, la muerte cómica. Si en aquél íntegro está el Marx dialéctico, en éste, íntegro, está el polemista. Analizando una por una las acusaciones más en auge lanzadas contra el movimiento social que él interpreta, salta de un sector a otro del frente enemigo con una agilidad inesperada: rompe aquí un sofisma, invierte ahí un argumento, descoyunta más allá un error. Y pone en cada réplica tan picante dosis de rapé voltairiano, que aún parece resonar a lo largo de sus líneas aquella

## ELOGIO DEL MANIFIESTO DE MARX Y ENGELS

risa triunfal del Marx adolescente, de la cual contaba Bruno Bauer que lo había hecho feliz nada más que escuchándole un instante.

Mas la aparente ligereza del capítulo segundo ha arrasado de tal modo las débiles defensas de la burguesía que no causa sorpresa escuchar en el Manifiesto, en ese instante, los diez puntos famosos que el proletariado impondrá a la sociedad, el mismo día que tome entre sus manos el poder. El Manifiesto no emplea la expresión «dictadura proletaria», que Marx usará dos años más tarde; pero las repetidas alusiones a la «destrucción violenta», y a la «violación despótica», así como el carácter resuelto de las medidas que propone —sin una sola reforma democrática—, subrayan de manera inequívoca la orientación entrañablemente revolucionaria del programa.

El Manifiesto, con todo, no termina ahí. Implacable en su ardor combativo, persigue todavía al enemigo sobre el campo doctrinario para batirlo también en sus reductos teóricos. Se acostumbra a decir que este capítulo tercero ha perdido desde hace mucho tiempo todo calor de vida, como si las doctrinas que él pasa en revista no representaran para nosotros más que recuerdos desvaídos. Nada más falso en mi opinión. No hay una sola de las corrientes aludidas en el capítulo tercero, desde el socialismo «clerical» al socialismo «burgués», desde el socialismo «verdadero» al socialismo «utópico», que no tenga actualmente, pertinaces aún, sus herederos más o menos disfrazados. Bajo las formas declaratorias del pacifismo y la filantropía, de mutualismo y de colaboración entre las clases, por ahí andan con sus jermiadas apuntalando a la burguesía en su desastre.

El socialismo «clerical» de ahora ya no enarbola como antes la alforja del mendigo para atraer al pueblo tras sus pasos; pero en la propaganda insistente del diario y de la cátedra, del púlpito y del libro, sigue afirmando todavía que podrá solucionarse este enorme «malentendido» entre las clases si se aconseja a los ricos un poco más de generosidad, si se predica a los pobres un poco menos de impaciencia...

El socialismo «burgués» de que habla el Manifiesto, hechura anticipada del reformismo de hoy, ¿no anda también por ahí, desesperado por frenar a las masas, para conquistar así dentro del orden y el respeto sus migajas de legislación social, sus regateos de postulante insistente?

El socialismo «pequeño burgués», que tuvo en Sismondi su máxima figura, tan luminoso en la crítica de la sociedad capitalista como tibio y encogido en los remedios, ¿no vuelve todavía sus ojos al pasado buscando en una «tregua de invenciones» o en una nueva destrucción de máquinas, la única solución factible en este instante? El Spengler desolado de los días actuales, que acusa a los hombres de su raza por haber divulgado entre seres «inferiores» los secretos de la técnica, ¿no confiesa también el derrumbe de occidente y lo aguarda resignado, con «indignante melancolía»?

Y el socialismo «alemán» o socialismo «verdadero», tan distanciado en apariencia de las cosas de hoy que algunos modernos editores no tuvieron escrúpulo alguno en suprimir las líneas que el Manifiesto le dedicaba, ¿no renace también en nuestros días, en esa misma Alemania de la postguerra, con su escolástica vergonzante y su religiosidad apenas encubierta? Aquellos Carlos Grun y Moisés Hess, que no dejaban pasar casi un instante en hacer flamear a todo trapo la «enajenación del ser humano» o la abolición del «imperio de lo general abstracto». ¿no son acaso los mismos que hoy andan a tientas en la cerrazón del pensamiento germano, campeones todos de la libertad en abstracto y de los «bienes de cultura», pero sumisos todos, como Windelband o Gentile, al primer déspota que les eche sobre los hombros la casaca?

Desde los cimientos hasta la cúspide, el Manifiesto Comunista forma, pues, un edificio magnífico en el cual no se advierte hasta hoy una sola grieta que lo amenace. Aunque empujado hacia el porvenir, lleva, sí, como

no podía dejar de llevar, las huellas de la hora en que nació. La revolución del 48, que siguió en pocos días a la aparición del Manifiesto, no pudo realizar —no podía realizar— la misión trascendental que el Manifiesto le asignaba. Marx cometió, entonces, lo cometería muchas veces, el error de la impaciencia. Humano error que acompaña siempre la esperanza ardiente y que da al Manifiesto Comunista el estremecimiento de las obras humanas. Aquel cerebro lúcido, aquel observador insobornable, tenía también un corazón generoso, y no podía por eso resignarse a las limitaciones que impone la fugacidad de nuestra vida.

Voltaire conoció también la amargura de esperar, y en una carta fechada veinticinco años antes de la gran revolución, le escribía al marqués de Chauvelin estas líneas dolorosas: «Todo lo que veo arroja las semillas de una revolución que llegará ineludiblemente y a la cual no tendré la alegría de asistir. Los hombres jóvenes son más felices; verán cosas hermosas». Ni Marx ni Engels tuvieron tampoco la alegría de asistir. Pero un discípulo genial que sabía el Manifiesto de memoria y que había ahondado en el marxismo como nadie lo había hecho antes que él, tuvo la dicha de dejar a medio hacer uno de sus libros más profundos, porque «es más agradable y útil —dijo— vivir la experiencia de una revolución que escribir acerca de ella».

Aníbal PONCE.

« TRIBUNA SOCIALISTA »

puede adquirirse en las siguientes librerías:

**Librería Española (Ediciones Hispanoamericanas)**  
26, rue Monsieur-le-Prince, Paris (6<sup>o</sup>)

**Librairie H. Sauramps**  
34, rue Saint-Guilhem, Montpellier.

**Librairie L.E.E.**  
1, boulevard d'Arcole, Toulouse.

**A. Plaisance**  
13, place de la République, Bayonne.

**Dépôt Central de Journaux**  
59, rue Gambetta, St-Jean-de-Luz.

**Maison de la Presse**  
Pavillon Edouard VII, Biarritz.



# El marxismo y la política de «coexistencia pacífica»

Por SERGE WEINSTOCK

EN su discurso de clausura de los debates del XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, Jruschov defendió la política de «coexistencia pacífica» en los siguientes términos:

1.º La coexistencia de dos sistemas sociales diferentes en el planeta es un hecho. Nadie es libre de escoger sus vecinos y «es imposible partir la tierra por la mitad».

2.º El mejor medio de resolver la «discusión» entre los dos sistemas es la competición económica pacífica. El régimen de cada pueblo es asunto suyo.

3.º La definición del imperialismo por Lenin como un sistema que contiene la guerra en su esencia sigue siendo enteramente válida.

4.º Pero el mundo ha cambiado desde Lenin: el imperialismo no ha cambiado de naturaleza, mas sus posibilidades no son ya las mismas. Un tigre es siempre un tigre, pero es menos fuerte que un elefante.

En esta exposición hay un cierto número de verdades evidentes. Observemos de todas formas que si las posibilidades del imperialismo son más reducidas, queda todavía por determinar cuáles son esas posibilidades. Por otra parte, se puede no compartir el optimismo de Jruschov sobre la clarividencia de los imperialistas, que —afirma él— «comprenden que si desencadenan una guerra mundial, todo el sistema execrado por el pueblo correrá en ella a su pérdida inevitable».

Hechas estas reservas, resulta ciertamente difícil no estar de acuerdo con Jruschov sobre las verdades primarias que enuncia, y sostener, por ejemplo, que la guerra es la mejor vía para concluir la «discusión» entre los dos sistemas sociales.

Dicho esto, un cierto número de observaciones se impone: lo que se desea o se teme es una cosa, la previsión que se desprende del análisis objetivo es otra. Sobre las consecuencias de una guerra mundial, es preciso ir incluso más lejos que Jruschov y el comunicado oficial. Los marxistas sabemos que el socialismo sólo puede edificarse sobre la base de las adquisiciones anteriores de la humanidad y de las fuerzas productivas ya existentes. Pues bien, una guerra termonuclear puede destruir no sólo el imperialismo, sino también esta base, admitiendo que deje sobrevivir a la humanidad. En consecuencia, la perspectiva del socialismo se encontraría al menos considerablemente alejada. Una teoría de la posibilidad de alejar la guerra no puede en modo alguno apoyarse en el miedo a sus consecuencias terribles. La previsión por el médico de la muerte o de la curación del enfermo es enteramente independiente de su deseo subjetivo de salvarle.

En consecuencia, si la guerra termonuclear puede ser evitada, la

cuestión sigue siendo la de saber cómo. Y esto nos lleva a una tercera observación. El discurso de Jruschov aporta los elementos que definen las líneas de una política extranjera del Estado soviético (desde este punto de vista, los dirigentes rusos actuales tienen fundamentos para invocar a Lenin, cuya política era, sin duda, una política de paz). Pero una vez admitidas las verdades primarias enunciadas por Jruschov, los problemas esenciales siguen sin resolver. ¿Cuáles deben ser las perspectivas, las tareas y la estrategia del movimiento comunista internacional?

Los cambios que se han operado en el mundo después de Lenin —formación y desarrollo de un sistema de Estados no capitalistas, potencia económica y militar de la U.R.S.S., superando en ciertos aspectos a la del imperialismo, desarrollo de la revolución colonial, no nos dan la respuesta. Por lo tanto, es necesario avanzar más y examinar las respuestas que facilita un documento como el programa del Partido Comunista de la Unión Soviética, precisándolas si es necesario con la ayuda de los comentarios aportados por los dirigentes de los partidos comunistas.

### ¿QUE PROPONE LA «COEXISTENCIA PACIFICA» AL MOVIMIENTO OBRERO INTERNACIONAL?

«El sistema capitalista mundial está maduro en su conjunto para el socialismo», afirma el programa, y no se puede dejar de estar de acuerdo con él. Queda por saber cómo esta proposición general se encuentra concretada, qué papel se asigna a las fuerzas revolucionarias en el mundo (trabajadores de los países avanzados, masas oprimidas de los países coloniales y sus vanguardias) en el marco de la «coexistencia pacífica», que es, según nos dicen, una «forma específica de la lucha de clases» entre los dos sistemas.

1.º Para el movimiento obrero en los países capitalistas avanzados. «En la nueva situación histórica mundial —dice el programa— la clase obrera de numerosos países puede imponer a la burguesía mundial, antes del derrocamiento del capitalismo (subrayado por nosotros), medidas que, saliéndose de los límites de las reformas ordinarias, revistan una significación vital tanto para la clase obrera y el desarrollo de su lucha por el socialismo como para la mayoría de la nación. Uniendo a las amplias capas de trabajadores, la clase obrera puede obligar a los círculos dirigentes (subrayado por nosotros) a interrumpir la preparación de una nueva guerra mundial... a utilizar la economía para fines pacíficos...» (Es más: la independencia nacional, los derechos democráticos y «una cierta (?) mejora de las condiciones de vida del pueblo»).

2.º Para el movimiento de emancipación de los pueblos coloniales. Para estos pueblos, el programa traza un catálogo de las ventajas del socialismo y de los males del capitalismo. De la superioridad del socialismo no deduce que la vía hacia él esté abierta en lo inmediato: una etapa intermedia es necesaria, la del «Estado de democracia nacional» cuya base es «el bloque de todas las fuerzas progresivas y patrióticas». Esta vía no capitalista (¡pero tampoco socialista!) «exige concesiones de la burguesía». Pero «serán concesiones en beneficio de la nación». ¿Y cómo obtener esta participación de la burguesía nacional de los países coloniales o semi-coloniales en la edificación de un Estado «ni capitalista ni socialista»? De la solidez de la alianza de la clase obrera con los campesinos depende en gran medida el grado de participación de la burguesía nacional en la lucha antiimperialista y antifundal» (subrayado por nosotros). Rodney Arigundi, primer secretario del P.C. del Uruguay, traduce esta propo-

## EL MARXISMO Y LA POLITICA DE «COEXISTENCIA PACIFICA»

sición en los términos siguientes, («Nouvelle Revue Internationale», Noviembre 1961):

«En la revolución agraria y antiimperialista (así como en la vida política de un nuevo Estado nacional o de democracia nacional) (subrayado por nosotros), el abanico de las fuerzas que participan es mucho más amplio que en una revolución nacional democrática como la de 1905 en Rusia. Esto se debe al factor nacional. Una parte de la burguesía local participa o es susceptible de participar en la revolución. De todas formas (subrayado por nosotros) la alianza de la clase obrera y de los campesinos sigue siendo la base de los planes estratégicos del proletariado».

3.º ¿Qué frutos debe aportar la política de «coexistencia pacífica»? La acción conjugada de los Estados no-capitalistas, de los trabajadores de los países capitalistas y de los pueblos oprimidos, nos dice el programa, debe no solamente permitir evitar una nueva guerra mundial, sino llegar a «la disolución de todos los bloques militares que se oponen entre sí, al cese de la guerra fría, de la propaganda de odio entre los pueblos, a la liquidación de todas las bases extranjeras aéreas y marítimas sobre el territorio de los otros Estados» y, finalmente, «al desarme general y total bajo un control riguroso».

### ¿PUEDEN SER ALCANZADOS LOS OBJETIVOS?

Una primera observación se impone: si finalmente (Jruschov dixit) las diferentes luchas por la paz, por la democracia y por la independencia nacional deben desembocar en el socialismo, la revolución socialista no es un objetivo inmediato en la etapa actual. Ni para la clase obrera de los países capitalistas avanzados (para ésta, medidas «que saliendo de los límites de las reformas ordinarias» serán impuestas a la burguesía, que permanecerá en el poder), ni para los pueblos coloniales y semicoloniales (para ellos, la vía «ni capitalista, ni socialista», el nuevo Estado de «democracia nacional»).

Nadie ha definido mejor que Thorez el sentido de la «coexistencia pacífica». En la Nouvelle Revue Internationale, de octubre de 1961 escribe:

«Cuando el comunismo esté construido en lo esencial en el país de los Soviets, todos los pueblos se beneficiarán de ello, porque el progreso social será facilitado por doquier; ahora bien, la hora de la construcción del comunismo en la U.R.S.S. llegará antes si todos los pueblos se esfuerzan en imponer a los imperialistas las prácticas de la «coexistencia pacífica». En estas condiciones, los partidos marxistas-leninistas en todos los países capitalistas se esfuerzan en movilizar a las masas para exigir que la política exterior se oriente hacia el establecimiento de relaciones internacionales sanas y el abandono de la guerra fría...»

He ahí algo perfectamente claro. En los veinte años que la U.R.S.S. necesita para edificar «lo esencial» del comunismo, la revolución socialista no puede estar a la orden del día en los países del sistema imperialista. La tarea de la generación actual consiste únicamente en asegurar a la U.R.S.S. las condiciones exteriores necesarias para la continuidad de su edificación económica. La revolución socialista sólo podrá ser la obra de la generación siguiente, después de la edificación del comunismo en la U.R.S.S.

En 1922, Lenin escribía que «sólo sería posible dar su forma acabada al tipo soviético de Estado gracias a la experiencia práctica de la clase obrera de algunos países» y recordaba «esta verdad del ABC del mar-

xismo»: que «para la victoria del socialismo son necesarios los esfuerzos comunes de los obreros de algunos países avanzados» (Notas de un publicista). O dicho de otro modo: «nosotros comenzamos y ponemos los cimientos; vosotros continuáis y acabaremos juntos». Los dirigentes rusos actuales dicen: «aseguradnos las condiciones necesarias para acabar. Vosotros comenzaréis cuando nosotros hayamos acabado». La diferencia es visible.

Pero, en primer lugar, ¿es posible permitir a la U.R.S.S. «acabar» y empezar a continuación? Evidentemente, es posible alcanzar resultados como la liquidación de las bases extranjeras en este o aquel país. Pero fijarse objetivos como la liquidación de los bloques militares, el desarme total, la reconversión de la economía capitalista con vistas a objetivos pacíficos, ¿qué es sino decir que sería posible «sin destruir el imperialismo hacer desaparecer las potencialidades inherentes a su misma naturaleza (según la concepción leninista, a la que se dice ser fiel)? Que se nos comprenda bien: no se trata solamente de poner en jaque a las tendencias inherentes al imperialismo, sino de hacer desaparecer, en resumidas cuentas, las tendencias mismas. Para ello se iría al encuentro de las leyes del imperialismo —por ejemplo, aquella que le conduce a buscar un escape a la crisis económica en la fabricación de armamentos. En definitiva, se trata de cambiar la naturaleza misma del imperialismo. Y entonces, podemos preguntarnos, ¿por qué esto sería más fácil que hacer la revolución socialista?; ¿por qué no se podría destruir —por el momento— el imperialismo, pero se le podría obligar a suicidarse?

#### ¿SON EFICACES LOS MEDIOS?

No es necesario, sin duda, hablar más de la vía propuesta al proletariado de los países capitalistas avanzados (las «medidas que son más que reformas», etc.). Una ilustración suficiente nos la suministra la política del Partido Comunista francés y las teorías de su dirección sobre la «democracia renovada», sobre la «vía parlamentaria». Detengámonos, más bien, sobre las perspectivas abiertas por la «política de coexistencia pacífica» al sector de vanguardia de la revolución en la hora actual: la revolución colonial.

Un concepto fundamental del leninismo para los países que no han realizado su revolución burguesa es el de la «revolución ininterrumpida», del que Lenin ha dado una definición perfectamente clara: «Las reformas, hemos dicho siempre, son un sub-producto de la lucha de clases revolucionarias. Las transformaciones democráticas burguesas —lo hemos dicho y lo hemos demostrado— son un sub-producto de la revolución proletaria, es decir, socialista; es conveniente decir que todos los Kautsky, Hilferding, etc., y demás héroes del marxismo II 1/2 (alusión a la Internacional II 1/2. N.R.) no han sabido comprender tal relación entre la revolución democrático-burguesa y la revolución socialista-proletaria. La primera se transforma en la segunda. La segunda resuelve de paso las tareas de la primera. La segunda afirma la obra de la primera». (Discurso del IV aniversario de la Revolución de Octubre.)

Ilustremos esas palabras de Lenin con un ejemplo concreto: la liquidación de los vestigios del feudalismo en el campo, una reforma agraria radical, son tareas de la revolución democrático-burguesa. Pero éstas no han podido ser resueltas en Cuba más que gracias a la transformación de la revolución democrática en revolución socialista.

En su jerga, que no carece de sabor, Arizmendi escribe (artículo

## EL MARXISMO Y LA POLITICA DE «COEXISTENCIA PACIFICA»

citado): «El principio de la hegemonía del proletariado es inseparable del principio de la alianza de todas las clases y capas sociales democráticas y antiimperialistas. La importancia concedida a la revolución democrática nacional en el marco de la revolución socialista internacional (en razón de su alcance objetivamente antiimperialista) concuerda perfectamente con otra (subrayado por nosotros) tesis esencial del leninismo: la del carácter ininterrumpido de la revolución democrática dirigida por el proletariado».

Pero ¿por qué el programa del Partido Comunista de la U.R.S.S. «ha olvidado» sencillamente hablar de esta «tesis esencial de Lenin» y de su ilustración viva por la Revolución cubana? ¿Comprenden mejor los autores del programa esta tesis —que silencian— que los héroes del marxismo II 1/2? Que la burguesía de los países dependientes entre, hasta cierto punto, en contradicción con el imperialismo es indiscutible; que acciones comunes con ella pueden ser necesarias en un cierto estadio de la revolución colonial, también lo es. Pero no lo es menos que la revolución tampoco se puede acelerar —como tampoco resolver las tareas democrático-burguesas— sin rechazar a la burguesía local al campo de la contrarrevolución (la hegemonía del proletariado, la alianza con los campesinos no pueden hacer otra cosa que rechazar a la burguesía local al campo adverso y en ningún modo, como lo pretende el programa, reforzar su participación en la revolución). Ahora bien, es otra la vía que traza el programa: la revolución colonial debe atravesar un estadio «ni capitalista, ni socialista», obteniendo concesiones de la burguesía a este fin, pero concesiones «para el bien de la nación» (¡magnífico argumento para vencer a la burguesía!). La fase del Estado «de democracia nacional» puede representar un período entero; a esta consigna correspondería toda una etapa del desarrollo económico, en el curso de la cual, «con el desarrollo de la industria, se acrecentarían las filas de la clase obrera y el papel de ésta en la vida social y económica». (Programa del P.C. de la U.R.S.S.).

¿Qué resultado ha dado ya en el pasado esta táctica de los P.C. en la revolución colonial? Arizmendi (artículo citado) hace una comparación entre la Revolución cubana y «lo que ocurre en ciertos países afro-asiáticos, donde la burguesía nacional reprime la acción de las masas populares, persigue a la clase obrera y pone a los comunistas fuera de la ley». Es lamentable que no intente analizar a fondo las causas de estas diferencias, en lugar de hablar únicamente de las particularidades de la Revolución cubana, «que le son propias y sobre las cuales no hay por que insistir». En Cuba, la dirección castrista no ha dudado en romper con la burguesía nacional y en orientarse por la vía del socialismo. En Europa, en Irak, en Indonesia, en la India, donde los partidos comunistas se han puesto a remolque de los Nasser, los Kassem, los Sukarnos, los Nehru (y en Argentina, donde el P.C. ha sostenido a Frondizi), los resultados han sido los que describe Arizmendi. ¿Dónde está el Estado «ni capitalista, ni socialista», el Estado «de democracia nacional» del programa del P.C. de la U.R.S.S.? Ni existe en ninguna parte, ni existirá nunca; la realidad es la de los países afro-asiáticos, donde «la burguesía nacional persigue a la clase obrera. Al otro extremo, la realidad es la de Cuba, donde tareas como la reforma agraria han sido resueltas gracias a la revolución socialista».

### ¿QUE HACER SI LA LINEA DE LA «COEXISTENCIA PACIFICA» NO ES LA BUENA?

Si es necesario luchar por la paz, ¿cómo se puede orientar tal lucha, considerando que el desarme total, la disolución de los bloques militares,

la reconversión de la economía capitalista, son objetivos que no pueden alcanzarse? La lucha por objetivos en los que no se cree, ¿no es acaso una lucha vacía?

Recordemos aquí cómo Lenin exponía el problema de la lucha por la democracia: «Es plenamente concebible —escribía— que los obreros de un país cualquiera derriben a la burguesía incluso antes de obtener una sola transformación democrática radical de manera completa. Pero es totalmente inconcebible que el proletariado, en tanto que clase histórica, pueda vencer a la burguesía si no está preparado y educado por el espíritu democrático más consecuente y marcado por la decisión revolucionaria» («El proletariado revolucionario y el derecho de las naciones a la autodeterminación», 1915). Las posiciones de Lenin pueden ser aplicadas enteramente a la lucha por la paz. La lucha contra la amenaza termonuclear, contra las bases norteamericanas —en la forma en que fué llevada en el Japón, con ocasión de la visita de Nixon— puede ser un potente factor revolucionario. Pero en lugar de considerar que los éxitos en la lucha por la paz y la democracia son un sub-producto de la lucha revolucionaria por el socialismo, la teoría de la «coexistencia pacífica» aleja la revolución socialista como objetivo inmediato.

La «coexistencia pacífica» parte de una incomprensión de las tendencias objetivas que caracterizan nuestra época, tales como los procesos que empujan la revolución colonial hacia su transformación en revolución socialista, y desconoce la potencialidad revolucionaria en los países avanzados (crisis del Estado y de la sociedad burguesa en determinados países de Europa occidental, por ejemplo). Sin duda, la vida se abre de todas formas un camino; las revoluciones yugoslava y china triunfaron pese a la vía que quería imponer Stalin a los P.C. de estos países. Cuba emprendió la vía de la revolución socialista bajo una dirección que no era la del P.C. Pero falta al conjunto de estos procesos una dirección revolucionaria que los haga converger y los acelere.

La orientación dada a los P.C. contribuye a bloquear el proceso de profundización de la revolución colonial, a consolidar el poder de las burguesías nacionales, que emprenden una vía reaccionaria. Sólo hay un medio de alejar la amenaza termonuclear: es el de acelerar en todo el mundo el proceso del paso del capitalismo al socialismo, lo que no es artificial, sino que se apoya en tendencias objetivas reales. El argumento según el cual se estaría por la guerra si se está contra la «coexistencia pacífica» es extremadamente grosero y vulgar. Lo que es cierto, por el contrario, es que la línea de «coexistencia pacífica» no puede salvar a la humanidad de la catástrofe: no solamente no se llegará al desarme general y a la disolución de los bloques militares, sino que ni siquiera se logrará detener el brazo de los imperialistas si se bloquea la marcha hacia el socialismo de los pueblos oprimidos y de los trabajadores de los países capitalistas durante los decenios necesarios para que la U.R.S.S. edifique «lo esencial del comunismo».

La paz para la Humanidad sólo puede obtenerse por la vía revolucionaria.

Serge WEINSTOCK.

# La estructura social del campo en España

Por JUAN RAMOS

**E**L estancamiento de la producción agrícola en España es un reflejo de la baja productividad, consecuencia de la desfavorable estructura agraria que impide una normal capitalización.

Los franquistas tratan de justificar la situación actual haciendo resaltar que los factores naturales desfavorables juegan el papel determinante en nuestro desarrollo agrícola, ignorando la influencia decisiva de los factores económicos y sociales, y la capacidad del hombre para transformar la naturaleza.

Indudablemente el medio geográfico-natural es una de las condiciones de la vida material de la sociedad, y ejerce una influencia innegable en el desarrollo de la sociedad en su conjunto, y en cada país determinado. Pero el problema de la agricultura española no es el de las «pertinaces sequías», sino el del régimen de propiedad de la tierra.

## EL REGIMEN DE PROPIEDAD DE LA TIERRA

Es corriente oír a algunos economistas franquistas que la principal meta que ha de alcanzar nuestra política económica para que la agricultura del país entre en vías de desarrollo es el aumento de la productividad por hombre empleado. Se intenta, como en otras ocasiones, evitar las catastróficas consecuencias del actual régimen de propiedad sin atacar el mal en su raíz. Indudablemente, es necesaria la capitalización en la agricultura, y la introducción de métodos mejores que eleven el nivel de los conocimientos técnicos, pero nunca debe maliciosamente ignorarse que en España el principal obstáculo al aumento de los rendimientos agrícolas está representado por la absurda estructura agraria que prevalece en el país.

Cuando la mayor parte de nuestros agricultores está sujeta a un proceso sistemático de explotación por parte de las pequeñas cuadrillas de monopolistas locales —terratenientes, intermediarios y prestamistas—, no es de sorprender que el ambiente sea poco favorable a la introducción de mejores métodos de producción y en general a una mayor capitalización.

Con los sistemas actuales de propiedad de la tierra y de comercialización de los productos agrícolas, la producción es baja, no solamente por falta de conocimientos técnicos y de fondos para adoptar métodos mejores de producción, sino también por el hecho de que el cultivador a quien le queda apenas lo imprescindible para vivir, no tiene ningún estímulo para aumentar la producción, que revertiría solamente a beneficio del propietario y de los intermediarios: los campesinos saben, por experiencia, que el mayor producto obtenido es pagado a menor precio por el monopolista local que controla el mercado, y que, a mayor producción, las exigencias de los propietarios son también mayores.

Por todo lo dicho, aparece como indispensable una reforma sustancial de la estructura agraria, o sea de las condiciones institucionales en las cuales se desenvuelve la actividad agrícola. Solamente en una segunda fase, esto es, cuando la estructura agraria haya sufrido las modificaciones necesarias, podrá encontrar ambiente y condiciones favorables una mayor capitalización.

La medida más urgente a tomar es, pues, hacer desaparecer un sistema de propiedad que impone al campesino la obligación de sostener a una clase de rentistas que desempeñan solamente la función de absorber unos recursos que utilizarán después en gastos para un consumo ostentoso; recursos tan necesarios para invertir en la agricultura y elevar el nivel de vida de los trabajadores, y por consiguiente, su productividad. También es necesario quebrar todas las cadenas de intermediarios monopolistas que absorben buena parte de lo que corresponde a una más justa remuneración de la productividad de los campesinos.

En España nunca se ha llevado a cabo una auténtica reforma agraria. El régimen de propiedad que existe en nuestro país, es en muchos casos, herencia directa de las formas feudales de propiedad y coexiste con las burguesas, originadas éstas en el movimiento desamortizador.

La única estadística que se posee en nuestro país para determinar la concentración de la propiedad agraria es el *Catastro de Rústica*. Está hecho con finalidad fiscalizadora, y por ello no se refiere a la extensión de las diferentes propiedades, sino a «parcelas catastrales».

Los grandes fundos, que suelen poseer varias parcelas catastrales, tienen su extensión disminuida en el catastro, ya que como concentración máxima solamente refleja la de la parcela catastral de mayor extensión, apareciendo las otras que componen el fundo, como concentraciones individualizadas. Además, tampoco podemos averiguar por el *Catastro* la concentración personal de la propiedad, ya que, a los efectos fiscales, un individuo con propiedades en diferentes provincias se considera como contribuyente distinto en cada una de ellas.



## LA ESTRUCTURA SOCIAL DEL CAMPO EN ESPAÑA

A pesar de esto, los datos oficiales reflejan hechos bastante significativos:

Según el Servicio del Catastro, existen en España unos 5.700.000 propietarios con más de 54 millones de parcelas, correspondiendo por consiguiente a cada propietario, como promedio, unas nueve hectáreas.

De esto parece deducirse que es necesaria una mayor concentración de la propiedad, sobre todo teniendo en cuenta las características especiales del suelo español, que hacen que una superficie de nueve hectáreas resulte, en la mayor parte de los casos, una unidad de cultivo de dimensión antieconómica.

La propaganda franquista está dirigida en este sentido al tratar de demostrar que el problema del campo español es la concentración parcelaria. Es decir, la reorganización de las unidades de cultivo en forma tal que se termine con la dispersión en parcelas de pequeña extensión. Sin embargo, la realidad es bien diferente.

No olvidamos la necesidad de llevar a cabo esta reforma de carácter *técnico*, iniciada a ritmo lentísimo, a pesar de que puede hacerse con el consentimiento de muchos propietarios, pero creemos que el verdadero y gran problema que espera solución es el de la gran propiedad.

### LOS LATIFUNDIOS Y LA CONCENTRACION DE LA PROPIEDAD

El factor económico-natural condiciona la dimensión económica de las explotaciones agrícolas en cada una de las regiones españolas. Por ello es difícil establecer una cifra de extensión territorial a partir de la cual se pueda considerar una explotación agrícola como latifundio. Sin embargo, podemos considerar como tales a todas aquellas fincas de extensión superior a las 250 hectáreas.

La superficie ocupada por fincas superiores a las 250 hectáreas es del orden de los 6.650.000 hectáreas, distribuidas entre unos 10.500 propietarios, a los cuales corresponden como promedio 650 hectáreas (1).

Los latifundios no se hallan regularmente distribuidos por el país: existen en las provincias de Toledo y Ciudad Real, Salamanca, Albacete; en Andalucía y en Extremadura (1).

En el siguiente cuadro se recogen los porcentajes de la superficie provincial ocupada por fincas superiores a las 250 hectáreas:

---

(1) Fuente : Servicio del Catastro

<i>Provincias</i>	<i>Tanto por ciento en relación con la superficie ocupada por fincas mayores a 250 hectáreas</i>
Albacete .....	26 %
Badajoz .....	45 %
Cáceres .....	42 %
Cádiz .....	42 %
Ciudad Real .....	14 %
Córdoba .....	32 %
Granada .....	19 %
Huelva .....	36 %
Jaén .....	18 %
Salamanca .....	17 %
Sevilla .....	43 %
Toledo .....	27 %

De los datos anteriores se deduce que el latifundio es la institución característica de gran parte del suelo español; teniendo además en cuenta que la cifra que hemos tomado como referencia para distinguir el latifundio del resto de las propiedades es muy alta —250 hectáreas—, desde luego muy superior a las que se han tomado en otros países para señalar las tierras sujetas a expropiación hemos, una vez más, de darnos cuenta de la gravedad del problema. Pero no es suficiente hablar de latifundio. A su lado existen propiedades que sin alcanzar una extensión tan grande son también responsables de las diferencias que se dan entre una minoría de grandes y medios propietarios y una gran masa de campesinos sin tierra. Sin embargo los datos anteriores nos sirven para señalar la situación sin necesidad de aportar otros nuevos.

Contra lo que muchos se imaginan, el número de obreros a jornal empleados en la agricultura es muy grande. Según el informe del Banco de Bilbao los obreros fijos y eventuales forman el 24 % de la población activa agrícola. En cifras absolutas, los obreros agrícolas sumaron en 1955 1.600.000. La media nacional, con ser alta, no refleja la realidad por las diferencias tan enormes que existen de unas regiones a otras. Si obtenemos la misma relación entre obreros y total de la población activa, en ciertas regiones como Córdoba el porcentaje sube a un 67 %, en Jaén al 60 %, en Toledo al 55, y así en la mayoría de las zonas caracterizadas por la existencia de grandes latifundios. Aún en regiones como en Valencia, el obrero agrícola representa el 42 % de la población agrícola.

Es precisamente en aquellas regiones en que el sistema de trabajo asalariado está más extendido donde éste tiene una forma

## LA ESTRUCTURA SOCIAL DEL CAMPO EN ESPAÑA

más injusta. La mayor parte de los obreros fijos gozan, al menos, de una cierta seguridad. Los eventuales están sin trabajo una gran parte del año, y encuentran ocupación no en función de sus necesidades, sino de las de los terratenientes.

3.800.000 CAMPESINOS SIN TIERRA

Solamente el 63,6 % de la superficie cultivada está explotada directamente por el propietario; el resto lo está en régimen de arrendamiento o aparcería.

### SUPERFICIE Y NUMERO DE EMPRESARIOS EN ESPAÑA SEGUN EL SISTEMA DE EXPLOTACION (2)

<i>Sistema de explotación</i>	<i>Empresarios en %</i>	<i>Superficie en %</i>
Explotación directa	63,6	56,2
Aparcería	14,1	12,3
Arrendamiento protegido	13,4	21,9
Arrendamiento no protegido	8,9	9,6
Total	100,0	100,0

Por lo que se refiere a los empresarios, entendiéndolo por tales todos aquellos que no perciben un salario, solamente el 56 % son propietarios de la tierra que trabajan.

Antes hemos visto que el 24 % de la población agrícola estaba compuesta de obreros fijos y eventuales. Si sumamos a este porcentaje el de empresarios no propietarios, vemos que el 60 % de la población activa empleada en la agricultura, o es asalariada o no posee la tierra que trabaja. Por lo tanto, a la cifra de 1.600.000 obreros agrícolas hay que añadir esta nueva categoría de arrendatarios y aparceros, con lo que el número de campesinos sin tierra se eleva a 3.800.000.

Juan RAMOS.

(2) Fuente: Situación Actual de la Agricultura. Consejo Económico Sindical.

# La enseñanza primaria bajo el franquismo

Por F.L.P.

*El estudio sobre la enseñanza primaria en la España franquista que presentamos a nuestros lectores ha sido realizado por el Frente de Liberación Popular, organización surgida en los últimos tiempos en las difíciles condiciones de la lucha clandestina en nuestro país y animada por jóvenes que se reclaman del socialismo revolucionario.*

**T**ODOS sabemos que en España, como en la mayoría de los países, hay tres grados en la enseñanza: primaria, secundaria y universitaria.

La escuela primaria está diseminada en el campo y en las ciudades. La escuela de segundo grado sólo funciona en las ciudades (capitales de provincia y alguna otra ciudad grande). La universitaria sólo en las capitales.

La escuela puede clasificarse, además, en privada y oficial. Es privada la que funciona como empresa particular, y oficial la que depende del Estado en su mantenimiento, organización, nombramiento del personal y demás aspectos.

La escuela primaria de carácter privado en las ciudades está, casi exclusivamente, en manos de la Iglesia, excepto un reducido número de Academias, que ni de lejos reúnen las condiciones mínimas para realizar su labor.

La enseñanza secundaria está, casi exclusivamente también, en manos de la Iglesia, excepto los Institutos de Enseñanza Media del Estado. En la Universidad, lo mismo que en los Institutos, el control que ejerce la Iglesia o algunos de sus institutos seculares es muy poderoso. El tipo de elemento religioso que domina en estos centros es conservador y reaccionario.

Con estos antecedentes, puede afirmarse que la escuela oficial está totalmente abandonada: la primaria en un estado lamentable y casi en la misma situación la secundaria, salvándose, en estos aspectos, la universitaria, porque este tipo de enseñanza no sufre tan intensamente la ingerencia de la Iglesia, que aquí se reduce a intervenir en la selección de profesores y en el control de los programas de estudio, métodos de enseñanza y libros que han de servir para la preparación de las clases que deben explicar los profesores.

La escuela oficial primaria de los centros urbanos, es decir, de las ciudades, está, cada día, en peor situación, debido al crecimiento de la

## LA ENSEÑANZA PRIMARIA BAJO EL FRANQUISMO

privada. En competencia desfavorable, la escuela oficial será vencida sin remedio. Tal es el sentir de la mayoría de los maestros. ¿Cómo se realiza esta progresiva desaparición de la escuela oficial en beneficio de la privada?

1.º La escuela oficial tiene locales antihigiénicos y abandonados, sumamente fríos e instalados, muchos de ellos, en casas que fueron afectadas por la guerra y que no han sido reconstruidas debidamente. La mayoría de ellas no tienen calefacción. Los muebles y material de trabajo de que disponen las diversas clases de uno de los grupos escolares de Madrid es el siguiente: un pizarrón, tres o cuatro mapas, mesa y carpeta para el maestro, un armario vacío, una docena de libros anticuados, fotografías del Caudillo y de José Antonio, un crucifijo, tinta, tiza y unas cuantas mesas con sus asientos para el trabajo de los alumnos.

2.º Cada unidad escolar (es decir, una clase) dispone para gastos de material (cuadernos para 40 alumnos, libros, tiza, etc.) de la cantidad de 300 pesetas anuales, es decir, cincuenta más que en la época de la República, lo cual supone siete pesetas por alumno, con lo que apenas se compra un mal cuaderno de 20 páginas.

3.º Los maestros reciben sueldos increíblemente pequeños, de quince mil a treinta mil pesetas anuales. De cada cien maestros setenta y tres cobran al año entre diecisiete mil y veintitrés mil pesetas, o sea, de mil doscientas cincuenta a dos mil doscientas cincuenta pesetas al mes, o lo que es lo mismo, un jornal que va desde 41 pesetas con 66 céntimos hasta 83 pesetas con 33 céntimos diariamente. Con esto, no se puede hacer frente a las mínimas necesidades de una persona.

4.º La vigilancia permanente, el gran número de disposiciones administrativas, la censura de cualquier trabajo que no esté dentro del criterio religioso y político del régimen, hacen del maestro una máquina de la enseñanza, matando todo lo que él pudiera tener de creación e iniciativa. Un viejo maestro de 65 años, con 46 de actividad profesional, católico y más conservador que progresista, decía que, al hacer un ejercicio de gramática, utilizando un trozo de una de las novelas del gran escritor español José María de Pereda, fué reprendido por el inspector escolar que se hallaba presente, porque «había muchos Santos que han escrito y era sospechoso no utilizarlos en las prácticas de clase».

Estos datos son una pequeña parte de los males que padece la escuela oficial primaria. Por el contrario, la privada, en manos de diversas instituciones y organizaciones religiosas, dispone:

1.º Magníficos edificios en propiedad o cedidos generosamente por el gobierno franquista.

2.º Instalaciones en muchos casos lujosas: alfombras, cortinas, magníficas salas, campos de deportes, servicio médico e, incluso, comedor.

3.º Material suficiente de variadas colecciones de libros, de cuadernos y demás útiles necesarios para el trabajo escolar.

4.º Sueldos muy superiores a los de los maestros nacionales, pues todos estos Colegios suelen estar subvencionados por el Estado, independientemente de que los alumnos procedentes de las clases ricas en casi su totalidad, deben pagar cuotas de 300 a 600 pesetas mensuales.

5.º Libertad plena de enseñanza, ajena a cualquier intromisión oficial, ya que, por otra parte, goza del apoyo de las autoridades educativas oficiales.

Y esto lo puede confirmar cualquier ciudadano español que haya tenido ocasión de conocer los colegios de jesuitas, escolapios, escuelas cristianas, claresianos, etc.

El resto de la enseñanza privada lo atiende un número reducido de licenciados o maestros que han tenido la oportunidad de montar un negocio a costa de la enseñanza. Son bien conocidas esas academias en las que se explican clases de todo, desde mecanografía hasta griego, pasando por oposiciones a banca. Son academias cuyas instalaciones escolares presentan, las más de las veces, un aspecto deprimente y caótico, clase tras clase, alumnos de diferentes cursos mezclados... Como dijimos antes, este tipo de instituciones privadas no tiene otro objetivo que la obtención de las máximas ganancias, lo mismo que los colegios religiosos, pero sin ayuda ninguna y por lo tanto en condiciones de total inferioridad.

En definitiva, resultado de esta desigual competencia es el pensamiento de los maestros jóvenes y viejos, al afirmar que la escuela oficial de las ciudades llegará a desaparecer, absorbida por la religiosa, salvo en el campo, en donde la Iglesia no tiene ningún interés en trabajar por lo poco productiva que en el campo es la enseñanza.

El reconocimiento de la miseria material del maestro se manifiesta, también, en la autorización oficial para que se trabaje una hora más de lo estipulado legalmente (tres horas por la mañana y tres por la tarde), en vez de dos que es lo legal por la tarde, obligando a los niños a pagar de 25 a 100 pesetas mensuales de acuerdo con la capacidad económica de la familia. Estas cantidades las recibe íntegramente el maestro para aliviar su situación económica. De una manera callada, se reconoce así que los maestros no tienen bastante para vivir con el sueldo. Pero, por otra parte, la escuela pierde su carácter gratuito y obliga a las familias modestas (que son las que envían sus hijos a la escuela oficial) a un gasto más. En cuanto al niño, significa recargarle la jornada de trabajo escolar en un veinte por ciento.

Lo grave es que este sobresueldo que pagan al maestro las familias de los niños no resuelve tampoco el problema al profesor, el cual tiene que trabajar cuatro o cinco horas más dando clases particulares, a fin de poder subsistir con grandes limitaciones: mala alimentación, mal vestido y parecido alojamiento.

En la revista «El Magisterio Español» del 29 de febrero de 1959 el Director General de Enseñanza Primaria decía que el problema consistía en habilitar y dotar escuelas para los seis millones de niños que están en edad escolar en España, de tres a catorce años. Según las estadísticas, varios millones de estos niños se hallan en edad de ir a la escuela obligatoriamente, o sea, los comprendidos entre los seis y los doce años. Si suponemos que en cada clase —sigue diciendo el Director General— debe haber 40 niños (cifra muy superior a la que tendría que haber), la escasez de escuelas asciende a veinticinco mil, sólo para los niños que obligatoriamente tendrían que ir a la escuela (de seis a doce años). Si hubiera que atender a toda la población escolar, de tres a catorce años, nos harían falta cincuenta mil escuelas.

## LA ENSEÑANZA PRIMARIA BAJO EL FRANQUISMO

Pero además hay que tener en cuenta que diecisiete mil de las escuelas que están en servicio, necesitan una total renovación por estar instaladas en locales inadecuados para la enseñanza. El Director General dice después que el problema se agrava si tenemos en cuenta que un gran porcentaje de niños no asisten a la escuela y, según él, se debe, entre otras causas, «a la despreocupación de los padres». Naturalmente, este señor necesita echar la culpa a alguien del desastre de la educación y pretende lavarse las manos acusando a los padres de negligencia. Por lo visto, el señor Director General no sabe que infinidad de niños de diez y once años en adelante se ven obligados a trabajar para aportar su mísero sueldo o ayuda a las necesidades de casa. En este sentido, aunque el Estado construyera cien mil escuelas, si después no proporcionaba una elevación del nivel de vida de las clases laboriosas con planes y medidas económicas urgentes, no conseguiría solucionar más que la mitad del problema: el de las escuelas, pero que seguirían casi vacías.

Pero el mismo jerifalte de la educación franquista tiene que reconocer que una de las causas principales de esta situación se encuentra en el hecho de que España dedica poco presupuesto para la Educación. De cada cien pesetas de nuestra renta, dedicamos a la Educación ochenta y nueve céntimos; Irlanda tres pesetas; Suecia dos pesetas con setenta y un céntimos; Italia dos con setenta y ocho y van aumentando.

Lo curioso del caso es que la falta de maestros, reconocida por todos los dirigentes de la Educación, no parece tener eco alguno en las disposiciones oficiales. En el año 1959 solicitaron plaza de maestro cuatro mil quinientos veintidós maestros y ocho mil doscientas noventa y ocho maestras, para cubrir ;;;mil trescientas veintiuna vacantes los primeros y mil setecientos sesenta y tres las segundas!!! Lo cual quiere decir que se quedaron sin escuela los siguientes maestros con título: tres mil doscientos uno y siete mil ciento treinta y cinco.

En el actual Escalafón del Magisterio hay nueve categorías de maestros. Los de la primera cobran al mes dos mil quinientas setenta pesetas y de estos sólo hay mil setenta y seis maestros. Entre las categorías quinta, sexta, séptima y octava suman más de cincuenta mil maestros, que cobran mensualmente entre mil cuatrocientas treinta los de la octava y mil novecientas cincuenta los de la quinta.

Un viejo maestro declaró a un corresponsal de un periódico mejicano: Hasta ahora había un Escalafón para los maestros y otro para las maestras (el número de éstas es mucho mayor que el de los primeros), pero la Orden Ministerial del 10 de febrero de 1958 dispone que sólo habrá un escalafón. De manera que si pasar antes de categoría era difícil ahora, con el aumento de maestros —por unificación de los escalafones— será todavía peor. Los descuentos son múltiples y algunos muy crecidos. El sueldo no alcanza por sí solo para mantener dignamente —humildemente— a una familia y el que menos trabaja en lo que puede fuera de las horas obligatorias de clase.

La situación ha llegado a tal extremo que en 1958 cerca de diez mil maestros pidieron la excedencia para dedicarse a profesiones más lucrativas. La última subida de salarios a los maestros alcanza, por término medio, trescientas pesetas. Con estos sueldos miserables no puede exigirse a los educadores una plena dedicación a su trabajo.

Lo sarcástico es que el régimen ha dictado leyes numerosísimas, pero sin ninguna realidad en la práctica.

Por ejemplo, la ley del 16 de julio de 1945 establece que la enseñanza será obligatoria para todos los niños comprendidos entre los seis y los doce años. La misma ley dice que serán multados aquellos padres que no cumplan esta obligación. Y para asegurar el cumplimiento, la ley exige que deberá presentarse el certificado de haber cursado la enseñanza primaria a todos cuantos quieran trabajar en fábricas, talleres, etc.

La realidad es bien distinta. En el curso 1955-1956, por ejemplo, de cada cien niños españoles, 31 no recibieron enseñanza primaria alguna. A esto se debe que el número de analfabetos en España sea, con gran diferencia, el más alto de Europa. El Ministerio de Educación Nacional da nueve españoles analfabetos de cada cien. Pero alto. En España se consideran analfabetos los que no saben firmar. La U.N.E.S.C.O., organización dependiente de la O.N.U., establece que para estar fuera del concepto de analfabeto no sólo hay que saber firmar, sino leer y escribir correctamente y saber interpretar correctamente un texto o escrito. Según esto, tenemos en nuestra patria diecinueve analfabetos por cada cien habitantes. Juntamente con Portugal, somos el país más atrasado, culturalmente, de Europa. Las multas a los padres no se imponen (sería el colmo, puesto que la culpa no es precisamente de ellos sino de los míseros salarios); nadie exige el certificado de enseñanza primaria para obtener un trabajo fijo.

La ley del 16 de julio de 1945 no se puede aplicar por falta de escuelas, de maestros y, sobre todo, por la gran miseria del país. Las leyes laborales prohíben el trabajo a los menores de catorce años, pero las estadísticas señalan que una de las principales causas de la ausencia de los niños a la escuela son los trabajos agrícolas e industriales que se ven obligados a realizar. No es posible exigir que los niños vayan a la escuela cuando la situación material y económica lo hace totalmente imposible para miles de familias. Sólo la desaparición de la miseria del país puede convertir en realidad lo que ahora es sólo posible para unos pocos privilegiados.

Se debe acometer con firmeza la solución de este grave problema. ¿Faltan maestros? Pues hay que formar todos los que sean necesarios. No sólo para las escuelas que es necesario construir para los que no asisten ahora a las clases sino también para desahogar las ya existentes. Como dijimos antes, la media de alumnos por clase en España es de 40, una de las más altas del mundo.

En Austria, la media es de 28 niños, atendidos por un maestro; en Bélgica, de 25; en Alemania Popular, 25; en la Alemania Federal, 37; en Hungría, 24; en Italia, 26; en Rumania, 22; en la U.R.S.S., 18; en Portugal, 40; en la Guinea española, 92; en la Guinea portuguesa, 31; en China popular, 33; en China nacionalista, 47...

Los técnicos de los servicios internacionales de la U.N.E.S.C.O. estiman que el número ideal debe estar entre 15 y 20. De esa manera, el maestro puede realizar su labor educativa con plenas garantías.

Otra medida importante es ampliar la edad obligatoria, ya que la ahora establecida por la ley de 1945 es una de las más cortas de Europa (de seis a doce años). En Francia es desde los seis hasta los catorce. En Rusia, desde los seis hasta los dieciocho. Pero, como ya dijimos antes, la medida primera y más importante es aumentar el nivel de vida de los españoles



## LA ENSEÑANZA PRIMARIA BAJO EL FRANQUISMO

con planes económicos que lo permitan, aniquilando el poder del capital, que con su avaricia de beneficios hace imposible que la cultura llegue a los hogares de los humildes. No sólo eso, sino que como en todos los países avanzados, la enseñanza obligatoria debe ser rigurosamente gratuita, lo cual supone, también, un aumento del nivel de vida a los maestros. Esto traería consigo la imposibilidad del trabajo de los niños. Una de las principales disposiciones del régimen ha sido prohibir el trabajo a los menores de catorce años. Esto es una pura mentira en la práctica como pueden confirmar todos los trabajadores. En España, de cada tres niños, uno no recibe educación. En total, novecientos treinta y seis mil trescientos ochenta y nueve. El Instituto Nacional de Estadística atribuye cínicamente este elevado número de niños sin escuela al «poco interés de los padres» y a «causas desconocidas». Nosotros podemos decir que gran parte de ese casi millón de niños trabaja.

Hay que denunciar a los responsables, y para ello, nada mejor que exponer las estadísticas de los mismos organismos oficiales. La Iglesia tiene en España dos mil trescientos dos colegios, las Diputaciones Provinciales sólo están al cargo de treinta y tres; los Municipios de ciento sesenta y ocho. La desproporción es enorme. Hay que señalar a la Iglesia, con sus colegios dedicados a los hijos de los burgueses y su abandono de las barriadas y de las zonas campesinas, como un elemento perturbador de la enseñanza, pues nadie puede hacerles la competencia, ni siquiera el Estado. Por otra parte, la clase obrera no sentiría en absoluto la desaparición de esos colegios porque ninguno de sus hijos puede cursar sus estudios en esos centros, y si alguno puede hacerlo, será mediante becas que el hijo del obrero tendrá que ganar rompiéndose los codos a estudiar, año tras año, si quiere terminar sus estudios. A los «hijos de papá» no se les pide otra cosa más que paguen la mensualidad y si son medio tontos, es igual, el caso es que paguen.

Además, si la Iglesia ha estado educando durante años y años a los futuros burgueses, la clase obrera tiene derecho a pensar que el tipo de educación que las instituciones religiosas han dado ha creado hombres contrarios, de hecho, a la clase obrera. De los Colegios de religiosos salen los futuros ingenieros, empresarios, abogados, financieros, miembros de los Consejos de Administración, los jefes del ejército, es decir, todos aquellos que explotan y manejan al trabajador desde su situación privilegiada.

Si estos hombres se comportan así, es lógico suponer que no han recibido una educación que les animase a hacer lo contrario y, entonces, o la Iglesia les ha enseñado precisamente a ser así o si no, fracasa rotundamente en su labor educativa.

Si los argumentos expuestos hasta ahora parecen insuficientes, ahí van cifras: en Alava, que es una de las provincias más adelantadas de España, la enseñanza oficial atiende a nueve mil setenta y seis niños; la privada a tres mil seiscientos cuarenta y tres. Teniendo en cuenta que en cuanto a población es de las más pequeñas, en Alava de cada cien niños estudian noventa y tres, cifra considerable.

En Jaén, provincia campesina principalmente, la enseñanza oficial cuida de cuarenta y tres mil novecientos setenta y siete niños y la privada doce mil setecientos sesenta y ocho, pero como está más poblada que Alava, aparte de que es más grande, en Jaén, de cada cien niños, sólo estudian cincuenta y siete. Jaén da también la cifra más alta de analfabetos. En esta provincia los colegios son escasos y como la enseñanza oficial no

atiende el problema, es explicable que estudien pocos niños y que, por lo tanto, haya más analfabetos que en ninguna otra parte. Sólo falta añadir que es una de las provincias más miserables de España (y no precisamente por la poca fertilidad del suelo, pues económicamente es riquísima, con millones de olivos, en manos de unos pocos terratenientes) y tendremos la explicación de que la Iglesia en esta zona no ha invertido dinero en colegios, ya que no hay población escolar que pueda pagarlos. Entre la actitud criminal del Estado, dedicando más millones para el Ejército que para la enseñanza, y el monopolio progresivo de la Iglesia, los hijos de la clase obrera sólo pueden aspirar, con su único esfuerzo, a un mediano acceso a la cultura.

El proletariado no debe aspirar a que sus hijos vayan a los colegios bien, donde sólo se les educa para ser buenos burgueses. No hay que enviar la suerte de los «hijos de papá». Tarde o temprano, las masas obreras organizadas conseguirán que la enseñanza y la cultura no sean privilegio y monopolio de la burguesía.

F. L. P.

---

### EDICIONES DE «TRIBUNA SOCIALISTA»

El éxito alcanzado por «Tribuna Socialista» nos ha planteado el problema de colmar otro vacío que se siente cruelmente en el movimiento obrero español. Además de la publicación periódica de la revista, deseamos contribuir a formar la conciencia socialista de las nuevas generaciones de España y de América latina editando trabajos teóricos, clásicos y contemporáneos, de valor y autoridad.

Las EDICIONES DE «TRIBUNA SOCIALISTA» se proponen llevar a cabo una tentativa de restauración, de renacimiento en lengua española, de las fuentes más profundas de la literatura socialista. Nuestra preferencia en la selección será para aquellos trabajos que, por el valor que tuvieron al publicarse, puedan confrontarse útilmente con nuestra lucha de clases cotidiana, a consecuencia de la actualidad que conservan. Nuestro propósito es contribuir a salvar la dificultad principal que encuentra la clase obrera militante para explicarse el mundo actual y ayudar a los jóvenes a comprender que la interpretación acertada de un acontecimiento no es «evidente por sí misma», sino a partir de un análisis marxista, es decir, crítico y revolucionario.

Iniciando esta labor, EDICIONES DE «TRIBUNA SOCIALISTA» pondrá en breve a la venta:

<b>INFORME A LA COMISION DE REFORMAS SOCIALES, por Jaime Vera</b> .....	1 NF
<b>LENIN, MARXISTA, por Nicolás Bujarin</b> .....	1 NF
<b>LOS «PELIGROS PROFESIONALES» DEL PODER, por Cristian Rakovsky</b> .....	1 NF

Todos los pedidos deben enviarse a:

EDICIONES DE «TRIBUNA SOCIALISTA»  
17, rue de Chaligny, PARIS XII

---

## EL XXII CONGRESO DEL P.C. DE LA U.R.S.S.

# Un proceso irreversible

Por WILEBALDO SOLANO

**L**A Revolución de Octubre de 1917, primera revolución socialista victoriosa de la Historia, fué el acontecimiento capital de la primera mitad del siglo XX. El proceso abierto en la U.R.S.S. después de la desaparición de Stalin, proceso que ha dado lugar a hechos tan importantes como el XX Congreso del P.C. ruso, las revoluciones polaca y húngara, el XXII Congreso y sus formidables repercusiones en el movimiento comunista mundial, es, sin la menor duda, el acontecimiento capital de la segunda mitad de nuestro siglo.

La Revolución colonial, el prodigioso movimiento internacional de emancipación de los pueblos sometidos a la explotación imperialista en Asia, Africa y América Latina, es un fenómeno histórico de una amplitud y de una importancia extraordinarias y constituye, además, un estimulante de un valor inmenso para la lucha por la transformación revolucionaria del mundo. Sin embargo, dado el bajo nivel económico, político y cultural de la mayor parte de los países liberados o en vías de liberarse del colonialismo, es casi seguro que las batallas decisivas entre el capitalismo y el socialismo —y al decir esto nos colocamos en el terreno de la lucha de clases y no en el de la estrategia militar— se reñirán en nuestra vieja Europa, cuna del movimiento obrero y del socialismo.

En las últimas décadas, el obstáculo fundamental en la marcha hacia la Revolución Socialista mundial fué el stalinismo. Después de la actitud contrarrevolucionaria de la socialdemocracia frente al movimiento espartaquista de Liebknecht y Rosa Luxemburgo en 1919, no podía esperarse nada del socialismo reformista. Las experiencias posteriores realizadas en diversos países (Inglaterra, Francia, Austria, España, etc.) lo confirmaron hasta la saciedad. En cambio, el ejemplo de la Revolución Rusa seguía inspirando a los obreros avanzados de Europa y América y a los movimientos de liberación de los países coloniales. Ahora bien, el advenimiento de la burocracia stalinista en la U.R.S.S. y el papel nefasto jugado por los representantes de Stalin durante la Revolución China (1926-1927) y la Revolución Española (1936-1939), como asimismo en los meses que precedieron la toma del poder por Hitler en 1933, frenaron el proceso revolucionario mundial y destruyeron y desmoralizaron fuerzas inmensas.

La dictadura stalinista en la U.R.S.S., con todo su cortejo de horrores, y la transplatación al movimiento comunista mundial de la «ideología» y los métodos codificados en el Kremlin, tuvieron consecuencias catastróficas en el propio solar de la Revolución Rusa y en el mundo entero. La mistificación stalinista hizo crueles estragos por doquier y facilitó armas terribles al imperialismo y a todas las fuerzas reaccionarias. Sí, el pueblo ruso hizo frente heroicamente a la barbarie hitleriana. Pero aparte de que

ello le costó ríos de sangre y penalidades sin cuento, ahora sabemos ya sin lugar a dudas (puesto que los propios dirigentes rusos comienzan a revelárnoslo) que la decapitación del Ejército Rojo y la alianza Hitler-Stalin colocaron a la U.R.S.S. en condiciones dramáticas para resistir al asalto fascista. Después, Stalin, fiel a los compromisos contraídos en Teherán, Yalta y Postdam, renunció a toda perspectiva revolucionaria y se contentó con imponer por la violencia regímenes hechos a la imagen y semejanza del ruso en las «democracias populares», es decir, en la zona de influencia que le había reconocido el capitalismo. Los comunistas yugoslavos se fijaron una perspectiva independiente y vencieron finalmente. Stalin acabó rompiendo con ellos e intentó destruirlos. Los comunistas chinos se fijaron una perspectiva independiente y triunfaron. Stalin, que al igual que en 1927 había hecho todo lo necesario para impedir su victoria, no se vió ya en condiciones de efectuar con ellos la misma política que con los yugoslavos.

Entre 1946 y 1953, el despotismo stalinista frenó el desarrollo de las fuerzas productivas en la U.R.S.S., sometió a una explotación inicua a las «democracias populares», impuso el terror en todo el «campo socialista», convirtió a los partidos comunistas en simples agencias de la política exterior rusa, ciegamente obedientes a los mandatos más anacrónicos y absurdos, y transformó su «marxismo-leninismo», ya fuertemente averiado, en una pseudoideología de tipo medieval, llena de dogmas y de recetas destinados a justificar a posteriori todos sus desmanes.

Maurice Thorez explicó en la última reunión del C.C. del P.C. francés, contestando a un militante que, según él, no podía admitir que los estragos del stalinismo hubieran sido tan importantes en la U.R.S.S., que en los tiempos de Stalin no había «ni dictadura del proletariado, ni Partido, ni Comité Central». Naturalmente, Thorez fué incapaz de precisar qué régimen había, pues, en la U.R.S.S. Pero esta confesión, desconcertante en labios del «primer stalinista de Francia», fué precedida de otras no menos asombrosas en el XXII Congreso del P.C. ruso (Jruschov, Chelepin, Illitchev, etcétera) e irá seguida de muchas más, igualmente extraordinarias, en los meses sucesivos. Hemos entrado en una etapa en que vamos a tener sorpresas todos los días.

### EL FIN DE UNA GRAN MISTIFICACION

**P**ARA los observadores superficiales, el XXII Congreso del P.C. de la U.R.S.S. iba a ser algo así como el XXI, que celebrado poco después de la reacción que determinaron las revoluciones polaca y húngara, no aportó nada realmente importante. La propaganda oficial giraba alrededor del nuevo proyecto de «Programa». Sin embargo, el «Programa» pasó en seguida a segundo término. El hecho esencial fué la reanudación de la ofensiva de «desestalinización», que se llevó infinitamente más lejos que en el XX Congreso.

En el XX Congreso, las denuncias del período stalinista fueron deliberadamente limitadas. Y el acto más espectacular —el informe de Jruschov sobre los crímenes de Stalin— se desarrolló en el curso de una sesión secreta. Ello permitió que los dirigentes stalinistas de la mayor parte de los partidos comunistas hablaran negligentemente del «informe atribuido a Jruschov». Ahora sabemos positivamente que dicho informe era auténtico. La confirmación nos la ha dado el propio Jruschov, en su discurso de clausura del XXII Congreso, al repetir muchos de los temas tratados

en su «informe secreto» de 1956 y al precisar puntos que en aquel documento no estaban en realidad muy claros.

El «informe secreto» de 1956 ha sido conscientemente olvidado. Sin embargo sigue siendo un texto de gran valor. Jruschov glosó en él documentos como el famoso «testamento» de Lenin, ocultado durante más de treinta años, y liquidó toda una serie de mitos utilizados por la propaganda stalinista con un celo digno de mejor causa. Ahora bien, Jruschov justificó la lucha contra las oposiciones en el Partido y se refirió esencialmente a los últimos tiempos del periodo stalinista. Con relación a dicho documento, el discurso de clausura del XXII Congreso constituye un progreso evidente. En primer lugar porque fué pronunciado públicamente y, en segundo lugar, porque contiene diversas afirmaciones que condenan toda la época stalinista y porque el reconocimiento de cosas como la provocación que fué el asesinato de Kirov y las revelaciones sobre el mecanismo de los procesos de brujería de 1937-1938 destruyen para siempre las montañas de literatura con que los stalinistas trataron de justificar los horrendos crímenes de Stalin (recuérdense a este propósito los libros sobre los procesos de Moscú y obras como «La gran conspiración contra la U.R.S.S.», sin hablar de centenares de artículos y folletos sobre temas similares) en el curso de los últimos veinticinco años.

Hasta el presente, todo lo revelado por Jruschov y por sus colaboradores (principalmente por Chelepin, Mikoyan y Ilitchev) coincide casi exactamente con lo dicho por León Trotsky en «Los crímenes de Stalin» y por Victor Serge en «Destino de una Revolución» y en «Memorias de un revolucionario», con lo repetido incansablemente por las organizaciones trotskistas y otras tendencias del movimiento obrero y, en España, por el P.O.U.M. Según parece, los dirigentes rusos han designado una «Comisión de rehabilitaciones» que está examinando todos los archivos de la época stalinista y que se propone esclarecer multitud de cosas que permanecen aún oscuras. Por consiguiente hay que esperar en breve nuevas e importantes revelaciones, incluso en dominios que hasta el presente no han estado al alcance de los revolucionarios antistalinistas.

De todas maneras, Jruschov y sus colaboradores no se han atrevido todavía a entrar en lo más importante. La denuncia del periodo stalinista entraña lógicamente la revisión de los grandes procesos de Moscú y la rehabilitación de «los fundadores con Lenin del Estado soviético» (Jruschov), es decir, la rehabilitación de Trotsky, Bujarin, Kamenev, Zinoviev, Piatakov, Radek, Serebriakov, etc. Según ha declarado Pajetta, miembro de la dirección del Partido Comunista italiano, la «rehabilitación penal» no se hará esperar. Esto quiere decir que la burocracia no osa abordar el problema de fondo y espera justificarse con una pirueta. Sin embargo, nadie se llamará a engaño. El día en que se proclame públicamente, en el Kremlin, que Trotsky, Zinoviev y Kamenev no organizaron sabotajes ni fueron agentes de Hitler y del Mikado (por asombroso que parezca tales fueron las bases de la acusación durante los increíbles procesos), la «rehabilitación penal» será una rehabilitación política definitiva, rehabilitación que por lo demás ha sido ya hecha por la historia y por el movimiento obrero internacional.

En espera de ese día —y para que ese día llegue lo más pronto posible—, lo que importa fundamentalmente es llevar la crítica del stalinismo hasta sus consecuencias últimas. Como se sabe, en el XXII Congreso, al igual que en el XXI, no se ha dado una explicación sociológica, marxista, del fenómeno stalinista. El método de análisis de las sociedades y de interpretación de la historia que nos legaron Marx y Engels no sólo sirve para

explicar lo que ocurre en el mundo capitalista. Sirve, tiene que servir también, para explicar lo sucedido en la U.R.S.S. desde la victoria de Octubre y, con mayor razón, durante el período stalinista.

En la actualidad, millares de comunistas se preguntan, en la U.R.S.S. y en el mundo entero, cómo fué posible que el régimen de Octubre, el Estado construido bajo la dirección de Lenin y Trotsky, degenerara en ese régimen en que no había (volvemos a Thorez) «ni dictadura del proletariado, ni Partido, ni Comité Central», en ese régimen que hizo posible el asesinato de «decenas de millares de comunistas honestos», la decapitación del Ejército Rojo, las deportaciones en masa, procesos como los de Moscú: La única explicación dada hasta el presente por Jruschov y sus colaboradores se resume en... «el culto a la personalidad», el endiosamiento de Stalin y otras cosas por el estilo. Esta explicación no tiene ningún valor sociológico y, desde luego, es absolutamente extraña al marxismo. Colocar el culto a la personalidad en el centro del fenómeno stalinista es hundirse en la historiografía reaccionaria. Marx, Engels, Lenin y Trotsky no negaron nunca el papel de la personalidad en la historia, pero jamás cayeron en el ridículo de explicar la historia a través de los rasgos personales, más o menos extraordinarios o anormales, de tal o cual dirigente famoso. La historia la hacen las fuerzas sociales en presencia. Pues bien, si esto es cierto, ¿cuáles eran las fuerzas sociales en presencia en 1920-1927 y cómo fué posible que se pasara de la democracia soviética (con restricciones, cierto) a la dictadura burocrática de Stalin?

#### LA CRITICA MARXISTA DEL STALINISMO

**J**RUSCHOV y sus «teóricos» no han dado todavía la menor respuesta satisfactoria a estas preguntas. ¿Por qué? Pues porque solamente puede darla el análisis marxista y porque ese análisis conduciría a la liquidación de lo que queda de la mitología stalinista y descubriría que la U.R.S.S. no es una sociedad que se encuentre a veinte años de distancia del comunismo, como nos asegura el «Programa» del XXII Congreso, sino una sociedad de transición del capitalismo al socialismo que ha sufrido terribles deformaciones, donde las tensiones sociales son todavía muy grandes y donde se ha constituido una casta parasitaria, la burocracia, que tiene privilegios enormes, dirige el Estado y la sociedad, y constituye un freno poderoso a la marcha hacia el socialismo. Ese análisis nos revelaría también que el «socialismo en un solo país» era y es una utopía, que el «comunismo en un solo país» que viene a sustituir a la vieja mitología es todavía más utópico, y que el porvenir y el destino de la U.R.S.S. están íntimamente ligados a la lucha de clases en la escala internacional y al ascenso de las fuerzas socialistas en el mundo entero.

Las explicaciones de Jruschov no han tranquilizado a nadie en el movimiento comunista. Ni siquiera a los que están acostumbrados desde hace treinta años a repetir mecánicamente las directivas del Kremlin y que glosan hoy las tesis de Jruschov con la misma docilidad con que ensalzaban ayer las tesis de Stalin. La lectura de los recientes discursos de Thorez, Togliatti y Carrillo, para no citar más que a los dirigentes de tres partidos comunistas de Europa Occidental, lo demuestra de un modo inequívoco. Pero la realidad es que tampoco han convencido a los militantes comunistas que no han hecho profesión de docilidad incondicional y eterna y que desean ser algo más que «robots» al servicio de un aparato genial e infalible por naturaleza, tanto cuando se repite como cuando se rectifica. Tal es el caso de ciertos militantes comunistas italianos y polacos, los cuales no sola-

## UN PROCESO IRREVERSIBLE

mente no se han limitado a pedir explicaciones más convincentes a Moscú, sino que han tratado de pensar por sí mismos y de orientarse en una situación que está resultando tan caótica como absurda.

No disponemos de informaciones concretas en lo que se refiere a la U.R.S.S. Mas los propios artículos de la prensa soviética ponen de manifiesto que en Rusia, al igual que en Polonia y en Italia, muchos militantes comunistas, y de un modo particular los que han sido víctimas directas de la política stalinista, reclaman un análisis científico del proceso de degeneración de la Revolución Rusa y una perspectiva para el futuro fundada en las conclusiones de semejante análisis.

Sin subestimar lo que pueda pasar en ciertos partidos comunistas del mundo capitalista, todo permite prever que los progresos decisivos en este dominio serán efectuados en la U.R.S.S. Las razones de ello son muy simples. Al fin y al cabo solamente en la U.R.S.S. se ha hecho una experiencia completa, total, de la dictadura stalinista. Por otra parte, los considerables progresos realizados en la U.R.S.S., el hecho de que exista allí el proletariado más fuerte y concentrado del mundo, la elevación constante del nivel material y cultural de las masas trabajadoras, las nuevas necesidades que crea el desarrollo de las fuerzas productivas y de la sociedad en su conjunto impondrán una ruptura radical con el pasado y la definición de una auténtica perspectiva socialista.

Estas razones son valederas también para explicar la actitud actual de Jruschov y sus colegas de tendencia. El XXII Congreso y las medidas que le han acompañado ponen de relieve que el corsé metálico del stalinismo ahogaba el desarrollo de las fuerzas productivas y no permitía, por tanto, marchar hacia adelante. Caeríamos de nuevo en la historiografía reaccionaria si atribuyéramos lo sucedido en los últimos años en la U.R.S.S. al «genio» o a la «audacia» de Jruschov, como dicen ahora algunos de los que hace algunos años cantaban frenéticamente el «genio» y la «audacia» de Stalin. El XX y el XXII Congresos han sido el resultado de un proceso molecular, de larga duración, que se fué gestando en tiempos de Stalin, en el que han intervenido activamente las masas trabajadoras rusas y, en vanguardia, una parte de la «élite» intelectual y de la juventud universitaria y obrera. Recientemente, una revista polaca de economía escribía que los «consejos de productores», organismos que funcionan desde hace algún tiempo en las fábricas de la U.R.S.S., formulan reivindicaciones cada vez más apremiantes y se plantean incluso el problema de la gestión de la economía. Los hechos de esta naturaleza son más frecuentes de lo que parece.

El «genio» de Jruschov ha consistido simplemente en colocarse, con un sector de la burocracia, al frente de este proceso con la intención de canalizarlo. Sin la menor duda, como ha dicho Deutscher, Jruschov no es más que un intermedio. La aceleración del proceso, su orientación definitiva, dependerán de la presión de las masas soviéticas, de la marcha de la Revolución colonial y de la evolución de la lucha de clases y del movimiento obrero en las grandes potencias capitalistas.

Lo único evidente es que los trabajadores de la U.R.S.S. desean la liquidación del stalinismo en todos sus aspectos y el retorno a la tradición revolucionaria de Octubre. Pues bien, ello implica que la dictadura de la burocracia, que ahora se cubre con el «Estado de todo el pueblo» (fórmula que recuerda la de Lasalle, tan criticada por Marx) sea reemplazada por la democracia socialista, que se restablezca la democracia real en el Partido, en los Soviets y en los Sindicatos, que se asegure la libre expresión

de todas las tendencias socialistas, que se supriman los privilegios escandalosos de ciertas categorías sociales y que la gestión de la economía y del Estado pase al fin a manos de los trabajadores.

### EL XXII CONGRESO Y EL MOVIMIENTO COMUNISTA MUNDIAL

**D**ESDE que dejó de existir la Internacional Comunista —liquidada por Stalin para complacer a sus aliados capitalistas durante la guerra mundial—, los congresos del P.C. de la U.R.S.S. marcan la pauta y la línea a seguir al movimiento comunista internacional. Así fué en el XX Congreso y así ha sido en el XXII. Después del XX Congreso, por vez primera en la historia del movimiento comunista, en diversos partidos hubo fuertes resistencias a la aplicación de la nueva línea. Los viejos burócratas curtidos y anquilosados en las lides del stalinismo temieron que la «desestalinización» les creara problemas insolubles. Mas, con el tiempo, casi todos encontraron la línea de resistencia que les permitió capear el gran temporal. Después del XXII Congreso, las cosas han resultado mucho menos simples.

El conflicto Moscú-Pekín, que sería absurdo reducir a divergencias en lo que respecta a la interpretación del período stalinista y que responde en el fondo a problemas derivados de las relaciones entre las burocracias rusa y china y a la orientación de la política exterior del «campo socialista» con respecto al capitalismo y al movimiento de emancipación colonial, estalló públicamente en la tribuna del XXII Congreso a propósito del caso albanés. El ataque de Jruschov contra el régimen anacrónico y reaccionario de Albania no fué aprobado por Chu En Lai. A partir de entonces se produjo una primera polarización de los partidos comunistas. La mayoría sostuvo con más o menos calor las tesis de Jruschov y una minoría se colocó al lado de Pekín. Desde entonces, la lucha entre Pekín y Moscú se desarrolla a través de Albania. Los motivos reales de esta lucha no han sido netamente aclarados todavía. Sin embargo, es dudoso que los comunistas chinos, que no pueden olvidar el papel que Stalin jugó en su país tanto en 1927 como en 1945 y en 1949, se batan bajo la bandera de las concepciones stalinistas y contra la «desestalinización».

Lo más importante por el momento es que el monolitismo del movimiento comunista mundial ha pasado a la historia. Pekín constituye ahora un «centro» de reagrupamiento. Y entre los partidos situados más o menos a gusto en la órbita de Moscú han aparecido serias divergencias. En unos (Francia y España por ejemplo), la dirección ha ahogado toda crítica que pudiera poner en litigio su posición dominante y ha buscado la línea de resistencia más cómoda y menos comprometedora. Thorez ha reconocido y lamentado los crímenes de Stalin, se ha presentado como precursor de las nuevas ideas de Jruschov (vía pacífica, etc.) y hasta ha llegado a colocar la crítica de Trotsky en el terreno en que estaba en 1927. Todo ello sin introducir la menor reforma en su partido. Pasionaria y Carrillo han tratado de situarse en la «línea» de Thorez, aunque con una ligera variante sumamente curiosa; para éstos hay dos clases de crímenes de Stalin: los «crímenes» que denunciaban «la burguesía y los trotskistas» y los que denuncian ahora ellos, los últimos sin comillas. De todas maneras, el malestar en el P.C. español es mucho más fuerte que en el francés y Carrillo ha tenido que recurrir a la «teoría» y a las grandes perspectivas finales para calmarlo.



En el Partido Comunista polaco, la situación es completamente distinta. Gomulka, que conoció las prisiones de Stalin y que se elevó al poder escalando la cresta de la ola revolucionaria de 1956, no puede decir, como Thorez o Carrillo, que ignoraba lo que pasó en la época stalinista. Por lo demás, varios dirigentes polacos han planteado el problema de que se facilite un análisis más serio de la experiencia stalinista. En el Partido Comunista italiano, la situación es infinitamente más interesante. El monolitismo ha volado en mil pedazos. El mito de Togliatti, presentado por los progresistas y los pequeño-burgueses como un «comunista inteligente y hábil» en oposición a Thorez, ha sido destruido en el breve espacio de unos días. El Comité Central italiano, no ha vacilado en reconocer «que no se puede agotar la cuestión con la simple denuncia de las cualidades negativas y de los errores de Stalin, a la cual se añade seguidamente el reconocimiento de sus méritos inigualables. La cuestión es mucho más vasta y compleja y plantea sobre todo el problema de saber cómo ha sido posible que, en el curso de la obra de construcción de una sociedad socialista, hayan podido darse tales errores y deformaciones y cómo se puede garantizar que no se producirán más. Para responder a esta cuestión habrá que ir más al fondo, orientar la búsqueda hacia las condiciones objetivas y hacia los procesos objetivos de la construcción de la primera sociedad socialista en un país como Rusia».

Esta posición va acompañada del reconocimiento de diversos errores, enumerados explícitamente, y de toda una serie de consideraciones sobre las garantías que debe ofrecer la democracia socialista y sobre la necesidad de que el Partido Comunista italiano tenga una política autónoma. Ahora bien, semejante resolución no da una idea justa de la polarización de tendencias que ha revelado la discusión en dicho partido. El análisis científico, marxista, de la trágica experiencia stalinista lleva fatalmente a «La Revolución traicionada» de León Trotsky, la obra más interesante y completa sobre el problema escrita hasta nuestros días (lo cual no quiere decir que todo cuanto dijo Trotsky sobre el particular sea indiscutible). Pues bien, eso es lo que han hecho los jóvenes comunistas italianos. En el número 44 de «Nuova Generazione», un redactor ha escrito: «Es, pues, claro que no se llegará a una solución borrando de un solo golpe el nombre de Stalin y tratando, por otra parte, de mantener el aparato teórico del stalinismo, sino analizando a fondo la política staliniana y reconociendo lo que subsiste todavía y frena una expresión completa de la política revolucionaria del movimiento obrero». En otro número de dicho periódico se dice también: «Solamente una lucha de ideas constante, que debía realizarse en un clima de respeto completo de las minorías, podía impedir la cristalización del poder de la burocracia y dar a la clase obrera, invitada constantemente, como en el curso de los primeros años, a participar en los debates políticos, la fuerza de presión capaz de hacer contrapeso a la burocracia y de evitar que ésta se apartara de la realidad del país... Si semejante análisis conduce a las comprobaciones mencionadas, la referencia a Trotsky es inevitable, puesto que éste había justamente visto en la liquidación de las oposiciones las raíces de la degeneración ulterior».

Se habla hoy del «comunismo chino», del «comunismo francés», del «comunismo español», partiendo de categorías geográficas. Pero ya no se puede hablar del «comunismo italiano» por la sencilla razón de que en el P.C. de Italia hay varias tendencias que discuten y polemizan abiertamente, públicamente. El hecho reviste una importancia extraordinaria y pone de relieve que hemos entrado, lo quieran o no los que, como

Carrillo o Thorez desean conservar «todo el aparato ideológico del stalinismo», así como los escandalosos métodos de éste, en una nueva etapa.

## EL XXII CONGRESO Y EL STALINISMO ESPAÑOL

La nueva situación creada en el Partido Comunista italiano ha causado un profundo disgusto entre todos los dirigentes stalinistas que se resisten a modificar sus métodos y sus hábitos. El caso más significativo al respecto es el de los dirigentes stalinistas del Partido Comunista de España. Estos, que no han publicado todavía el discurso de Jruschov en la sesión de clausura del XXII Congreso, ni ninguno de los documentos fundamentales de dicho comicio, se encuentran en una situación particularmente apurada y difícil. Para comprenderlo basta con leer el extenso informe que Santiago Carrillo pronunció en la reunión del Comité Central del Partido Comunista de España celebrada en diciembre último.

Los apuros de Pasionaria y Carrillo se explican perfectamente. Después de la U.R.S.S., España fué el primer país que sufrió una experiencia stalinista relativamente completa. Entre mayo de 1937 y febrero de 1939, los representantes de Stalin hicieron en nuestro país un ensayo de «democracia popular». La experiencia no fué tan completa ni tan dilatada como la rusa. Pero lo cierto es que en España se dieron casi todos los fenómenos típicos de la dominación stalinista: control del aparato del Estado, domesticación de ciertos socialistas y republicanos, infiltración en varias organizaciones obreras, campañas de calumnias, procesos y represión contra las tendencias revolucionarias del movimiento obrero (P.O.U.M., anarcosindicalistas y socialistas de izquierda) y, por añadidura, destrucción de las conquistas de la Revolución en nombre de la «defensa de la República democrática y parlamentaria», es decir, del Estado burgués en una época revolucionaria.

Jesús Hernández, que fué durante la guerra civil miembro del Buró Político del Partido Comunista de España y ministro de Instrucción Pública, ha contado en qué condiciones se produjo la caída de Largo Caballero y la instauración del régimen de Negrín. El ha referido también cómo actuaban los agentes de Stalin en España y cómo se organizó la represión contra el P.O.U.M. y el asesinato de Andrés Nin, colaborador de Lenin y Trotsky en los primeros años de la Revolución Rusa y secretario político de dicho partido. Pasionaria y Carrillo, que eran entonces dirigentes del P.C., saben perfectamente todo lo que sucedió en España en aquella época, qué papel jugaron los agentes de Stalin, como asimismo que casi todos los técnicos diplomáticos y militares rusos enviados a nuestro país fueron fusilados después en la U.R.S.S., comenzando por Rosemberg, embajador en Valencia, y por Antonov Ovsenko, cónsul en Barcelona, rehabilitado a título póstumo en el XX Congreso.

Una denuncia efectiva del stalinismo y de sus métodos implicaría para Pasionaria y Carrillo abrir el expediente de España y efectuar una auto-crítica real, no esas que practican por compromiso y que jamás quebrantan su posición. Como eso equivaldría a cavar su propia tumba, Pasionaria y Carrillo operan como Thorez y Togliatti, es decir, minimizan la importancia del XXII Congreso, dicen que ignoraban lo que sucedía en la U.R.S.S. en los tiempos de Stalin (¡ellos que vivieron precisamente allí durante largos años!) y consideran, en fin de cuentas, que apenas tienen nada que rectificar, ya que desde hace mucho tiempo luchaban contra el culto a la personalidad en el partido español...

## UN PROCESO IRREVERSIBLE

Naturalmente, Pasionaria y Carrillo, que no pueden ocultar que el XXII Congreso ha suscitado toda suerte de problemas en el seno del P.C. español y que «no pocos amigos de los comunistas y algunos camaradas» se formulan las preguntas que se hacen actualmente en todas partes los militantes comunistas que repudian el stalinismo, recurren al viejo ardid de que es preciso procurar que el franquismo no explote los crímenes del stalinismo, ardid que les sirve a la vez para justificar su actitud durante la Revolución Española. Sin embargo, este viejo ardid no servirá ahora de gran cosa. Jruschov no vaciló en denunciar los crímenes de Stalin en una situación internacional particularmente tensa, en plena crisis de Berlín, cuando el peligro de guerra era realmente grave. Y, la verdad, ello no debilitó su posición frente a Washington. Por lo demás, el mejor recurso para que el franquismo no explote ciertas cosas es no incurrir en ellas... o condenarlas de un modo implacable y definitivo.

Las explicaciones que han dado hasta el presente Pasionaria y Carrillo son notoriamente insuficientes y no responden en absoluto a los anhelos de los militantes comunistas españoles, en particular de los viejos, que conocieron otro partido, de los que viven en la U.R.S.S. y en las «democracias populares», y que por tanto han hecho una experiencia directa del stalinismo, y de los jóvenes, que no se han rebelado contra el franquismo para caer en una «ideología» y unas prácticas obscurantistas que no tienen nada que ver con el comunismo. Hay que esperar que el ejemplo de la joven generación rusa, que se levanta contra todas las supervivencias del pasado stalinista, y el de los jóvenes comunistas italianos, que fustigan sin piedad el anacrónico dogmatismo stalinista, incite a los jóvenes comunistas españoles a rechazar todo un pasado nefasto y sangriento y a plantearse en términos nuevos y sanos el problema de la lucha por la Revolución Socialista en España.

En su discurso ante el C.C. del Partido Comunista de España, Carrillo dijo que los comunistas se niegan a que se les coloque en el banquillo de los acusados. Esta frase revela un curioso estado de espíritu sobre el cual no queremos extendernos... Nos limitaremos a decir simplemente que los que están actualmente en el banquillo de los acusados, lo quieran o no, son el stalinismo, sus jefes, sus «teorizantes», sus verdugos, sus cómplices y sus encubridores. Ese banquillo lo ha levantado la Historia. Trotsky y los «trotskistas» se limitaron a prever el proceso y su conclusión final. Sí, ha llegado la hora de rendir cuentas ante el movimiento obrero internacional y ante los militantes comunistas que, como es natural, se sienten cruelmente humillados y burlados. Y cuanto más pronto se acabe el proceso, mejor será para la causa del socialismo. Que Pasionaria y Carrillo escojan su sitio. No está muy lejos de los que ocupan ya Molotov, Malenkov, Rakosi y demás.

## UNA PERSPECTIVA GRANDIOSA

Las repercusiones del XXII Congreso del P.C. de la U.R.S.S. han sido ya inmensas. Pero el proceso de liquidación del stalinismo, que es un proceso irreversible, seguirá su curso en la U.R.S.S. y en el mundo entero. En la U.R.S.S. se han operado ya cambios considerables que hay que saludar sin vacilaciones. La situación de las masas trabajadoras ha mejorado, mejora y mejorará. La nueva generación se muestra cada día más exigente y es perfectamente consciente de lo que significa la burocracia y de los obstáculos que se levantan en la marcha hacia el socialismo. Cierto, las viejas oposiciones fueron destruidas por el terror stalinista. Sin embargo

la tradición revolucionaria rusa y las duras realidades de la situación en la U.R.S.S. y en el mundo acelerarán el proceso inevitable de renovación, facilitando así la aparición de los auténticos constructores del porvenir.

La crisis actual del movimiento comunista internacional es enormemente positiva. Por primera vez desde hace muchos años, los militantes comunistas se ven obligados realmente a pensar, a discutir, a someter a un análisis crítico las explicaciones que les dan sus dirigentes. Y éstos no pueden, sin perder su crédito y caer en el ridículo, limitarse a repetir mecánicamente los tópicos del pasado. La «estabilización» que esperan algunos de ellos no se producirá o será de breve duración. El proceso que se desarrolla en la U.R.S.S., las divergencias en el «campo socialista», la extensión de la Revolución colonial, la revolución latinoamericana en marcha, las próximas revoluciones de España y Portugal y sus consecuencias en el movimiento obrero europeo y la decadencia general del imperialismo suscitarán problemas formidables, destruirán las concepciones artificiales y episódicas y crearán las condiciones de un ascenso sin precedentes de las fuerzas del socialismo en el mundo. La liquidación del stalinismo será un verdadero desastre para el capitalismo y creará las condiciones del renacimiento del movimiento obrero.

Wilebaldo SOLANO.

Enero de 1962.

Para comprender el proceso a que asistimos en la U.R.S.S. y en el movimiento comunista mundial hay que leer los siguientes libros:

**LEON TROTSKY**

«La Révolution trahie» (Ed. Quatrième Internationale)

«Les crimes de Staline» (Ed. Grasset)

**VICTOR SERGE**

«Destin d'une Révolution» (Ed. Grasset)

«Mémoires d'un révolutionnaire» (Ed. du Seuil)

«Les Bolcheviks contre Staline» (1823-1928) (Ed. Quatrième Internationale)

(«Cours Nouveau», por León Trotsky — «La plateforme de l'Opposition de Gauche» — «Les dangers professionnels du pouvoir», por Christian Rakovsky)

## ¿ Por qué venció Stalin ?

Por LEON TROTSKY

*Los jóvenes comunistas italianos han abierto recientemente un debate sobre la personalidad y la obra de León Trotsky. Después del XXII congreso del Partido Comunista de la U.R.S.S., los dirigentes stalinistas de todos los países, desde Thorez hasta Kadar, pasando por Santiago Carrillo, se ven obligados a dar explicaciones sobre las concepciones del gran revolucionario. Los editores comienzan a reeditar las obras del fundador del Ejército Rojo. Un dirigente comunista italiano, Pajetta, ha dado como segura la «rehabilitación penal» de Trotsky...*

*La Historia se ha tomado su gran desquite. Stalin es hoy un motivo de horror casi general. Mientras palidace y se desploma la estrella del «jefe genial de los trabajadores del mundo entero», la estrella de Trotsky, el gran vencido de ayer, brilla con un nuevo fulgor en el firmamento político de nuestros días.*

*Ha sonado la hora de colocar a Trotsky en el lugar que le corresponde. Para ello, nada mejor que dar a conocer su obra, una de las más importantes del pensamiento marxista. Y eso es lo que nos prometemos hacer en la medida de nuestras posibilidades. Por el momento, nos limitamos a publicar un capítulo de «La Revolución traicionada», el libro en el que Trotsky hizo un análisis marxista de la degeneración de la Revolución rusa y del nacimiento del stalinismo.*

**E**L historiador de la U.R.S.S. tendrá que reconocer que, en los grandes problemas, la política de la burocracia dirigente ha sido contradictoria y compuesta de una serie de zig zags. Explicar o justificar estos zig zags por el «cambio de circunstancias» es algo visiblemente inconsistente. En cierto modo, cuando menos, gobernar es prever. La fracción Stalin no ha previsto en absoluto los inevitables resultados del desarrollo que persigue; ha reaccionado con reflejos administrativos, creando posteriormente a los hechos una teoría de sus cambios de opinión, sin preocuparse de lo que proclamaba la vispera. Los hechos y los documentos indiscutibles también obligarán al historiador a aceptar que la «Oposición de izquierda» analizó de una manera infinitamente más justa las evoluciones que se desarrollaban en el país y que previó mucho mejor su curso posterior.

A primera vista, esta afirmación parece contradictoria por el simple hecho de que la fracción del partido menos capaz de prever alcanzó incesantes victorias, en tanto que el grupo más perspicaz fué de derrota en derrota. Esta objeción que se presenta espontáneamente al espíritu, sólo es convincente para el que, aplicando a la política el pensamiento racionalista, no ve en ella más que un debate lógico o una partida de ajedrez. Pero, en el fondo, la lucha política es la de los intereses y de las fuerzas no la de los argumentos. Las cualidades de los que dirigen no son indiferentes para el resultado de los combates, pero no constituyen el factor único y decisivo. Por lo demás, los campos adversos exigen jefes hechos a su imagen.

Si la revolución de Febrero llevó al poder a Kerenski y a Tsereteli, no fué porque éstos fueran «más inteligentes» o «más hábiles» que la camarilla gobernante del Zar, sino porque representaban, cuando menos temporalmente, a las masas populares levantadas contra el antiguo régimen. Si Kerenski pudo lanzar a Lenin a la ilegalidad y encarcelar a otros líderes bolcheviques, no se debió a que sus cualidades personales le hubiesen dado la superioridad sobre ellos, sino a que la mayoría de los obreros y los soldados aún seguían en esos días a la pequeña burguesía patriota. La «superioridad» personal de Kerenski, si esta palabra no está mal empleada aquí, consistía, precisamente, en no ver más lejos que la gran mayoría. A su vez, los bolcheviques no vencieron a la democracia pequeño burguesa por la superioridad de sus jefes, sino gracias a un reagrupamiento de las fuerzas, cuando el proletariado consiguió por fin arrastrar al campesino descontento contra la burguesía.

La continuidad de las etapas de la Gran Revolución Francesa, tanto en su época ascendente como en su declinación, muestra de una manera indiscutible que la fuerza de los «jefes» y de los «héroes» consistía, sobre todo, en su concordancia con el carácter de las clases y de las capas sociales que los apoyaban; sólo esta correspondencia, y no superioridades absolutas, permitió a cada uno de ellos marcar con su personalidad cierto período histórico. Hay en la sucesión en el poder de los Mirabeau, Brissot, Robespierre, Barras, Bonaparte, una legítima objetividad infinitamente más poderosa que los rasgos particulares de los protagonistas históricos mismos.

Se sabe suficientemente que hasta ahora todas las revoluciones han suscitado reacciones y aun contrarrevoluciones posteriores que, por lo demás, nunca han logrado que la nación vuelva a su primitivo punto de partida, aunque siempre se han adueñado de la parte del león en el reparto de las conquistas. Por regla general, los pioneros, los iniciadores, los conductores que se encontraban a la cabeza de las masas durante el primer período, son las víctimas de la primera corriente de reacción, mientras que surgen al primer plano hombres del segundo, unidos a los antiguos enemigos de la revolución. Los duelos dramáticos de los primeros actores en la escena política ocultan derrumbes en las relaciones entre las clases y, lo que no es menos importante, profundos cambios en la psicología de las masas. todavía revolucionarias la víspera...

Respondiendo a numerosos camaradas que se preguntaban con asombro qué había sido de la actividad del partido bolchevique y de la clase obrera, de su iniciativa revolucionaria, de su orgullo plebeyo, y cómo habían surgido, en lugar de estas cualidades, tanta villanía, cobardía, pusilanimidad y arribismo, —Rakovski evocaba las peripecias de la Revolución Francesa del Siglo XVIII y el ejemplo de Babœuf, cuando al salir de la prisión de

## ¿POR QUE VENCIO STALIN?

la Abadía se preguntaba también con estupor qué había pasado con el pueblo heroico de los arrabales de París. La revolución es una gran devoradora de energías individuales y colectivas; los nervios no la resisten, las conciencias se doblan, los caracteres se gastan. Los acontecimientos marchan con demasiada rapidez para que el aflujo de fuerzas nuevas pueda compensar las pérdidas. El hambre, la desocupación, la pérdida de los cuadros de la revolución, la eliminación de las masas de los puestos dirigentes, habían provocado tal anemia física y moral en los arrabales que se necesitaron más de treinta años para que se rehicieran.

La afirmación axiomática de los publicistas soviéticos de que las leyes de las revoluciones burguesas son «inaplicables» a la revolución proletaria, está completamente desprovista de contenido científico. El carácter proletario de la Revolución de Octubre resultó de la situación mundial y de cierta relación entre las fuerzas en el interior. Pero las clases mismas que se habían formado, en Rusia, en el seno de la barbarie zarista y de un capitalismo atrasado, no se habían preparado especialmente para la revolución socialista. Antes al contrario, justamente porque el proletariado ruso, todavía atrasado en muchos aspectos, dió en unos meses el salto, sin precedentes en la historia, desde una monarquía semi-feudal hasta la dictadura socialista, la reacción tenía ineludiblemente que hacer valer sus derechos en las propias filas revolucionarias. La reacción creció durante el curso de las guerras que siguieron; las condiciones exteriores y los acontecimientos la nutrieron sin cesar. Una intervención sucedía a la otra; los países de Occidente no prestaban ayuda directa; y en lugar del bienestar esperado, el país vió que la miseria se instalaba en él por mucho tiempo. Los representantes más notables de la clase obrera habían perecido en la guerra civil o, al elevarse unos grados, se habían separado de las masas. Así sobrevino, después de una tensión prodigiosa de las fuerzas, de las esperanzas, de las ilusiones, un largo período de fatiga, de depresión y de desilusión. El reflujó del «orgullo plebeyo» tuvo por consecuencia un aflujo de arribismo y de pusilanimidad. Estas mareas llevaron al poder a una nueva capa de dirigentes.

La desmovilización de un ejército rojo de cinco millones de hombres debía desempeñar en la formación de la burocracia un papel considerable. Los comandantes victoriosos tomaron los puestos importantes en los soviets locales, en la producción, en las escuelas, y a todas partes llevaron obstinadamente el régimen que les había hecho ganar la guerra civil. Las masas fueron eliminadas poco a poco de la participación efectiva en el poder.

La reacción en el seno del proletariado hizo nacer grandes esperanzas y gran seguridad en la pequeña burguesía de las ciudades y del campo, que, llamada por la N.E.P. a una vida nueva, se hacía cada vez más audaz. La joven burocracia, formada primitivamente con el fin de servir al proletariado, se sintió el árbitro entre las clases, adquirió una autonomía creciente.

La situación internacional obraba poderosamente en el mismo sentido. La burocracia soviética adquiría más seguridad a medida que las derrotas de la clase obrera internacional eran más terribles. Entre estos dos hechos, la relación no es solamente cronológica; es causal; y lo es en los dos sentidos: la dirección burocrática del movimiento contribuía a las derrotas; las derrotas afianzaban a la burocracia. La derrota de la insurrección búlgara y la retirada sin gloria de los obreros alemanes en 1923; el fracaso de una tentativa de sublevación en Estonia, en 1924; la pérdida

liquidación de la huelga general en Inglaterra y la conducta indigna de los comunistas polacos durante el golpe de fuerza de Pilsudski, en 1926; la espantosa derrota de la revolución china, en 1927; las derrotas más graves aún que siguieron en Alemania y en Austria, son las catástrofes mundiales que arruinaron la confianza de las masas en la revolución mundial y permitieron a la burocracia soviética elevarse cada vez más alta, como un faro que indicase el camino de la salud.

A propósito de las causas de las derrotas del proletariado mundial durante los últimos trece años, el autor se ve obligado a referirse a sus obras anteriores, en las que ha tratado de poner de relieve el papel funesto de los dirigentes conservadores del Kremlin en el movimiento revolucionario de todos los países. Lo que aquí nos interesa sobre todo es el hecho edificante e indiscutible de que las continuas derrotas de la revolución en Europa y Asia, al mismo tiempo que debilitan la situación internacional de la U.R.S.S., han afianzado extraordinariamente a la burocracia soviética. Dos fechas son memorables, sobre todo, en esta serie histórica. En la segunda mitad del año 1923, la atención de los obreros soviéticos se concentró apasionadamente en Alemania, en donde el proletariado parecía tender la mano hacia el poder; la retirada pánica del Partido Comunista alemán fué una penosa decepción para las masas obreras de la U.R.S.S. La burocracia soviética desencadenó inmediatamente una campaña contra la «revolución permanente» e hizo sufrir a la Oposición de izquierda su primera cruel derrota. En 1926-27, la población de la U.R.S.S. tuvo un nuevo aflujo de esperanza; esta vez, todas las miradas se dirigieron hacia Oriente, en donde se desarrollaba el drama de la revolución china. La Oposición de izquierda se rehizo de sus reveses y reclutó nuevos militantes. A fines de 1927, la revolución china fué torpedeada por el verdugo Chiang Kai Shek, al que los dirigentes de la Internacional Comunista habían entregado, literalmente, los obreros y campesinos chinos. Una fría corriente de desencanto pasó sobre las masas de la U.R.S.S. Después de una campaña frenética en la prensa y en las reuniones, la burocracia decidió, por fin, arrestar en masa a los opositores (1928).

Decenas de millares de militantes revolucionarios se habían agrupado bajo la bandera de los bolcheviques-leninistas. Los obreros miraban a la Oposición con una simpatía evidente. Pero era una simpatía pasiva, pues ya no creían poder modificar la situación por medio de la lucha. En cambio, la burocracia afirmaba que «la Oposición se prepara a lanzarnos a una guerra revolucionaria por la revolución internacional. ¡Basta de trastornos! Hemos ganado un descanso. Construiremos en nuestro país la sociedad socialista. Contad con nosotros, que somos vuestros jefes». Esta propaganda del reposo, cimentando el bloque de los funcionarios y de los militares, encontraba indudablemente un eco en los obreros fatigados y, más aún, en las masas campesinas que se preguntaban si la Oposición no estaría realmente dispuesta a sacrificar los intereses de la U.R.S.S. por la «revolución permanente». Los intereses vitales de la U.R.S.S. estaban realmente en juego. En diez años, la falsa política de la Internacional Comunista había asegurado la victoria de Hitler en Alemania, es decir, un grave peligro de guerra en el Oeste; una política no menos falsa fortificaba al imperialismo japonés y aumentaba hasta el último grado el peligro en Oriente. Pero los periodos de reacción se caracterizan, sobre todo, por la falta de valor intelectual.

La Oposición se encontró aislada. La burocracia se aprovechaba de la situación. Explotando la confusión y la pasividad de los trabajadores, lan-



## ¿POR QUE VENCIO STALIN?

zando a los más atrasados contra los más avanzados, apoyándose siempre y con más audacia en el kulak y, de manera general, en la pequeña burguesía, la burocracia logró triunfar en unos cuantos años sobre la vanguardia revolucionaria del proletariado.

Sería ingenuo creer que Stalin, desconocido de las masas, surgió repentinamente de entre bastidores armado de un plan estratégico completamente elaborado. No. Antes de que él hubiera previsto su camino, la burocracia lo había adivinado; Stalin le daba todas las garantías deseables: el prestigio del viejo bolchevique, un carácter firme, un espíritu estrecho, una relación constante con las oficinas, única fuente de su influencia personal. Al principio, Stalin se sorprendió de su propio éxito. Era la aprobación unánime de una nueva capa dirigente que trataba de libertarse de los viejos principios, así como del control de las masas, y que necesitaba un árbitro seguro en sus asuntos interiores. Figura de segundo plano ante las masas y ante la revolución, Stalin se reveló como el jefe indiscutido de la burocracia termidoriana, el primero entre los termidorianos.

Se vió bien pronto que la nueva capa dirigente tenía sus ideas propias, sus sentimientos y, lo que es más importante, sus intereses. La gran mayoría de los burócratas de la generación actual, durante la Revolución de Octubre estuvieron del otro lado de la barricada (es el caso, para no hablar más que de los diplomáticos soviéticos, de Troyanovski, Mayski, Potemkin, Suritz, Khinchuk y otros...) o, en el mejor de los casos, alejados de la lucha. Los burócratas actuales, que en los días de Octubre estuvieron con los bolcheviques no desempeñaron, en su mayor parte, ningún papel. En cuanto a los jóvenes burócratas, han sido formados y seleccionados por los viejos, frecuentemente elegidos entre su propia progenie. Estos hombres no hubieran sido capaces de hacer la Revolución de Octubre; pero han sido los mejor adaptados para explotarla.

Naturalmente que los factores individuales han tenido alguna influencia en esta sucesión de capítulos históricos. Es cierto que la enfermedad y la muerte de Lenin precipitaron el desenlace. Si Lenin hubiera vivido más tiempo, el avance de la potencia burocrática hubiese sido más lento, cuando menos en los primeros años. Pero desde 1926, Krupskaya decía a los opositores de izquierda: «Si Lenin viviera, estaría seguramente en la cárcel». Las previsiones y los temores de Lenin estaban aún frescos en su memoria y no se hacía ilusiones sobre su fuerza real frente a los vientos y a las corrientes contrarios de la historia.

La burocracia no sólo ha vencido a la Oposición de izquierda; ha vencido también al partido bolchevique. Ha vencido al programa de Lenin, que veía el principal peligro en la transformación de los órganos del Estado, «de servidores de la sociedad, en amos de ella». Ha vencido a todos sus adversarios —la Oposición, el partido de Lenin—, no por medio de argumentos y de ideas, sino aplastándolo bajo su propio peso social. El último vagón fué más pesado que la cabeza de la revolución. Tal es la explicación del termidor soviético.

León TROTSKY.

Septiembre de 1936.

## El caso Kirov : un año de terror (1935)

Por VICTOR SERGE

*Victor Serge, hijo de revolucionarios rusos emigrados, nació en Bélgica el 30 de diciembre de 1890. Militó en las organizaciones obreras de Bélgica, Francia, España, Alemania, Austria y Rusia. Tomó parte en el movimiento revolucionario de 1917, en Barcelona, al lado de Salvador Seguí, en la defensa de Petrogrado (1919), en la Revolución alemana de 1923, en las luchas de la oposición trotskista en la U.R.S.S. (1924-1936). Pasó más de diez años en las prisiones y los campos de deportación. Fué exilado de la U.R.S.S. y privado de la nacionalidad soviética en 1936. Durante la Revolución Española militó en las filas del P.O.U.M. Murió en México en 1949.*

*Victor Serge fué un escritor de talento; consagró una buena parte de su obra a la Revolución rusa y al proceso de degeneración stalinista. Su defensa incansable de los escritores revolucionarios rusos perseguidos y asesinados por Stalin cobra hoy un relieve extraordinario. Sus principales obras son: «El año I de la Revolución rusa», «Destino de una Revolución», «De Lenin a Stalin», «El caso Tulaev», «Nacimiento de nuestra fuerza», «Los hombres en la cárcel», «Retrato de Stalin». Muchas de ellas presentan un valor excepcional en las circunstancias actuales.*

**A** FINES de 1934 se produjo una tregua en política interior. La política exterior hacía grandemente deseable esa tregua. Los ofrecimientos de frente único hechos a los socialistas de Occidente no podían razonablemente ir acompañados de la continuación de las persecuciones políticas en el país. La U.R.S.S. podía tratar de pasar por un Estado avanzado, civilizado, en contraste con la Alemania hitleriana, donde caían cabezas de militantes comunistas, se quemaban libros en las plazas públicas, donde los judíos, los intelectuales, los socialistas y los comunistas iban a parar a los campos de concentración e Hitler hacía asesinar el 30 de junio de 1934 a sus propios compañeros de armas. Pero, por hábil que sea en la maniobra, la burocracia no es ni completamente dueña de sí misma ni capaz de dominar las fuerzas que suscita contra ella. Su mentalidad realista, egoísta, militar y administrativa, desprovista de escrúpulos, le hace ignorar los valores morales, que de todos modos poseen una cierta realidad. En ausencia de todo control, llega lejos en sus abusos. A falta de todo contacto con las masas más bien hostiles, es propensa al pánico.

## EL CASO KIROV: UN AÑO DE TERROR (1935)

En vísperas de la supresión de las cartas de racionamiento del pan, el representante del Buró Político en Leningrado, Kirov, hombre de confianza de Stalin, cae abatido de un disparo en la nuca —fusilado— por un comunista, Leonid Nicolaev. Hecho sin precedente: uno de los jefes reconocidos del Partido muere a manos de un miembro de éste. Quizá hubiera sido más sensato considerar dicho atentado como el acto de un desesperado o de un loco (es muy posible que lo fuera realmente; todo es oscuridad en esta tragedia; oscuridad, provocación policiaca, mentiras, asesinato). El gobierno prefirió darle un relieve odioso confiriéndole el carácter de una acción política. Seguramente convencida en su fuero interno de que a los ojos de sus adversarios bolcheviques, fundadores del Partido y combatientes de Octubre que seguían perteneciendo al Partido, merecía la muerte, la burocracia acusó a toda una tendencia y la ocasión le pareció buena para deshacerse de ella.

Sigamos los acontecimientos. El 1.º de diciembre, día del atentado, aparece un decreto del Comité Ejecutivo Central de los Soviets modificando el procedimiento penal y prescribiendo la instrucción en un período de diez días de los asuntos de terrorismo, trasladándolos inmediatamente a los tribunales militares, que juzgaban a puerta cerrada y sin admitir la actuación de defensores. Las sentencias de muerte deberán ser ejecutadas inmediatamente después de pronunciado el veredicto. Más expeditivo y más duro que muchos déspotas, el Ejecutivo renuncia a su derecho de indulto.

El 2 y el 3 de diciembre, detención de todos los jóvenes comunistas relacionados con Nicolaev. Revocación de los jefes de la G.P.U. de Leningrado, Medviedev, Fomin y otros. (Más tarde se les condenará a penas severas por no haber impedido el atentado cuya preparación conocían. Los considerandos de esta sentencia registran la provocación policiaca.) El mismo día se descubre la existencia en las prisiones de Leningrado, Moscú, Minsk y otros centros de más de cien personas acusadas de terrorismo y detenidas antes del atentado de Nicolaev, sin que al parecer hubieran cometido ningún atentado, la mayoría detenidas por haber entrado ilegalmente en la U.R.S.S. Gracias a la aplicación retroactiva del decreto de la víspera, 114 personas van a ser condenadas e inmediatamente ejecutadas los días 5, 10 y 11 de diciembre.

Los inocentes son fusilados, pero frente al culpable Nicolaev la ley que acaba de ser promulgada y que fija en diez días la duración de la instrucción resulta violada. Diez días no bastan para hacer que Nicolaev y sus co-acusados digan lo que se quiere que digan. La instrucción se prolonga hasta el 20 de diciembre.

El 16 de diciembre, detención en Moscú de quince antiguos líderes de la oposición de Leningrado, reintegrados al Partido tras varias abjuraciones. Entre ellos, el miembro más antiguo del Comité Central de tiempos de Lenin, antiguo presidente del Soviet de Leningrado y de la Internacional Comunista, Zinoviev; y el legatario de las obras de Lenin, antiguo presidente del Soviet de Moscú, Kamenev. Ambos han pertenecido junto con Stalin al triunvirato dirigente que expulsó a Trotsky del poder. Un comunicado oficial anuncia que «no estando demostrada su complicidad en el atentado, serán deportados».

El 30 de diciembre, proceso secreto, condena y ejecución de catorce jóvenes comunistas de Leningrado. Según el comunicado oficial, han confesado haber formado un grupo de oposición de la tendencia Zinoviev; dos

de ellos, que conocían las intenciones de Nicolaev, habrían confesado que le secundaron en su empresa. Todos son antiguos militantes activos de las Juventudes Comunistas.

En diciembre y enero, en la U.R.S.S. entera, de 2.000 a 3.000 miembros del Partido que en otros tiempos pertenecieron a la tendencia Zinoviev son detenidos.

El 18 de enero, Zinoviev, Kamenev, Evdokimov, Safarov, Feodorov, Guertik, Bakaev y varios de sus camaradas son condenados, por haber formado en el Partido una tendencia, a penas que varían entre diez y cinco años de reclusión. Un centenar de comunistas son enviados a los campos de concentración o deportados. Tales son las cifras publicadas; el número de condenados es, en realidad, muy superior. Según la incalificable costumbre, los reos se han acusado a sí mismos sin medida ni dignidad. Pero cualquiera que haya sido su complacencia para con el tribunal, sólo han confesado el crimen de haber murmurado en ciertas ocasiones.

En diciembre, enero y febrero, en casi todos los lugares de deportación, los trotskistas más conocidos, en su mayoría salidos de prisión tras haber pasado en ella cinco años (desde 1928), son detenidos, enviados a Moscú e incommunicados en calabozos. Pronto se les condenará como medida administrativa a penas de cinco años de reclusión. Tal es la suerte de mis camaradas de Orenburg, Pankratov y Pevzner. Iakovin es detenido en Stalinabad, Solntsev en Siberia occidental. Solntsev, uno de los jóvenes líderes de la Oposición mejor dotados, morirá pronto a consecuencia de una huelga del hambre.

A fines de febrero comienza la depuración de Leningrado. La agencia Tass comunica a la prensa que doscientos antiguos nobles, oficiales superiores, gendarmes y policías del antiguo régimen han sido expulsados de esta ciudad por infracción a la ley sobre los pasaportes. Como de costumbre, la agencia Tass miente. Treinta, cincuenta, quizá cien mil personas no son simplemente expulsadas de Leningrado, sino deportadas a las regiones del Volga, del Ural y del Asia central. Todas se hallaban antes provistas de pasaportes en regla, lo que demuestra que su lealtad política no había sido puesta en duda. A ciudadanos que no son objeto de ninguna inculpación se les envía por millares a los campos de concentración. Las órdenes de la G.P.U. dicen simplemente: «se le considera socialmente peligroso y se le interna por tres (o cinco) años...». El hombre es enviado al campo de concentración —trabajos forzados—, la mujer, deportada. Generalmente no se trata de servidores del antiguo régimen, sino de ingenieros, de científicos, de artistas, de funcionarios, de obreros, en resumen de colaboradores del nuevo régimen. Las familias parten enteras, con enfermos, inválidos, mujeres encinta, moribundos. Los moribundos mueren en el tren, hay mujeres encinta que dan a luz en las estaciones. Un técnico francés, que simpatiza con el comunismo y que vive por entonces en Leningrado, escribe: «He asistido en marzo y abril últimos (1935), en Leningrado, a una serie de detenciones seguidas de deportaciones en masa; el número total de deportados, incluyendo las familias, debió acercarse a los cien mil... Las estaciones estuvieron embotelladas durante dos semanas. Los ferrocarriles hubieron de negarse a transportar los equipajes. Los desgraciados vendieron su mobiliario en los andenes de las estaciones y ocho días después podían verse los almacenes-tiendas del Estado abarrotados de muebles de ocasión en venta... Yo conocía a varios de estos deportados; eran colaboradores perfectamente honrados de la técnica y de la ciencia soviéticas, de origen

pequeño-burgués, adictos al régimen o, en todo caso, resignados, culpables a lo más de imprudencias de lenguaje que los delatores contaban a la policía. Algunos eran antiguos socialistas o demócratas parecidos a los que hoy intentan hacer entrar los comunistas en las filas del Frente Popular». Confirmando en todos sus puntos este testimonio. De mil doscientos a mil quinientos deportados de Leningrado llegaron a Oremburg. Entre ellos, muchas mujeres, niños y ancianos, a los que la miseria diezmó rápidamente. Trenes enteros pasaban, repletos de pobres gentes enviadas al Kazakstan. A menudo se les negaba el trabajo, se les solía pagar menos que a los otros, ya que no eran libres de marcharse, y la G.P.U. los enviaba a las aldeas perdidas o los trasladaba a los lugares de trabajo del norte. En esto, Stalin pronunció un discurso en el que la prensa vió un giro hacia el humanismo. El Jefe recomendó pensar en el hombre y reveló que «los cuadros deciden de todo». Vimos como esta consigna aparecía en todas las paredes en letras de medio metro. Bajo estos carteles encontraba a arquitectos, médicos, juristas, navegantes, constructores de barcos, ingenieros de gran clase, físicos, músicos, todos deportados sin saber por qué, inútiles, desocupados, desmoralizados, sometidos a los vejámenes de unas autoridades locales completamente incultas... Las personas de origen alemán o polaco eran numerosas entre estos deportados. Otros tenían parientes en el extranjero y pensaban que había bastado con una correspondencia anodina para convertirlos en sospechosos... La depuración de Leningrado parece que fué una iniciativa personal de Stalin.

En mayo, las sociedades de Viejos Bolcheviques y de Antiguos Forzados son disueltas en virtud de una medida administrativa. Sus miembros conservaban una cierta libertad y franqueza cuando hablaban en círculos muy restringidos. Varios son detenidos (en particular los anarquistas Novomirski y Sandomirski) y se cierran ambos clubs. Vera Fligner, Lydia Akimova y Anna Korba, que han consagrado a la revolución más de medio siglo de servicios ejemplares cada una —de ellos veinte años en presidio—, no dispondrán ya del rincón tranquilo donde antes podían decir en la intimidad lo que pensaban...

El asunto Enukidze estalla en el verano. Aveli Enukidze, viejo bolchevique georgiano, desempeña, desde 1918, las funciones delicadas de secretario del Ejecutivo Central de los Soviets. El es quien refrenda con su firma las decisiones de la Presidencia de la U.R.S.S. Respetado por su probidad inatacable, de repente se ve acusado de desmoralización política y expulsado del Partido y de la vida pública. Enukidze desaparece. Se murmura que enviaba paquetes a su sobrino Lado Enukidze, joven trotskista preso desde hace años. Cosa grave. Sus amigos, sus colaboradores, sus familiares, todos van a parar a la cárcel o terminan internados o deportados... Las causas reales de este asunto siguen siendo muy oscuras. Quizá el viejo Enukidze conoce demasiado bien la historia del bolchevismo en el Cáucaso, historia que un comunista activo, Lavrentii Beria, cuyo súbito ascenso coincide con la eliminación de este viejo bolchevique, está corrigiendo para agrandar el lugar que en ella ocupa el Jefe. En las grandes asambleas del Partido, los oradores del Comité Central, que no retroceden ante ninguna enormidad, afirman que la complicidad de Enukidze en el asesinato de Kirov ha quedado demostrada... Y este drama de palacio sirve en la propaganda dirigida al extranjero para demostrar cómo el régimen lucha contra la corrupción burocrática.

El segundo proceso Kamenev debe situarse aproximadamente por la misma época. Proceso secreto, en el que figuraron treinta y seis acusados,

de los cuales dos fueron ejecutados (uno de ellos era un agente de la G.P.U.). Se trataba de un supuesto complot contra Stalin. Kamenev opuso a la acusación una negativa rotunda. Se le condenó a diez años de reclusión. Todo el que conozca la fisonomía moral de este escritor, uno de los hombres más cultos y más moderados del partido bolchevique, no tiene necesidad de estos mentís.

Mientras tanto se realiza una depuración policiaca del Partido. Todos los miembros que en 1927-28 manifestaron simpatías por la Oposición, aunque desde hace seis años se han vuelto conformistas y ocupan puestos de confianza, son excluidos, detenidos, enviados a los campos de concentración o deportados, la mayoría bajo la acusación de «trotskismo». Se vuelve a descubrir el trotskismo en las matemáticas, la música, el juego de ajedrez... En esta hornada entran varios millares de comunistas.

Comienza después la depuración oficial del Partido, por verificación del expediente individual. Esta nueva depuración envía a las prisiones de ciento cincuenta mil a doscientos mil comunistas.

Mi convicción, fundada en el conocimiento de los hombres, del medio y de las doctrinas, es que el atentado de Nicolaev fué el gesto de un individuo aislado. Como máximo el terrorista hizo algunas confidencias a sus dos o tres camaradas más próximos, entre los cuales la G.P.U. reconoce que había un espía. La significación de este atentado no es por ello menos profunda. Sobreviniendo en una pesada atmósfera de unanimidad, saturada de optimismo oficial, ese atentado nos revela la existencia de una crisis reprimida, ¡y qué crisis! Nos muestra también el callejón sin salida en que desemboca la táctica de abjuraciones y de apostasias adoptada con más cinismo que cobardía por los elementos de la Oposición reintegrados al partido en pos de Zinoviev y de Kamenev. La acción revolucionaria no puede acomodarse a estas palinodias, impuestas sin duda por una especie de Inquisición, pero consentidas en virtud de un bajo cálculo ajeno al auténtico valor socialista. Desgraciados los que olvidan que no se puede servir al proletariado mediante turbias maniobras, abdicaciones de conciencia, reservas mentales, capitulaciones y trapacerías... No nos asombremos de que, en medio de este ambiente asfixiante, un joven llegara a desesperar de todo, salvo de su desesperación. No nos asombremos tampoco de que la burocracia aprovechara la ocasión para desembarazarse de sus adversarios ocultos.

Enero de 1935.

Víctor SERGE.

**DOS LIBROS DE UNA GRAN ACTUALIDAD  
DE LA EDITORIAL IGUAZU (BUENOS AIRES)**

**«NACIONALISMO Y SOCIALISMO  
EN AMERICA LATINA»**

por Oscar WAISS

Un volumen de 199 páginas ..... 4 NF

**«LOS PROBLEMAS DEL SOCIALISMO CONTEMPORANEO»**

por Oscar WAISS

Un volumen de 150 páginas ..... 4 NF

Pueden hacersé pedidos a «TRIBUNA SOCIALISTA»

# La lucha por el socialismo en Venezuela

Por DOMINGO ALBERTO RANGEL

*En los últimos años han surgido en América Latina toda una serie de organizaciones revolucionarias independientes de las fuerzas políticas tradicionales. Una de las más importantes y originales es el Movimiento de Izquierda Revolucionaria de Venezuela. En el artículo que publicamos a continuación, el compañero Domingo Alberto Rangel, diputado y secretario general del M.I.R., expone la significación y el carácter de su organización y estudia las condiciones de la lucha por el socialismo en Venezuela.*

EL Movimiento de Izquierda Revolucionaria no ha nacido como simple disidencia. Como todo organismo vivo, sufrimos un largo proceso de gestación en el que fué definiéndose nuestra personalidad y templándose nuestras posibilidades. Durante muchos años permanecemos, para decirlo en términos biológicos, como larva política, acumulando experiencias y decantando ideas. Pocos movimientos en la historia de Venezuela han tenido como nosotros una raíz tan meridianamente ideológica. Discrepamos, a veces abiertamente, no porque sustentáramos criterios opuestos frente a episodios pasajeros, sino por nuestra posición hostil a una línea que juzgamos equivocada. Encarnábamos una concepción distinta, un modo peculiar de ver las cosas, una aspiración intransferible en la arena venezolana. Nuestros enfoques no podían reconciliarse con el de quienes, a conciencia, estaban llevando al pueblo venezolano al desastre de la entrega al poder extranjero y de la humillación ante el oligarca criollo. Y como en la vida misma, donde el feto tiene que romper el claustro materno para ganar la luz, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria brotó a la pelea abierta cuando ya el recinto en que se gestó resultaba demasiado estrecho y asfixiante para sus piernas hambrientas de distancias y para sus brazos ávidos de progreso. Estas circunstancias han conferido al M.I.R. una característica que lo fija con rasgos indelebles en el panorama de nuestra política. Vinimos al mundo, desde el primer momento, armados de una filosofía y de un método para enfrentarnos a ese misterio emocionante que es la lucha cuando ella se concibe como un escudo de ideales. Adoptamos el marxismo porque en la controversia con nuestros adversarios ya habíamos comprendido que esa filosofía es el hilo de Ariadna que en las modernas colectividades conduce a los pueblos al logro pleno de sus destinos. Fué el marxismo quien nos dijo, con evidencia de campanada, que nuestros contendientes habían abandonado el camino de la Revolución y su papel no era otro que el de postores para comprar primogénituras con el plato de la claudicación.

## TRIBUNA SOCIALISTA

Un Partido moderno, y el M.I.R. aspira a permanecer en la vida venezolana, necesita un sistema filosófico que le permita interpretar todos los acontecimientos y buscar, en la madeja intrincada de la vida, el fin supremo de la emancipación popular. Ninguna filosofía resulta tan completa como el marxismo para juzgar el mundo de nuestros tiempos. Los otros sistemas, son obras que parecen realizadas por artesanos, poniendo retazos hasta completar una arquitectura que carece de homogeneidad y de coherencia. El marxismo se ha forjado, al contrario, con leyes universales que capacitan para penetrar desde el secreto de las capas geológicas hasta la dinámica de una sociedad. La dialéctica, base del marxismo, es la ciencia del movimiento que se opera en la naturaleza, del átomo silencioso a la relojería infinita de los astros, y en la sociedad, partiendo del hombre primitivo para llegar a esos hormigueros humanos que son las comunidades donde el penacho de las chimeneas esconde tragedias. Con la dialéctica, manejando sus leyes, pueden disiparse todas las complicaciones del mundo físico y ordenarse todos los procesos de la sociedad. Para nosotros, el marxismo es el más grande triunfo de la inteligencia sobre las dificultades del medio físico o del medio social. Con el marxismo, el hombre rompió aquel mito clásico de Prometeo, encadenado a la roca de la expiación por haber pretendido robar los secretos de los dioses. El hombre se ha hecho dueño de sí mismo y señor de las cosas inanimadas desde que la dialéctica materialista creó una clave para esa navegación incesante que es la vida.

En nuestro tiempo, la importancia del marxismo se hace más evidente que nunca. Las otras filosofías —el idealismo o el racionalismo— van demostrando su impotencia ante los problemas que plantea el avance del hombre hacia las intimidades más hondas de la naturaleza. Y los otros sistemas políticos —el liberalismo o la democracia parlamentaria— no tienen respuestas para las situaciones que se presentan en el seno de las sociedades cada vez más complicadas y de pugnas signadas por una creciente intensidad. La perplejidad de los líderes del capitalismo en los países más avanzados de Occidente y la inepticia de los conductores del mundo semicolonial que se abrazan a viejos mitos, provienen de las limitaciones del credo económico y de las concepciones filosóficas que los animan. Si en el siglo pasado ya el liberalismo, con su cohorte de variantes «democráticas», se revelaba impotente para enfrentarse a los acontecimientos del proceso social y las filosofías idealistas declinaban ya ante el avance del materialismo científico, en nuestros tiempos, estos sistemas no tienen la menor opción en los planos de la ciencia o de la política. La descomposición del mundo capitalista y la ampliación de los horizontes científicos, claman por el marxismo para que la humanidad supere la cárcel de sus contradicciones presentes y vaya hacia su propia justicia en la sociedad y hacia la emancipación de sus flaquezas frente al medio circundante. Ayer, la dialéctica fué un juego de la inteligencia, hoy es un reclamo impostergable de la civilización. Pero el marxismo, hijo de la dialéctica, no sirve sólo para las sociedades más avanzadas, aquéllas en que ya el capitalismo llegó al vértice de su evolución que es el imperialismo. Flexible en sus posiciones, rico en sus leyes, pragmático en su trabajo, el marxismo ciñe a todas las sociedades. Y puede operar perfectamente desde las supercivilizadas colectividades que miran discurrir las aguas del Sena bajo los puentes de tarjeta postal hasta ese mundo de mudez vegetal y de explosión humana que son las aldeas del Africa. A diferencia del liberalismo y sus muchas modalidades, que apenas pueden obrar en medio de un capitalismo próspero y juvenil, el marxismo tiene soluciones para todos los hombres cualesquiera que sean el grado de su desenvolvimiento social



## LA LUCHA POR EL SOCIALISMO EN VENEZUELA

y el nivel de su organización económica. La experiencia reciente de la liberación de las colonias, donde la dialéctica de la historia ha probado su justeza, revela cuán justo es el diagrama marxista. El coloniaje, al llevar sus capitales al Africa y al Asia, creó un temprano proletariado que manejó las factorías europeas e intervino en la lucha por la redención nacional. Las contradicciones de ese proletariado con sus propias burguesías criollas plantea ya conflictos de mayor fuste que no se resolverán hasta que esos países, recién brotados en el almácigo de los pueblos nuevos, reorganicen su vida social. En la América Latina de nuestros días, el choque entre las fuerzas que buscan la consolidación de la independencia nacional también constituyen una requisitoria que se hará sanción cuando las clases más avanzadas tomen, conforme a los postulados del marxismo, el timón de la política. Todo el mundo inconforme de nuestros días, la masa de los explotados que gimen bajo la campana neumática del capitalismo más refinado o se frustan en el pudridero del feudalismo, está haciendo su descubrimiento del marxismo porque en él ha encontrado un eco para su voz y un camino para sus pasos irredentos. En esta época de la historia universal no hay progresos reales ni liberación efectiva si no consulta sus fórmulas en el repertorio de la dialéctica marxista. Estamos en los umbrales del socialismo, que es la próxima etapa en el desarrollo histórico de las sociedades. Y toda reforma, revolución o movimiento que aspire a abrir surco profundo debe adecuar sus luchas a los marcos que el marxismo trazó con nítidos rasgos desde que el desvelo de sus fundadores y la angustia de los pueblos alumbraron su destino. Es por ello que el M.I.R., consciente de su misión en Venezuela, ha inscrito su filosofía en el registro de las fuerzas políticas que aspiran a orientarse por la luz imperecedera de la dialéctica materialista.

En la América Latina —y concretamente en Venezuela— los hechos están reproduciendo el panorama social de la Rusia pre-revolucionaria. Veamos las características de nuestro país para darle destino específico a un marxismo atento al medio circundante y a la época. El capitalismo ha hecho notables progresos en Venezuela. Partiendo de un análisis profundo de nuestra estructura económica nos encontramos con que los sectores modernos de nuestra producción aportan más de la mitad del producto nacional bruto. En 1959, el petróleo, donde predomina la técnica ultramoderna del imperialismo, la industria manufacturera, coto de nuestra burguesía, la construcción, la banca y los servicios, representan más del 60 % de toda nuestra producción. Frente a ellos, los sectores atrasados, como los del latifundio, el artesanado y la pequeña empresa comercial, apenas contribuyen con un magro 30 % del producto bruto. Esta diferenciación entre capitalismo y feudalismo, imparte al proletariado una fuerza y una cohesión impresionante en el país. La clase obrera tiene en Venezuela más de ochocientos mil hombres. Forman ese ejército proletario los trabajadores de la industria manufacturera, de la construcción, del petróleo y la minería, de la banca, la burocracia y el comercio. El volumen de la mano de obra alcanza entre nosotros a unos dos millones y medio de hombres. El proletariado se cifra en el 32 % de toda la población ocupada del país. Pero hay otros rasgos que tonifican las posibilidades del socialismo. Nuestros campesinos no tienen vínculos con la propiedad. Son los desheredados en el sentido más llano de la palabra. Dentro de la organización feudal del campo venezolano les corresponde vender su fuerza de trabajo que el terrateniente absorbe a través de las distintas formas de la renta. Aún los inquilinos de tierra y los colonos de mejor posición, son tributarios de una explotación agresiva. En Venezuela no se han efectuado

las reformas democráticas que eliminan, para los campesinos sin tierra, el mecanismo succionador de la renta. Las contradicciones, cada vez más tremendas entre los sectores capitalistas del país y esa periferia rural tan atrasada, hacen imperiosas para los campesinos las soluciones socialistas. En otros países, donde la revolución democrática repartió la tierra, el campesinado se transformó en una reserva del capitalismo. Entre nosotros, el hombre de los caseríos, preterido sin fronteras, es una reserva del socialismo. La alianza entre el proletariado de la ciudad y las masas rurales no tiene en Venezuela dificultad ninguna. Porque no hay diferencias sustanciales, en su posición frente a la propiedad, obreros y campesinos pueden hermanarse para luchar por las transformaciones más radicales.

En la Venezuela de nuestros días, el llamado sector terciario, que forman la banca, el comercio y los servicios de distinta índole, ha cobrado una importancia destacada. El capitalismo extranjero y los empresarios del país, han introducido en nuestra economía tal grado de perfección técnica que se necesita un ejército de peritos y de empleados para el cabal funcionamiento de muchas ramas de la producción. Sin la banca, que atesora los recursos monetarios, el comercio, que distribuye los productos, y el transporte, que moviliza el volumen de bienes, una economía capitalista sufriría deformaciones o retardos en su desarrollo. Los hombres que trabajan en la banca o accionan los medios de transporte son proletarios «strictu sensu». Lo mismo puede decirse de los profesionales que sirven al Estado o las empresas como asalariados. El crecimiento capitalista de Venezuela ha ensanchado los efectivos de la clase obrera, es decir de quienes no tienen nexos con la propiedad de los medios de producción o de cambio. Prácticamente el capitalismo ha perdido entre nosotros las clases que en otros países, donde las reformas democráticas se hicieron en épocas tempranas de la evolución nacional, les sirven de amortiguador y de válvula de escape. El retraso de la estructura política de Venezuela en relación con los cambios producidos en su panorama de clase hace que los explotados rehúsen el papel de retaguardia del capitalismo para transformarse en asidero del socialismo.

Históricamente, Venezuela no puede emanciparse, como nación o como pueblo, en los marcos del capitalismo universal. Una Revolución puramente democrática, que deje intocadas las relaciones de producción que ha establecido en nuestro medio el imperialismo, nos seguiría condenando al rango de semicolonía. Las utilidades que perciben en Venezuela los intereses del capital extranjero, retardan nuestro desarrollo económico. Y nos impondrían retrasos decisivos. El país no podría acumular suficientes recursos para su desenvolvimiento si esos intereses le arrebataban una porción tan vital de su excedente económico como el que encarna en los beneficios del petróleo y del hierro. La nacionalización de esas dos fuentes básicas de nuestra riqueza, ya es una tarea de tinte socialista. Venezuela escaparía a la tutela del capitalismo internacional a condición, solamente, de tomar en sus manos las palancas de control de su economía. La necesidad del socialismo para las naciones atrasadas del mundo ha destacado en estudios que distan mucho de ser radicales. Las ortodoxas Naciones Unidas, siempre tan cuidadosas, han demostrado cómo en los últimos quince años, la distancia entre los países capitalistas de Occidente y su periferia se ha dilatado. Mientras el ingreso por habitante en los Estados Unidos y en la Europa capitalista acusa incrementos anuales, en las naciones subdesarrolladas permanece estacionario. La explicación de ese fenómeno, que no es transitorio, se vincula a la exportación de las utilidades que perciben las grandes compañías del imperialismo. Cada país pequeño tiene que consen-

## LA LUCHA POR EL SOCIALISMO EN VENEZUELA

tir, anualmente, la sangría que significa el pago de los dividendos a los accionistas de los consorcios extranjeros que operan en su territorio. Y mientras esas utilidades crecen sin pausas, su reinversión resulta cada vez más menguada. Históricamente, esa doble conducta del capital inversionista, que ya no devuelve a las zonas donde opera los beneficios que de allí sustrae, responde a los cambios que ha introducido la postguerra en la estructura del imperialismo. El sistema imperialista no podría sostenerse, en nuestros tiempos, sin chuparle al mundo colonial y semicolonial cuantiosos recursos. Los beneficios excesivos que los trusts más poderosos cosechan en nuestras tierras significan el lubricante que permite funcionar tolerablemente a toda la maquinaria. La división internacional del trabajo se torna, en nuestra época, bastante precaria para las naciones pequeñas. A nosotros se nos asigna el papel de proveedores de gordas ganancias para los consorcios y ellos deben exprimirnos. Las crisis en que se debaten desde hace muchos años países como Chile o el Brasil no son otra cosa que el reflejo de esa brutalidad. Obligados a sustentar el apetito de los carteles internacionales, esos países ya no cuentan con medios que les permitan alentar su progreso. La misión del capitalismo ha cambiado drásticamente en virtud de estas circunstancias. Hace cien años, cuando se inició el gran desplazamiento del desarrollo económico hacia las zonas de la periferia mundial, el capitalismo llevaba el progreso técnico y la expansión de las energías hacia todas las latitudes donde penetraba. Las utilidades que obtenían las empresas exportadoras del capital eran reinvertidas totalmente y nuevas aportaciones se producían casi sin interrupción. Eran los tiempos juveniles del capitalismo cuya dinámica no cesaba de intensificarse.

En medio de una especie de arterioesclerosis, el capitalismo internacional de nuestros días se inmoviliza y condena a la frustración a sus víctimas. Como el avaro que todo lo esteriliza, el régimen capitalista no brinda estímulos ni ofrece horizontes. Ningún país de la tierra puede garantizar hoy día su crecimiento si no escapa, cortando amarras, a la fiscalización y dependencia a que lo someten los intereses del imperialismo moderno.

En Venezuela, el capitalismo está incapacitado para acaudillar el desarrollo económico. Un país que llega a la etapa que atraviesa Venezuela necesita emplazar una poderosa industria pesada. Allí está la premisa esencial de todo ulterior desenvolvimiento histórico. Pero la burguesía venezolana, como la de otros países semicoloniales, tiene el papel de los satélites. Su foco impulsor no se encuentra en el territorio nacional sino en las metrópolis mercantiles de Estados Unidos y de Europa de las cuales es vasalla fiel. Hay una perfecta división del trabajo entre las burguesías de nuestra época. Las de aquellas naciones como Estados Unidos manejan las industrias pesadas y exportan hacia la periferia la maquinaria y equipo sin los cuales el progreso económico es ilusión. Las burguesías de las naciones subdesarrolladas se especializan en las ramas ligeras de la industria. Es lo que ha ocurrido en Venezuela con vívida precisión. Nuestro país importa todos los bienes de producción que requiere su crecimiento. Las industrias pesadas de ultramar son las proveedoras del equipo que se ha instalado en nuestro medio. La burguesía venezolana trabaja, exclusivamente, en la fabricación de tejidos, zapatos o alimentos. Para romper esa clasificación se necesita romper radicalmente con el sistema capitalista. La burguesía criolla, por sus solos recursos, jamás sería capaz de rebelarse contra tan deprimente discriminación. Prefiere, por el contrario, seguir explotando las ramas ligeras de la industria porque en ellas se obtienen más rápidos y más elevados beneficios. Para que nuestra burguesía agregue

la industria pesada al conjunto de las actividades nacionales sería necesario esperar el curso de varios decenios cuando, producida la acumulación en toda su magnitud, haya abundancia de capitales en Venezuela y sea rentable para la iniciativa privada establecer fábricas que elaboren máquinas y herramientas. Pero un país no puede aguardar en el filo de nuestros tiempos el cumplimiento lento de los procesos históricos. No estamos en 1789 partiendo al capitalismo para armarnos de la paciencia que implica prorrogar aspiraciones y posponer objetivos. Una nación que retrase la instauración de las industrias pesadas perderá terreno frente a los grandes imperios que hoy señorean el mundo occidental y su deformación económica se hará más acusada. Casi podría formularse una ley histórica para las colectividades que realicen transformaciones con retardo como es el caso de Venezuela que vió aparecer su capitalismo a siglo y medio de distancia de la creación de ese sistema en Europa. Los centros rectores de un sistema —en este caso Europa y los Estados Unidos que fueron la cuna del capitalismo— pueden trabajar con él durante décadas y aún siglos. Pero los que llegan tarde tienen que quemar etapas y pasar, muchas veces, casi del feudalismo al socialismo. O en otros términos, pese a que en estos últimos países —los retrasados— sobrevive el feudalismo en convivencia con un capitalismo deforme, el tránsito hacia formas superiores de organización se acelera increíblemente. El progreso impone la rapidez insomne a quienes quieran sobrevivir.

En el mundo actual el hecho cardinal, al que nadie puede escapar, es que dos sistemas pugnan por imponerse. Nuestra época se distingue por la competencia que en ella libran el capitalismo y el socialismo. Las grandes naciones han formado dos bloques cuya organización y objetivos difieren sustancialmente. En el Occidente prevalecen los intereses y las estructuras del capitalismo. En el Oriente ha amanecido y cobra ya robusta fuerza el socialismo. Esa división fundamental de la especie humana determina el destino de las Revoluciones en la vasta familia de los pueblos subdesarrollados. En la época del esplendor capitalista, cuando no había aparecido ninguna zona de la superficie terrestre que hiciera suya la aspiración del socialismo, las revoluciones de los países semicoloniales tendían a aclimatar en su seno las instituciones de la democracia liberal. Fué el caso, ya típico, de la Revolución mexicana. Iniciada en tiempos del imperialismo sin fronteras ni resistencia, la conmoción de México tenía que remover las supervivencias feudales pero sin emancipar radicalmente a sus masas trabajadoras. Si México, allá en 1917, intenta establecer una armazón socialista para su economía y una democracia proletaria para su vida política, habría sido aplastada por los factores internacionales que entonces eran favorables al capitalismo. Destruir el feudalismo significaba en tal época abrirle, escuetamente, las puertas al régimen capitalista. Es por eso que México —ejemplo al cual hay que mirar para evitar riesgos— incubó una burguesía nacional y modernizó sus instituciones para convertirse en un país de dinámico crecimiento que no ha sido capaz de borrar las diferencias sociales. En la actualidad, las condiciones han sufrido una honda modificación. El socialismo ya casi se equipara en poderío económico al capitalismo occidental. La mitad del planeta ha escapado a la fiscalía de los monopolios imperialistas. Dentro de unos años, las naciones socialistas serán más fornidas y prósperas que sus rivales de Europa y Norteamérica. En la lucha por el liderazgo económico mundial, la Unión Soviética alcanzará alrededor de 1970 a los Estados Unidos. Esta circunstancia significa que en el espacio de una década el hogar de las energías más creadoras y de la expansión económica más intensa ya no radicará tras los rascacielos

## LA LUCHA POR EL SOCIALISMO EN VENEZUELA

de Nueva York sino en las vastas llanuras de lo que fué ayer la Santa Rusia. Las revoluciones de los países semicoloniales, que en otros tiempos cumplían su tarea entronizando la democracia política y abriendo caminos para el desarrolló capitalista, ahora tienen que adquirir otro acento y perseguir otras finalidades. Rusia no sólo demostró que el socialismo puede surgir, por la ley del desarrollo desigual, en naciones que no hayan culminado su ascenso hacia la concentración del capital y la industrialización. El aporte más valioso de ese país —y de China donde la revolución también ha resonado impetuosamente— es que puede construirse una sociedad distinta en pocos años si las energías del pueblo se dirigen por organizaciones políticas que conjuguen la claridad ideológica con la audacia táctica y el férreo espíritu de trabajo. La experiencia de esos países pasando de su ancestro feudal que los aprisionaba al espléndido florecer de todas las iniciativas, es una sentencia de muerte para el imperialismo como sistema. Por ello es que los pueblos sojuzgados por el capital extranjero al hacer ahora sus revoluciones ya no piensan en las soluciones de un parlamentarismo burgués, con su cortejo de libertades formales y de hipocresía política. Abolir la explotación de los trabajadores mediante un socialismo que incaute las palancas fundamentales de la economía es ya el programa confeso de todo movimiento liberador. La nacionalización de las fuentes de riqueza que posean los consorcios internacionales y de instituciones económicas como la banca, el control de la industria pesada por el Estado y la planificación rigurosa, unidos a la reforma agraria más sustancial, son los puntos insoslayables en las aspiraciones de los pueblos de nuestros días. La diferencia entre la izquierda y la derecha en los países semicoloniales radica en un hecho simple. La izquierda busca el socialismo y concibe la revolución democrática como un episodio necesario pero fugaz hacia ese objetivo. La derecha propende al capitalismo y su obsesión es cosolidarlo poniéndole la máscara de una democracia feñentida. En la lucha crucial de nuestros tiempos, es el socialismo, que devuelve a la democracia su sentido más humano, el régimen que emancipará al hombre. Ya las ideas, las formas y las fuerzas del capitalismo han perdido posibilidades creadoras. Ello explica el fenómeno de la insurgencia de los pueblos que se afanan por llenar con sus mejores ambiciones el vacío que dejará, cuando desaparezca, un sistema que otrora dominó al planeta. El Movimiento de Izquierda Revolucionaria, al hacer suyo el socialismo, traza para Venezuela un camino. Sin socialismo no habrá en nuestro país independencia nacional ni emancipación económica. Nosotros queremos ser, en este filo de dos edades, los pioneros esforzados de la lucha venezolana. Esa es nuestra misión.

**Domingo Alberto RANGEL.**

# La cuestión agraria en el Brasil

Por MICHAEL LOEWY

*El problema de la tierra es uno de los más importantes de la revolución latinoamericana. En el presente artículo, nuestro compañero Michael Loewy estudia ampliamente la cuestión agraria en el Brasil. El análisis fundamental y las conclusiones tienen un valor general para casi todos los países latinoamericanos. Por lo demás, la efervescencia actual de las masas campesinas del Brasil confiere un interés excepcional al trabajo de Michael Loewy.*

## 1. — ESTRUCTURA DE LA SOCIEDAD AGRARIA BRASILEÑA

LA estructura de la sociedad agraria del Brasil se presenta al historiador y al sociólogo como un conjunto complejo e impreciso que escapa a los esquemas conceptuales rígidos y a las «categorías categóricas». Desde la época colonial, esa estructura se caracteriza por la confusión, interpenetración y yuxtaposición de aspectos esclavistas y feudales que forman un todo contradictorio e inconexo.

La jerarquía feudal y el capitalismo comercial de Portugal, que fueron transportados al Brasil desde los primeros días de la colonización (siglo XVI), sufrieron la influencia de los trópicos, de la extensión de la tierra, y sobre todo, de la esclavitud. Así se desarticularon y se desintegraron dando nacimiento a una estructura *sui generis* —el «feudalismo achamboado (grosero)» de Euclides da Cunha—, que consta, básicamente, de dos clases que enfrentan y que están situadas en los dos extremos opuestos de la escala social: la aristocracia de los grandes señores rurales, y la masa esclava indígena y africana. Entre estos dos polos se establece un «vacío» social que llevó en 1768 al Gobernador de Sao Paulo a quejarse con las siguientes palabras: «En estas tierras no hay pueblo, y por tanto no hay quien sirva al Estado; con excepción de unos cuantos mulatos que ejercen sus oficios, todos los demás son, o señores o esclavos que sirven a esos señores». Únicamente con el correr de los años comienza a constituirse una capa social intermedia compuesta de negros o mulatos libertos o fugados, y de «agregados» que viven a la sombra del señor rural.

Así surge y se establece en el Brasil el régimen de explotación del hombre por el hombre; con una clase dominante constituida por aristócratas semif feudales propietarios de los medios de producción (tierras, ingenios, etc.) y una gran clase dominada compuesta por los esclavos indígenas —cazados en la selva como fieras por los «gloriosos» bandeirantes— y de africanos importados por el infame tráfico negrero. Por un lado, un ínfimo grupo privilegiado, monopolizador del poder económico, social y político; y por otro, la inmensa masa servil en condiciones de vida infrahumanas, equiparada social y jurídicamente a los animales domésticos.

## LA CUESTION AGRARIA EN EL BRASIL

En la medida en que esta estructura —que tiene como base económica el monocultivo y el latifundio— fué estabilizándose y echando raíces, creció la revuelta de los estratos sociales oprimidos y surgieron los primeros episodios de la lucha de clases bajo la forma de levantamientos de esclavos, «quilombos», agitación urbana, etc. Estos episodios culminaron en 1789 en la «Inconfidencia Baiana», revolución abortada de los esclavos y artesanos de San Salvador, cuyos líderes fueron ahorcados y descuartizados por el crimen de haber intentado —según reza en el laudo condenatorio expedido por el gobierno portugués— «reducir el continente del Brasil a un gobierno democrático y sustituirle al suavísimo y humanísimo (sic) gobierno de la dicha Señora (la reina de Portugal)».

La proclamación de la independencia en 1822, y de la República en 1889, tuvo muy poca o ninguna influencia sobre la estructura agraria del país; y únicamente a fines del siglo XIX, con la libertad de los esclavos, la emigración extranjera, y los comienzos de la industrialización, se introdujeron las primeras modificaciones de importancia en las relaciones sociales del campo. Mientras tanto, a pesar de esas y otras transformaciones que tuvieron lugar ya en nuestro siglo, la estructura social rural brasileña se presenta, incluso actualmente, profundamente impregnada de supervivencias coloniales, aspectos sociales patrimonialistas y semif feudales y formas de explotación precapitalistas.

El primer factor que debe ser examinado en el análisis de la actual sociedad agraria del Brasil es la abrumadora concentración de la propiedad rural en manos de una minoría de grandes latifundistas; herencia colonial que permanece profundamente arraigada en la economía agrícola nacional. Los datos suministrados por el censo de 1950 indican la siguiente distribución de los establecimientos agropecuarios (sin distinguir entre tierras propias y arrendadas):

Establecimientos	% del n.º total de establecimientos	% del área total
Pequeños (menos de 100 Ha.) Media: 21,8 Ha.	85	17
Medios (de 100 a 200 Ha.)	6	8
Grandes (más de 200 Ha.) Media: 642,9 Ha.	9	75

Este cuadro ofrece un panorama general del brutal contraste que impera en el «hinterland» brasileño: por un lado el latifundio, gran explotación mercantil de carácter especulativo que produce mercancías tropicales (cacao, café, azúcar, algodón, etc.) para el comercio exterior; por otro, el minifundo antieconómico que explota cultivos propios para la subsistencia (mijo, alubias, mandioca, etc.) con un nivel ínfimo de productividad.

De todos modos, al no establecer distinción entre propietarios y arrendatarios, y lo que es peor, no teniendo en cuenta la existencia de millones de trabajadores agrícolas que sólo poseen su fuerza de trabajo, este cuadro no puede reflejar la verdadera estructura social del agro brasileño. Mucho más adecuado en este sentido es el cuadro elaborado, sobre la base del censo de 1940, por Luis Aguiar da Costa Pinto, que distingue cuatro estratos en la sociedad rural brasileña («A estrutura da sociedade rural brasileira», in *Sociologia*, vol. X, nº 2-3, 1946):

1. — Grandes propietarios y empresarios capitalistas de grandes explotaciones.
2. Pequeños propietarios que trabajan en tierra propia con

la cooperación de los miembros de su familia sin emplear, por lo general, mano de obra asalariada. — 3. Renteros, aparceros o colonos que trabajan en tierra ajena y cuyo sobretrabajo les es arrebatado como renta-producto o renta en dinero. — 4. Trabajadores asalariados que venden su fuerza de trabajo a los dueños de las empresas agrícolas a cambio de un salario.

Los datos estadísticos del censo de 1940 demuestran de forma indiscutible que el 2,67 % de la población campesina vive de la explotación de la plusvalía producida por el 65,47 %, o sea, de la gran mayoría:

1. Propietarios y capitalistas rurales	2,67 %	
2. Pequeños propietarios	27,2 %	
3. Renteros, aparceros o colonos	32 %	} 65,47 %
4. Asalariados agrícolas	33,47 %	

En verdad, las diferencias entre las categorías 2, 3 y 4 son más aparentes que reales: en principio, los pequeños propietarios, lejos de formar como en Europa una clase campesina sólidamente constituida, no pasan de ser una categoría inestable cuyos miembros se enrolan periódicamente como asalariados y cuyo patrón de vida es próximo, si no idéntico, al de los proletarios rurales y los colonos (con excepción de ciertas áreas excepcionalmente fértiles del Norte del Paraná y en Santa Catarina). Estos propietarios de minifundios cambian con frecuencia su insignificante situación por la condición de asalariado urbano o rural, sin demostrar el «apego al terruño» tan cacareado por la demagogia reaccionaria: una buena parte de los que forman el éxodo rural, principalmente en el Nordeste, está compuesta de ex pequeños propietarios.

En cuanto a los renteros o aparceros, bajo una apariencia ficticia de autonomía, independencia e igualdad, sufren, en la misma medida que los asalariados, la extorsión de su plusvalía sea en especie, en dinero o en prestación de servicios gratuitos: lo que les pertenece de la cosecha no pasa en general del mínimo necesario para la reproducción de su fuerza de trabajo...

En conclusión, la inmensa mayoría de la población agraria del país, compuesta por el 65,47 % de campesinos sin tierra y el 27,2 % de pequeños propietarios, constituye una masa inmensa de ínfimo nivel de vida, explotada directa o indirectamente por un exiguo grupo de latifundistas y capitalistas del campo. Esta explotación, ahora presente en todo el territorio nacional, asume formas diversas según las regiones: en tanto que en las áreas azucareras del Nordeste, predominan formas de producción patrimonialistas y precapitalistas (renta-producto, dominación patriarcal, trabajo semi-servil, etc.) y los métodos de producción colonial de productividad ínfima, la penetración del capitalismo en el campo se hace sentir cada día más en las nuevas regiones cafeteras del Sur introduciendo formas de producción modernas (maquinaria agrícola, abonos químicos, insecticidas, etc.) y generalizando el salariado como forma de explotación, creando de este modo aquello que Karl Kautsky denominaba «latifundios capitalistas». A pesar de la persistencia de las formas arcaicas, la tendencia dominante y más reciente produce una simplificación en las relaciones de producción; lo que puede ser verificado estadísticamente a través del aumento constante de la proporción de asalariados y semi-asalariados en el total del personal activo (actualmente 60,3 % en Sao Paulo y 59,4 % en Minas Gerais - Cf. Caio Prado Jr. «Contribuição para a análise da questão agrária no Brasil». Rev. Brasiliense, n.º 28, marzo-abril de 1960).

## 2. — LA «REFORMA AGRARIA» EN EL BRASIL

Acostúmbrase a designar «reforma agraria» la solución liberal-burguesa de la cuestión agraria, «solución» que tiene básicamente tres finalidades:

1. Introducir el modo de producción y las relaciones de producción



capitalistas en el campo, eliminar las formas semi-feudales o precapitalistas de producción agraria. — 2. Crear, a través del fraccionamiento de ciertas grandes propiedades, un pequeño campesinado conservador que se convertirá en baluarte de la propiedad privada y del régimen social vigente. — 3. Constituir, a través de la formación de un pequeño campesinado y mediante el aumento (relativo) del nivel de vida de las masas rurales, un mercado interior para la producción industrial.

Esta terapéutica, aplicada con éxito por la burguesía en la Revolución Francesa, es, según los ideólogos del «desarrollo capitalista nacional», altamente recomendable para los países subdesarrollados como el nuestro, donde constituiría una verdadera panacea calmando los ímpetus revolucionarios de los trabajadores rurales y haciendo posible un progreso continuo del capitalismo en el campo y en las ciudades. Algunos llegan, incluso, a presentarla como «revolucionaria», «socialista», «radical», etc., pero los representantes de la burguesía se encargan de colocar el problema en sus debidos términos: João Cleofas, ministro de Agricultura del gobierno de Getulio Vargas, en una entrevista de prensa del 7-8-1951, declaró a propósito de la tímida reforma agraria proyectada por su gobierno: «La medida, que parece altamente revolucionaria, será también, sobre todo, altamente conservadora, por el beneficio y ayuda directa al pequeño campesinado, que en los países europeos, a través de la formación de una clase media rural, constituye el principal obstáculo contra el comunismo». (El subrayado es nuestro.)

Realmente, la creación en el Brasil de una clase conservadora de campesinos ricos, sería un obstáculo considerable para la revolución socialista; de todos modos, las clases dominantes brasileñas jamás llegarán a efectuar una expropiación en amplia escala de los latifundios —condición sine qua non de la reforma agraria— por las siguientes razones:

a) Respeto supersticioso del «sagrado derecho de propiedad privada» y temor a una expropiación realizada por las propias masas campesinas, de consecuencias imprevisibles.

b) El carácter económicamente retrógrado, incluso desde el punto de vista capitalista, de la pequeña explotación, sobre la cual la gran empresa presenta innumerables ventajas económicas y financieras: «la importancia menor de la superficie no cultivada, las economías en hombres, animales y aperos; una utilización integral de todos los instrumentos agrícolas; posibilidad del empleo de máquinas, con las que no cuenta la pequeña explotación; división del trabajo; dirección confiada a agrónomos; superioridad comercial; mayores facilidades para la obtención de dinero» (Karl Kautsky, *A questão agrária*). Esto es tanto más cierto cuanto que las principales tierras del Brasil únicamente serían rentables (con excepción de las tierras particularmente fértiles) si fueran cultivadas en gran escala.

c) La profunda amalgama entre los intereses económicos, sociales y políticos básicos de los burgueses industriales y financieros y de los latifundios (que frecuentemente se reúnen en la misma persona o son socios en la misma empresa), que se funden en una poderosa clase dominante hostil a cualquier modificación radical de la estructura social y económica vigente.

Un examen sucinto de los proyectos de reforma agraria que se hallan en discusión en las cámaras federales y estatales del país pone en evidencia, al margen de la demagogia y las ilusiones pequeño-burguesas, el verdadero contenido de las «alteraciones» que la burguesía, sea o no progresista, está dispuesta a introducir en la estructura agraria actual.

Para simplificar esa tarea, analizaremos dos proyectos que representan la extrema derecha y la extrema izquierda del movimiento de reforma agraria: la «Revisión agraria» del gobernador de Sao Paulo, y el proyecto de ley del diputado federal del P.T.B., Coutinho Cavalcanti.

El gobierno del Estado de Sao Paulo, constituido por elementos ligados al clero, al capital industrial y financiero y al latifundio capitalista, suministra, con su «Revisión agraria» (la propia palabra «reforma» les parece demasiado radical) un ejemplo característico de las modificaciones que la burguesía desea realizar en el campo: el proyecto intenta teóricamente, a través de un impuesto territorial progresivo, la introducción de métodos y técnicas capitalistas, la explotación intensiva y racional de las tierras inexploradas y la creación de un incentivo para la formación de pequeñas propiedades.

La constitución, en proporciones reducidas, de pequeñas propiedades, no supone, en modo alguno, la extinción del latifundio y la transformación de considerables capas de asalariados y arrendatarios en campesinos proletarios, sino mantener el mínimo de pequeñas empresas indispensables al equilibrio socio-económico actual del campo y a los intereses del propio latifundista. «En los lugares en que elimina a un número considerable de pequeñas explotaciones, la gran propiedad territorial procura después restaurarlas artificialmente. Cuanto mayor es la emigración hacia las ciudades, tanto más la gran explotación se esfuerza en fijar en la gleba a los obreros de que necesita» (Kautsky, Op. cit., pág. 205). A lo que parece, la «Revisión» no tendrá siquiera esa función reguladora, dado el insignificante número (apenas unos centenares) de pequeñas propiedades que se propone crear.

Este proyecto, en general bien recibido en los círculos burgueses liberales y conservadores —el periódico «Estado de Sao Paulo» llegó a afirmar: «En esto puede el señor Fidel Castro encontrar enseñanzas sobre la forma de realizar la justicia social sin violar el derecho de propiedad privada»—, fué objeto sin embargo de amargas críticas por parte de algunos latifundistas ultrarreaccionarios, que le tacharon de «proyecto bolchevique», «leninista», etc., sin comprender su carácter inócuo.

En realidad, es más que evidente que esta «Revisión agraria», al dejar incólume la pirámide social de la sociedad agraria y de la gran propiedad latifundista (que se considera como «racionalmente explotada») es incapaz de resolver la angustiada situación de las masas trabajadoras rurales.

Veamos ahora las características del proyecto de reforma agraria n.º 389 de 1954, cuyo autor es el diputado Coutinho Cavalcanti, miembro del ala izquierda del P.T.B. A pesar de su apariencia radical, la «Reforma» del diputado presenta muchos puntos comunes con la «Revisión» de Calvalho Pinto: como ésta, trata esencialmente el aumento de la productividad y la explotación racional del campo por métodos de producción capitalistas. Sus principales finalidades son (art. 69):

«a) Condicionar el derecho de propiedad a la productividad económica del predio de acuerdo con su capacidad y destino; b) Animar una justa distribución de la propiedad; c) Eliminar los procesos rutinarios en la agricultura, actualizándolos de acuerdo con la técnica moderna; d) Proporcionar a los no propietarios mayor estabilidad y seguridad; e) Elevar los índices de productividad de la tierra y aumentar el volumen general de la producción cuantitativa y cualitativamente; f) Combatir el latifundio y el minifundio; g) Eliminar progresivamente, sustituyéndolo por formas racionales, el sistema feudal de explotación y ocupación de la tierra, etc.».

El autor del proyecto establece una distinción básica entre la «empresa agrícola», que es definida como «gran propiedad explotada técnicamente que ocupa un área extensa, utiliza métodos modernos de explotación racional y mecanizada, permitiendo a los que en ella emplean su trabajo un nivel de vida digno» (art. 14) y el latifundio. Según el proyecto, éste es, al contrario, «una gran propiedad inculta o manifiestamente mal explotada» (art. 15), y, por tanto, el único objeto de expropiación.

A propósito de este «latifundio improductivo», Caio Prado Jr. observa con razón, en un artículo publicado en esta revista, que «no son positiva-

mente improductivas las grandes propiedades ocupadas como una explotación de caña u otras que tienen los graves defectos económicos que analizamos (...). En suma, el latifundio improductivo puede ser efectivamente un mal y ser combatido. Pero no puede ser aislado y separado, en el combate que contra él mismo se pretende, de las demás circunstancias que hacen posible su existencia ni de la cuestión agraria en su conjunto, de la que solamente es un elemento derivado (...). Propuesta en otros términos, la lucha o pseudo-lucha contra el latifundio improductivo únicamente será una diversión, un escamoteamiento del problema agrario brasileño» (op. cit. pág. 232).

Realmente, para el trabajador rural explotado y oprimido muy poco significado tiene la «productividad» o «improductividad» del latifundio en el que trabaja una vez que las condiciones de trabajo y el nivel de vida de las áreas racionalmente explotadas por medio de técnicas modernas son idénticas, si no peores, a las de las tierras cultivadas a la antigua.

Vemos así la fragilidad e insuficiencia, incluso desde un punto de vista reformista, del proyecto «radical» del izquierdista Coutinho Cavalcanti. Lo realmente interesante para las masas rurales en su proyecto es la extensión de la legislación laboral al campo, y el derecho rural de sindicación por él propuesto, disposiciones que pueden permitir realmente una mejora de las miserables condiciones de vida de los trabajadores del campo. Es de esto de lo que tienen miedo los latifundistas, y no de las medidas de «expropiación» que contiene el proyecto, las cuales establecen que tendrán preferencia para la adquisición de los lotes expropiados... los propios propietarios del inmueble expropiado (art. 107).

Un análisis de los proyectos reformistas y de la actitud de la burguesía frente a ellos, sugiere las siguientes conclusiones de carácter general:

1. — La burguesía industrial y financiera del Brasil —como la de todos los países sudamericanos— no es una clase revolucionaria como la burguesía francesa de 1789; habiendo surgido con retraso en la escena histórica, precozmente senil, amenazada por la revolución socialista internacional, esa clase se preocupa mucho más del mantenimiento del *statu quo* que de la introducción de modificaciones radicales en la estructura agraria.

2. — Las únicas modificaciones que la burguesía, de común acuerdo con los latifundistas capitalistas, efectuaría en la economía rural del país son aquellas que favorecen la introducción del capitalismo en el campo, la explotación racional e intensiva de las grandes propiedades.

3. — La ayuda al pequeño campesino, y los demás paliativos que los gobernantes burgueses están dispuestos a conceder bajo la cobertura demagógica de «reforma agraria», no resuelven de ningún modo la angustiosa situación social y económica de la mayoría de la población rural.

4. — La expropiación en gran escala del latifundio (sea «productivo» o no), reivindicación secular de los arrendatarios, renteros y trabajadores rurales, no figura en ningún programa de reforma agraria derechista o «izquierdista»: si tal exigencia fuese presentada, las clases dominantes del país se alzarían unánimemente para rechazarla.

Se hace, pues, evidente que la burguesía brasileña no está en condiciones de solucionar la cuestión agraria recurriendo a los clásicos procedimientos liberales individualistas. A nuestro modo de ver, solamente mediante la *revolución agraria*, en un proceso de carácter socialista, pueden las masas rurales brasileñas liberarse del yugo y la explotación de que son víctimas desde hace siglos.

### 3. — REVOLUCION AGRARIA EN EL BRASIL

#### a) El marxismo y la cuestión agraria.

La concepción marxista de la cuestión agraria, naturalmente, se opone de frente al punto de vista liberal burgués del problema; para el socia-

lismo, la propiedad colectiva de la tierra, y no su parcelación, es la solución adecuada para las reivindicaciones de los trabajadores rurales y de los campesinos pobres; la unión obrero-campesina provocará la expropiación de los explotadores en el campo y en la ciudad: «los obreros industriales no pueden liberarse más que transformando el capital de los burgueses... en propiedad, es decir, en su propiedad utilizada en común. De la misma manera, los obreros agrícolas no pueden liberarse de su terrible miseria más que cuando, antes que otra cosa, el principal objeto de su trabajo, la tierra, sea arrancado a la propiedad privada de los grandes propietarios y de los que son todavía grandes señores feudales, transformada en propiedad social y cultivada colectivamente por cooperativas de obreros agrícolas» (Engels, prefacio a la *Guerre des Paysans*, Editions sociales, 1951, pág. 24).

Ya en nuestro siglo, Kautsky, en su magistral obra sobre la cuestión agraria, observaba que el socialismo en el campo, contrariamente a dividir la tierra en pequeñas parcelas, atraería al campesino pobre hacia las grandes cooperativas socialistas: «La gran empresa socialista no expropia al pequeño campesino. Ella le arrancará al infierno en que su propiedad privada le hace vivir hoy. La evolución social sigue en la agricultura el mismo camino que en la industria. Las necesidades sociales, así como las condiciones sociales, nos empujan —lo mismo en la agricultura que en la industria— hacia la gran explotación socialista, cuya forma más elevada conjugaba agricultura e industria en una sólida unidad» (op. cit., pág. 277).

Rosa Luxemburgo, en su folleto sobre la Revolución Rusa, escrito en 1918 poco antes de su muerte, observa que la transformación socialista de la agricultura supone, antes que nada, «la nacionalización de la gran propiedad, que es la única que puede servir de base para la economía socialista en nuestros campos. Naturalmente, no se debe arrancar al pequeño labrador su pedazo de tierra, sino dejarle, tranquilamente, el tiempo de convencerse por sí mismo de las ventajas de la explotación colectiva, conquistándole primero para el grupo cooperativo y después para el sistema de explotación colectiva; toda transformación socialista de la economía agrícola debe comenzar naturalmente por la grande y media propiedad. Ella debe transferir, antes que todo, el derecho de propiedad a la nación... pues sólo esto garantiza la posibilidad de organizar la producción agrícola sobre bases socialistas» (*A revolução russa*, Edições Socialistas Ltd., Río, pág. 21).

Finalmente, José Carlos Mariategui, el gran precursor del marxismo en América Latina, escribía en sus ensayos sobre la cuestión agraria en el Perú, redactados en 1928: «El problema agrario, en primer lugar, se presenta como el problema de la liquidación del feudalismo en el Perú... Nadie ignora que la solución liberal de este problema sería, conforme a la ideología individualista, el fraccionamiento de los latifundios para crear pequeñas propiedades. Es tan desmesurado el desconocimiento que se observa a cada paso entre nosotros de los principios elementales del socialismo, que nunca será obvio ni ocioso insistir sobre el hecho de que esta fórmula —fraccionamiento de los latifundios en favor de la pequeña propiedad— no es ni utópica, ni herética, ni revolucionaria, ni bolchevique, ni vanguardista, sino ortodoxa, constitucional, democrática, capitalista y burguesa... De forma congruente con mi posición ideológica, pienso que la hora de ensayar en el Perú el método liberal, la fórmula individualista, ha pasado ya... La política liberal del *laissez faire*, que tan pobres frutos dió en el Perú, debe ser definitivamente sustituida por una política social de nacionalización de las grandes fuentes de riqueza» (*Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*).

Vemos así que los teóricos y revolucionarios marxistas, en Europa y en los países subdesarrollados, desde Engels en 1874 hasta Mariategui en 1928, señalan un único camino para la solución de la cuestión agraria y la liberación de las masas campesinas: la revolución agraria, o sea, la expropiación de los latifundios por los trabajadores rurales armados y la socialización de la tierra.

b) Condiciones y posibilidades de la revolución agraria en el Brasil.

La revolución agraria deberá ser en el Brasil, como en toda la América Latina, parte integrante de un vasto programa de revolución ininterrumpida en el cual las masas explotadas de las ciudades y del campo destruirán simultáneamente a sus tres grandes opresores: el imperialismo, el capitalismo y el latifundio. La revolución cubana suministra un ejemplo fulgurante de revolución agraria de contenido socialista, y por ello no es sorprendente que las medidas de colectivización del gobierno revolucionario no hayan agradado a la burguesía ni al imperialismo, que por boca de su portavoz de entonces, John Hagerly, acusó a Castro de no haber ejecutado «una reforma agraria de acuerdo con los principios de la civilización occidental» (sic).

Las finalidades de la revolución agraria en el Brasil podrían ser, básicamente, las siguientes: 1. Expropiación sin indemnización de los grandes latifundios y empresas agrícolas capitalistas. — 2. Formación en las grandes propiedades de comunidades agrarias democráticamente administradas y controladas por los trabajadores. — 3. Alentar la formación de cooperativas entre los pequeños propietarios que no hayan adherido a las comunidades.

La primera condición, indispensable para la creación de un tal movimiento en nuestro país, es sin duda la radicalización del movimiento campesino, que actualmente se encuentra en una fase incipiente de organización. La principal entidad de clase del país, la Unión de Labradores y Trabajadores Agrícolas del Brasil (U.L.T.A.B.), fué fundada hace muy pocos años, pero ya posee considerable número de asociaciones campesinas en diversos Estados del país, sobre todo en los de Río y Sao Paulo. En otras regiones, los labradores también comienzan a organizarse. Por otra parte, en el Nordeste, el éxito de las Ligas Campesinas, que tan rápidamente se estructuraron en Pernambuco transformándose en la mayor fuerza social de la región, trasciende ya de los límites de aquel Estado, surgiendo en otras regiones.

Los episodios modernos de la lucha de clases en el campo no han sido tan frecuentes como en las ciudades, pero cuando surgen tienden a transformarse en choques violentos debido a la ausencia de vías institucionales que legalicen y reglamenten los conflictos, y también, en buena parte, debido a la violencia de la represión de la policía y de los «jagunços» (matones) al servicio de los grandes latifundistas. Realmente, la sindicación de los campesinos es el espantajo de las «fuerzas del orden» y de las «clases productoras» de la sociedad agraria brasileña, que no vacila en encarcelar a líderes campesinos como Jofre Correa Neto, dirigente de la combativa Asociación de los Labradores y Trabajadores Agrícolas de Santa Fe del Sur, y como Joaquim Camilo Santana, de la Liga Campesina de Jaboatão (Pernambuco).

A pesar de la represión y de la violencia, los proletarios rurales continúan organizándose y sus asociaciones, creciendo en fuerza e influencia, terminan por imponer su voluntad a los gobernantes burgueses, como en el caso del ingenio Galileia, en Pernambuco, o de la región de Formoso, en Goias. En esta última domina completamente una poderosa asociación de labradores que, a través de veintiún consejos de campesinos y de milicias armadas, controla toda la región no permitiendo la presencia de «jagunços» de los propietarios ni de policías —los que se atrevieron a aparecer allí fueron exterminados o puestos en fuga—, hasta el punto de que el gobernador se quejó de la existencia de un «Estado dentro del Estado de Goias»...

Una unión obrero-campesina podría prestar un gran servicio a la sindicación rural, que todavía se encuentra en sus principios manifestándose apenas esporádicamente bajo la forma de movimientos de solidaridad, pero

sin ninguna estructura orgánica; ello se debe en parte a la oposición de los sindicalistas «amarillos» ligados a los patronos, que se niegan a seguir cualquier clase de iniciativa en favor de los trabajadores agrícolas.

No hay duda de que existe entre vastos sectores de la población campesina del país —principalmente entre los asalariados rurales que, como sus camaradas urbanos, nada poseen y nada tienen por tanto que perder... excepto las cadenas— una rebelión generalizada contra la explotación del latifundista, las rentas excesivamente altas, los ínfimos salarios, los procesos brutales de expropiación de los pequeños propietarios y también, por último, contra la miserable condición a que se hallan condenados. Por otro lado, es innegable que muy pocos tienen una conciencia clara de cómo resolver tales problemas, de cómo liberarse de la opresión de los grandes propietarios y conseguir un nivel de vida digno.

La toma de conciencia revolucionaria de las masas rurales explotadas y la unión obrero-campesina son las condiciones sine qua non de la victoria de la revolución agraria y socialista en el Brasil, y por tanto, de la emancipación final de los trabajadores brasileños.

Michael LOEWY.

« LA VERITE »

REVUE TROTSKYSTE

5, rue de Charonne, Paris XI

SOMMAIRE DU NUMERO 522

Editorial .....	1
<i>Francisco Rodriguez</i> : La révolution en Amérique latine. Cuba, première étape? .....	9
<i>François Forge</i> : Trois ans de gaullisme .....	33
<i>Hubert Carrier</i> : L'aristocratie ouvrière aujourd'hui .....	43
<i>Gérard Bloch</i> : Quelques enseignements de la grève générale belge (I) .....	61
<i>David Stein</i> : Notes après un voyage en U.R.S.S. ....	93
<i>Jean-Jacques Lebel</i> : La liberté ou la mort? .....	104
<i>Julien Ramme</i> : «La révolution et la guerre d'Espagne», de Pierre Broué et Emile Témime .....	107

Le n° 2 NF. Abonnements : 4 n°s 7,50 NF au C.C.P. S.P.E.L. 6032 01

# Aspectos y soluciones de la crisis argentina

Por SILVIO FRONDIZI

*Silvio Frondizi inicia su colaboración en nuestra revista con el siguiente estudio sobre la crisis argentina. El compañero Frondizi es profesor de Derecho Político de la Universidad de La Plata y secretario general del Movimiento de Izquierda Revolucionaria de la Argentina. Nuestro nuevo colaborador es también uno de los escritores políticos más conocidos de América Latina. Entre sus obras merecen destacarse «El Estado moderno», «La integración mundial del capitalismo», «La crisis de la democracia», «La realidad argentina» y «La Revolución Cubana».*

EL origen de la crisis social y política que la Argentina vive, con diversas alternativas, desde hace años, se halla en su condición de país semi-desarrollado. Como tal, la Argentina se ha visto arrastrada a la vorágine de la situación mundial capitalista, caracterizada por la hegemonía de Estados Unidos, el aumento de las contradicciones en todo el sistema imperialista —especialmente en su periferia colonial—, la reducción del área explotable en virtud del proceso revolucionario de los últimos años. Este último aspecto, la reducción e inestabilidad crecientes del área explotable, obligan al imperialismo norteamericano a acentuar su presión sobre su trastienda continental al sur del Río Bravo, lo que a su vez agrava los focos continentales de resentimiento y subversión, y liquida las posibilidades de expansión económica y de estabilidad social y política para las burguesías latinoamericanas.

Este proceso general se manifiesta y refracta en las condiciones específicas de la Argentina

## LA SITUACION ECONOMICA

El capitalismo se caracteriza en su fase actual, entre otras cosas, por la tentativa de llevar adelante la integración de la economía internacional, a través de la división del trabajo, bajo control y en beneficio del imperialismo yanqui. En este proceso se adjudica a cada país sometido a las exigencias norteamericanas una función productiva determinada. Son desarrolladas de modo unilateral e hipertrofiado las ramas de producción que interesen al imperialismo yanqui y no perjudiquen a su política de inversiones, en desmedro del desarrollo progresivo y armonioso del país en cuestión. Así ha comenzado a ocurrir en la Argentina, como ya comenzara

a ocurrir anteriormente con Bolivia, Chile, Venezuela y tantos otros países latinoamericanos (1). Un breve examen de aspectos centrales de la economía argentina nos lo demuestra.

La acción del imperialismo yanqui se ejerce ante todo sobre el comercio exterior argentino, especialmente a través de la caída en volumen y precios de las exportaciones agropecuarias. Mediante su control sobre el mercado mundial de trigo y cereales, el «dumping» permanente, la aplicación de la Ley 480 —ahora con el programa de «Alimentos para la Paz»—, Estados Unidos viene desalojando a la Argentina de muchos mercados tradicionales, reduce su participación en el comercio internacional de granos así como los precios que este último país obtiene en el mismo. La agricultura es desalentada, a través de la competencia comercial y de presiones de todo tipo, lo que se manifiesta en la caída del área sembrada y de las cosechas. Se ha pretextado para ello la mayor conveniencia de la producción y exportación de carnes, cuando en realidad también éstas encuentran restricciones crecientes en el mercado mundial. Tanto los cereales como las carnes de origen argentino deben enfrentar, no sólo la competencia yanqui, sino también las consecuencias de la política proteccionista impuesta por los países del Mercado Común Europeo. Finalmente, múltiples presiones de todo tipo han impedido o dificultado gravemente el comercio con los países del Este europeo.

La restricción de posibilidades exportadoras, y la dependencia de los países imperialistas para la importación —en muchos casos incontrolada y creciente— de maquinarias, materias primas, etc., contribuyen a determinar el permanente deterioro de los términos del intercambio, de la balanza comercial y de pagos, y la consiguiente descapitalización del país, y a reducir su capacidad importadora, con grave impacto sobre el desarrollo y la productividad de la economía nacional. El índice de la relación de precios de intercambio se redujo, entre 1950 y 1957, de 100 a 72,5. En el período 1951-59 se produjo una disminución del poder adquisitivo de las exportaciones argentinas, de 2.103,9 millones de dólares, valor 1951. La balanza comercial de 1960 tuvo un saldo negativo que osciló alrededor de 9.160 millones de pesos; y la situación habría sido peor de no mantenerse restricciones a la importación. En 1956, 1957 y 1958, la Argentina tuvo saldos negativos de 49, 226 y 217 millones de dólares en su balanza de pagos. El deterioro de la balanza de pagos aparece momentáneamente compensado por la obtención de créditos cuyo futuro impacto —combinado con la situación de la balanza comercial— replanteará el desequilibrio de la balanza de pagos a corto plazo y en peores condiciones.

Las inversiones extranjeras son insuficientes, descapitalizadoras, y van acompañadas de condiciones explosivas. Basta mencionar el problema del petróleo y de la electricidad (2).

(1) Sobre este problema cfr.: Silvio Frondizi, *La integración mundial, última etapa del capitalismo. Respuesta a una crítica*, 2.<sup>a</sup> edición, Buenos Aires, Praxis, 1954; y *La Realidad Argentina, Ensayo de Interpretación Sociológica, Tomo I: El Sistema Capitalista*, 2.<sup>a</sup> edición, Buenos Aires, Praxis, 1957.

(2) Sobre estos problemas, cfr. Jorge del Río, *Política Argentina y Monopolios Eléctricos*, Buenos Aires, Editorial Cátedra Lisandro de la Torre, y *El Porqué de la Crisis*, Buenos Aires, Editorial Cátedra Lisandro de la Torre, 1961; A. Silenzi de Stagni, *El Petróleo Argentino*, Buenos Aires, 1955; Marcos Kaplan, *Economía y Política del Petróleo Argentino (1939-1956)*, Buenos Aires, Praxis, 1957.



## ASPECTOS Y SOLUCIONES DE LA CRISIS ARGENTINA

El déficit energético ha constituido tradicionalmente uno de los más serios factores de estrangulamiento de la economía argentina, y esa situación se ha ido agravando en los últimos años. Los contratos suscritos por el actual gobierno desde 1958 en adelante —con el pretexto formal de solucionar el déficit, pero como parte de un plan general de entrega al capital extranjero como pieza clave de la propia supervivencia política—, entregan a las compañías extranjeras vastas zonas petrolíferas, ya ubicadas y explotadas por Yacimientos Petrolíferos Fiscales (Y.P.F.) por su propia cuenta y riesgo, así como la información técnica referente a dichas zonas. Los pozos que las compañías perforan, continuarán en poder de aquéllas, que extraerán petróleo y lo venderán a la empresa fiscal. Y.P.F. queda obligada a adquirir de las compañías todo el petróleo que éstas extraigan, se disponga o no de medios de almacenamiento y transporte, y a un precio fijado, no según el costo de producción en la Argentina, sino según el alto nivel de precios de importación desde Venezuela, Golfo de Méjico y Medio Oriente. Las compañías han sido en general exoneradas de impuestos y regalías. Finalmente, se ha otorgado a las empresas extranjeras del grupo Esso y del grupo Shell una posición privilegiada y controladora del mercado interno argentino, en desmedro de Y.P.F. y de los consumidores. En virtud de lo expuesto, los precios internos de combustibles y subproductos se han elevado entre un 200 y un 300 %; las empresas extranjeras ganan aproximadamente unos 14 dólares por metro cúbico; y con el pretexto del autoabastecimiento se va originando un cuantioso drenaje de divisas fuertes, superior al costo total anterior de las importaciones.

Del mismo modo, vergonzosas negociaciones realizadas con los monopolios eléctricos internacionales, que desde hace varias décadas controlan la producción y comercialización del fluido, frenan el desarrollo económico nacional y contribuyen a la prostitución de la política burguesa en la Argentina, han significado la defensa y reforzamiento de las posiciones de esos monopolios, que debían ser liquidados legalmente en estos años, el regalo a uno de ellos de unos 126 millones de dólares (Empresa C.A.D.E., hoy S.E.G.B.A.), la compra de las instalaciones inservibles del grupo A.N. S.E.C., «pagando 50 millones de dólares más que el valor establecido por valuaciones oficiales».

La acción del imperialismo, especialmente el yanqui, tiende a convertir a la Argentina, cada vez más, en productor de petróleo, de materias primas y de ciertos artículos industriales livianos (complementarios, de mero consumo, etc.), en función y bajo control de las necesidades económicas y militares de dicho sistema. Ello implica tolerar sólo el mantenimiento de una pseudo-industrialización, de ciertas industrias ligeras, en desmedro de las posibilidades actuales y futuras de una industrialización más auténtica y progresiva.

En el cumplimiento de este plan se combinan tanto la acción de la objetividad como la política deliberada del imperialismo y la debilidad y servilismo de la burguesía nacional y de su gobierno. La caída de las exportaciones y de los términos del intercambio, con el consiguiente impacto sobre las importaciones; la prioridad dada a la política de estabilización sobre la de desarrollo; las restricciones discriminatorias del crédito en momentos de fuerte encarecimiento de todos los costos; el cumplimiento de una política de recargos y retenciones aduaneros que protege la importación de manufacturas extranjeras y encarece la importación de materias primas, en desmedro de las posibilidades competitivas de la industria argentina, especialmente sus sectores pequeños y medianos; la tolerancia del contrabando; las reformas al régimen legal de la side-

rurgia argentina, por el cual se posibilita la entrega del control de la misma —construida por el Estado con el sacrificio físico y financiero del pueblo— al capital privado, necesariamente extranjero, a quien se concede toda clase de privilegios y que tendrá así un decisivo resorte de control sobre toda la industria nacional: tales son algunos de los aspectos y factores que inciden en la deformación y crisis del desarrollo industrial argentino.

Los efectos de la situación económica, cuyos rasgos salientes mencionamos en sus grandes líneas, son igualmente significativos. Según un reciente informe del Banco Central, entre 1958 y 1959 el producto bruto interno del país disminuyó en un 5,3 %, hecho grave si se considera entre otras cosas que la población crece en unas 450.000 personas por año. La baja se opera sobre todo en construcciones, industrias manufactureras, ganadería, con un solo aumento significativo: minería, por las inversiones en petróleo. Según la misma fuente han descendido también la inversión bruta interna, y el consumo privado, especialmente el de equipos durables de producción. La participación en los ingresos del sector empresario e independiente aumentó del 42 al 49 %, contra la baja del 58 al 50 % del sector trabajo. Tomando como base de número índice: 1952 = 100, la ocupación industrial bajó de 93,3 a 86 en los diez primeros meses de 1959 y 1960; las horas trabajadas de 89,3 a 88. El índice del volumen físico de la producción industrial bajó de 123,8 a 109,8 entre 1958 y 1959, repuntando apenas de 109,3 a 113,9 en los diez primeros meses de 1959 y 1960. El pasivo de los quebrantos aumentó de 76,2 a 316 millones de pesos entre 1959 y 1960, los protestos bancarios, de 579 a 2.328 millones de pesos en iguales años.

La contracción económica y la acentuación de las deformaciones impuestas por la vieja situación semi-colonial, afectan no sólo al proletariado, sino también a los asalariados de alta jerarquía, a los profesionales e intelectuales, a los pequeños rentistas, a las empresas medianas y chicas. La pauperización de las masas proletarias y populares va acompañada por una concentración acelerada de la riqueza en un número reducido de consorcios y grupos, extranjeros y nacionales, por el aumento de los privilegios de las castas parasitarias (fuerzas armadas, clero, alta burocracia); fenómenos éstos que las clases altas y el gobierno no disimulan, e incluso exhiben con una mezcla de irresponsabilidad y provocación.

## EL IMPACTO SOCIAL Y POLITICO

Los procesos esbozados se traducen y combinan en la multiplicación e intensificación de toda clase de tensiones y conflictos, y de síntomas de descomposición y desintegración (corrupción administrativa; arbitrariedad policíaca; lucha de facciones en gobierno, partidos y fuerzas armadas); en la combinación de lucidez y planeación con actitudes de desorden e irresponsabilidad por parte de las fuerzas burguesas; en la inestabilidad social y política permanente. Se liquidan los restos de libertades democráticas, arrolladas por las peores formas de dictadura militar y policíaca y por la ofensiva de las fuerzas oscurantistas en la vida cultural.

Como producto y elemento decisivo de este desarrollo, es importante destacar la crisis y el definitivo fracaso en los planteos centristas, y de los intentos o pseudo-intentos de movimientos de liberación de tipo burgués o pequeño-burgués, especialmente en el peronismo y en el actual gobierno. Caído el gobierno bonapartista del general Perón, por la desaparición de las condiciones objetivas que posibilitaron su auge y por el impacto de sus propias limitaciones de estructuración clasista y política, se acentúan permanentemente en el Movimiento peronista las contradicciones fundamentales entre viejos dirigentes, cada vez más ineptos y co-

## ASPECTOS Y SOLUCIONES DE LA CRISIS ARGENTINA

rrompidos —a través de los cuales opera la reacción imperialista, patronal y clerical— y las nuevas camadas y cuadros que se forman e irrumpen como expresión y por la presión de masas inquietadas y dinamizadas por la crisis. La Unión Cívica Radical Intransigente (U.C.R.I.) llegó al poder y se mantiene en él como instrumento de los intereses de la gran burguesía nativa, del imperialismo, de las fuerzas armadas y del clero; y mientras la mayoría de sus dirigentes y cuadros se preparan para integrar un próximo reagrupamiento conservador, los elementos de base oscilan entre la pasividad desesperanzada y los tanteos en búsqueda de un movimiento superador de la situación actual y de la lamentable experiencia gubernamental (3).

### LAS TAREAS INCUMPLIDAS

El fracaso de los planteos centristas y de los intentos o pseudo-intentos de movimientos de liberación de tipo burgués o pequeño-burgués, mantiene a la orden del día el cumplimiento de las grandes tareas liberadoras para los países de América Latina.

Se trata ante todo de entablar y llevar hasta sus últimas consecuencias una lucha despiadada contra el imperialismo y sus aliados nativos. Esta lucha sólo podrá ser realizada por un movimiento basado en clases no subordinadas a la red de intereses del imperialismo, y no por partidos políticos como los centristas, que encierran en su seno a grandes terratenientes e industriales, ligados con los capitales foráneos y con las instituciones retrógradas de la sociedad argentina.

Del mismo modo, sólo un movimiento revolucionario que se apoye en las capas populares y pueda movilizar sin miedo ni trabas sus mejores energías podrá resolver los graves problemas del desarrollo industrial y agrario. En el plano industrial, podrá colocar las grandes fuentes de producción en manos de la colectividad, impulsando así poderosamente la acumulación económica. En el plano agrario deberá realizar una revolución integral, nacionalizando los latifundios como paso preparatorio para la colectivización.

La liquidación del privilegio económico y la planificación económica en función de los intereses generales de la comunidad y bajo control de los trabajadores, exigen y posibilitan un progreso ininterrumpido de democratización del Estado, del régimen jurídico y de la sociedad. El Estado debe pasar de manos de un sector de la sociedad, que lo emplea en su beneficio, a manos de la comunidad y en beneficio de toda ella. Para ello es necesario que en lo político y social se cumpla el ascenso de las masas y la hegemonía del proletariado en la dirección de la economía, el Estado y la vida social. El pueblo debe hacer valer sus derechos, profundizar sus conquistas y asumir la hegemonía del proceso político, en la calle, imponiendo las condiciones de la democracia directa.

Un movimiento y un régimen como el que propiciamos, podrá plantear y resolver el problema de la libertad de conciencia, separando la Iglesia del Estado; evitando por un lado que el Estado intervenga en los problemas confesionales, y por el otro que las confesiones se entrometan en los problemas políticos y sociales. Deberá liquidarse asimismo resabios medievales agobiadores (matrimonio indisoluble, enseñanza bajo control clerical).

(3) Cfr. Silvio Frondizi, *La Realidad Argentina*, Tomo I, cit., y *Doce Años de Política Argentina*, Buenos Aires, Ediciones Praxis, 1958.

La crisis total plantea ineludiblemente una solución integral, y por consiguiente la lucha, no sólo por la liberación económica y política, sino también por la creación de condiciones que permitan al hombre integrarse socialmente, realizar su personalidad, desarrollar su capacidad creadora, liberarse de los tabúes familiares y sexuales que lo aplastan y que niegan a las relaciones humanas el carácter de comunidades libres, basadas en el afecto y no en el interés y en la coacción exterior. Ninguno de los objetivos arriba señalados serán posibles ni suficientes, si no se desarrolla una lucha profunda, permanente, contra el estilo de vida burgués que ha impregnado en parte a la masa obrera y en gran medida a las masas pequeño-burguesas, contribuyendo a que ambas den un salto mental. Aspecto decisivo de ello es el desarrollo de una mentalidad comunitaria y de un sentido de hermandad que ya existen en el pueblo, que se manifiesta en su acción, en sus formas de vida y de relación, que contrastan con el estilo de existencia y conciencia individualistas de la pequeña burguesía. El salto mental y el sacudimiento de las trabas y limitaciones centuplicarán las energías de las masas trabajadoras y populares y las pondrán en condiciones de cumplir las gigantescas tareas históricas que deben asumir para liberarse.

Las tareas señaladas deben también ser volcadas hacia el exterior, promoviendo una política de integración revolucionaria en Latinoamérica, cuyo incumplimiento contribuyó al fracaso de las experiencias de Bolivia y Guatemala, y amenaza actualmente a la de Cuba.

Subrayemos finalmente que las fuerzas progresistas a cuyo cargo está y estará el cumplimiento de las tareas señaladas son la masa obrera de la ciudad y del campo, como elemento motriz y rector del artesano, del campesino, de la pequeña burguesía productiva, y de los representantes esclarecidos de la intelectualidad.

#### EL PROCESO ININTERRUMPIDO

El proceso planteado será necesariamente complejo y zigzagueante en cuanto a ritmo y alternativas. La teoría de la Revolución ininterrumpida y las experiencias concretas de las grandes revoluciones contemporáneas (recientemente China y Cuba), y el análisis de la situación concreta de la Argentina que arriba esbozamos, plantean la necesidad de actuar al mismo tiempo en tres planos simultáneos y superpuestos, que se condicionan y enriquecen mutuamente, y que son tres manifestaciones de una realidad única entre las cuales no existen fronteras rígidas.

El primero de ellos, que podemos designar como MOVIMIENTO POPULAR DE LIBERACION, no constituye una organización planificada y estructurada según esquema previo y rígido. Se refiere a la coincidencia concreta y fluctuante que diversos sectores sociales y tendencias políticas populares van teniendo respecto de problemas que agitan a las masas y de formas de lucha referidas a dichos problemas. Constituye algo que se va haciendo en la realidad, en el medio de la calle, por la acción espontánea y semiespontánea de las masas y por la presión que dicho proceso y dichas masas ejercen sobre las organizaciones políticas.

La vanguardia revolucionaria debe penetrar e influir en las masas y organizaciones existentes, o que surjan a través de los focos de agitación; acompañar las experiencias de las capas populares y de sus representantes, para profundizarlas y darles una proyección que supere los motivos y límites originales; contribuir a cambiar a la gente y a sus órganos sobre la marcha, y ganar el derecho a dirigir por méritos probados y por la propia experiencia de aquéllas.

## ASPECTOS Y SOLUCIONES DE LA CRISIS ARGENTINA

Lo expuesto implica la necesidad de operar primordialmente sobre el proletariado, pero desarrollando al mismo tiempo métodos y formas organizativas para influir, movilizar o neutralizar a los sectores intermedios (asalariados de altos ingresos, artesanos, técnicos, pequeña burguesía productiva, intelectuales), combatiendo las raíces que el gran capital y la derecha tienen en esos sectores, disputándoles la influencia y la dirección, creando puentes concretos entre aquellos sectores, el proletariado y la vanguardia revolucionaria. De las contradicciones y formas de alienación que afectan a las más vastas capas de la población, deben hacerse los ejes y puntos de partida para una acción que se entrelace con el todo y con los demás aspectos y que no mantenga límites a priori. Pensamos, por ejemplo, en la lucha por las libertades populares, por la soberanía y el desarrollo económico; los problemas estudiantiles y culturales; las cuestiones sociales y humanas de todo tipo.

Simultáneamente y en parte a través de la actuación en el Movimiento Popular de Liberación, debe favorecerse el REAGRUPAMIENTO de los cuadros y militantes revolucionarios y progresistas que existen en los actuales partidos y grupos populares o que operan independientemente, en una VANGUARDIA REVOLUCIONARIA AUTENTICA. Para ello debe combinarse la discusión doctrinaria amplia con el contacto permanente, la acción común, la confrontación objetiva, las experiencias concretas.

La participación y promoción del Movimiento Popular y del Reagrupamiento de Izquierda pueden cumplirse sin abdicar de la propia línea doctrinaria y estratégica, sin limitar la libertad de organización y de acción, sin creencias ilusorias, auto-engaño ni capitulaciones disfrazadas de astucia táctica.

Tanto en el Movimiento Popular como en el Reagrupamiento de Izquierda desempeñan un papel fundamental la promoción de nuevos órganos de contenido proletario y popular que estimulen la participación activa de la base, la confrontación y socialización de sus experiencias e iniciativas, la elaboración y ejecución colectivas de soluciones, la multiplicación de focos de esclarecimiento y actividad liberadora, el desafío cada vez más audaz a las instituciones y baluartes del sistema moribundo.

Promovidos necesariamente por la Nueva Izquierda Revolucionaria, el Movimiento Popular y el Reagrupamiento de Izquierda aceleran el fortalecimiento y ampliación de aquélla, su enraizamiento en las masas, la creación de condiciones para impulsar la marcha hacia la Revolución Socialista, única perspectiva superadora para la crisis general del capitalismo imperialista.

El reciente ejemplo de Cuba demostró espectacularmente hasta qué punto son necesarios y posibles los procesos que a grandes rasgos prescribimos. La experiencia cubana pulverizó el «fatalismo geográfico», la teoría de la falta de condiciones, la actitud quietista disfrazada de realismo. Reveló la tremenda potencialidad política y militar que las masas guardan en su seno. Ratificó finalmente una vez más el necesario carácter ininterrumpido que debe tener el proceso revolucionario, especialmente en un país dependiente y subdesarrollado, tanto desde el punto de vista social y político interno como desde el punto de vista internacional. El mejor homenaje y la más preciosa ayuda que podemos prestar a la Revolución cubana consisten, no en admirarla desde lejos, sino en sacar conclusiones de su experiencia y trabajar para imitarla aquí y ahora, a partir de las condiciones específicas de cada uno de nuestros países latinoamericanos.

Silvio FRONZIZI.

## CRITICA DE LIBROS Y REVISTAS

Pierre Broué y Emile Témime

### “ La Révolution et la guerre d'Espagne ”

Les Editions de Minuit, París 1961

LA Revolución Española, uno de los grandes acontecimientos históricos de la primera mitad del siglo XX, sigue apasionando a las gentes más diversas en el mundo entero. Todos los esfuerzos hechos en el curso de los últimos años para olvidarla o desfigurarla han resultado vanos. La gesta del proletariado español ha inspirado, sigue y seguirá inspirando novelas, obras teatrales, ensayos y estudios históricos.

En 1961, con motivo del XXV aniversario, se han publicado tres obras sobre la Revolución Española: «The Grand Camouflage», de Burnet Bolloten, «The Spanish Civil War», de Hugh Thomas y «La Révolution et la guerre d'Espagne», de Pierre Broué y Emile Témime. Las tres han constituido verdaderos éxitos editoriales y ya han sido traducidas a varios idiomas.

De estas tres obras, la más interesante y completa es, sin duda alguna, «La Révolution et la Guerre d'Espagne», escrita por los jóvenes historiadores franceses Pierre Broué y Emile Témime. «The Grand Camouflage» (1) es simplemente una parte de un vasto trabajo que no sabemos si verá la luz un día y, por consiguiente, tiene un valor limitado. Por lo demás, los editores la

han lanzado con objetivos políticos que no tienen nada que ver con los intereses de la clase trabajadora española. «The Spanish Civil War» (que comenta ampliamente nuestro colaborador F. Manuel en otro lugar de este mismo número), pese a que pretende ser un libro objetivo, contiene infinidad de errores y no aporta nada fundamental para la comprensión de la gran experiencia revolucionaria. Como tantas otras obras, se refiere esencialmente a la guerra civil, olvidando que al fin y al cabo ésta no fué más que un aspecto de un fenómeno general mucho más importante y profundo.

El mérito fundamental de «La Révolution et la Guerre d'Espagne» reside esencialmente en esto: en que Broué y Témime analizan todo un proceso histórico, sin descuidar ninguno de sus múltiples aspectos. En este sentido, pues, la obra de Broué y Témime puede situarse al lado de las escritas precedentemente por otros autores con la misma óptica y con un criterio sociológico e histórico. Al decir esto pensamos sobre todo en «Espagne, creuset politique», de Henri Rabasseire, publicada en 1938 en París, de la que actualmente es muy difícil encontrar ejemplares; en «La crisis española del siglo XX», del profesor uruguayo Carlos Rama, editada en México por el Fondo de Cultura Económica; en «The Spanish cockpit», de Franz Borkenau, aparecida

(1) Ver la crítica del libro de Bolloten en el número 3 de «Tribuna Socialista».

en Londres en 1937. Desgraciadamente, los libros de Rabasseire y de Borckenau fueron escritos en plena revolución y no constituyen obras de conjunto y el de Carlos Rama es una tesis de doctorado sobre un tema mucho más vasto que el proceso revolucionario español de 1930-1939.

Contrariamente al señor Thomas, Broué y Témine no han pretendido hacer un libro «objetivo». En la introducción de su obra dicen con una sinceridad que merece ser destacada: «Jean Jaurès, que fué también un historiador, confiesa que él, durante la Revolución (se trata, naturalmente, de la Revolución francesa de 1789), se hubiera sentado gustosamente al lado de Robespierre. Sigámosle por el camino de la franqueza. El historiador perfectamente objetivo no ha nacido todavía, y el que cree serlo se engaña a sí mismo y engaña a los demás. Todas las precauciones que imponen la investigación y la crítica científicas no suprimen en definitiva ni nuestros sentimientos ni nuestros reflejos personales. ¿Por qué ocultarlo? La propia elección del tema revela nuestras tendencias profundas. También nosotros, después de haber «vivido» nuestro tema, hemos tendido a tomar partido. En espíritu del mismo lado de las trincheras, hemos divergido sin embargo espontáneamente: uno más bien de acuerdo con los republicanos avanzados y los socialistas moderados, puesto que le preocupa esencialmente la organización y la eficacia, la correlación de fuerzas en la escala mundial, y el otro con los comunistas disidentes y los sindicalistas revolucionarios, porque piensa, como Saint Just, «que los que hacen las revoluciones a medias, se limitan a cavar su propia tumba».

El trabajo fué dividido en dos partes. Pierre Broué escribió la parte consagrada a las transformaciones revolucionarias y Emile Té-

mine «a la guerra misma, a sus aspectos internacionales, así como al nacimiento del Estado nacional-sindicalista». El método era peligroso y podía dar lugar a no pocos equívocos. Pero la lectura de la obra revela que los autores han realizado un trabajo colectivo en el que se respetan sus puntos de vista particulares. Se puede preferir la primera parte o la segunda. Pero resultaría vano oponerlas. En realidad, no hay dos libros diferentes, sino una obra en que la riqueza de matices tiene la virtud de estimular la reflexión crítica del lector.

El mayor reproche que puede hacerse legítimamente a «La Révolution et la Guerre d'Espagne» es que no comience por uno o dos capítulos sobre los antecedentes del proceso revolucionario hispano. La Revolución Española se inició en realidad en 1930. El período comprendido entre 1930 y 1936 fué rico en luchas y acontecimientos. El análisis de la experiencia de la República democrático-burguesa y de la insurrección de octubre de 1934 es indispensable para comprender todo cuanto se produjo después. Quizá esta laguna obedezca al deseo de reducir el volumen de la obra, concentrando la atención en la etapa 1936-1939. Pero es de lamentar en un estudio de esta naturaleza.

En todos los libros que se han publicado hasta el presente sobre la Revolución Española hay omisiones más o menos importantes y errores más o menos graves. ¿Por qué? Pues porque la documentación está dispersa a través del mundo y porque muchos de los actores no se han tomado la molestia de aportar su contribución al esclarecimiento de los hechos. Un hombre como Prieto, por ejemplo, que jugó un papel inmerecido, va revelando cosas cuando le parece oportuno justificar su actitud política presente o pasada y se calla sobre todo lo que podría dejarle en mala postura.

Otros se reservan su documentación y su experiencia para consignarlas en memorias que a lo mejor nunca escribirán. Finalmente, hay todos los que no tienen el menor interés en que se haga la luz sobre el pasado.

En estas condiciones, los historiadores tropiezan con dificultades inmensas para establecer la verdad de los hechos. Y para colmo de males, en muchas ocasiones, a falta de una documentación de primera mano, se limitan a dar crédito a lo dicho en obras precedentes, cayendo así en errores y en mistificaciones ampliamente divulgadas por la propaganda política corriente y vulgar. En el libro de Broué y Témime hay también insuficiencias y errores. Pero, por fortuna, estos últimos son mínimos y fácilmente reparables. Ahora bien, esos errores no disminuyen el valor de la obra.

Broué y Témime han entrado en el fondo de los problemas. Han analizado todo el proceso revolucionario destruyendo infinidad de mitos y dando su verdadero valor a los hechos capitales. Para el señor Thomas, por ejemplo, la Revolución Española fué un fenómeno caótico e incoherente, una especie de catástrofe sin sentido preciso. Para Broué y Témime fué ante todo y sobre todo una revolución con fuerzas sociales en presencia, con intereses opuestos, con contradicciones, conflictos y dramas. Y una revolución que se produjo en una coyuntura internacional determinada, la cual influyó de un modo decisivo en su gestación, su nacimiento, su desarrollo, su decadencia y su fracaso. Ciertas fuerzas españolas e internacionales consideraron que se trataba de una «guerra contra el fascismo y por la independencia de España» y que, por consiguiente, la alternativa era democracia burguesa o fascismo (el principal teorizante de esta tesis fué el stalinismo). Otras fuerzas esti-

maron que se trataba de una Revolución Socialista, que la guerra era inseparable de la revolución y que, por tanto, la disyuntiva era socialismo o fascismo (tal fué la posición del P.O.U.M., de un gran sector de la C.N.T. y de ciertos elementos socialistas de izquierda). La cuestión no era meramente académica. ¿Quién tenía razón? La Historia ha comenzado a fallar. Y no cabe la menor duda que la obra de Broué y Témime aporta los elementos esenciales del fallo final.

Muchos autores han dado versiones confusas, y a veces hasta deliberadamente engañosas, de algunos de los hechos más dramáticos del proceso revolucionario español (Jornadas de mayo del 1937 y Junta de Casado, por ejemplo). Sobre las Jornadas de Mayo disponemos de un testimonio muy valioso gracias a «Hommage to Catalonia», del gran escritor inglés George Orwell, que por desgracia todavía no ha sido traducido al castellano. Sobre la Junta de Casado, que fué el episodio más triste de la guerra civil, no se ha escrito casi nada de valor, pues las versiones generalmente puestas en circulación son muy parciales. Broué y Témime proporcionan elementos de juicio muy objetivos y serenos sobre esos dos hechos, por lo demás completamente diferentes por su fondo y por su forma.

Después del XXII Congreso del Partido Comunista de la U.R.S.S., en el que los actuales dirigentes de la U.R.S.S. han puesto claramente al desnudo algunos de los aspectos más sombríos de la época stalinista, es más necesario que nunca destacar el papel de Stalin en la Revolución Española. En este dominio también, Broué y Témime ofrecen un análisis del más alto interés, análisis que se diferencia radicalmente de las letanías stalinistas, completamente superadas hoy, y de las especulaciones de los franquistas y de ciertos anticomunistas reaccionarios. En España, co-



mo en la U.R.S.S., no se trata simplemente de saber que se cometieron crímenes, sino de establecer netamente las causas políticas de dichos crímenes.

Las nuevas generaciones españolas son plenamente conscientes de que se está gestando un nuevo proceso revolucionario en nuestro país. Su deseo es intervenir en él con la máxima eficacia y evitar una nueva derrota. Su afán es obtener una victoria decisiva sobre las fuerzas reaccionarias tradicionales que

han impuesto al pueblo español la ignominia histórica de veinticinco años de franquismo. Pues bien, para marchar hacia adelante y para vencer es necesario asimilar las lecciones del pasado sobre todo cuando éstas son tan importantes y tan luminosas. Broué y Témime son jóvenes. Escribiendo su libro han servido la causa de los jóvenes obreros e intelectuales que quieren sacar a España del marasmo y abrir la ruta del socialismo.

MARTIN LAIN.

### NOTA CRITICA SOBRE EL LIBRO DE BROUÉ Y TEMINE

**H**ACE unos meses tuve el gusto de ocuparme de un interesante libro sobre la tragedia española de 1936. Me refiero a la edición original de «The grand camouflages», de Burnet Bolloten. Hoy, con evidente retraso, quisiera rendir homenaje al escrito bajo el título «La Révolution et la guerre d'Espagne» por Pierre Broué y Emile Témime.

Es un gran mérito a destacar que dos personas como los autores, tan lejanos por la edad de los acontecimientos de que se ocupan, puedan hacerlo con una minuciosidad a la vez tan filtrada. «La révolution et la guerre d'Espagne» es el libro más completo y bien ordenado escrito sobre la materia hasta la fecha. Tiene sobre el gran estudio de Carlos M. Rama («La crisis española del siglo XX») la ventaja de una mayor ilustración de hechos concretos. El uno tiene su origen en una tesis académica, de la que queda esclavo, sin poder escapar; el otro es un film documental. Ambos son un progreso notable que afina cada vez más su puntería. Los que habíamos escrito antes no hicimos más que desbrozar el terreno, proporcionar algunos materiales para

que los demás edificaran. Por otra parte van ahora abriéndose archivos que ayudan a abordar una de las partes largo tiempo inaccesibles: me refiero a los entretelones de la tragedia.

Uno de los aspectos más sugestivos para el que está de vuelta de generalidades más o menos comprobadas es el de los manejos secretos que confluyeron alrededor y dentro mismo del batallar de los españoles. Bolloten, en su obra citada, ha escrito un interesante capítulo sobre la danza macabra de las potencias europeas contemporáneas al golpe de Estado de los militares españoles. Tanto por lo insinuante como por lo revelador es para mí el mejor capítulo de su libro. Por lo que a Broué y Témime se refiere, aparte su perfecto situar de la resaca revolucionaria con respecto a su antagonista de signo contrario, de tener que escoger lo haría por el capítulo en que exponen las grandes líneas de la política francesa de la época de Blum. Se podrá o no estar de acuerdo con el amago de condescendencia prestada por los autores al padre de la «No Intervención», pero los datos del problema quedan inmejorablemente planteados.

Por lo mismo que apreciamos en su justo valor este libro, al que deseamos una amplia difusión en otros idiomas de gran circulación, nos permitimos llamar la atención de los autores sobre algunos aspectos, ya erróneos, ya nebulosos.

Empecemos por los pequeños detalles. En la página 45 se dice que Diego Abad de Santillán es posiblemente un pseudónimo que ocultaba a un militante argentino. Según mi información Sinesio García, que sería su verdadero nombre, nació en España (León) y emigró de joven a la República Argentina.

En la 183 se habla de Osorio Gallardo como «republicano catalán». Sería para mí una sorpresa que fuese catalán; en cuanto a republicano... todo el mundo sabe que murió monárquico a pesar de haber servido a la República fielmente antes y durante la guerra civil. El mismo llamábase «monárquico sin rey».

En la página 188 se califica a García Oliver de «pistolero» convertido en ministro de Justicia. Si se quiso buscar la paradoja, bastaba en dejarlo en presidiario, cualquiera que fuesen las causas que le llevasen a presidio. En el idioma social español «pistolero» es el mercenario de la burguesía o de ciertos gobernantes que cobra por matar a obreros impunemente.

En la 242 se dice que Antonov-Ovssenko hizo aclamar a Companys en un mitin al aire libre ante 400.000 personas. Si se refiere al mitin de la Plaza de Toros Monumental de Barcelona del 27 de octubre de 1936, no pasarían de cuarenta mil los oyentes. Este mitin, en el que tomó parte Ovssenko, tuvo por objeto glosar el pacto firmado en Cataluña, el 22 del mismo mes, entre la C.N.T. y U.G.T., la F.A.I. y el P.S.U.C.

En la página 43 se nos da una versión un tanto rocambolesca de la F.A.I. La reclama policíaca creó el mito del poder tenebroso de la

F.A.I. La clandestinidad de esta organización se prestaba a alimentar este mito. No hay que confundir aquí lo clandestino con lo secreto. La F.A.I. era lo primero, pero no lo segundo. Por una cuestión de principios no admitía el control de la legalidad; pero los secretos de la F.A.I. eran voz pública. Ayudaron también a esta leyenda tenebrosa los sindicatos disidentes: los «treintistas», que dieron en motivar su disidencia en la supuesta dictadura de la F.A.I. Es incuestionable que el marginalismo de la F.A.I. había incurrido en algunos abusos, y que algunos faístas llegaron a alimentar pretensiones de monopolio sobre la C.N.T. Pero eran casos accidentales contrarrestados con energía por anarquistas muy ortodoxos. Estos mismos faístas, por cierto no tan terribles como pretende el cliché reaccionario, eran alérgicos a ciertos piropos tremendistas. Y hasta muchos cenetistas puros creíanse protegidos desde la sombra por un brazo providencial vigoroso. En cuanto a heroísmos, los de la F.A.I. son inseparables de los de la C.N.T. Ambas organizaciones se confundían por completo. Las componían los mismos elementos, y por tratarse de la F.A.I., no era ésta el acopio o receptáculo de la quintaesencia ácrata. Como fenómeno constante sería difícil probar la dictadura y hasta la «impulsión» de la F.A.I. en los movimientos revolucionarios anarcosindicalistas de la década 30. El más decantado de ellos, el del 8 de enero de 1933, fué más bien empresa de los cuadros de defensa confederales, especie de organismos compuestos por elementos de acción de los sindicatos y grupos anarquistas, no necesariamente faístas, en que primaba la C.N.T. No se trata de que la F.A.I. fuese un «bluf», sino de señalar que se ha exagerado mucho por propios y ajenos su influencia.

En la página 44 se insinúa que el movimiento «treintista» abarcaba

a Asturias. Lo deducen los autores de que los cenetistas asturianos se lanzaron a la lucha el 6 de octubre de 1934, mientras que sus compañeros catalanes se abstuvieron. Los socialistas de Madrid, Levante y Andalucía también se abstuvieron, aunque con menos motivos que los anarquistas catalanes. Estos fueron perseguidos y en parte encarcelados la víspera de sublevarse los elementos catalanistas, por estos mismos sublevados. En Asturias se produjo una revolución social; lo de Cataluña fué una insurrección política de tipo gubernamental. La unidad obrera fué posible en Asturias porque de largos años hubo allí ambiente de unificación. En 1919, las delegaciones asturianas al congreso de la C.N.T. propiciaban la fusión con la U.G.T. El anarcosindicalismo asturiano tenía fisonomía propia, que no hay que confundir con el «treintismo».

El más imperdonable de los errores lo hallamos en la página 229, en que se dice: «El 21 es muerto Durruti, en la Ciudad Universitaria, por detrás, probablemente por hombres de su columna que le repro-

chan los riesgos que les hace correr la disciplina que les impone bajo ese fuego de infierno». O se tienen pruebas serias de lo que se afirma como «probable» o hay que atenerse a los puros hechos. Mucho se ha especulado con la muerte de Durruti. Al ocurrir ésta fué abandonada pronto la sospecha de un atentado político. El que momentos antes de morir tuviese Durruti —bajo una lluvia de balas del enemigo— un pequeño altercado con unos milicianos que se retiraban del frente, en presencia de testigos, no prueba lo que quieren suponer Broué y Témime. Ha habido siempre en el vulgo una tenaz resistencia a que los héroes mueran como todos los hombres, a veces como el más vulgar de los hombres. Pero lo que es explicable en el vulgo, no lo es en quienes no son vulgo.

En fin, salvados estos lunares, repetimos que «La Révolution et la guerre d'Espagne» es uno de los libros más interesantes y bien contruidos sobre tan imperecedero tema.

José PEIRATS.

Hugh Thomas

## “The Spanish Civil War”

London, Eyre and Spottiswoode, 1961

EL libro del señor Thomas (1) ha sido acogido en Gran Bretaña por un verdadero concierto de alabanzas. El diario conservador «Daily Telegraph» ha hablado de «obra magistral» y no ha vacilado en decir que pasará mucho tiempo antes de que se haga algo mejor sobre el tema. Los laboristas han manifestado también su entusiasmo. En «New Stateman and Nation», Crossmann ha dicho que se trata de «casi una obra maestra». En «Tribune», Michael Foot lo ha calificado de «prodigio».

El trabajo de Thomas se basa en una documentación muy importan-

te que traduce una bibliografía impresionante. No cabe la menor duda que en las circunstancias actuales resulta casi imposible presentar documentos ignorados por el autor. Por lo demás, resulta evidente que el historiador inglés se ha beneficiado de toda suerte de facilidades para realizar sus investigaciones, y en particular de la benevolencia de las autoridades franquistas, como lo muestra la presencia, a la cabeza de las personalidades a quienes se

(1) Últimamente se han publicado las versiones francesa y española de esta obra. La primera ha sido editada por Robert Lafont y la segunda por El Ruedo Ibérico.

les agradece su ayuda, de Ramón Serrano Suñer, cuñado del «Caudillo» y antiguo jefe de la Falange. La obra está bien presentada, ha sido concebida con inteligencia para facilitar la lectura, con subtítulos, notas, referencias completas, repertorio de los principales autores, un índice muy completo y numerosos mapas y croquis.

El primer «libro» está consagrado a los orígenes de la guerra, un breve resumen histórico desde el siglo XIX y una pintura muy animada de los principales personajes del drama: los republicanos Alcalá Zamora, Azaña, Casares Quiroga y Martínez Barrio, los jefes católicos conservadores Gil Robles y Calvo Sotelo y los dirigentes socialistas Prieto y Largo Caballero. El señor Thomas pasa revista también, aunque algo sumariamente, de los «problemas»: la Iglesia, el movimiento anarquista, la cuestión agraria, etc. Luego analiza detalladamente, después de la victoria del Frente Popular en las elecciones del 16 de febrero, la crisis que él califica de «anarquía» y el desarrollo paralelo del complot militar que desencadenará la rebelión bajo el pretexto del asesinato de Calvo Sotelo. Pero la rebelión militar provoca un movimiento revolucionario de una profundidad extraordinaria.

En la segunda parte, después de haber descrito la vana tentativa de compromiso de Martínez Barrio, el señor Thomas estudia paralelamente la sublevación militar y la revolución, que sigue región por región y casi ciudad por ciudad. Destaca el papel esencial jugado por los obreros en la lucha contra la insurrección militar y el hecho de que éstos iniciaron la lucha sin tener en cuenta la actitud de los republicanos burgueses y de los representantes del Estado, muchos de ellos dispuestos a inclinarse ante los militares. Estudia minuciosamente, en dos capítulos particulares, las violencias perpetradas en

uno y otro campo. Seguidamente pasa al plano internacional. La cuestión española es, desde el primer día, un problema europeo. El gobierno francés del Frente Popular, presidido por el socialista León Blum, está dispuesto en principio a vender armas al gobierno de Madrid, pero retrocede ante la determinación de su aliado británico. Londres sugiere la «no intervención», compromiso que le parece susceptible de evitar la agravación de la situación internacional. Ahora bien, Hitler y Mussolini comienzan a intervenir enviando hombres, material y créditos a los militares «nacionalistas». El verano de 1936 se caracteriza por graves derrotas republicanas. El gobierno de Madrid, presidido por el republicano Giral, se retira. Largo Caballero asume la dirección de una coalición gubernamental de tipo Frente Popular, con la participación de los stalinistas. Muy pronto, este gobierno obtiene la ayuda de Stalin, que éste otorga después de varios meses de vacilaciones y pese a una adhesión formal a la política de «no intervención».

El sitio de Madrid ocupa la mayor parte del libro siguiente. Los combates decisivos se rifen alrededor de la capital. Los anarquistas deciden incorporarse al gobierno de Largo Caballero. Gracias a la ayuda rusa, la influencia de los stalinistas españoles progresa sin cesar, tanto en los círculos dirigentes como en los medios populares. Europa sigue ocupándose de España y el Comité de «no intervención» establece un plan de control. Madrid se salva gracias a la energía de su pueblo. Pero la unión realizada en los momentos de peligro alrededor de Largo Caballero se deshace; la autoridad del viejo jefe socialista comienza a declinar.

Los nacionalistas concentran esencialmente sus esfuerzos en el Norte, en el país vasco, dirigido por elementos moderados, a los que su autonomismo ha conducido a aliarse con los partidos del Frente Popular.

La primera campaña del Norte coincide con lo que el señor Thomas llama «la guerra civil de Barcelona». A comienzos de 1937, durante varios días, los obreros de Barcelona levantan barricadas en respuesta a una provocación stalinista. Luego vuelven al trabajo, cediendo finalmente, aunque de mala gana, a las invitaciones de los ministros de la C.N.T. El Partido Comunista acusa a los militantes del P.O.U.M. de ser responsables de estos «disturbios». Reclama la liquidación de los «trotskistas, aliados de los fascistas». Largo Caballero se niega a disolver el P.O.U.M. y a perseguir a sus militantes. Los stalinistas provocan una crisis ministerial. Juan Negrín reemplaza a Largo Caballero. Negrín, un socialista moderado y sin personalidad, será el aliado y el instrumento de los stalinistas. Inmediatamente anuncia un programa de guerra. Pero, de hecho, bajo su gobierno, el Norte se pierde en varios meses.

De diciembre de 1937 a noviembre de 1938 asistimos al período de la guerra triste. Pese a una breve reapertura de la frontera francesa la República es definitivamente abandonada. Hitler y Stalin preparan su futura alianza. Después del fracaso republicano en la batalla de Teruel, Negrín reorganiza su gobierno y expulsa a Prieto, durante largo tiempo su mentor, y ahora blanco predilecto de los stalinistas, que le acusan de «derrotismo». Pero nada impedirá que la ofensiva nacionalista corte en dos el territorio republicano. Después de la batalla del Ebro, se produce la retirada de los voluntarios extranjeros, organizada por las grandes potencias. Negrín busca en vano un compromiso con Franco.

Es el fin. Barcelona cae en enero de 1939. Franco rechaza todas las proposiciones de Negrín. Londres y París reconocen el gobierno nacionalista. Negrín proclama su deci-

sión de luchar hasta el fin. Una Junta militar, apoyada por las principales organizaciones obreras y republicanas, se subleva en Madrid y se manifiesta en favor de la negociación con el adversario. La sublevación determina una nueva guerra civil, breve es cierto, en el campo republicano, lo que le debilita aún más. Franco exige la capitulación sin condiciones. El ejército republicano se desmorona. Y se produce el desastre final.

A lo largo de este relato, el autor consigue mantener constantemente el interés del lector. El señor Thomas logra realizar simultáneamente, en un orden cronológico casi perfecto, la descripción de los hechos políticos en los dos campos, las operaciones militares y los acontecimientos diplomáticos e internacionales, lo que permite comprender las estrechas relaciones entre todos ellos.

Sin embargo, el lector se queda profundamente insatisfecho. Y, forzosamente, se formula una serie de preguntas. ¿Por qué se produjo esta guerra civil? ¿Contra la «anarquía»? ¿Pero por qué Franco pensó en el golpe de Estado ya a partir de febrero de 1936 y renunció a realizarlo hasta julio del 1936? ¿A qué obedecían las «divisiones» y las «quebradas» en el campo antifranquista? ¿Por qué los «comités», nacidos de la Revolución, órganos ejecutivos, se esfumaron casi prácticamente tras la formación del gobierno Largo Caballero, ante otros órganos ejecutivos, que parecen poco diferentes? La historia política de la zona antifranquista revela asombrosas insuficiencias. La del señor Thomas es mediocre comparada incluso con algunas que han aparecido en la España franquista, por ejemplo la de Diego Andrés Sevilla. Por lo demás está plagada de errores, algunos de ellos realmente increíbles en un autor que ha consagrado tantos esfuerzos a una obra de este carácter.

La explicación de todo esto es muy

simple: el señor Thomas ha querido ser, como él dice, un «observador desapasionado a fin de realizar un «trabajo objetivo». En realidad ha observado como un burgués británico un drama español apasionado y apasionante. Como tantos otros escritores, el señor Thomas no ha podido liberarse de sus ideas fundamentales y de sus prejuicios de clase en un dominio, el de la lucha de masas, muy alejado de lo que él conoce. Citando a Ramos Oliveira, que ha demostrado con cifras irrefutables la colonización de España por los capitales anglosajón y francés, Thomas dice solamente que «la clase media tenía lazos financieros y comerciales estrechos con otros países». Afirma que la guerra resultó del choque de las ideas generales europeas sobre España, como si la situación social propiamente española no bastara para explicar esta lucha a muerte. Ve en la política de los gobiernos conservadores ingleses, de Baldwin y de Chamberlain, la expresión del «afán de paz del pueblo británico», como si la defensa de los intereses capitalistas en España, o la del «orden y la civilización» en general no hubieran jugado su papel. Cree que fué la clase media en el poder la que desencadenó la Revolución, por lo que ella ofrecía a los trabajadores y por los atentados a los intereses de las clases dominantes. No ve que el gobierno del Frente Popular trató de contener la ola revolucionaria que le llevó al poder. Llama «anarquía» a la lucha de los obreros y de los campesinos por las fábricas, las tierras y el poder. Se asombra de que los campesinos se incauten de las tierras haciendo caso omiso de la reforma agraria, cuando en realidad el gobierno tomó ciertas medidas porque los campesinos se apoderaban de las tierras.

Pero se impone hacer todavía un reproche más grave. El señor Thomas, que no es un revolucionario, pretende ser objetivo. Pues bien, su

libro prueba que no lo es con la Revolución y sus hombres. Para él, las masas son «insensatas», la revolución comienza «con una ola de asesinatos, de destrucción y de pillaje». Evidentemente, la revolución no se hace con guantes blancos, pero su violencia es siempre proporcional a la del régimen que muere. Para comprender que detrás de los «asesinatos» y la «destrucción» hay una realidad más profunda, la de un nuevo mundo en gestación, se necesita algo más que la simple objetividad formal: la comprensión del proceso histórico general. Pues bien, cuando Largo Caballero se siente ganado por las perspectivas revolucionarias, el señor Thomas lo considera «intoxicado»; cuando se arma a los trabajadores, el señor Thomas dice que se arma al «poblacho» y que los obreros armados, los milicianos, forman «gangs». Y así sucesivamente.

Desgraciadamente, la «objetividad» del señor Thomas le ha llevado todavía más lejos. Quiere mantener la balanza equilibrada entre los documentos más diversos. Por ejemplo, concede mucho crédito a una publicación del Ministerio de Justicia franquista sobre los «crímenes republicanos»: «La Causa general». Francamente, nosotros no creemos que el señor Thomas haya comprobado algunas de las afirmaciones que saca de dicho documento. Thomas se funda en las tesis falangistas para decir que el asesinato de Calvo Sotelo fué inspirado por un miembro de las Juventudes Socialistas Unificadas. Pero la única prueba que aporta es que ese hecho servía los designios del Partido Comunista. Hablando de un oficial del Estado Mayor ruso, no vacila en calificarlo, sin la menor prueba, de «incendiario experto». Del mismo modo que acepta sin control alguno las afirmaciones de los franquistas sobre los comunistas, adopta la de los stalinistas sobre sus adversarios políticos en el campo antifranquista y repite

que los falangistas buscaron asilo en la C.N.T. y el P.O.U.M., cuando la verdad es que buscaron asilo en todas las organizaciones, pero preferentemente en las controladas por los stalinistas.

Diversas personalidades que desempeñaron un papel importante durante la guerra civil han destacado por los numerosos errores —algunos sencillamente grotescos— cometidos por el señor Thomas en la apreciación de los hechos y las personas. Un catálogo minucioso de dichos errores sería verdaderamente impresionante. Pero no es nuestro objeto establecerlo aquí. Pasando ya a otro dominio, decir, por ejemplo, que Lister sirvió de modelo a André Malraux para Manuel, el héroe de «L'Espoir» es de una ligereza inexplicable. O el señor Thomas no

tiene una idea muy clara de Lister o todavía no ha leído «L'Espoir».

Ya sé que se nos dirá que descendemos a los «detalles». Pero nos parece indispensable destacarlos en la obra de un historiador que se reclama insistentemente de la objetividad. Justamente porque Hugh Thomas ha escrito un libro «objetivo», que traduce fielmente la influencia decisiva de sus ideas, de sus reflejos y de sus sentimientos de clase, su trabajo no es de los que más aportan a los lectores que quieren comprender la historia para hacerla a su vez y que, de todos modos, no se sitúan, con toda «objetividad», entre el campo del «populacho» y el de Serrano Suñer.

F. MANUEL.

Fritz Sternberg

## “La revolución militar e industrial de nuestro tiempo”

Fondo de Cultura Económica, México, 1961

LA lectura del libro de Sternberg nos sugiere, en primer término, la siguiente reflexión: se trata de un análisis político-económico de la sociedad contemporánea, documentado y, en ciertos aspectos, audaz y original. Pero este notable esfuerzo de análisis no se halla ni mucho menos coronado por conclusiones sólidas y claras.

La tesis principal del autor puede resumirse de la manera siguiente: Nos hallamos en medio de la más grande revolución militar de todos los tiempos, que avanza paralelamente a una segunda revolución industrial y, en ciertos aspectos —caso único en la historia— la determina. En efecto, en épocas pasadas,

la ciencia militar evolucionaba lentamente en tiempos de paz. Seguía a remolque de la técnica, que se aplicaba primero en beneficio de la industria. Hoy no es así. La evolución de la técnica militar ha dado un salto enorme desde que terminó la segunda guerra mundial. Es ella quien ha impulsado e impulsa el desarrollo de la energía atómica, factor que transformará por completo la vida de las naciones. Además, la revolución militar ha desarrollado procesos automáticos y máquinas electrónicas que van a transformar la producción industrial y van a provocar un cambio fundamental en la estructura de sus sociedades.

Por otra parte, esta revolución

militar se inserta en un marco histórico que se caracteriza por varios hechos fundamentales: la historia se desarrolla hoy en tales condiciones que todos los países y sistemas políticos y sociales se influyen mutuamente; la Unión Soviética cuenta con una posición mucho más sólida que antes de la guerra; las revoluciones políticas se extienden por Asia, Africa y parte de América Latina. En fin, la segunda revolución industrial provoca profundas transformaciones en la estructura política y económica del mundo.

Basándose en esta situación, por lo demás en constante evolución, el autor saca diversas conclusiones de política internacional, la principal de las cuales consiste en propugnar un acuerdo sobre los armamentos, por modesto que sea, entre las dos grandes potencias mundiales: U.R.S.S. y Estados Unidos. Únicamente si ambos países marchan más o menos de acuerdo puede mantenerse el inestable equilibrio del mundo. De otra manera, la guerra equivaldría a una destrucción rápida e inevitable. En esta guerra —prosigue Sternberg—, a diferencia de las anteriores, los primeros días serían de una importancia decisiva. Es por dicha razón que las fuerzas militares adquieren en tiempo de paz una importancia extraordinaria, monopolizan gran parte de los adelantos técnicos e influyen directamente, más que nunca, en la evolución general de la economía y de la política mundiales.

El autor sostiene la teoría de que no existe la necesidad histórica de una nueva guerra mundial. Los dos factores que se citan con mayor frecuencia como susceptibles de provocarla (crisis económica en los Estados Unidos y expansionismo soviético) pueden salvarse perfectamente. La crisis costaría hoy menos de resolver mediante medidas pacíficas que a través de una gue-

rra atómica. Por otra parte, el expansionismo soviético no constituye una necesidad indispensable, puesto que la U.R.S.S. tiene mucho que hacer dentro de sus propias fronteras.

Existen, evidentemente, otros factores que pueden provocar una nueva guerra: la posesión de armas atómicas por parte de otras naciones, las guerras localizadas en cualquier parte del mundo, elementos que pueden romper el equilibrio actual de los dos bloques. Eso hace más necesario que nunca que los Estados Unidos y la U.R.S.S. lleguen a entenderse o, por lo menos, a no hacerse la guerra.

La segunda parte del libro de Sternberg está dedicada a analizar principalmente las consecuencias de la revolución militar en el terreno económico y político, en particular en los Estados Unidos y en el mundo occidental. Y es aquí donde, a pesar de análisis excelentes impregnados a menudo de marxismo, las conclusiones tienen un carácter somero, en gran parte artificial y no se insertan en una perspectiva general. Toda la perspectiva de Sternberg se basa en una transformación gradual de la economía en beneficio del conjunto de la sociedad: una mejor distribución de la renta nacional, la liquidación definitiva de la pobreza, la instauración de jornadas de trabajo más cortas, etc.

El autor no soslaya ni mucho menos los peligros de crisis que encierra la situación actual, tanto en el terreno económico como político. Pero opina que pueden superarse mediante una intervención estatal más acentuada, la cooperación de los sindicatos obreros (que deberán reforzarse y modernizarse) y la colaboración patronal, factores que deben garantizar, en el mundo occidental por lo menos, una evolución —a la larga revolución— democrática.



Tales conclusiones tienen muy poco en cuenta diversos hechos fundamentales, que por lo demás cita repetidamente en su libro. La influencia recíproca de los diversos sistemas unos sobre otros, la evolución de la U.R.S.S. y países antiguamente coloniales, la revolución en la propia América Latina. Y el peligro de que el monstruoso desarrollo del aparato militar entrañe la constitución de nuevas fuerzas reaccionarias.

Del conjunto de estos factores debería desprenderse lógicamente una teoría sobre la marcha general del mundo; sobre el tipo de sociedad hacia la que éste se orienta. Sternberg no la define ni mucho menos con claridad. No sabemos si piensa en un capitalismo de «Estado», en un capitalismo «popular», o en una sociedad barnizada de socialismo.

Naturalmente, la multitud de factores de todo orden —políticos, económicos, militares técnicos—, las transformaciones que se operan incluso en el seno mismo de las clases tradicionales no permiten llegar, tan fácilmente como en épocas anteriores, a conclusiones tajantes y a menudo simplistas. Pero es evidente que la inmensidad del desarrollo técnico y científico sólo puede culminar a la larga —si dejamos de lado la eventualidad de una guerra mundial— en una sociedad socialista. El mundo no puede vivir en crisis permanente, pendiente en cada momento de su propia destrucción. Los intereses, las fuerzas que se oponen a los cambios radicales que determina el progreso técnico y el desarrollo de las fuerzas productivas tendrán por fuerza que ceder.

El problema esencial consiste más bien en saber por qué caminos, a través de qué métodos, de qué transformaciones, se puede llegar a la meta.

La conciencia de que existen situaciones tan diversas y en tan rápida evolución es lo que complica

los análisis teóricos y explica la pobreza actual de éstos. Para Marx y sus colaboradores inmediatos, la situación era, en cierta manera, mucho más clara. Pero precisamente porque la situación actual es compleja y porque los acontecimientos marchan a un ritmo acelerado se necesita más que nunca un pensamiento, una teoría directriz. Es decir, una explicación marxista de la época en que vivimos. Y una solución socialista para los problemas que se plantean a la humanidad.

Sternberg, dice en su libro: «Porque esta revolución militar se lleva a cabo tan rápidamente y en tiempos de paz, existe una amplia laguna entre este desarrollo de la revolución militar y del pensamiento político. Y, sin embargo, con el pensamiento político debe el hombre dominar y guiar esta revolución militar para que no perezca el género humano».

Con mayor motivo, añadimos, lo que es válido en el terreno militar, lo es mucho más en el terreno de la evolución general del mundo. Y ese vacío teórico, Sternberg no logra llenarlo. Ello no obstante, la lectura de su libro —que representa un esfuerzo interesante de análisis— es indispensable para penetrar en algunos aspectos esenciales de la evolución política, económica y militar del mundo contemporáneo.

L. ROC.

Leo Huberman - Paul M. Sweezy

**CUBA. ANATOMIA  
DE UNA REVOLUCION**  
Ediciones Palestra,

Buenos Aires-Montevideo, 1961

EL sociólogo norteamericano C. Wright Mills ha dicho de este libro que «es el mejor y más reciente de los que se han escrito sobre Cuba». En forma parecida se ha expresado el presidente del «Comité por justo trato a Cuba» de los

EE.UU., el conocido escritor Waldo Frank.

Sus autores son dos escritores marxistas independientes que han realizado una vasta labor como publicistas en los Estados Unidos. El Dr. Sweezy fué profesor de Economía en la Universidad de Harvard hasta la época de Mc Carthy y es autor de obras teóricas tan importantes como «Teoría del desarrollo capitalista», publicada en español hace algún tiempo por editores mexicanos. En cuanto a Huberman, con quien colabora en la edición de la *Monthly Review* de New York, es autor de obras de historia social y de divulgación económica.

Esta obra, como indica en el prólogo nuestro colaborador Carlos Rama, «procura dar en un solo volumen toda la información necesaria sobre el caso cubano... Geografía, historia y la economía pre-revolucionaria de la isla. Y, cuando aborda el proceso renovador contemporáneo, transcribe documentos, discursos, estadísticas y cartas».

Desde el punto de vista teórico, no falta el estudio de temas tan importantes como son, por ejemplo, el futuro político del régimen, el paralelo con la revolución española y el carácter socialista de la revolución cubana.

Rama dice en otra parte que para América Latina, «después de la Revolución Independentista de 1810, la Revolución cubana es el hecho histórico más importante de su historia social... El fenómeno sociológico que se denomina «revolución social» está hoy instalado en América Latina («la revolución social, ahora habla español»), y aunque tiene antecedentes en México en 1910 y en Bolivia en 1943, implica un acontecimiento de tal importancia que ninguna persona culta, o consciente de su condición humana, puede desconocer».

Precisemos finalmente que la obra lleva ya, con ésta, nada menos que diez ediciones en 24 meses: en inglés, español, italiano, portugués e israelí.

L. A.

Pierre BROUE - Emile TEMINE

« LA REVOLUTION ET LA GUERRE D'ESPAGNE »

Un volumen de 542 páginas, 14 x 22,5, 30 NF

Obra fundamental para comprender el proceso revolucionario español

Editions de Minuit, París - Colección «Arguments»

La edición castellana será publicada en breve por el Fondo de Cultura Económica de México

## El hombre y la religión

Por CARLOS MARX

*«En lo que se refiere a Alemania, la crítica de la religión está, en lo esencial, acabada; y la crítica de la religión es la condición preliminar de toda crítica.*

*»La existencia profana del error queda comprometida, una vez que su expresión sagrada es refutada. El hombre, que sólo ha encontrado en las fantasmagorías celestes, en las que buscaba un ser sobrehumano, una contraprueba de sí mismo, ya no se sentirá inclinado a encontrar simplemente la sombra de sí mismo, lo inhumano, allí donde busca y debe buscar su verdadera realidad.*

*»Es el hombre el que crea la religión y no la religión la que crea al hombre; tal es el fundamento de la crítica no religiosa. Y, sin duda alguna, la religión no es más que la conciencia, el sentimiento que tiene de sí mismo el hombre que no se ha conquistado todavía o que ya está perdido. Pero el hombre no es una abstracción, una esencia situada fuera del mundo. El hombre es el mundo del hombre, el Estado, la sociedad. Este Estado, esta sociedad producen la religión, una conciencia del mundo a contrapelo, porque ellos son un mundo a contrapelo. La religión es la teoría universal de este mundo, su resumen enciclopédico, su lógica bajo una forma popular, su pundonor espiritual, su sanción moral, su complemento solemne, su principio universal de consolación y de legitimación. La religión es la realización fantástica de lo humano, porque lo humano no posee verdadera realidad. La lucha contra la religión es pues, por consiguiente, la lucha contra este mundo, del que la religión constituye el aroma espiritual.*

*»La miseria religiosa es a la vez la expresión de la miseria real y la protesta contra esta miseria real. La religión es el suspiro de la criatura oprimida, la sensibilidad de un mundo sin corazón, del mismo modo que es el espíritu de una vida en que el espíritu no tiene sitio. La religión es el opio del pueblo.*

*»Superar la religión como felicidad ilusoria del pueblo es exigir la felicidad real de éste. Exigir que el pueblo renuncie a las ilusiones sobre su situación es exigir que salga de una situación que hace que las ilusiones sean necesarias. La crítica de la religión es, pues, en germen, la crítica de este valle de lágrimas, del que la religión es la aureola.*

»Si la crítica ha arrancado las flores imaginarias que adornaban las cadenas del hombre, no es para que éste lleve en adelante cadenas desprovistas de ilusiones y de consuelos. La crítica de la religión arrebató al hombre sus ilusiones a fin de que piense, actúe, moldee su existencia sin ilusiones, con arreglo a la razón, a fin de que grave alrededor de su verdadero sol: él mismo. La religión no es más que el sol ilusorio, que gravitará alrededor del hombre mientras éste no grave alrededor de sí mismo.

»Por consiguiente, la tarea de la historia, una vez desvanecido el más allá de la verdad, es establecer la verdad aquí abajo de la vida real. Y la tarea de la filosofía, que está al servicio de la historia, una vez desenmascarada la forma sagrada de la alienación del hombre, consiste en desenmascarar esta alienación en sus formas profanas. La crítica del cielo se convierte así en crítica de la tierra, la crítica de la religión en crítica de la política.

»...El arma de la crítica no puede evidentemente reemplazar la crítica de las armas; la fuerza material debe ser abatida por la fuerza material; pero la propia teoría se convierte en una fuerza material en cuanto conquista a las masas. La teoría es apta para conquistar a las masas a partir del momento en que se dirige al hombre, y ella se dirige al hombre en cuanto se hace radical. Ser radical es tomar las cosas por la raíz. Pero para el hombre, la raíz es el hombre mismo. La prueba evidente del radicalismo de la teoría alemana, y por consiguiente de su fuerza práctica, es que ella toma por punto de partida la superación de la religión en un sentido realmente positivo. La crítica de la religión conduce a esta conclusión: el hombre es el ser supremo para el hombre; ella conduce, pues, a este imperativo categórico: es preciso abolir todas las condiciones que hacen del hombre un ser disminuído, esclavizado, abandonado, menospreciable.»

(Extracto de la «Introducción a la Crítica de la Filosofía del Derecho», de Hegel, 1844.)

## Democracia y dictadura

Por ROSA LUXEMBURG

«El error fundamental de la teoría de Lenin y Trotsky consiste precisamente en que, al igual que Kautsky, oponen la democracia a la dictadura. «Dictadura o democracia»; así se plantea la cuestión, tanto para los bolcheviques como para Kautsky. Evidentemente, este último se pronuncia por la democracia, e incluso por la democracia burguesa, puesto que él la opone a la transformación socialista. En cambio, Lenin y Trotsky se pronuncian por la dictadura de un puñado de hombres, es decir, por la dictadura según el modelo

burgués. Nos hallamos, pues, ante dos polos opuestos, tan alejados el uno como el otro de la verdadera política socialista. Una vez en el poder, el proletariado no puede, según el buen consejo de Kautsky, renunciar a la transformación socialista bajo el pretexto de que el «país no está maduro» y condenarse a la sola democracia sin traicionarse y traicionar al mismo tiempo a la Internacional y a la Revolución. El proletariado tiene el deber y la obligación de iniciar inmediatamente, del modo más enérgico, más inexorable y más brutal, la aplicación de las medidas socialistas y, por consiguiente, de ejercer la dictadura, pero una dictadura de clase, no la de un partido o una camarilla. Hablo de dictadura de clase, es decir, con la más amplia publicidad, la participación más activa, más ilimitada, de las masas populares, en toda la administración de la sociedad.

«Como marxistas, nosotros no hemos sido nunca idólatras de la democracia formal», escribe Trotsky. En efecto, nosotros no hemos sido nunca idólatras de la democracia formal. Pero tampoco lo hemos sido del socialismo y del marxismo. Ahora bien, ¿hay que deducir de ello que podemos, a la manera de Cunow-Lensch-Parvus, abandonar el marxismo y el socialismo cuando nos molestan? Trotsky y Lenin son la negación viviente de esta pregunta. Nosotros no hemos sido nunca idólatras de la democracia formal. Mas eso sólo quiere decir una cosa: que hemos distinguido siempre el núcleo social de la forma política de la democracia burguesa, que hemos desenmascarado siempre el duro núcleo de desigualdad y de servidumbre sociales que se oculta bajo el dulce envoltorio de la igualdad y de la libertad formales, no para rechazarlo, sino para incitar a la clase obrera a no contentarse con el envoltorio, a conquistar el poder político para llenarlo de un contenido social nuevo. La tarea histórica que incumbe al proletariado, una vez conquistado el poder, consiste en crear, en el lugar de la democracia burguesa, la democracia socialista, y no en suprimir toda democracia. Pero la democracia socialista no comienza solamente en la tierra prometida, cuando haya sido creada la infraestructura de la economía socialista, a título de regalo de Navidad para el buen pueblo, que habrá mientras tanto sostenido al puñado de dictadores socialistas. La democracia socialista comienza con la destrucción de la dominación de clase y la toma del poder por el partido socialista. Y ella no es otra cosa que la dictadura del proletariado.

»Sí, dictadura. Pero esta dictadura consiste en la manera de aplicar la democracia, no en su abolición; en intervenciones enérgicas resueltas contra los derechos adquiridos y las formas económicas de la sociedad burguesa, sin las cuales la transformación socialista no puede ser realizada. Pero esta dictadura debe ser la obra de la clase, y no de una pequeña minoría dirigente, en nombre de la clase, o dicho en otros términos, ella debe salir, paso a paso, de la participación activa de las masas, estar bajo su in-

fluencia directa, sometida al control de la opinión pública, y ser el producto de la educación política creciente de las masas populares.

»Y, seguramente, así procederían los bolcheviques si no sufrieran la terrible presión de la guerra mundial, de la ocupación alemana y de todas las enormes dificultades que se derivan, y que deben necesariamente desfigurar toda política socialista animada por las mejores intenciones e inspirada en los más bellos principios.»

(Extracto de «La Revolución Rusa», 1918.)

## Stalinismo y socialismo

Por LEON TROTSKY

«El stalinismo es la plaga de la U.R.S.S. y la lepra del movimiento obrero internacional. No representa nada en el dominio de las ideas. Esta formidable máquina explota aún el dinamismo de la más importante revolución social y la tradición de su heroísmo victorioso. Del papel creador de la violencia revolucionaria en un momento dado de la historia, Stalin, con la mediocridad que le caracteriza, ha deducido que la violencia en general es todopoderosa. Sin darse cuenta él mismo, ha pasado de la violencia revolucionaria ejercida contra los explotadores a la violencia contrarrevolucionaria ejercida contra los trabajadores. Así se lleva a cabo, bajo las antiguas fórmulas, la liquidación de la Revolución de Octubre.

»Nadie (y yo no exceptúo a Hitler) ha asestado al socialismo golpes tan mortales. Hitler ataca a las organizaciones obreras desde el exterior. Stalin las ataca desde el interior. Hitler destruye el marxismo. Stalin lo prostituye. Ni un solo principio queda intacto; ni una sola idea permanece limpia. Los términos de socialismo y de comunismo están gravemente comprometidos desde que guardarmes que nadie controla, a los que se titula «comunistas», llaman socialismo al régimen que ellos imponen. ¡Repugnante profanación! El cuartel de la G.P.U. no es el ideal de la clase obrera militante. El socialismo significa un régimen de una transparencia perfecta en el que los trabajadores se administran libremente. El régimen stalinista se basa en el complot de los gobernantes contra los gobernados. El socialismo significa la marcha incesante hacia la igualdad. Stalin ha establecido un sistema de privilegios escandalosos. El socialismo tiene por objeto el desenvolvimiento completo de la persona.. ¿Dónde y cuándo la persona fué tan ultrajada como en la U.R.S.S.? El socialismo no valdría nada sin relaciones desinteresadas, honestas, humanas, entre los hombres. El régimen

*stalinista ha saturado las relaciones sociales e individuales de mentiras, de arrivismo y de traición. Stalin no determina el rumbo de la historia. Conocemos las causas objetivas que han preparado la reacción en la U.R.S.S. Mas no es por casualidad que Stalin se ha encontrado en la cima de la ola termidoriana. El ha sabido dar a los apetitos voraces de una nueva casta la más funesta expresión. Stalin no es responsable de la historia. Pero es responsable de lo que hace y de su papel en la historia. Es el papel de un criminal cuyos crímenes son de tal magnitud que la repugnancia se multiplica por el horror.»*

\*\*

*«La memoria de los hombres es generosa cuando las medidas draconianas son puestas al servicio de grandes objetivos históricos. En cambio, la Historia no perdonará una gota de la sangre ofrecida al nuevo Moloch de la arbitrariedad y del privilegio. Nuestro sentido moral encuentra la más alta satisfacción en la convicción inquebrantable de que el castigo histórico será proporcional al crimen. La Revolución abrirá todos los armarios secretos, revisará todos los procesos, rehabilitará a los calumniados, elevará monumentos a las víctimas, condenará a los verdugos a la maldición eterna. Stalin desaparecerá de la escena bajo el peso de sus crímenes como el sepulturero de la Revolución y la figura más siniestra de la Historia.»*

(Extracto de «Los crímenes de Stalin», 1937.)

**« LA NOUVELLE REVUE MARXISTE »**

6, RUE THOUIN, PARIS (5<sup>e</sup>)

C.C.P. : 5 617 88 PARIS

**SOMMAIRE DU NUMERO 2**

D'Alger à Moscou, par Pierre NAVILLE.

La C.G.T., la C.F.T.C. et les difficultés du syndicalisme, par Jean-Marie VINCENT.

L'audience politique des syndicats et des partis, par Serge MALLET.

Composition et fonction de la classe ouvrière, par Pierre NAVILLE.

A propos du livre d'A. Andrieux et J. Lignon : « L'ouvrier d'aujourd'hui », par Pierre ROLLE.

La gestion des entreprises socialisées, par Oreste ROSENFELD.

La planification démocratique, par Henri LEFEBVRE.

L'accumulation socialiste et le taux de croissance économique, par Ernest MANDEL.

Notes de lecture.

## España y los países de la O.C.D.E.

**R**EPRODUCIMOS a continuación un estudio comparativo de los países de la O.C.D.E. (organismo que ha tomado la sucesión de la antigua Organización Económica de Cooperación Europea). Los índices corresponden a 1960. Faltan, desgraciadamente, los de Islandia y Grecia. La comparación de los índices de este último país con los de España sería del más alto interés.

Este cuadro sugiere infinidad de comentarios. Pero el lector los hará por sí mismo. Los índices de España son tristemente elocuentes y dan una idea del atraso real de nuestro país, atraso que los discursos de Franco y las declaraciones grandilocuentes de Ullastres, Planell y Suances sobre los «grandes progresos» realizados bajo la dictadura franquista no pueden ocultar.

Cierto, ahora los franquistas hablan mucho de «reforma agraria» y de un «gran plan de desarrollo». Pero es evidente que el franquismo es incapaz de desarrollar ampliamente las fuerzas productivas del país. Para sacar a España del abismo en que se encuentra y colocarla al nivel de los países medianamente desarrollados de Europa hay que realizar reformas radicales de la estructura del país —reformas revolucionarias por tanto— y planificar la economía bajo el control de los trabajadores.

Países de la O.C.D.E.	Población millones habitantes	Densidad por km.2	Crecimiento natural por 1.000 habitantes	Población activa millones	Prod. nac. bruta «per capita» \$ EE.UU.	Consumo energía por habitante 100 = media O.E.C.E.	Consumo acero por habitante 100 = media O.E.C.E.	Número de coches por 1.000 hab.
Estados Unidos	180	19	16	75,4	2.685	311	232	382
Canadá	17,8	2	20	6,3	1.980	300	150	250
Suecia	7,4	17	4,5	3,6	1.600	168	206	146
Suiza	5,2	128	7,6	2,4	1.460	111	104	83
Luxemburgo	0,3	122	3,8	0,15	1.427	—	—	103
Dinamarca	4,6	106	7,7	2,2	1.290	104	111	77
Inglaterra	51,9	213	5	24,2	1.276	174	145	88
Francia	45,7	83	6,6	19,7	1.270	108	101	111
Bélgica	9,1	300	5,1	3,6	1.256	141	98	71
Noruega	3,6	11	9,1	1,5	1.232	192	115	49
Alemania	53	214	5,8	24,5	1.113	140	185	54
Holanda	11,5	344	13,5	4,3	974	108	104	46
Austria	7	84	3,9	2,3	729	84	72	49
Irlanda	2,8	41	9	1,1	601	70	—	56
Italia	49	163	8,3	20,8	568	48	56	29
España	30,1	60	12	11,7	350	36	29	10
Portugal	9,1	99	12,4	3,1	250	20	—	14
Turquía	27,8	36	30	12,2	191	12	7	—



## Treinta y cuatro empresas españolas con más de 100 millones de beneficio neto anual

Las cifras de beneficios que reproducimos en una nota aparte pueden parecer un tanto imprecisas. Pues bien, he aquí otras mucho más concretas. Se trata de los beneficios de treinta y cuatro empresas que juegan un papel capital en la economía española. Como se observará todas ellas obtuvieron en 1960 un beneficio neto superior a los 100 millones de pesetas.

Aprovechamos la ocasión para recordar que en los consejos de administración de estas empresas figuran las figuras más destacadas del capitalismo español y diversos altos personajes políticos del régimen franquista (1).

Denominación	Capital y reservas	Beneficios líq. en 1960	Denominación	Capital y reservas	Beneficios líq. en 1960
Compañía Telefónica	11.830	872	F.E.N.O.S.A.	3.237	241
Iberduero	6.271	742	Cros	1.632	236
FECSA	4.592	647	R.E.P.E.S.A.	1.784	223
B. Hispano Americano	2.403	508	Tabacalera	839	199
Hidroeléctrica Española	4.249	443	Explosivos	1.574	196
B. Español de Crédito	2.564	435	Banco Exterior	925	175
Minas del Rif	551	394	Electra de Viesgo	1.310	172
S.E.A.T.	1.696	392	Ponferrada	465	155
C.P.S.A.	2.060	354	Babcock Wilcox	1.627	149
C.A.M.P.S.A.	2.210	343	Duro Felguera	1.274	142
Banco de Vizcaya	1.714	324	Ebro Azúcares	679	134
Banco de Bilbao	1.602	318	Sniace	679	132
Sevillana Electricidad	2.467	310	Banco de Santander	632	132
Banco Central	1.604	303	Moncabril	1.608	127
Altos Hornos	3.401	290	Industrias Agrícolas	616	126
Unión Eléct. Madrileña	2.237	264	Banco Urquijo	1.052	117
Saltos del Sil	1.621	260	Eléctricas Reunidas	1.096	100

(1) Ver «El enriquecimiento de los dirigentes franquistas», documento publicado en el número 1 de «TRIBUNA SOCIALISTA».

## Los beneficios de las grandes empresas en 1959 y 1960

En el número 2 de «TRIBUNA SOCIALISTA», correspondiente a febrero-marzo de 1961, publicamos los beneficios de las grandes empresas españolas en 1958 y 1959. Las cifras demuestran que, a despecho del «Plan de estabilización», los capitalistas españoles habían seguido realizando fructuosos beneficios.

Persistiendo en nuestra tarea de poner de relieve la evolución de las ganancias del capitalismo en España, reproducimos hoy una

## TRIBUNA SOCIALISTA

lista de los beneficios realizados en 1959 y 1960 por doscientas veintiocho de las más importantes empresas del país. Esta lista, tomada como la precedente del estudio que realiza anualmente el Banco de Vizcaya, demuestra que el año 1960, año crucial del «Plan de estabilización», también fué excelente para la mayoría de las grandes empresas españolas. Las doscientas veintiocho empresas en cuestión, con un capital desembolsado global de 72.800 millones de pesetas y unas reservas y remanentes de 43.040 millones de pesetas, realizaron en 1960 una cifra de beneficios de 15.265 millones de pesetas, es decir, 1.880 millones de pesetas más que en 1959. Precisamos que de esta cifra de beneficios hay que excluir las amortizaciones y que, como de costumbre, los beneficios más importantes fueron obtenidos por los grandes Bancos y las grandes empresas industriales.

Estos beneficios se alcanzaron gracias a una explotación cada vez más intensa de la clase trabajadora. Hagamos constar al respecto que en curso de 1960, al igual que durante 1961, los capitalistas españoles, aconsejados por expertos norteamericanos, trataron de introducir en algunas de las grandes empresas los «métodos modernos» de racionalización y de incremento de la productividad que permiten intensificar más y más la explotación del trabajo.

**RESUMEN DE LOS RESULTADOS FINANCIEROS  
POR GRUPOS DE EMPRESAS**

Número de empresas	Clase de empresas	Beneficios líquidos		% de beneficios con relación al capital desembols.	
		1959	1960	1959	1960
		4	Agrícolas .....	36.525.502	35.605.549
4	Aguas .....	91.017.080	126.166.323	23,13	26,81
5	Azúcares y alcohol	411.365.350	464.541.064	35,50	37,31
30	Bancos .....	2.771.307.169	2.983.483.812	59,10	60,28
9	Cementos y cerám.	129.940.942	139.637.301	19,50	20,11
4	Cervezas y hielo	153.478.272	173.615.001	29,93	23,90
4	Cinematografía ..	6.943.850	7.494.037	12,39	13,37
4	Construcción naval	189.138.962	190.655.284	13,81	13,13
26	Eléctricas .....	3.414.547.673	3.883.884.558	14,79	15,83
19	Immobil. y constr.	248.365.553	252.591.319	12,92	12,71
2	Soc. de inversión	31.054.257	34.027.149	7,79	8,53
12	Míneras .....	508.574.453	727.853.266	69,09	98,88
3	Monopolios .....	1.342.581.325	1.586.138.682	12,51	12,12
8	Navieras .....	121.484.913	201.044.341	10,28	15,66
2	Papeleras .....	94.747.373	105.421.977	21,36	22,03
22	Químicas .....	1.576.254.739	1.737.488.131	20,87	20,61
11	Seguros .....	140.023.764	178.015.248	104,49	132,84
23	Siderometalúrg. ..	1.687.037.333	1.940.372.163	21,05	21,13
15	Textiles .....	113.197.219	110.007.058	34,33	33,00
4	Transportes ....	114.888.181	151.547.114	11,70	14,48
12	Vidrieras .....	49.427.958	57.684.989	40,44	43,96
228	Industrias varias .	153.493.081	117.760.665	31,88	35,66
5	<b>Totales generales</b>	<b>13.385.394.949</b>	<b>15.265.035.031</b>	<b>20,55</b>	<b>20,96</b>

# TRIBUNA SOCIALISTA

REVISTA BIMESTRAL

Director : Wilebaldo SOLANO

Redacción y Administración : 17, rue de Chaligny, París XII

Teléfono : DORian 23-96

## Precios de suscripción

(6 números)

España .....	140 ptas.
Francia .....	14 N.F.
Otros países de Europa .....	16 N.F.
Países de América .....	4 dólares U.S.A.

Los giros deben ser remitidos al Compte Chèque Postal 8711-53 Paris, Madame Vaillant, 1, Avenue du Général de Gaulle, LA GARENNE (Seine). Esta dirección puede ser utilizada también para los envíos por Giro Postal Internacional.

Dir. Gérant de la publication : Jean-René Chauvin

Impr. Editions Polyglottes, 232, rue de Charenton, Paris XII

REVISTA SOCIALISTA

REVISTA SOCIALISTA  
MAYO 1934  
N.º 10  
AÑO VII  
MADRID

CONTENIDO

El problema de la cultura socialista  
El problema de la cultura socialista  
El problema de la cultura socialista  
El problema de la cultura socialista  
El problema de la cultura socialista  
El problema de la cultura socialista  
El problema de la cultura socialista  
El problema de la cultura socialista  
El problema de la cultura socialista  
El problema de la cultura socialista



Precio : NF 2,50



# TRIBUNA socialista

**DE ASTURIAS A MUNICH** *EDITORIAL*

**LAS LECCIONES DEL MOVIMIENTO HUELGUISTICO**  
*WILEBALDO SOLANO*

**LA IDEOLOGIA CONTRARREVOLUCIONARIA EN  
ESPAÑA**  
*JUAN CASTELLA GASSOL*

**EL CAPITALISMO CONTEMPORANEO**  
*ERNEST MANDEL*

**EL MARXISMO Y LA CUESTION NACIONAL**  
*ANDRES NIN*

**DE LA IDEA DE ALIENACION AL ANALISIS DEL  
MUNDO MODERNO**  
*PIERRE NAVILLE*

**EL DRAMA DE AMERICA LATINA**  
*OSCAR WAISS*

**COMO FUE ASESINADO GARCIA LORCA**  
*CLAUDE COUFFON*

**FIDEL CASTRO SE LEVANTA CONTRA LA BURO-  
CRACIA Y LOS METODOS STALINISTAS (DISCUR-  
SOS DEL 13 Y DEL 23 DE MARZO)**  
*DOCUMENTOS*

Nº 5

Julio-Agosto 1962

*Revista independiente de crítica e información*

8º P. 5154

# SUMARIO

## NOTAS EDITORIALES

<i>De Asturias a Munich</i> .....	1
<i>La crisis latinoamericana y la «Alianza para el Progreso»</i> .....	5
<i>El proceso de «desestalinización»</i> .....	7
<i>Las lecciones del movimiento huelguístico</i> .....	Wilebaldo SOLANO .... 9
<i>Notas sobre la ideología contrarrevolucionaria en España</i> .....	J. CASTELLA GASSOL 18
<i>El capitalismo contemporáneo</i> .....	Ernest MANDEL ..... 28
<i>El marxismo y la cuestión nacional</i> ..	Andrés NIN ..... 36
<i>De la idea de alienación al análisis del mundo moderno</i> .....	Pierre NAVILLE ..... 42
<i>El drama de América Latina</i> .....	Oscar WAISS ..... 47

## ARTE Y LETRAS

<i>En Granada, tras los pasos de García Lorca</i> .....	F. S. .... 56
<i>Cómo fué asesinado Federico García Lorca</i> .....	Claude COUFFON .... 57

## CRITICA DE LIBROS Y REVISTAS

<i>«Le troisième Reich des origines à sa chute», por W. L. Shirer. — Los últimos escritos de Andrzej Stawar</i> .....	64
---	----

## DOCUMENTOS

<i>Fidel Castro se levanta contra la burocracia y los métodos stalinistas</i> ....	L. R. .... 69
<i>Discurso ante los estudiantes de la Universidad de La Habana (13 de marzo)</i> .....	Fidel CASTRO ..... 71
<i>Discurso sobre el funcionamiento de las O.R.I. (23 de marzo)</i> .....	Fidel CASTRO ..... 78
<i>Declaración de las Juventudes Socialistas Revolucionarias de España</i> .....	93



## NOTAS EDITORIALES

# De Asturias a Munich

**L**AS reuniones y conciliábulos celebrados en Munich al amparo del congreso del Movimiento Europeo han tenido una fuerte resonancia gracias al formidable movimiento huelguístico de los trabajadores españoles. No ofrece la menor duda que, de haberse desarrollado en otras circunstancias y en otro momento, tanto sus decisiones como sus repercusiones hubieran sido bastante diferentes. Y, probablemente, el gobierno de Franco hubiese reaccionado ante el hecho de una forma completamente distinta.

Para la gran prensa, así como para todos los interesados en operar a espaldas del pueblo español, Munich ha sido algo así como el corolario de la lucha heroica mantenida durante dos meses por el proletariado español contra la burguesía y el Estado franquista. Sin embargo, entre el espíritu de Asturias y el espíritu de Munich media un abismo.

Por lo demás, el coloquio de Munich no ha sido una improvisación apresurada. Se venía preparando desde hacía más de un año en medio de grandes dificultades. La mayor parte de los llamados a participar en él no manifestaban un gran entusiasmo y formulaba numerosas objeciones. Tanto en el campo de la derecha como en el de la izquierda, se dudaba de su oportunidad o de su utilidad. Ahora bien, es posible que el movimiento huelguístico, tan revelador en lo que respecta a la situación real de España, terminara por liquidar no pocas hipotecas.

La prensa ha dado las versiones más diversas y pintorescas de las reuniones de Munich. Pero aunque la pequeña historia tiene su interés —y sobre todo en este caso—, nos atenderemos a los hechos y a los documentos. En Munich se reunieron diversos emisarios de fuerzas políticas de derechas que hasta ahora actuaban en una clandestinidad semitolerada en España, un número más reducido de representantes de varias organizaciones obreras y republicanas y algunos delegados de grupos que se encuentran en una posición intermedia. El representante más caracterizado de la derecha fué José María Gil Robles y el representante más destacado de la izquierda Rodolfo Llopis.

Después de no pocos contratiempos y problemas, los elementos que se polarizaron alrededor de Gil Robles y los que figuraban en la órbita de Llopis aprobaron un documento común que consta de cinco puntos de tipo general sobre las condiciones que deben prevalecer en España para que nuestro país pueda incorporarse al Mercado Común y una nota final en la que se habla de un «proceso evolutivo», antes, durante y después del cual se renunciará «a toda violencia, activa o pasiva».

Salvador de Madariaga, hombre conocidísimo por los lazos que le ligan a fuerzas extrañas a España y a su pueblo, fué el gran maestro de ceremonias. A él le tocó presentar la resolución final al congreso del Movimiento Europeo en los términos siguientes: «Para España, el día 6 de junio quedará marcado con piedra blanca, porque señala el fin de la guerra civil y la reconciliación entre aquellos que habían escogido la libertad y perdido la tierra natal y aquellos que perdieron la libertad por quedarse en su tierra natal».

Pero dejemos el lirismo —y sobre todo éste— y pasemos a los hechos. Desde hace bastantes años, la mayor parte de las organizaciones obreras y republicanas, y en particular las representadas en Munich, vienen defendiendo una fórmula política consistente en que se constituya en España un gobierno provisional «sin signo institucional definido» que convoque elecciones y plantee al país el problema del régimen. (Nosotros no hemos aceptado nunca semejante fórmula, mas ésto es otro problema.) Pues bien, hubo una leve tentativa de hacerla prevalecer. La resistencia de la parte de Gil Robles y demás fué, como en otras ocasiones, firme y resuelta. Y, por vez primera desde que la fórmula en cuestión fué lanzada, los representantes socialistas y republicanos se inclinaron ante la voluntad de los monárquicos.

Munich es célebre —tristemente célebre— por una capitulación: la que permitió a Hitler apoderarse de Checoslovaquia y proseguir con más vigor su loca carrera hacia la guerra. Pues bien, en Munich se ha producido otra capitulación: la de diversas personalidades socialistas y republicanas ante el hombre de la represión de Octubre de 1934, republicano cuando se trató de estrangular la República y de destruir el movimiento obrero, monárquico cuando se trata de garantizar una fórmula de recambio para el día en que el franquismo haya agotado todas sus posibilidades de resistencia.

No es la primera vez que ciertos dirigentes socialistas y republicanos contraen compromisos con Gil Robles. En 1947, Gil Robles e Indalecio Prieto establecieron las bases de un acuerdo, que luego se llamó el Pacto de San Juan de Luz, en el despacho del líder laborista Ernest Bevin, por aquel entonces jefe del Foreign Office. Ese pacto, que era mucho menos grave que el de Munich, fué destrozado, según reconoció el propio Prieto, cuando la tinta de las firmas no estaba seca todavía. Bastó para ello con que Don Juan subiera al puente del yate «Azor», anclado en San Sebastián, y tendiera su mano a Franco. Después, pese a tan significativa experiencia, la política de las fuerzas socialistas y republicanas que suscribieron o apoyaron dicho pacto siguió girando alrededor del mismo tema; la alianza con los monárquicos para ofrecer una fórmula de transición. Por desgracia para las fuerzas de izquierda, los monárquicos han seguido manteniendo imperturbablemente sus posiciones.

Pero lo más grave de todo es que se trata de una capitulación gratuita, sin porvenir inmediato. En sus singulares declaraciones a la prensa después de la reunión de Munich, Gil Robles, que no ha vacilado en confirmar que antes de salir de España envió un acta notarial a Franco en la que figuraban el objeto de su viaje y los puntos de vista que pensaba defender en el congreso europeo, ha declarado también que en la capital de Baviera se pudo «evitar un escollo peligroso: la eterna discusión sobre la necesidad de una consulta electoral preliminar para determinar las futuras instituciones de España. La democratización podrá ser (el subrayado es nuestro) posterior, progresiva y prudente, si bien siempre sincera». Y ha agre-



gado que el «árbitro de la situación es el Ejército, que está con Franco» y que él no prevé «una evolución rápida».

Francamente, no se puede decir más en menos palabras. No hay que negar que Gil Robles tiene cuando menos el arte de la concisión y de la claridad. Si el árbitro de la situación es el Ejército y si el Ejército está con Franco, eso quiere decir que Gil Robles se ha limitado a presentar su candidatura para cuando la casta militar y las otras fuerzas reaccionarias que sostienen a Franco decidan prescindir de sus servicios, y, en espera de ese día, a tratar de neutralizar a las organizaciones obreras y republicanas que han entrado en su juego.

Gil Robles ha dicho también que se trata de «preparar la evolución para evitar la Revolución». Naturalmente, la evolución será prudente, se efectuará sin violencias, salvo las que inevitablemente tendrá que hacer el Ejército para desplazar a Franco y para evitar que el pueblo español exprese claramente su voluntad. Ahora bien, esa evolución no se vislumbra en el horizonte. Franco, que había tolerado durante mucho tiempo las actividades casi públicas de Gil Robles, le ha hecho la merced de enviarle sin ceremonias al exilio para que pueda operar con entera libertad. Ante esto, el Ejército no se ha conmovido lo más mínimo. Y el propio Don Juan, fiel a sus costumbres, lejos de protestar contra las medidas tomadas contra Gil Robles, Satrústegui y otros dirigentes monárquicos, se ha limitado a excluir al jefe de la democracia cristiana de su Consejo Privado y a proclamar que la entrada en el Mercado Común «es una tarea histórica de todos los españoles», entre los que, naturalmente, se encuentra el propio Franco, que, por el momento, es todavía Jefe del Estado.

Por si faltara poco, la dirección del Partido Comunista ha aprobado con entusiasmo los puntos de Munich haciendo una sola salvedad de poca monta, es decir, que no es partidaria de la entrada de España en el Mercado Común por razones que nadie ignora, y que está dispuesta a elaborar con todo el mundo, pacíficamente, una alternativa democrática al régimen franquista... Diríase que estamos de lleno en el dominio del sainete. Pero, por lo visto, no, no se trata de un sainete. Se trata de una política.

Pues bien, que se nos permita decir que esa política, hágala quien la haga, no guarda proporción alguna con la tragedia de nuestro país y no tiene nada que ver con los intereses de la clase trabajadora y del pueblo español.

Las decisiones de Munich, aprobadas en el congreso de un Movimiento que es el principal animador de la pequeña Europa del gran capital monopolista, han sido lanzadas cuando aún no se había extinguido el eco de uno de los movimientos huelguísticos más importantes de la historia del proletariado español. Un dirigente socialista español las ha calificado de «históricas» y ha llegado hasta el supremo ridículo de parodiar la famosa frase de Napoleón sobre Austerlitz diciendo que en el futuro se sentirá orgulloso de poder decir «Yo estaba allí».

Así, pues, lo histórico no es el movimiento huelguístico iniciado en Asturias, que ha maravillado al mundo entero y ha demostrado que la correlación de fuerzas en España es muy distinta de lo que suponían los míopes y los ciegos incurables, sino la abdicación ante Gil Robles, Satrústegui y demás. Estamos seguros de que los mineros de Asturias, socialistas o de otras tendencias, que no han tenido embajadas donde refugiarse ni lugares de exilio para escoger, pensarán de otra manera. (Digamos de pasada que nadie pensó en invitarlos a Munich.) Como piensan de otra manera infinidad de militantes socialistas y comunistas y las formaciones

políticas y sindicales de la izquierda obrera, en particular la C.N.T. y el P.O.U.M., a las que no se invitó a asistir a Munich para evitar incidentes desagradables y para complacer a los monárquicos y a los que animan el Movimiento Europeo.

Ya sabemos que se nos objetará que la reunión de Munich ha provocado las iras de Franco y que es preciso aprovechar todas las posibilidades que se presenten para disgregar el conglomerado que constituye la base de la dictadura totalitaria española. En lo que respecta a lo primero, diremos claramente que también inquietó a Franco el Pacto de San Juan de Luz y que no le costó gran trabajo reducirlo a la nada. Y por lo que hace referencia al segundo punto, pensamos efectivamente que se puede y se debe contribuir a disgregar las fuerzas básicas del franquismo. Ahora bien, para eso, se necesita tener una política, una política fundada en los supremos intereses de los trabajadores y del pueblo español, y mantenerla contra viento y marea, sobre todo cuando las propias fuerzas burguesas tiemblan ante el frente obrero y se disponen a tomar todas las medidas para asegurar, en el momento que no les quede otra alternativa, la transición hacia un franquismo sin Franco, hacia una monarquía reaccionaria.

El juego de las fuerzas que representan los Gil Robles y los Satrústegui dura desde 1947. Ahora, las fuerzas revolucionarias que se manifiestan y se levantan en España obligan al parecer a acelerar el proceso. Y, naturalmente, como en tantas otras situaciones históricas parecidas, no hasta con el doble juego de la Iglesia, con la amenaza del Ejército, con la presión de las fuerzas capitalistas internacionales. Se necesita también neutralizar o comprometer a las fuerzas de izquierda y a las organizaciones obreras. A lo que parece, esto es absolutamente preciso para garantizar el éxito total de la operación.

Pero incluso esta operación no es para mañana. Es para cuando no quede otra solución, para cuando el franquismo haya agotado todas sus cartas. Por el momento, Franco maniobra y cuenta con el sostén de las fuerzas burguesas fundamentales y con fuertes apoyos entre las fuerzas capitalistas y reaccionarias del mundo entero. Esto se verá claramente en el curso de las semanas venideras. La «evolución prudente» de que ha hablado Gil Robles pasará por diversas fases y, desde luego, por ninguna que suponga una acción efectiva por el derrocamiento del franquismo en alianza con las organizaciones obreras y republicanas que cedieron ya gratuitamente en San Juan de Luz y que han abdicado completamente en Munich.

¿Qué hacer, pues?, se nos preguntará sin duda. Pues bien, cualquier cosa menos entrar en el juego de Gil Robles y las fuerzas que representa potencialmente. Cualquier cosa menos esperar que los jefes de la casta militar desalojen a Franco para llamar a Don Juan. El destino de España está en manos de su pueblo. Y el propio Gil Robles no se impondrá como solución para la burguesía hasta que la amenaza del movimiento obrero sea realmente alarmante para las clases dirigentes. Por lo demás, una cosa son los jefes de la casta militar y otra el Ejército, formado por decenas de miles de soldados, hijos de obreros y campesinos, y por millares de sargentos, suboficiales y oficiales que pueden ser ganados —no sería la primera vez— a la causa de la clase trabajadora y del pueblo español.

Entre el espíritu de Munich y el espíritu de Asturias, la elección no es dudosa. Entre marchar a remolque de los monárquicos o desencadenar el enorme potencial revolucionario que se ha ido acumulando en España en el curso de estos últimos años, no se puede vacilar. Los veteranos

cuadros del movimiento obrero, socialistas, anarcosindicalistas, comunistas y poutistas, no tienen actualmente excusa. La nueva etapa se ha abierto en Asturias y no en Munich. El proletariado ha demostrado, espontáneamente, su cohesión, su fuerza, sus posibilidades. La nueva generación obrera e intelectual se yergue por doquier contra la mediocridad y el abandono, y lo hace con fe, con pasión, con el deseo de reanudar victoriosamente la historia de nuestro país, truncada por un cuarto de siglo de ignominia. Nosotros estamos con ella y no con las fuerzas y los hombres del pasado, responsables de ese crimen histórico que es el franquismo, crimen que no puede ser liquidado por los que lo provocaron y lo mantuvieron, sino por la violencia organizada de las masas obreras y campesinas, es decir, por la nueva revolución que se perfila en el horizonte.

## La crisis latinoamericana y la "Alianza para el Progreso"

**L**A crisis revolucionaria que se manifiesta en América Latina desde hace varios años toma cada día mayores proporciones. El proyecto de «Alianza para el Progreso» no ha modificado fundamentalmente la situación. La prensa nos aporta diariamente nuevas pruebas de la inestabilidad y de la efervescencia reinantes en todos los países iberoamericanos.

La Revolución Cubana, sitiada por el bloqueo imperialista y frenada por la burocratización stalinista, se desarrolla en medio de dificultades dramáticas. No obstante, el ejemplo cubano sigue animando la rebeldía de las masas explotadas y lanzando a la lucha a los mejores elementos de la nueva generación revolucionaria.

Por el momento, los focos principales de la crisis revolucionaria latinoamericana son el Brasil, Argentina, Venezuela, Bolivia, Guatemala y Santo Domingo. Ahora bien, la situación tiende a hacerse explosiva también en otros países como Colombia, el Perú, Chile, Haití, las Guayanas, etc.

La dimisión de Quadros reveló las fuertes contradicciones que motivan la inestabilidad del país más importante de América Latina. El nuevo régimen no ha conseguido apuntar un principio de solución a los gigantes problemas del país. La lucha por la tierra sigue movilizando a las masas campesinas de grandes regiones y creando dificultades sin cuento al gobierno de Goulart. En Argentina, la caída de Frondizi ha dado lugar a una creación original: una dictadura que se reclama de las normas democráticas, pero que arroja por la borda la Constitución y anula los resultados de las elecciones bajo la alta dirección de la casta militar reaccionaria.

En Venezuela, la situación se radicaliza rápidamente. La experiencia de Betancourt, en la que Washington había puesto tantas esperanzas, se salda por un fracaso resonante. Las fuerzas de oposición revolucionaria crecen sin cesar y llegan incluso a penetrar en ese Ejército que fué durante largos años el brazo armado de todas las dictaduras proimperialistas. En Bolivia, la voluntad revolucionaria de las masas obreras y campesinas

se refuerza ante los ataques del imperialismo contra la economía del país. En Guatemala, el gobierno de Y. Fuentes, vulgar instrumento de la «United Fruit», resiste desesperadamente ante un movimiento popular incesante, estimulado por la lucha de guerrillas. En Santo Domingo, los sucesores de Trujillo, apoyados por el Departamento de Estado, tratan de dominar un movimiento de masas que exige cambios radicales de la estructura del país. En Colombia, en el Ecuador y en el Perú, las rebeliones campesinas se multiplican y las fuerzas revolucionarias progresan a un ritmo acelerado. Todo esto aumenta las dificultades insolubles de las oligarquías indígenas.

La irradiación de la Revolución Cubana es evidente. Pero el proceso revolucionario latinoamericano obedece a causas propias y generales. Sea cual fuere el curso ulterior de la experiencia cubana, ese proceso seguirá desarrollándose, sufriendo altos y bajos, cosechando derrotas y victorias, hasta que alcance un nivel que permita triunfos capaces de modificar la correlación de fuerzas en América Latina.

La «Alianza para el Progreso» ha sido concebida para hacer frente al proceso revolucionario en uno de los bastiones más importantes del capitalismo imperialista. Instruido por la experiencia cubana, el capitalismo yanqui ha puesto en pie una política neocolonialista que hasta la fecha ha dado bien pocos resultados. El objetivo de Washington consiste en ayudar a la burguesía nacional a efectuar ciertas reformas con vistas a atenuar el drama de la miseria latinoamericana. Pero como decía el malogrado Wright Mills, para realizar los cambios estructurales que se imponen habría que vencer la alianza de los monopolios yanquis con las oligarquías latinoamericanas. Y eso presupone una política realmente revolucionaria al norte y al sur de Río Grande.

Recientemente, la revista norteamericana «Fortune» consagró un número a la «Alianza para el Progreso» en el que se levantaba contra los «prematuros proyectos de industrialización», contra el «nuevo y opresivo estatismo latinoamericano» y en favor del «comercio libre». Las ideas de «Fortune» son muy populares en los medios capitalistas norteamericanos. Pero hay algo todavía más grave: el problema de los precios de las materias primas y las relaciones comerciales de los Estados Unidos con América Latina.

Según el propio señor Lleras Camargo, ex presidente de Colombia, el déficit anual del comercio latinoamericano con los Estados Unidos se eleva a unos mil millones de dólares (es decir, la mitad de la suma prevista en los planes de la «Alianza para el Progreso»). Ese déficit es el resultante del contraste entre los bajos precios de las materias primas, fijados en la práctica por los monopolios, y los altos precios de los productos manufacturados yanquis. En los últimos tiempos, la política comercial norteamericana ha tenido consecuencias realmente catastróficas. Fernando Berckmeyer, embajador del Perú en Washington, declaró en febrero del año en curso que la nueva política azucarera de Washington había supuesto una pérdida de 44 millones de dólares para su país y que los Estados Unidos estaban realizando una discriminación contra las exportaciones peruanas de plomo, cinc y productos pesqueros que «contradecía los principios de la «Alianza para el Progreso».

Así, pues, la «Alianza para el Progreso» ha entrado en crisis antes de funcionar realmente. El reformismo neocolonialista ha llegado demasiado tarde. Si las fuerzas revolucionarias saben asimilar las lecciones de la experiencia cubana y organizar la lucha en la escala continental, América Latina se liberará del yugo imperialista y aportará una contribución de primer orden a la causa del socialismo en el mundo.

## El proceso de "desestalinización"

**D**ESDE hace algunas semanas, la gran prensa internacional —tanto la burguesa como la del movimiento comunista— apenas publica informaciones y artículos sobre la evolución del proceso de «desestalinización» que se reanudó aparatosamente en el XXII Congreso del P.C. de la U.R.S.S. A juzgar por este silencio, diríase que la burocracia jruschevista ha logrado entrar en una nueva fase de «estabilización», similar a las que conocimos meses después de las revoluciones húngara y polaca.

Las informaciones que llegan de Moscú se refieren esencialmente a las dificultades crecientes del equipo de Jruschov en el dominio de la agricultura. En los últimos tiempos, la novedad más importante ha sido la decisión de aumentar brusca y brutalmente los precios de los productos agrícolas y ganaderos. La polémica con los dirigentes comunistas chinos parece haberse atenuado. E incluso el conflicto con el equipo stalinista albanés no presenta ya las singulares características que le colocaron meses atrás en el centro de la actualidad internacional.

Cierto, la prensa rusa sigue destruyendo algunos de los grandes mitos de la época stalinista. Pero ya no habla del proyecto de elevar un monumento a las víctimas del «jefe genial». La comisión de rehabilitaciones prosigue su labor sigilosamente. Pero la «rehabilitación penal» de que habló el dirigente comunista italiano Pajetta a propósito de Trotsky no se ha producido todavía y los infames procesos de Moscú no han sido revisados.

En lo que se refiere a los partidos comunistas, la situación es todavía más lamentable. La mayor parte de los equipos dirigentes stalinistas permanecen imperturbablemente en sus puestos y ya no se toman la molestia de defenderse o de justificarse. Salvo en Italia, en Polonia y en Hungría, los partidos comunistas funcionan casi exactamente como antes del XXII Congreso ruso. En ninguna parte se han producido crisis espectaculares.

A la vista de todo esto, los observadores superficiales apenas vacilan en dar por terminado el proceso de «desestalinización». Sin embargo, en esta situación, como en tantas otras, se engañan. Aunque no de una manera rectilínea ni alborotadora, el proceso de liquidación del stalinismo se prosigue. Las causas profundas que lo determinaron siguen ejerciendo su acción corrosiva. Y las contradicciones y conflictos que actualmente parecen atenuados persisten y darán lugar, en un plazo más o menos largo, a nuevas crisis que, como las precedentes, no podrán ser ocultadas.

Por las razones que hemos indicado ya en otras ocasiones, los fenómenos más interesantes —y los decisivos— siguen dándose en la U.R.S.S., de donde ha venido siempre, y vendrá todavía, el impulso fundamental. A este respecto, vale la pena señalar algunos hechos que han sido objeto de pocos comentarios en la gran prensa y que, sin embargo, son profundamente significativos.

A mediados de abril último, el Boletín Oficial del Soviet Supremo publicó un decreto anulando otro del 8 de marzo de 1948 que atribuyó una serie de condecoraciones a 700 altos funcionarios de la N.K.V.D. (la temible

policía de Stalin). Entre las víctimas de esta medida figuraban personajes como Beria, Abakumov y Merkulov, ejecutados en 1953, y el general Serov, que fué hasta 1958 ministro de la Seguridad del Estado y que en la actualidad no desempeña función alguna. Todos estos personajes fueron condecorados por Stalin en razón de su participación en las grandes deportaciones de comienzos de 1944 (Crimea, países bálticos, etc.). Precisemos que la prensa rusa se limitó a publicar el decreto, sin dar explicaciones.

A comienzos del mismo mes de abril se produjo también un hecho no menos significativo. En una reunión de la organización moscovita de la Unión de Escritores fueron derrotados algunos de los elementos más caracterizados de la tendencia que se ha dado en llamar «conformista» y, entre ellos, Albakin, redactor literario de la «Pravda», y Sobolev, presidente de la federación rusa de la Unión de Escritores. Y, en cambio, fueron elegidos el joven poeta Evtuchenko, célebre por sus obras antiburocráticas, y Marianov y Voznessenski, considerados como los líderes de la tendencia «progresista».

La lucha contra el stalinismo y todas sus secuelas se desarrolla con un gran vigor sobre todo en los medios intelectuales y universitarios. La publicación de las «Memorias» de Ilya Ehreburg ha dado lugar ya a varios debates en el curso de los cuales se han asestado rudos golpes al dogmatismo stalinista, se ha dicho que «el realismo socialista en quince puntos no tiene nada que ver con el arte» y se ha reclamado la rehabilitación total de los grandes escritores asesinados en los tiempos de Stalin, así como la publicación de sus obras. El debate más importante tuvo lugar no hace mucho y brindó a Ehreburg la posibilidad de revelar a la joven generación soviética que la mayor parte de los militares, diplomáticos y técnicos enviados a España para participar en la lucha contra Franco fueron ejecutados a su regreso a Moscú, en la época de las terribles «depuraciones».

Este último debate se desarrolló unos días después de que la revista de los juristas rusos condenara oficialmente las concepciones «jurídicas» de Vichinsky, el tristemente célebre fiscal de los procesos de Moscú, el hombre que envió a los sótanos de la Lubiánka, en donde fueron ejecutados, a los hombres más destacados de la vieja guardia bolchevique: Zinoviev, Kamenev, Bujarin, Piatakov, etc. Y, durante él, se abrió, por vez primera, públicamente, el «dossier» de la política de Stalin durante la Revolución Española. Hay motivos para esperar que las cosas no se quedarán aquí, y que lo que los dirigentes stalinistas del Partido Comunista de España siguen silenciando, será al fin revelado a los comunistas del mundo entero.

Todos estos hechos —y muchos otros que llegan hasta Europa occidental deformados— ponen de manifiesto que el proceso de liquidación del stalinismo no ha sido clausurado ni mucho menos. Como es natural, la burocracia rusa trata y tratará de mantener la «desestalinización» en el marco de ciertos límites. Pero no lo logrará.

# Las lecciones del movimiento huelguístico de abril-mayo

Por WILEBALDO SOLANO

EL movimiento huelguístico de abril-mayo de 1962, magnífico tanto por su forma como por su contenido, pasará a la historia de las luchas sociales de España como un acontecimiento trascendental. En el momento en que escribimos, es todavía demasiado pronto para hacer un análisis completo de dicho movimiento. Sin embargo, estamos ya en condiciones de estudiar sus características y su significación y de extraer toda una serie de lecciones de una importancia capital para el porvenir inmediato del movimiento obrero español.

No es la primera vez que la clase trabajadora española libra una batalla, en el terreno de clase, contra la burguesía y contra el Estado franquista. En 1947, 1951, 1953, 1957 y 1958 se produjeron, en diversos lugares de España, principalmente en Euzkadi, Cataluña y Asturias, huelgas y movimientos de protesta de gran amplitud. Pero ninguno de ellos alcanzó la extraordinaria significación del de esta primavera. Hemos asistido a una lucha de masas sin precedentes en nuestro país desde la victoria de Franco, y sin precedentes también bajo un régimen fascista. Jamás hubo movimientos del mismo tipo en la Alemania de Hitler, en la Italia de Mussolini o en la Francia de Petain.

## LAS CAUSAS DEL MOVIMIENTO

EL calvario de la clase trabajadora española a lo largo de los veintitrés años de dictadura franquista (veinticinco en vastas zonas del país) tampoco tiene precedentes en la historia de las luchas sociales. La represión que se inició después del triunfo de Franco fué implacable. Las clases dirigentes, que se habían visto al borde del abismo en 1936, pusieron en juego todos sus medios para destruir radicalmente el movimiento obrero y redujeron a las masas obreras y campesinas a condiciones de miseria material y moral verdaderamente increíbles.

El régimen franquista ha sido y es uno de los sistemas de explotación más anacrónicos e inicuos de Europa. Bajo la dictadura de Franco, la burguesía ha operado una verdadera redistribución de la renta nacional del país en beneficio de una oligarquía de potentados. Según cifras mil veces citadas, antes del «Plan de Estabilización» el 83% de la población disponía del 30% de la renta nacional y una escasa minoría de explotadores se repartía el 70% de la misma. Esta situación se agravó aún más con el «Plan de Estabilización», verdadero plan de hambre y de miseria. Poco antes del movimiento huelguístico, el Ministerio de Industria publicó una serie de cifras sobre la renta industrial de España de una elocuencia extraordinaria. Según esas cifras, en 1959, antes del «Plan de Estabilización», las

empresas capitalistas obtuvieron 73.309 millones de pesetas de beneficios y pagaron 69.609 millones de pesetas en concepto de salarios. Dos años más tarde, en 1960, los beneficios industriales se elevaron a 80.360 millones de pesetas y el volumen total de los salarios pagados descendió a 65.334 millones de pesetas. Esto explica que las revistas económicas hayan declarado, en varias ocasiones, que el año 1961 fué uno de los mejores para los grandes Bancos y las grandes empresas, los cuales realizan corrientemente beneficios mucho más altos que sus congéneres de los demás países de Europa occidental.

Como se sabe, el «Plan de Estabilización» impuso el bloqueo de los salarios y la supresión de las horas extraordinarias. Ambas medidas determinaron una reducción brutal del nivel de vida de los trabajadores (entre un 30 y un 50 % según las industrias y las localidades). Por otra parte, la «estabilización» liquidó infinidad de pequeñas empresas, agravó la proletarización de las clases medias y lanzó al paro forzoso a miles de obreros y campesinos. El ataque contra la clase trabajadora fué de una brutalidad inconcebible. Por aquel entonces, el temor al paro forzoso y la carencia de las organizaciones obreras frenaron los movimientos reivindicativos. Y el régimen abrió la válvula de escape de la emigración al extranjero, a la que se acogieron miles y miles de trabajadores.

La ausencia de movimientos reivindicativos durante los años del «Plan de Estabilización» reforzó las tesis pesimistas sobre la «apatía» y hasta la «incapacidad» de la clase obrera, tesis que llegaron a ser muy populares en los medios más diversos, y sobre las cuales se construyeron toda una serie de concepciones que han sido liquidadas por el último movimiento huelguístico.

El fin del «Plan de Estabilización» y la «reactivación» de Ullastres, aunque lenta y compleja, introdujeron cambios esenciales en el panorama español. Los dirigentes franquistas iniciaron una gran campaña sobre la «prosperidad» española y citaron abundantemente en sus discursos las reservas de oro y divisas que habían logrado acumular. Por otra parte, espoleados por las fuerzas internacionales que les habían ayudado a realizar el «Plan de Estabilización», se plantearon el problema de colocar a la economía española en condiciones de solicitar la incorporación al Mercado Común Europeo. Así comenzaron las campañas sobre «la reforma agraria», la «racionalización» industrial y el «plan de desarrollo».

La desaparición del espectro del paro forzoso, las declaraciones franquistas sobre la «prosperidad», la riqueza y el lujo insolentes de las clases dirigentes crearon una nueva situación en los medios obreros. La tensión social aumentó por doquier. En el curso del invierno de 1961-1962, los trabajadores de Beasain, de Irún, de Cartagena y de Bilbao pasaron a la acción reivindicando un salario mínimo vital de 100 pesetas por día. El movimiento no tomó vastas proporciones, pero sin embargo dió una idea del clima que iba creándose entre los trabajadores. Ciertos jerarcas de la Iglesia fueron los primeros en comprender los peligros que amenazaban. El obispo de Bilbao declaró en una pastoral: «Unas estadísticas recientes revelan que España es uno de los países de Europa de más baja renta. Esto no impide que figure en tercer lugar entre los países del mundo entero, no solamente de Europa, en cuanto a los gastos superfluos. El lujo y el despilfarro de las clases poseedoras es una insolente provocación para cuantos carecen de recursos para llevar una vida medianamente aceptable, creándose así una situación patológica en el organismo social. Según parece, hay gentes que se estiman predestinadas a gozar de la abundancia de bienes



## LAS LECCIONES DEL MOVIMIENTO HUELGUISTICO

materiales y a disfrutar a su capricho de las riquezas, mientras otros deben contentarse con las migajas que caen de la mesa de los poderosos». Y el arzobispo de Sevilla dijo refiriéndose a la situación en el campo andaluz: «Cuando se contempla el contraste entre esas ricas propiedades que abundan en nuestro campo y los campamentos de chozas y chabolas infrahumanas, el terrible texto del apóstol Santiago viene irresistiblemente a nuestro espíritu: «Vuestra riqueza está podrida».

Esa situación, que tuvo un reflejo incluso en el congreso de los «sindicatos» falangistas, celebrado en marzo de 1962, donde ciertos delegados pidieron el fin del bloqueo de los salarios y la reforma de los seguros sociales, constituyó la base del movimiento huelguístico. Pero también otros factores, que venían operando desde hacía un cierto tiempo, contribuyeron a incitar a los trabajadores a la lucha abierta. Entre éstos cabe citar principalmente cuatro: a) Las consecuencias de la emigración al extranjero; b) La influencia del turismo; c) La propaganda en favor del ingreso en el Mercado Común; d) Los nuevos convenios colectivos y las medidas de «racionalización» y modernización de la producción.

Como decimos más arriba, la emigración al extranjero (140.000 trabajadores en 1960), considerada por los franquistas como una válvula de escape de la tensión social, ha tenido a la larga efectos profundamente negativos para el régimen. En el curso de estos últimos años, miles de trabajadores, obreros calificados, peones, obreros agrícolas, salieron por vez primera de España para trabajar en países como Suiza, Bélgica, Francia, Inglaterra y Alemania, es decir, en los más industrializados de Europa y en donde se pagan salarios más altos. Esos trabajadores establecieron en seguida las comparaciones que se imponían y se dieron cuenta del abismo en que la burguesía y la dictadura franquista tienen sumida a España. Por otra parte, muchos de ellos chocaron con fuertes dificultades para adaptarse a la vida en esos países y regresaron —o desean regresar— a la Península con la voluntad de modificar sus condiciones de existencia. A este respecto, no cabe duda que el retorno a Asturias de muchos mineros que optaron por la emigración a Bélgica y Alemania en 1960 (retorno comentado hace unas semanas por «El Economista») jugó su papel en la huelga de Asturias.

El año pasado, siete millones de turistas visitaron España. Hubo entre ellos miles y miles de trabajadores, en particular franceses, ingleses y alemanes, los cuales llevaron a nuestro país, incluso a las regiones más apartadas e inhóspitas, el reflejo de condiciones de vida con las que no pueden ni soñar la inmensa mayoría de los trabajadores españoles. El turismo hizo clara y patente la gran diferencia entre el nivel de vida de España y de los países más avanzados de Europa occidental y jugó, pues, un papel realmente subversivo. Pasando ya a otro dominio, la propaganda en favor del Mercado Común, es decir, en favor de la incorporación a un área económica de mejores condiciones de vida, suscitó no pocas esperanzas y aceleró el proceso de comprensión de las intolerables condiciones de existencia reinantes en España.

Por último, los nuevos convenios colectivos contribuyeron poderosamente a crear un fuerte clima reivindicativo por dos razones esenciales. En ciertos casos, los convenios colectivos tuvieron como consecuencia un sensible aumento de los salarios, lo cual impulsó a los trabajadores de otras empresas a formular reivindicaciones. En otros casos, cuando los aumentos de salarios fueron ligados al aumento de las normas, aumento impuesto por las medidas de «racionalización», los trabajadores se sintieron burlados y recurrieron a la huelga. Precisemos por lo demás que las medidas

de «racionalización» y de «modernización», que se van generalizando con vistas a crear una industria competitiva, se traducen frecuentemente por importantes aumentos de las normas, sin proporción alguna con los aumentos de salarios, y por el licenciamiento de los obreros semicalificados o de más de cincuenta años de edad, todo lo cual provoca nuevas tensiones sociales, desconocidas hasta hace poco en España.

Tales son, a nuestro juicio, las causas fundamentales del reciente movimiento huelguístico.

### CARACTER Y SIGNIFICACION DE LA LUCHA

EL movimiento huelguístico de abril-mayo de 1962 ha sido, sin duda alguna, el más vasto, más profundo y más combativo de todos cuantos se han producido en la España franquista. Las informaciones de la gran prensa, parciales, limitadas y con frecuencia contradictorias, no han dado una idea justa de la importancia y de la significación de la gran batalla obrera. Sin embargo, esas informaciones, unidas a las que han ido comunicando las organizaciones y grupos clandestinos, permiten establecer un balance relativamente completo y formular un cierto número de conclusiones.

La lucha se inició el 7 de abril en el pozo minero asturiano «La Niclasa» y se terminó prácticamente el 1 de junio en Burgos, con la huelga de las obreras de la empresa «Plastimetal», las cuales —hecho único en la vieja ciudad castellana— recorrieron en manifestación las calles de la ciudad y formularon sus reivindicaciones ante el Gobierno civil de la provincia. El movimiento duró pues, casi dos meses. En conjunto participaron en él, en sus diversas fases, unos 400.000 trabajadores, repartidos en veinticinco provincias. (Cabe destacar a este respecto que la prensa burguesa, que comenzó a publicar las primeras informaciones a fines de abril, no habló nunca de huelgas como la de Burgos y las que se produjeron en ciertas localidades de Cataluña, de Santander y de Andalucía.)

La huelga solamente se mantuvo, con ligeras alternativas, durante dos meses, en la cuenca minera de Asturias. Así, una vez más, los mineros asturianos han demostrado que constituyen la fracción más combativa del proletariado español. El sector industrial más afectado por el movimiento fué el minero. Prácticamente, hubo huelgas en todas las minas de España: Asturias, León, Cataluña, Vizcaya, Andalucía, Castilla. En las minas, la lucha no tuvo en múltiples casos, el carácter «pacífico» de que tanto se ha hablado: en muchos lugares, los piquetes de huelga actuaron con energía (Asturias) y en otros (Peñarroya y Sallent), los mineros se encerraron en el fondo de los pozos con rehenes tomados entre los ingenieros y capataces.

Asturias dió, como en tantas otras circunstancias, la señal. En muchos lugares de España, el movimiento se desarrolló bajo el signo de la solidaridad con los mineros astures, aun cuando se aprovechara la ocasión para formular reivindicaciones concretas. En general, los obreros de las industrias metalúrgicas fueron los que dieron mayores pruebas de combatividad. En Cataluña y en Madrid, lugares siempre decisivos, las huelgas no tuvieron la misma importancia que en Asturias y en Euzkadi. La paralización completa de la industria textil catalana, por ejemplo, hubiera dado un fuerte impulso al movimiento en toda España. Las tentativas tendientes a incorporar a la lucha al proletariado de Madrid, que es mucho más fuerte y está más concentrado que en los tiempos de la República, no

## LAS LECCIONES DEL MOVIMIENTO HUELGUISTICO

dieron los resultados esperados. Sin embargo, es evidente que la huelga de las industrias madrileñas hubiese tenido fuertes repercusiones en todos los dominios.

Pese a todo, en su conjunto, la movilización obrera fué realmente prodigiosa. Por razones que habrá que estudiar, los campesinos, que constituyen una de las grandes reservas revolucionarias del país, apenas aparecieron en el frente de lucha. Las huelgas de obreros agrícolas se limitaron a pequeñas zonas de Andalucía, Castilla y Extremadura. Ahora bien, esos movimientos, casi todos ellos victoriosos, pusieron de relieve que la movilización de las masas campesinas es perfectamente posible.

Las reivindicaciones fundamentales de los huelguistas pueden resumirse así: aumento sustancial de los salarios, reconocimiento del derecho de huelga, derecho a constituir sindicatos independientes de la burguesía y del Estado franquista. Dígase lo que se quiera, esas reivindicaciones no pueden considerarse como meramente económicas y han puesto de relieve que la conciencia de clase de los trabajadores es mucho más elevada de lo que se suponía generalmente. Cuando bajo un régimen como el franquista centenares de miles de trabajadores reclaman aumentos de salarios importantes (del 50 al 100 %), exigen que se legalice el derecho de huelga y que se les permita organizar sindicatos auténticos frente a los impuestos por el Estado y la burguesía, el carácter eminentemente político del movimiento de protesta resulta evidente.

Tampoco se puede poner en duda que el movimiento se desarrolló en el frente de clase. Fué un movimiento auténticamente proletario. No hubo en ningún lugar, salvo en ciertas poblaciones mineras, huelgas de carácter general. El proletariado combatió solo, por sus reivindicaciones de clase, aunque en ciertos casos contara con la simpatía de determinadas capas de la pequeña burguesía y que, en otros, algunos grupos estudiantiles e intelectuales manifestaran valientemente su solidaridad con los trabajadores en huelga.

En el curso del movimiento, los trabajadores improvisaron los métodos de lucha más diversos: huelgas de brazos caídos, huelgas parciales, huelgas limitadas de solidaridad, huelgas alternativas, huelgas con ocupación de los lugares de trabajo, huelgas generales de toda una industria, etc. La solidaridad entre los huelguistas fué siempre magnífica. Y los métodos puestos en práctica para eludir, en la medida de lo posible, la acción de las fuerzas represivas dieron excelentes resultados.

Por lo demás, el movimiento resultó ampliamente victorioso. La proclamación del estado de excepción en Asturias y Euzkadi, lejos de amedrantar a los trabajadores, consolidó el frente de clase y elevó la combatividad obrera. Ante el vigor de la huelga asturiana, que se extendió rápidamente a las principales minas de todo el país, el gobierno franquista tuvo que ceder aumentando el precio del carbón y prometiendo mejoras de salarios importantes. En una buena parte de las industrias metalúrgicas, los patronos se apresuraron a ceder ante las reivindicaciones obreras, ora aumentando inmediatamente los salarios, ora prometiendo una revisión general de las condiciones de trabajo y de remuneración.

A estas alturas, todas las informaciones recogidas coinciden en que el movimiento fué espontáneo y sorprendió y desbordó a todas las organizaciones y grupos clandestinos. Como en la Rusia zarista, en España, el elemento de espontaneidad ha jugado siempre un papel de primer orden. Pues bien, ese elemento resultó mucho más importante en el reciente movimiento huelguístico que en otras grandes luchas del proletariado español.

Naturalmente, esto no quiere decir en manera alguna que el movimiento se desarrollara al margen de toda influencia de las organizaciones obreras y de los nuevos grupos clandestinos, formados esencialmente por jóvenes (F.L.P. entre otros), que funcionan desde hace tiempo en todo el país.

La gran prensa internacional, que, como de costumbre, aprovechó la ocasión para consagrarse a las fantasías de tipo más o menos folklórico a que nos tiene acostumbrados, tuvo un interés especial en destacar el papel desempeñado en el movimiento huelguístico por determinadas organizaciones católicas, y en particular por las H.O.A.C. (Hermandades Obreras de Acción Católica). Es evidente que, una vez iniciado el movimiento, esas organizaciones, que disponen de un poderoso aparato en todo el país y que cuentan con la afectuosa solicitud de una parte del clero, intervinieron para canalizarlo y para explotarlo políticamente. Un documento confidencial de la Junta Central de las H.O.A.C. que hemos tenido la posibilidad de consultar, fechado el 14 de mayo, lo prueba sin lugar a dudas. Esa intervención fué particularmente eficaz en el país vasco. Pero ya no tuvo la misma importancia en Asturias o en Cataluña. En Asturias, por ejemplo, a partir del 13 de mayo, las H.O.A.C. hicieron numerosas presiones para que se reanudara el trabajo, cosa que, en general, no lograron.

Como se sabe, la Iglesia española, que jamás logró tener en España un movimiento sindical católico importante, viene aprovechando desde hace largos años las condiciones especiales creadas por la dictadura franquista para penetrar en los medios obreros y campesinos y preparar las bases de una fuerte central sindical cristiana, del tipo de las que existen en Italia, Bélgica y otros países de Europa. En realidad, las huelgas recientes han permitido a las H.O.A.C. verificar su dispositivo y medir su influencia entre los trabajadores. Con demasiada premura, ciertos jerarcas de la Iglesia y de las H.O.A.C. han sacado conclusiones excesivamente optimistas.

La realidad profunda es que la influencia de la Iglesia en los medios obreros (multitud de estadísticas y de encuestas publicadas en los últimos tiempos lo han probado) es mucho más reducida de lo que puede parecer a la luz de la algarabía armada durante las pasadas semanas. De un modo general, los obreros y los campesinos no olvidan el papel de la Iglesia durante la «Cruzada» y saben perfectamente que, pese a las pastorales sobre la condición obrera y a las especulaciones alrededor de la encíclica «Mater y Magistra», la jerarquía eclesiástica está al lado de los poderosos. El doble juego habitual en situaciones como la que se da actualmente en España, doble juego que la Iglesia supo realizar ya en la Italia de Mussolini y en la Francia de Petain, no ha impresionado especialmente a los trabajadores de nuestro país. Y el famoso editorial de «Ecclesia» sobre el derecho de huelga, por cierto bastante ambiguo, como toda una serie de manifestaciones más o menos espectaculares que se produjeron durante el movimiento huelguístico, no han conseguido modificar la actitud general del proletariado con respecto a la Iglesia.

En las condiciones concretas existentes en España en abril-mayo de 1962 era natural que organizaciones como las H.O.A.C. aparecieran como un elemento determinante. Pero fué un fenómeno puramente circunstancial. A medida que se desarrolle la lucha de masas en España, incluso los trabajadores que se hallan en la actualidad bajo el control de las organizaciones católicas se situarán en el campo del movimiento obrero auténtico, en el campo de los explotados y oprimidos. Ahora bien, para que esto se produzca en una gran escala será necesario que las organizaciones sindicales basadas en la lucha de clases sepan estar a la altura de su misión.

## LAS LECCIONES DEL MOVIMIENTO HUELGUISTICO

Lo importante, lo esencial es que en el curso del movimiento huelguístico el proletariado ha aparecido como la fuerza más coherente, más sana y más combativa del país. Por otra parte, el proletariado español de 1962 —no nos cansaremos de repetirlo— no es el de 1935. El proceso de industrialización efectuado a partir de 1950 y el éxodo rural provocado por la miseria en el campo han introducido cambios notables en la estructura social del país. Los núcleos industriales básicos (Cataluña, Asturias, Euzkadi) cuentan hoy con una población obrera mucho más importante y más concentrada que en los años de la República. El proletariado es mucho más numeroso y pesa mucho más en ciudades como Valencia, Zaragoza, Vigo, Gijón, Cartagena, Sevilla, Cádiz, Valladolid, etc. E incluso en el tradicional Madrid burocrático. Esto explica precisamente el afán «obrerista» de la Iglesia y el temor de las clases dirigentes a cualquier cambio político que permitiera la libre organización del movimiento obrero.

La heroica huelga de los mineros de Asturias, los movimientos y manifestaciones de solidaridad y de protesta que se han desarrollado a lo largo y a lo ancho del país han puesto de relieve que las masas están por encima de sus organizaciones y de sus dirigentes, muchos de ellos empeñados desde hace años en provocar la caída de la dictadura a través de las presiones internacionales y de las combinaciones políticas con las camarillas monárquicas. Por fortuna, los cuadros obreros del interior del país, los antiguos y los nuevos, pese a las duras circunstancias en que se desenvuelven, han sabido intervenir en el movimiento de masas y contrarrestar —a veces con mucha eficacia, como en Asturias y en la región minera de Suria-Sallent— las maniobras de la Iglesia.

### LAS PRINCIPALES LECCIONES

**L**AS lecciones que se desprenden del movimiento huelguístico de abril-mayo son tan numerosas como interesantes. Resumamos las más importantes:

1. — La experiencia ha demostrado que el proletariado español es capaz de llevar a cabo en las difíciles condiciones que supone la dictadura franquista, una lucha de masas de una importancia considerable, y que frente a un movimiento de esa naturaleza el régimen se encuentra prácticamente desarmado.

2. — La lucha de masas de la clase obrera puede obligar a la burguesía y al Estado franquista a ceder en el dominio de las reivindicaciones económicas. Y ello implica toda una serie de consecuencias políticas, económicas y psicológicas de la más alta importancia.

3. — El proletariado español no es lo que abusivamente suponían muchas gentes, incluso en el seno de la emigración antifranquista, sino una clase que tiene conciencia de la explotación a que está sometida, de sus intereses y, después del movimiento huelguístico, de su homogeneidad, de su fuerza y de sus posibilidades. La nueva generación obrera ha participado activamente en el movimiento, dando pruebas de su combatividad, de su abnegación y de su entusiasmo.

4. — La lucha de masas de la clase obrera es el elemento esencial de la batalla general contra la dictadura franquista. El mimetismo castrista, las concepciones fundadas en la «incapacidad» de la clase obrera y en la necesidad de movilizar a los campesinos a través de una lucha de guerrillas para pasar a la ofensiva contra la tiranía totalitaria se han revelado totalmente

falsas. La fuerza determinante en España es el proletariado industrial. Eso no quiere decir que haya de excluir por principio la lucha armada, como tampoco que se deba renunciar a una tarea que sigue siendo de una importancia capital: la movilización de las masas campesinas. Pero, en todo caso, resulta más evidente que nunca que España no es Cuba.

5. — El movimiento huelguístico ha demostrado también que solamente a partir de la defensa de los intereses esenciales de la clase trabajadora se puede llegar a una auténtica lucha de masas. Los fracasos de las jornadas y huelgas de «reconciliación nacional» y el éxito del reciente movimiento huelguístico condenan de un modo inapelable las concepciones defendidas con un celo digno de mejor causa por la dirección del Partido Comunista.

6. — Las huelgas han puesto claramente de manifiesto la descomposición y el descrédito de los «sindicatos» falangistas, instrumentos serviles de la burguesía y del Estado. La reivindicación del derecho a constituir sindicatos independientes de la clase obrera condena asimismo las tesis que atribuían una importancia decisiva al «trabajo» en las organizaciones «sindicales» del régimen, cuyo desmoronamiento —ahora no es posible dudarlo— será... vertical.

7. — Las principales reivindicaciones formuladas unánimemente durante el movimiento huelguístico (fuertes aumentos de salarios, derecho de huelga, sindicatos independientes de los trabajadores) han establecido con toda claridad que el proletariado no cifra sus aspiraciones en pequeñas mejoras económicas y en pequeñas reformas, sino que desea una modificación profunda de sus condiciones de existencia, y que se efectúen cambios radicales de la estructura del país. En ese sentido, las huelgas han tenido una profunda significación política y revolucionaria. Los salarios reclamados exigen una reforma radical de la estructura de la economía española. El derecho de huelga no puede ser concedido por el franquismo. La organización de sindicatos obreros auténticos presupone la liquidación de uno de los principales instrumentos de opresión y de dominación del régimen.

8. — El movimiento huelguístico no pudo alcanzar una mayor extensión ni obtener resultados más importantes a causa de la debilidad y de la dispersión de las organizaciones obreras. Si las fuerzas políticas y sindicales de la clase trabajadora hubieran sido capaces de unirse bajo una plataforma común y de coordinar su acción con los nuevos grupos clandestinos y con los organismos de lucha surgidos en las minas, fábricas y talleres, la dictadura franquista se hubiera encontrado en una situación realmente apurada y el movimiento general hubiese alcanzado un nivel político mucho más alto. El problema de la unidad de acción y del programa de lucha presenta actualmente una urgencia extraordinaria.

9. — La acción del proletariado español ha creado una situación completamente nueva y ha abierto una nueva fase de la lucha contra la dictadura franquista. El régimen se ha negado a reconocer el derecho de huelga y tratará por todos los medios a su alcance de impedir que se produzcan otros movimientos huelguísticos. Es muy posible que intente incluso reformar los «sindicatos» falangistas y darse un tinte «social» decretando algunas disposiciones puramente demagógicas. Pero todo ello no permitirá frenar la ofensiva obrera. Las victorias logradas han sentado las bases de nuevas luchas que no tardarán en producirse.

10. — La satisfacción de las aspiraciones de la clase trabajadora exige

la transformación revolucionaria del país. El franquismo es incapaz de aportar una solución a los problemas fundamentales de España (reforma agraria, desarrollo industrial, planificación de la economía, elevación del nivel de vida de las masas, cuestiones de la Iglesia, del Ejército, de las nacionalidades, independencia con respecto a los bloques militares, libertades democráticas, etc.). La «liberalización» del franquismo es un mito. La monarquía reaccionaria que se prepara como solución de recambio será un instrumento de las fuerzas conservadoras tradicionales y, por tanto, tampoco solucionará los problemas del país. La alternativa histórica al franquismo y a su posible sustitución por una monarquía reaccionaria reside en el proletariado, en el desarrollo del proceso revolucionario, en la marcha hacia el socialismo.

Wilebaldo SOLANO

### EDICIONES DE «TRIBUNA SOCIALISTA»

El éxito alcanzado por «Tribuna Socialista» nos ha planteado el problema de colmar otro vacío que se siente cruelmente en el movimiento obrero español. Además de la publicación periódica de la revista, deseamos contribuir a formar la conciencia socialista de las nuevas generaciones de España y de América latina editando trabajos teóricos, clásicos y contemporáneos, de valor y autoridad.

Las EDICIONES DE «TRIBUNA SOCIALISTA» se proponen llevar a cabo una tentativa de restauración, de renacimiento en lengua española, de las fuentes más profundas de la literatura socialista. Nuestra preferencia en la selección será para aquellos trabajos que, por el valor que tuvieron al publicarse, puedan confrontarse útilmente con nuestra lucha de clases cotidiana, a consecuencia de la actualidad que conservan. Nuestro propósito es contribuir a salvar la dificultad principal que encuentra la clase obrera militante para explicarse el mundo actual y ayudar a los jóvenes a comprender que la interpretación acertada de un acontecimiento no es «evidente por sí misma», sino a partir de un análisis marxista, es decir, crítico y revolucionario.

Iniciando esta labor, EDICIONES DE «TRIBUNA SOCIALISTA» ha puesto a la venta:

<b>INFORME A LA COMISION DE REFORMAS SOCIALES</b> , por Jaime Vera .....	1 NF
<b>LENIN, MARXISTA</b> , por Nicolás Bujarin .....	1 NF
<b>LOS «PELIGROS PROFESIONALES» DEL PODER</b> , por Cristian Rakovsky .....	1 NF

Todos los pedidos debèn enviarse a:

EDICIONES DE «TRIBUNA SOCIALISTA»  
17, rue de Chaligny, PARIS XII

## Notas sobre la ideología contrarrevolucionaria en España

Por JUAN CASTELLA GASSOL

El escaso grado de desarrollo del capitalismo ha impedido en España la aparición de una fuerte burguesía progresista. Al faltar la burguesía progresista, ha faltado también la tradición racionalista que contribuyó a configurar la Europa moderna. Los teorizantes del «ancien régime» vieron en el liberalismo y en el capitalismo las fuerzas disolventes de la antigua sociedad —y no andaban descaminados al pensarlo así—. Donoso Cortés y Balmes en el siglo XIX, y los pensadores tradicionalistas del XX, han insistido en esos ataques al liberalismo y, de rechazo, en la defensa de la «Cristiandad medieval», en la defensa de la vieja sociedad agraria y estamental. Que luego los actuales herederos de esa tradición conservadora se hayan convertido en defensores a ultranza del capitalismo monopolista, no invalida lo que acabo de decir: las viejas oligarquías dominantes han presidido el nacimiento, en la última década, de un rapaz capitalismo monopolista industrial al mismo tiempo que han conservado lazos estrechísimos con los grandes terratenientes. Basta leer los nombres de las personas que forman los consejos de administración de los grandes Bancos para darse cuenta de que son las mismas (o sus próximos parientes y amigos) que controlan los latifundios. Así, los teorizantes del pensamiento tradicionalista se han visto obligados, a última hora, a un ímprobo esfuerzo: congeniar la defensa de la «Cristiandad medieval» (y las primitivas relaciones de producción que implica), con la defensa de los grandes monopolios actuales.

La pobrísima literatura económica que han producido no es más que un extraordinario galimatías en el que no vale la pena entrar antes de que sus autores lo presenten de una forma más congruente.

Los representantes más significados del actual pensamiento contrarrevolucionario pertenecen al Opus Dei, heredero cultural del grupo «Acción Española», que tuvo como mentores a Maeztu, Pradera, Calvo Sotelo y al Conde de Rodezno entre 1930-1936 (1).

Calvo Serer, uno de los más destacados polígrafos del Opus, renueva hoy el pensamiento medievalista y antiliberal, minimizando la presencia del comunismo para resaltar más el carácter nefasto del liberalismo y del racionalismo, «destruidores de la Cristiandad medieval». Véase:

«La debilitación cultural de la Cristiandad, con su división interna,

(1) El empleo que doy aquí a la palabra **contrarrevolución**, para aplicarla a la ideología de las derechas españolas, me ha parecido más justo que el adjetivo **reaccionario**, que conviene muy bien a los representantes del pensamiento tradicionalista o ultraconservador (hoy en el Opus Dei), pero que no se aviene con los ideólogos reformistas (neoliberales y antiguos falangistas); estos últimos preconizan determinados cambios en la estructura de la actual sociedad española, pero no un cambio radical; en este sentido aplico la denominación de ideología contrarrevolucionaria a los representantes de una y otra tendencia.



## LA IDEOLOGIA CONTRARREVOLUCIONARIA EN ESPAÑA

favoreció la acción del racionalismo francés y del idealismo alemán, perturbó el desarrollo de la tradición filosófica y trajo la ruptura del orden político en la Revolución francesa.

»Las profundas transformaciones que en la Europa de mediados del siglo XIX crea el progreso técnico, suscitaron nuevos problemas económicos, políticos y sociales que, al no encontrar solución en las heterodoxias triunfantes, facilitaron el avance inevitable del marxismo, con su crítica de las ideas decadentes, su afirmación de las realidades económicas y su denuncia de injusticias sociales.

»De ahí que España busque establecer sus propias instituciones políticas para estabilizar el estado de derecho, imposible de conseguir con importaciones europeas liberales o totalitarias y que no puede esperarse de la democracia domesticada al uso en algunos países continentales, ni tampoco de los inasimilables procedimientos democráticos anglosajones.» (2).

Intentaré explicar cómo se ha llegado a la presente situación. Los intereses materiales de las oligarquías dominantes se hallan fuertemente amenazados ante la perspectiva de un mínimo cambio de la estructura social. Ese fenómeno de la inseguridad es común a toda la alta burguesía europea y se refleja en los usos sociales, el cine y la literatura. En Italia, Antonioni y Fellini muestran esa descomposición en sus obras cinematográficas, que toman por protagonistas personajes de la alta burguesía.

El grado menor de desarrollo de la burguesía española no le ha permitido crear instituciones firmes; su inseguridad es manifiesta y en sus capas más altas, la inseguridad se convierte en verdadero terror. De ahí que, como ración defensiva, su ideología determinante sea extraordinariamente dogmática y conservadora: no permite ni la duda, ni la ironía, ni el diálogo con otras posiciones ideológicas conservadoras afines. Aunque se reclame textualmente de la inspiración de la Divina Providencia, los métodos que emplea no son precisamente angélicos, como pretende hacernos creer un jesuita español quien a los sublevados el 18 de julio en Valladolid les denomina «ángeles armados ante rebañíos de alcohólicos degenerados» (3).

El modelo político que el señor Calvo Serer nos ofrece es un Estado católico autoritario, lo más cercano posible a la ciudad medieval, lo más lejos posible de la democracia burguesa europea, a la que se la condena por *extranjera* a la llamada tradición nacional y por *heterodoxa* (¡los manes de Calvino todavía atormentan al señor Calvo!).

«Nuestro país necesita una conciencia nacional construída sobre su tradicional fe católica, y ha de lograr su *unidad espiritual interior* en esta tradición, que resultaría gravemente perturbada tanto por la excesiva o ingenua complacencia con el humanismo liberal como con el socialista, tanto por el proselitismo protestante y la tolerancia irresponsable de la mano tendida como por la agitación comunista.

»...Esta razonable actitud de alejamiento no excluye la paradoja de que España esté, en cambio, dispuesta a secundar cuanto suponga la *re Cristianización de Europa* (sic) tanto en la paz como en la guerra.» (4)

(2) R. Calvo Serer: prólogo a «El mesianismo en el mito» de Romano Guardini. Ed. Rialp. Madrid 1956, pág. 21, y R. Calvo Serer: «La Fuerza Creadora de la Libertad», ed. Rialp, Madrid 1958, pág. 75.

(3) Adro Xavier: «Laureada de Sangre», Valladolid, s.f., pág. 169.

(4) R. Calvo Serer: «La Fuerza Creadora de la Libertad», pág. 76.

Un programa de gobierno tal, que se siente animado con el espíritu de la Santa Alianza, dispuesto a la *re Cristianización* de los heterodoxos europeos, no es el fruto reseco de una mente aislada de la sociedad, sino de gentes que controlan gran parte de los medios de formación e información del actual Estado español.

La clase alta necesita unos corifeos que la cercioren de que su posición actual en la sociedad española es algo de derecho natural. De ahí que no haya aprovechado enteramente la ideología de Ortega y Gasset —teoría aristocrática, eso sí— por hallarse empañada de un cierto escepticismo. Por el contrario, en las fuentes escolásticas medievales es donde parecen encontrar una justificación más o menos lógica —pero no racional, porque el racionalismo es heterodoxo— de sus actos.

La obra de Ortega, con su visión aristocrática pero pesimista de la historia peninsular, proporcionó una indudable brillante justificación histórica a la desesperanza contrarrevolucionaria que el falangismo representó. Una gran parte de los viejos y de los recientes textos ideológicos de la Falange giran en torno a los temas orteguianos. En cambio, el pensamiento tradicionalista —también contrarrevolucionario pero más extremista, más a la derecha que la Falange— atacó de frente a Ortega y sus acólitos porque ponían en duda la justicia y la perennidad de la actual sociedad española.

### LA LEYENDA DE LAS DOS ESPAÑAS

Menéndez Pidal, hombre de la escuela liberal del siglo pasado, ha recreado el mito literario-histórico de las dos Españas, la reaccionaria y la progresiva; polémica que ha ocupado los años comprendidos entre 1949 y 1957. Bien entendido, la polémica no se ha salido de los límites que marca la ideología contrarrevolucionaria, pues si bien el mito de las dos Españas procede, grosso modo, de la historiografía liberal, se la han hecho suya los neoliberales y algunos falangistas disidentes, los cuales también deben incluirse dentro de la línea contrarrevolucionaria. Ello no obsta para que su visión de la historia sea mucho más moderna, más racional, que la visión de sus antagonistas del Opus Dei con los cuales se han enfrentado violentamente en la última década.

Américo Castro, que no participa de esa teoría, ha hecho un buen resumen de la misma:

«Corre por ahí la fantasía de existir dos Españas, la reaccionaria y la progresiva, la última de las cuales acaba siempre por ser aplastada. Se llama reacción a los hábitos tradicionales y espontáneos, y progreso, a ciertas ideas y usos, no nacidos en España, sino importados del extranjero. Olvidando el pequeño detalle de la importación, la imagen de España se falsea y se enturbia. Alemanes, franceses e ingleses inventaron —cada grupo a su modo— nuevas creencias y pensamientos, y los opusieron enérgicamente a los legados de la tradición. Sus resultados fueron nuevos regímenes religiosos, filosóficos, científicos y políticos. Algunos españoles, seducidos por ese espectáculo, pretendieron adoptar algunas de aquellas novedades, sin construir base propia con que fundarlas. Cuando las importaciones no implicaban un cambio decisivo en el rumbo interno de la propia vida, fué posible introducirlas (ferrocarriles, anestesia, termómetro, etc.); en otros casos, no. Las modestísimas innovaciones ideológicas del siglo XVI (erasmismo), del XVIII (cultura científica y crítica racional), y del XIX (europeización, tolerancia de cultos, etc.), afectaron escasamente al tono, sobre todo rural, de las masas hispánicas. Frente a ellos no se irguió una concepción nativamente hispánica de modos de vida fundados en creencias seculares, terrenas. Los leves intentos de mutación han procedido siempre del descontento de los españoles respecto de ellos mismos y se han inspirado en modelos extraños.» «Sin inventarse nuevos sistemas de vida política se ha pretendido mudar la inveterada tendencia a vivir según se venía haciendo desde hacía siglos, sin darse cabal cuenta de que los ejemplos ajenos poseen eficacia sólo limitada y superficial. Y a esto es

(5) V. Marrero: «La guerra española y el trust de los cerebros», ed. Punta Europa, Madrid 1961, pág. 564.

## LA IDEOLOGIA CONTRARREVOLUCIONARIA EN ESPAÑA

a lo que llaman la otra España, para mí indivisible radical y congénitamente de la otra.» (5)

La verdad es que la teoría de las dos Españas es una transposición sublimada que en el pensamiento progresista no ha encontrado ningún eco convincente.

Las obras de los neoliberales y falangistas disidentes dan a creer que a lo largo de 2.000 años han permanecido más o menos inmutable «la esencia de España» y «el proyecto de vida de los españoles», aunque luego se escindiera en dos proyectos: el reaccionario y el progresista. De acuerdo con esa visión parece que el historicismo del que hacen gala no se aplica más que a los accidentes históricos o a los hechos considerados como accidentales, mientras que una misteriosa, indescriptible esencia histórica permanece inmutable, a la manera de las categorías aristotélicas.

Desde luego la terminología empleada por los teóricos de este grupo (neoliberales y falangistas disidentes) no es una terminología aristotélica. Por el contrario, es fácil encontrar a menudo el rastro de la obra de Ranke, Hegel y Menéndez Pelayo. El hecho es que dejan traslucir una profunda creencia —en el sentido orteguiano de la palabra— en la inmutabilidad del espíritu humano, esforzándose por encontrar un nexo permanente entre la mutabilidad histórica y la pretendida eternidad de las esencias. Véase en Laín Entralgo, en un comentario a propósito de la filosofía de Zubiri:

«Quien haya visto a Zubiri enfrentarse con la historia entera de un problema intelectual bien determinado —la idea humana de Dios, la teoría de la naturaleza, la esencia de nuestra libertad— podrá acaso comprender dónde está el nexo entre lo mudable y lo eterno, entre la tornadiza vida del hombre y su permanente condición de ente creado a imagen y semejanza de Dios. Yo diría, en espera de mejor descripción, que Zubiri es sumo maestro en el arte de reducir la historia a retablo —un retablo curvado en torno al considerador, de modo que todos sus puntos equidisten de éste— y en el arte de hacer ver, con ello la presencialidad de lo verdadero. Todo cuanto la historia tiene de verdad en su variable seno cobra entonces una presencia simultánea y transtemporal (sic) —tal vez mejor: «eval»— en el espíritu del hombre que la contempla y de modo misterioso viene a coincidir con una parte de la verdad inferida por la inteligencia en su bregar inmediato e instantáneo dentro del problema a que esa historia se refiere. La presencialidad del contenido de la historia en verdad constituye la instancia intermedia entre la eternidad de la causa primera y la cambiante multiplicidad de las causas segundas. ¿No hay en ello una lección ejemplar para quienes viven la historia como pura afluencia y para quienes se empeñan en ver la tradición como continuidad inmutable?» (6)

En suma, Laín se enfrenta a los representantes del pensamiento tradicional, a quienes achaca una visión estática y cumulativa de la historia, con una visión no menos estática y ahistórica. En fin de cuentas, si por debajo de lo que él llama «tornadiza vida del hombre» existe una «permanente condición de ente creado a imagen y semejanza de Dios» y si hay una «presencia transtemporal» de la historia, Laín viene a confirmarnos su radical creencia en la inmutabilidad de las esencias históricas y del espíritu humano, las cuales, según él, se revelan en forma de una problemática «presencia transtemporal» al privilegiado contemplador de la historia. Así que cuando Laín ha tratado de aplicar a un hecho histórico concreto su filosofía general de la historia, no ha podido menos que mostrar sus concepciones idealistas e intemporales sobre las que siempre ha descansado su visión del mundo.

En definitiva, la polémica sobre las dos Españas ha tenido como dialogantes a dos grupos de pensadores igualmente idealistas y ahistóricos y, por ende, reaccionarios en el sentido político del término. La consecuencia en el orden práctico es que Laín y su grupo han sabido defender

(6) P. Laín Entralgo: artículo en «Alcalá», Madrid, julio de 1953.

con más inteligencia —y también con un «espíritu» más europeo— no sólo la filosofía idealista tradicional, sino también a la vieja sociedad española (aunque subyaran más las etapas del «despotismo ilustrado» que las conservadoras a ultranza). Sólo indirectamente, en cuanto Laín ha sabido abrir los ojos a algunos de sus discípulos y ha mostrado algunos problemas reales de la sociedad, la obra de los neoliberales y de los falangistas disidentes, entre los que se cuenta Laín, ha incidido positivamente en la evolución de la sociedad española. Al señalar la importancia y el papel del «historicismo» en la cultura europea, han hecho posible que otros, superando las posiciones de Laín y los suyos, llegaran más lejos, por lo menos en la comprensión de los problemas reales, si bien no han tenido ocasión de modelarlos en una actividad práctica.

El primer mentor de Laín fué Ortega. Pero también otros autores han influido grandemente en su formación filosófica: Menéndez Pelayo, Unamuno, Maeztu, Azorín, Américo Castro, Cajal, Menéndez Pidal, Marañón, Eugenio d'Ors. Entre los no españoles sería difícil sistematizar las influencias recibidas pero la de Heidegger, Scheler, Dilthey es indudable. La poderosa y decisiva influencia de Zubiri forma capítulo aparte, de tal forma que gran parte de los trabajos de Laín (y de los representantes de su grupo) son una rememoración de los cursos privados que Zubiri explica en Madrid y de los cuales no ha publicado nada todavía.

Las diferencias y los antagonismos que se encuentran entre el Opus Dei y los falangistas (tanto la «Vieja Guardia» como los grupos neofalangistas), si se observan a cierta distancia, son diferencias de matiz, no substanciales. El Opus representa la ideología de las clases altas. Los falangistas, ciertas capas de la clase media (especialmente la castellana y andaluza), en particular la burocracia. Pero la política falangista sirve directísimamente los intereses de la clase alta, proporcionándole un cierto apoyo «popular», «masivo» en ocasiones: tal en la represión de las huelgas de 1951 en Barcelona (7), o bien enmascarando la verdadera faz del capitalismo bajo una política demagógica: tal fué el papel del ministro de Trabajo falangista Girón de Velasco hasta 1957. Los beneficios de la política falangista revierten, a la corta o a la larga, en el haber de la clase alta, sean los falangistas conscientes o no de ello.

Falangistas y «opusistas» representan hoy, así, la ideología contrarrevolucionaria en el sentido estricto de la palabra. Pero en un sentido lato, los neoliberales y los falangistas disidentes también juegan en la práctica un papel contrarrevolucionario, aunque sus posiciones doctrinales sean anti-traditionalistas.

De ahí que sea necesario mostrar, de un lado, la ideología común a todas esas variantes de la corriente contrarrevolucionaria. De otro lado, conviene observar las conclusiones comunes a que llegan todos los representantes de las diversas variantes ideológicas; o mejor: aquellas conclusiones doctrinales que, en un momento determinado, asumen a la vez tradicionalistas, falangistas y neoliberales y aquellas otras conclusiones de los neoliberales que, si se observan desde una perspectiva dinámica, se reencuentran con las posiciones de los contrarrevolucionarios «integristas».

Al incluir a los neoliberales y a los falangistas disidentes dentro de la corriente contrarrevolucionaria, lo hago teniendo en cuenta que la considero

(7) El «orden público» se vió severamente amenazado en 1951, por primera vez desde el fin de la guerra civil. Ante la situación prerrevolucionaria provocada por la huelga general de trabajadores de Barcelona, el gobierno decidió emplear, como fuerzas de represión, no sólo la guardia civil, la policía armada y el ejército, sino también las milicias falangistas: «Frente de Juventudes» (sección juvenil) y «Guardia de Franco» (fuerzas de choque del Partido Falangista). Estas últimas fuerzas actuaron con presteza y con mucha más eficacia represiva que la policía, habida cuenta de su mayor politización y de su celo partidista.

## LA IDEOLOGIA CONTRARREVOLUCIONARIA EN ESPAÑA

lo que los físicos llaman una «hipótesis de trabajo». En otras palabras, es una afirmación momentánea y provisional que los hechos me parecen confirman hasta el momento. Al mismo tiempo soy consciente de las transformaciones que probablemente se darán en un próximo futuro.

### TIPOS DE PENSAMIENTO COMUNES

A la base de esas varias corrientes contrarrevolucionarias, hay unos tipos de pensamiento comunes. Primero de todo el **catolicismo ortodoxo**; inquisitorial en el Opus Dei, liberal en los falangistas disidentes y en los neoliberales. Entre estos últimos, Aranguren, profesor de ética en la Universidad de Madrid, que representa con su «Filosofía de la Trascendencia» la corriente abierta al protestantismo, ha sido objeto de violentos ataques por parte de los integristas, pero sus libros obtienen el «nihil obstat» de la Iglesia española y la aprobación de una gran parte del joven clero instruido en las Universidades en los últimos diez años.

El catolicismo de Tovar y Ridruejo parece más tibio y arbitrario, pero no menos ortodoxo. El de Julián Marías, discípulo apasionado de Ortega, es un intento para congeniar católicos y no católicos en la común cultura española y con esa idea atrajo la atención, hacia 1955, de una parte de la oposición intelectual al régimen. En Madrid, Julián Marías fué durante unos años el mentor de un grupo de diplomáticos, funcionarios y estudiantes universitarios (unos procedentes de Falange; otros, de congregaciones marianas y demás sectores católicos). Las reuniones que presidía Marías fueron politizando, por el camino de la crítica intelectual, a una buena parte de los participantes —pero su evolución no es cosa de contarla aquí—. El hecho es que Marías, por razón misma de su catolicismo militante, no podía llegar muy lejos en su crítica de la sociedad española.

El catolicismo del Opus se define por su rechazo de la tradición liberal y racionalista europea y por su llamada a la «re Cristianización» de Europa. Ven «en la Iglesia la fuerza salvadora de Europa» (8). Consideran que «toda interpretación histórica realmente profunda, tiene un sentido teológico» y que «la Paz sólo de un orden cristiano puede surgir»; ese rechazo de Europa, no es pues de hoy, sino que procede del cisma luterano; por haberse pues Europa —la liberal y racionalista— apartado de la tradición romana ortodoxa no puede aportar nada eficiente al mundo de hoy:

«Nuestro viejo continente ha demostrado repetidas veces su incapacidad para saber vivir en paz y es ridículo que intente asumir hoy la función de magister pacis. No; la Paz no puede salir de Europa, como tampoco puede salir de otro continente o región alguna del planeta. La Paz es un don que no se da a las cosas, sino a las personas, y precisamente a las personas de buena voluntad... Lo primero que es necesario para obtener la Paz es dar gloria a Dios... El secreto que no saben ni quieren saber los hombres responsables de cuyas combinaciones diplomáticas no sale más que la oscuridad y la tensión bélica... Dificilmente puede hacer obra de paz el pecador; mucho menos el hereje, el que vive conscientemente fuera de la verdadera Iglesia y no puede, por tanto, dar eficazmente gloria a Dios... No harán la Paz... Pesa sobre ellos una condenación semejante a la que pesa sobre los judíos, huérfanos eternos de patria. No podemos esperar de ellos más que la desesperación y la guerra.

»La Paz sólo de un orden cristiano puede surgir. No es Europa pues la que puede dar la Paz, sino la Cristiandad auténtica, es decir la Iglesia Católica.» (9)

Tomista en Alvaro d'Ors, Calvo Serer y otros pensadores —del Opus—; calvinista en los otros, el sentimiento religioso está en la base de las diversas corrientes contrarrevolucionarias. Los coqueteos de Aranguren con Karl

(8) Alvaro d'Ors: prefacio a «El mesianismo en el mito» de R. Guardini, ya citado, págs. 55 y 45.

(9) Idem., págs. 60-62.

Barth y Heidegger y el cristianismo «existencial» de Laín, no son a la larga, ningún obstáculo para que, en la práctica, se limiten al dogmatismo establecido por la Iglesia de Roma y se concreten pues en una posición de católicos militantes.

En relación con ese sentimiento religioso está otra característica: el **esencialismo metafísico**, explicable por un irracionalismo de base y un finalismo escatológico que lo determina.

El esencialismo metafísico es una consecuencia de la visión estática de la historia, muy definida y notoria entre los pensadores del Opus Dei, teñida de un vago «historicismo» (a veces sólo verbal) en algunos neoliberales. El historicismo mismo se convierte en sus manos en una ideología estática, fija, inmovible. Veamos a uno de los pensadores tradicionalistas enfrentarse con el tema de la «historicidad del hombre»:

«...considero inadecuado aplicarlo (el término: **historia**) al hombre como atributo sustantivo. Pero creo que, como observación principalísima de su naturaleza, la **historicidad** es un esencial carácter humano.»

¿Qué entiende por historicidad el autor del pasaje citado? A primera vista parece colocarse del lado del historicismo. Sin embargo no es así. En la mente de un tomista tal cosa es impensable; aunque se trate de un tomista que se arriesga a leer al ateo Heidegger. En realidad acepta el historicismo como una de las **propiedades que definen al género humano**, el cual por ser género, se le considera como categoría universal e inmutable. Qué tiene que ver ahí el concepto de la historicidad del hombre, es algo que está por ver. Lo que se deduce es que las arriesgadas lecturas de Heidegger con el pesado lastre del tomismo tradicional, dan por resultado una terrible confusión en aquellos pensadores tradicionalistas que quieren estar al tanto de la filosofía contemporánea; su pretensión de «modernizar» el tomismo de viejo cuño, no puede llevar muy lejos; ejemplos claros son la «Introducción a una filosofía de lo temporal» de José Pemartín, autor del párrafo antes citado, la «Ontología de la existencia histórica» de Millán Puyes; «El mito de la nueva cristiandad» de Leopoldo Eulogio Palacios; «Estudios Filosóficos y Literarios» de José Cortés Grau.

Los pinitos «existencialistas» a que se entregaron en la postguerra algunos de esos escritores, no pasaron por tanto de una mera pirueta verbal. No podía ser de otra forma si pensamos que todos ellos habían adherido a grupos de la extrema-derecha antes de la guerra civil. José Pemartín, a quien he citado más arriba, fué miembro de la «Unión Patriótica» y autor de un libro escrito en homenaje al general Primo de Rivera, titulado «Los valores históricos en la dictadura española»; en él escribía Pemartín:

«...Esta permanencia relativa de ciertas esencias o valores descuella como ley atávica en toda la variada superficie de los fenómenos de la historia. Se presenta como un efecto de profundas huellas espirituales que parece perpetuarse en la conciencia colectiva de los pueblos. Acrisolada su existencia con valoraciones étnicas, casi consagrada por respeto hereditario, viene a llenar el vacío de las grandes crisis... Esta perenne fuerza atávica y profunda, este testamento que heredan los siglos es la tradición, escondida, latente, como una gran posibilidad psicológica en las entrañas de la historia misma y que se revela pujante, en contraste con el desvanecimiento de los valores inesenciales en el ocaso de los grandes períodos nacionales.» (10)

Esta cita es de 1929; se advierten en ella las elucubraciones prefascistas, a las que siguiendo a Spengler y Ortega, se entregaron esos escritores entre los años 1928-1936: el ocaso de los grandes períodos nacionales, esa perenne

(10) J. Pemartín: «Los valores históricos en la dictadura española». Publicaciones de la Junta de Propaganda Patriótica y Ciudadana. Madrid 1929, pág. 27.

fuerza atávica, el vacío de las grandes crisis son fórmulas de un excesivo sabor spengleriano, como para pasar inadvertidas. Pero además, vemos también esa visión bipolarizada de la historia como una lucha maniquea entre los valores esenciales y los valores inesenciales. Y luego, la pretendida permanencia de unas supuestas esencias históricas por debajo de las mutaciones consideradas como secundarias, que emparentan la filosofía de Pemartín con esa línea del esencialismo metafísico a la cual no han dejado de rendir culto todos los pensadores contrarrevolucionarios hasta ahora, a pesar de las evoluciones que hayan sufrido.

Ese trasfondo metafísico, esa almendra psicológica de los pueblos y los hombres y esas presencias transtemporales a las que tanto gusta referirse Laín, responden a una idéntica visión del mundo: una visión metafísica; y en cuanto tal, alejada de la vida real por más que Laín se reclame de un vitalismo —de raíz orteguiana—. Con ese enmascaramiento «vitalista», Ortega, Laín y sus corifeos nos dan una impresión de la realidad a la que sólo se puede llegar desde la soledad de un retiro; es decir, desde una posición privilegiada; en este sentido, es una visión del mundo aristocrática, pero no puede pretender constituirse en la verdadera y total imagen de la realidad. Estando pegado a la realidad cotidiana, como es el caso de un trabajador manual o de un campesino (esto es: la mayoría de los hombres del planeta), no se llega, por vía intuicionista y vitalista, a la contemplación de esas sublimes esencias, ni a esas lucideces metafísicas y conceptuales, para emplear las mismas palabras de Laín. En ese sentido, y sólo en ése, digo que es una visión aristocrática del mundo, porque implica una posición alejada del mismo; quiero decir, de las luchas y quehaceres de la mayor parte de los hombres (11).

#### EL MITO DE LA «EUROPEIZACION»

Pocos filósofos han tenido el coraje que tuvo Ortega al declararse partidario de un aristocratismo histórico que supone, a la vez, una teoría aristocrática del conocimiento. Luego, en la postguerra civil, esta teoría ha sido ampliamente desarrollada por sus discípulos: Julián Marías, Zubiri, Laín Entralgo, José Luis L. Aranguren, Díez del Corral, J. A. Maravall, Gómez Arboleya y Paulino Garagorri. La argumentación más enérgica de la teoría aristocrática la formuló Ortega en «La rebelión de las masas»; la argumentación final del libro es que las masas, por definición no deben ni pueden gobernar; ve con extremo disgusto a las masas, que han resuelto dirigir la sociedad sin capacidad para ello; defiende el «viejo liberalismo» que, para él, es la salvaguardia del individuo frente a la colectividad (¡terrible palabra para Ortega!); el hombre-masa, producto de la civilización técnica se halla cerrado a las instancias superiores: la música, la belleza, la poesía, la religión, el saber y el sentimiento en una palabra. En el prefacio para los lectores franceses de «La Rebelión de las Masas», señala:

«Une bonne partie du désarroi actuel est due à la disproportion

(11) Es obvio que el intelectual, por razón misma de su profesión y del grupo social a que pertenece, se halle distanciado de la clase obrera y campesina y que se plantee los problemas de la clase trabajadora en términos «abstractos»; no puede ser de otra forma y no es éste el reproche que se hace a Laín y al resto de intelectuales españoles conservadores. La crítica que se les hace va, por el contrario, dirigida a su modo de plantear la teoría del conocimiento, pues Laín y los suyos, siguiendo a Ortega, establecen «a priori» el necesario distanciamiento de la realidad social para mejor comprenderla; y este distanciamiento implica tácitamente una posición superior, privilegiada intelectualmente, sin darse cuenta que al resultar su teoría del conocimiento inaccesible a los otros grupos sociales impide radicalmente que estos grupos se vean influidos por el pensamiento de los intelectuales.

entre la perfection de nos idées sur les phénomènes physiques et le scandaleux retard des «sciences morales». Le ministre, le professeur, le physicien illustre, le romancier ont généralement sur toutes ces choses des idées dignes d'un coiffeur de faubourg. N'est-il pas tout naturel que ce soit le coiffeur de faubourg qui donne le ton à notre époque?»

Con un juego de palabras muy en el estilo de Ortega, advierte como el hombre sin nobleza —sine nobilitate, s.nob. de las listas censales en Inglaterra—, el snob moderno, domina la civilización moderna y considera que ese que llama esnobismo universal aparece netamente en el obrero actual, el hombre-masa incapaz de elevarse a las superiores instancias de la vida. Por el contrario, el intelectual —y ahí aparece la terrible vanidad de Ortega— es un privilegiado que puede acceder a la verdad de las cosas. Mientras el intelectual aspira a esclarecer las cosas, el político, según Ortega, las vuelve confusas; ser de izquierdas o ser de derechas es elegir una de las innumerables maneras de ser imbécil; ambas, en efecto, son formas de hemiplejía moral: frase brillante, sin duda, como muchas de las empleadas por Ortega, pero que revela su incompreensión de la vida práctica y en fin de cuentas, su insobornable y aristocrático apartamiento de las luchas de los hombres que le rodeaban en España. Se pregunta con insistencia si las masas pueden despertar a la vida personal incluso proponiéndoselo y llega a la conclusión que en los últimos siglos, con la aparición de la corriente «progresista», se ha retrocedido en ese orden de cosas.

El prefacio para franceses a «La rebelión de las masas» data de 1937 y está escrito en Holanda; la obra la había escrito Ortega nueve años antes. En 1937 el pueblo español estaba empeñado en una lucha dramática a la que Ortega escapó por propia decisión; no se refiere directamente a la guerra civil y a la revolución españolas, pero al hablar de la soledad podemos menos que pensar que su soledad le venía de su aristocrático y egoísta apartamiento de la sociedad en que vivía. Mal podía comprender en que se encuentra y de las desventuras que sacuden su existencia, no la vida humana el filósofo que en los momentos más trágicos de la vida española se escapaba a un seguro y neutral refugio; el único diálogo posible en aquellos momentos fué, como Ortega mismo ha escrito, un diálogo con las estatuas, no con hombres. Por eso sus reflexiones son valederas para él mismo y para quienes escogieron el camino de la huida; para quienes se comprometieron en la guerra y para sus herederos su visión del mundo desde una atalaya aristocrática no puede parecernos otra cosa que una visión alicorta de la historia.

Cuando Ortega —y con él sus seguidores— hablaba del «hombre», pensaba por lo pronto en el intelectual, en el hombre ocupado en profesiones liberales; su público estaba compuesto por estudiantes universitarios, profesores, literatos, artistas y damas más o menos ilustres; su filosofía era, en parte, una filosofía «de salón»; no se trata sólo de un producto idealista de la ideología burguesa, sino de un producto refinado y aristocrático: las páginas de «La rebelión de las masas» en que ahora la vieja aristocracia por no haber sabido cumplir con su alto destino de clase dirigente, prueban de forma palmaria el alcance de su filosofía.

Una consecuencia inmediata de este hecho fué la atención prestada por Ortega a la idea de Europa; sus discípulos, aun los más cercanos de las corrientes progresistas, han desarrollado sus especulaciones sobre Europa también. Pero no han ido más allá. El fenómeno más importante de la postguerra mundial: o sea, la entrada del «Tercer Mundo» o de los países subdesarrollados en el escenario mundial, ha pasado desapercibido por los orteguianos. La fórmula que esgrimen los más progresistas sigue siendo una fórmula definitivamente periclitada: la «europeización» de España. La idea de Europa les acapara la atención y, al propio tiempo, les impide ver el resto del mundo.

Los ideólogos del Opus han atacado la Europa liberal, para ir a defender una abstracta «cristiandad»; es una fórmula indudablemente reaccionaria y que no puede seducir más que a la internacional fascista. Por el contrario,



## LA IDEOLOGIA CONTRARREVOLUCIONARIA EN ESPAÑA

los falangistas disidentes y los neoliberales proponen como solución para España unas formas de vida europeas, ciertamente recomendables en el siglo XIX, pero históricamente desfasadas en la segunda mitad del siglo actual.

¿A qué hablar tanto de europeización de España si finalmente los capitales europeos hicieron ya su entrada en la península en el siglo XIX y con ellos se introdujeron modos de explotación europeos? Piénsese en las Minas de Río Tinto y en tantas otras concesiones económicas en tiempos de la monarquía de Alfonso XIII; ese tipo de explotación convirtió algunas zonas vitales del país en feudos, en colonias, del capital financiero internacional, en primer lugar de los belgas, alemanes, ingleses y franceses; las relaciones de producción que se establecieron eran poco más que coloniales; Bruselas, Amsterdam, Londres y París decidían, como capitales metropolitanas, de la suerte de las poblaciones —de nacionalidad española— que habitaban las zonas de «ocupación económica» europea. Mientras los obreros y campesinos de esas zonas vivían la colonización europea, los hijos de la burguesía catalana aprendían en París y los de la burguesía vasca en Inglaterra, las ideologías liberales al uso en Europa y justificaban luego, de alguna manera, la explotación de las masas nacionales. Esta es, y no otra, la europeización de España que tuvo lugar desde principios de este siglo hasta ahora.

Los intentos para «importar», de súbito, una cierta idea de Europa, como se importan tractores o discos de gramófono, es una pretensión considerablemente utópica; y esto es justamente lo que parecen ignorar algunos discípulos aventajados de Ortega.

Si prosigue pues esa europeización, originariamente económica, de la península ibérica, no será por la decisión arbitraria de unos grupos de intelectuales ateneístas, sino el efecto de complicadas interacciones entre la infraestructura económica del país y los poderes decisorios del mismo, pero tendrá lugar dentro de las limitaciones que esas circunstancias imponen, dentro de la historia, en una palabra, no fuera de ella. De ahí el escásimo reflejo que las reflexiones de los europeístas del Ateneo tienen sobre la marcha de los acontecimientos.

Hay otro aspecto de la cuestión. Por debajo las relaciones de producción que el capital europeo estableció en algunas zonas de España, las antiguas costumbres, los viejos modos de producción y los anteriores usos sociales no dejaron de tener vigencia súbitamente. Así, en ciertas regiones de Andalucía prevalece una civilización que tiene muy poco de europea y mucho de africana (o árabe, si se quiere); Córdoba, por ejemplo, ha vivido ocho siglos bajo la civilización árabe y sólo cinco bajo la cristiana; el «saber» de los andaluces, adquirido por una suerte de asociaciones de ideas y no por un pensar lógico-racional, no tiene nada que ver con la cultura europea; el arte mudéjar tampoco; el paisaje árido de Almería recuerda la costa norteafricana y un campesino andaluz, corto de talla, tez morena, rasgos apegaminados y verborrea mediterránea, está más cerca de un bereber —como tipo humano— que de un «matelot» de Marsella. Un docker inglés, en pleno campo andaluz, probablemente tendría la sensación de ser un «gentleman».

A menos que se asuma la civilización judeo-árabe, el canto flamenco, la Giralda de Sevilla y el Mediterráneo en la historia europea, hay pocas probabilidades de europeizar culturalmente esa parte de España y otras parecidas. Sobre todo es difícil en estos momentos en que la idea «Europa» hace crisis, como los viejos veleros que hacen agua y resultan inútiles para la navegación. En definitiva, ese redescubrimiento de «Europa» por los neoliberales y falangistas disidentes, como tabla de salvación para España, es una idea que les caracteriza. A la vez, muestra el dramático desfase en que esas personas se encuentran con respecto a la situación real del país.

Unos y otros, en definitiva, expresan la desconfianza y el temor con que las antiguas clases aristocráticas y burguesas contemplan el futuro de España y del mundo.

Juan CASTELLA GASSOL

# El capitalismo contemporáneo

Por ERNEST MANDEL

*Las Ediciones René Juilliard, de París, acaban de publicar una obra que está llamada a tener una gran resonancia. Se trata de un «Traité d'Economie Marxiste» escrito por Ernest Mandel, joven economista y militante marxista revolucionario.*

*Ernest Mandel es uno de los elementos más destacados de la izquierda socialista belga y dirige desde hace varios años «La Gauche», semanario que defiende las posiciones de dicha tendencia y que consagra una atención preferente a los problemas del movimiento obrero español.*

*El compañero Mandel nos ha autorizado a reproducir en las páginas de nuestra revista un capítulo de su obra. Hemos escogido uno de los consagrados a estudiar las tendencias del capitalismo contemporáneo.*

## ¿UN CAPITALISMO SIN CRISIS?

**D**ESDE la segunda guerra mundial, el capitalismo ha conocido cuatro depresiones caracterizadas: la de 1948-49, la de 1953-54, y las de 1957-58 y 1960-61. No ha sufrido ninguna crisis grave, y mucho menos de la amplitud de las de 1929 ó 1933. ¿Se trata de un fenómeno nuevo en la historia del capitalismo? Nosotros no creemos que sea posible ponerlo en duda, como por cierto lo hacen algunos teóricos marxistas que explican esos hechos con ayuda de fórmulas que les sirven para todo (ejemplo: «el ciclo económico mundial ha sido fraccionado como consecuencia de la guerra mundial, que le ha impedido (?) hacerse más grave y profundo», afirma J.-L. Schmid. Este autor olvida que numerosos ciclos pasados se caracterizaron por importantes diferencias de un país a otro).

Los orígenes del fenómeno van unidos precisamente al conjunto de las características de la fase de decadencia del capitalismo, que ya hemos enumerado en otro lugar. La economía capitalista de esta fase tiende a asegurar, al mismo tiempo, al consumo y a las inversiones, **una estabilidad más grande** que la habida en la época de la libre competencia o durante el primer estadio del capitalismo de los monopolios; y tiende también hacia una reducción de las fluctuaciones cíclicas, resultante, primordialmente, de la creciente intervención del Estado en la vida económica.

Cada vez es más grande el número de los sectores de la economía sobre los que ejercen los monopolios un control total, y cada vez más la inversión en esos sectores tendrá tendencia a repartirse en el tiempo, independientemente del momento del ciclo económico. Los superbeneficios del

## EL CAPITALISMO CONTEMPORANEO

monopolio, «la inversión de los precios», la garantía del beneficio, todo ello significa, en último análisis, que la acumulación del capital de los monopolios se emancipa en cierto modo del ciclo, que se anticipa a las crisis porque las descuenta previamente en el cálculo de sus precios de venta. Cada día más, las grandes sociedades monopolísticas aplican así una política de inversiones a largo plazo, una «programación» —si acaso no es una «planificación»— de las inversiones (comprendiendo en ellas el mantenimiento de un margen excedentario de capacidad destinado a hacer frente a los bruscos asaltos del «boom»).

Podría, pues, suponerse que la reducción de la amplitud de las fluctuaciones cíclicas resulta en parte del funcionamiento mismo de la economía capitalista en nuestra época.

Por otra parte, cuanto más grande es el número de sectores monopolizados, mayor es igualmente el número de sectores en los cuales los capitalistas (que disponen de un enorme aparato de capital fijo que debe corrientemente ser amortizado) tienen interés en conservar relaciones sociales «estables». Los superbeneficios les permiten asegurar la estabilidad de las rentas de su mano de obra, e incluso su lento aumento periódico. La estabilidad del régimen exige la generalización de sistemas de seguros sociales, subsidios de paro, etc. Todos esos sistemas significan, en definitiva que, en período de crisis, el poder de compra total de los asalariados no es amputado de una fracción igual a la que representan los obreros parados en relación con el total de la mano de obra, sino de una fracción mucho más reducida. Como consecuencia del juego de esas fuerzas inmanentes al sistema, la demanda disminuye menos fuertemente en período de crisis que antaño.

Por el contrario, el sistema contiene un importante **nuevo factor de inestabilidad** que puede neutralizar los «estabilizadores» de que hemos hablado: la amplitud alcanzada por la producción de los **bienes de consumo duraderos**. Esto se explica por el alza de las ventas reales, y sobre todo por su estabilidad más grande, permitida por el auge de las ventas a plazos, sin las cuales la adquisición de bienes de consumo duradero es imposible para los obreros. Pero, contrariamente a lo que caracteriza a los bienes de consumo no duraderos, la demanda de esos bienes duraderos es muy elástica, y conoce al principio de la crisis una caída más radical incluso que la sufrida por la demanda de bienes de producción, como se desprende de las siguientes cifras:

De diciembre de 1956-enero de 1957 a abril de 1958, la producción industrial norteamericana disminuyó en veintidós puntos, la producción de bienes duraderos en treinta y seis puntos y la producción de bienes de consumo duraderos en cuarenta y cuatro puntos (entre ellas, la de automóviles, descendió en setenta y cinco puntos). En porcentaje, esas bajas son respectivamente de 14,2, 21,5 y 31,2; y de 44,4 (automóviles). En comparación con el máximo precedente de septiembre-octubre de 1955, la caída es respectivamente de 14,2 %, 18,6 %, 37 % y 51,8 %.

Por otra parte, las fuerzas inmanentes que juegan en el sentido de una reducción relativa de la amplitud de las fluctuaciones sólo actúan temporalmente. Los sectores monopolizados estabilizan sus inversiones —pero los sectores abiertos a la competencia conocen fluctuaciones proporcionalmente más fuertes. Si apenas se manifiesta la reducción de las inversiones en los períodos de crisis, o solamente de manera moderada, en los sectores monopolizados, los capitalistas se muestran incapaces de invertir el conjunto de sus beneficios «inflados». Más aún: si los salarios tienen tendencia a no

bajar fuertemente en período de crisis como consecuencia de la presión sindical, tampoco tienen tendencia a aumentar considerablemente en período de «boom». Todo el sistema evoluciona no tanto hacia un crecimiento ininterrumpido como hacia un estancamiento a largo plazo.

Aquí es donde interviene un factor suplementario: la redistribución de una parte de los recursos sociales por mediación del Estado. Ciertamente, su acción se deja sentir tanto en el dominio del consumo (subsidios, seguros sociales, subsidios familiares, sueldos de funcionarios públicos, etc.) como en el de la inversión (escuelas, carreteras, hospitales, armamentos, etc.). Pero hemos demostrado ya que esta acción en favor del consumo es más modesta de lo que generalmente se cree, puesto que una gran parte de los recursos redistribuidos de ese modo provienen de las mismas clases —naturalmente, no de las mismas familias ni de los mismos individuos, por supuesto— que se benefician de esos «transfers».

Así, pues, es en el dominio de la inversión donde el papel del Estado se hace cada vez más importante. Desde el punto de vista del ciclo de la producción capitalista, su papel se resume así: suple la carencia crónica de la inversión capitalista y contrarresta de ese modo un poco la tendencia secular al estancamiento. Puede esforzarse, además, en contrarrestar toda brusca caída de las inversiones privadas mediante un aumento correspondiente de las inversiones públicas (1).

**PORCENTAJE DE CAMBIOS EN EL CURSO DE LOS NUEVE PRIMEROS MESES DE CRISIS EN LOS ESTADOS UNIDOS**

	1929-32	1937-38	1948-49	1953-54	1957-58
Empleo (excepto agricultura)	6,5	7,1	3,5	2,9	4,2
Producto nacional bruto	5,5	7,8	2,6	2,7	4,1
Producción industrial	15,9	30,4	7,4	9,8	13,1
Volumen venta detall	6,1	11,4	1,4	0,3	5,1
Encargos bienes duraderos	26,5	39,5	21,6	14,3	20,1

(1) Es preciso llamar la atención acerca del hecho de que la permanencia de una economía armamentista ha estimulado indiscutiblemente una «explosión de innovaciones tecnológicas» después de la segunda guerra mundial, puesto que muchas innovaciones militares han encontrado aplicación en el dominio civil. El «boom» de los años 50 se explica así.

El efecto práctico de ese papel creciente del Estado es precisamente la atenuación de la amplitud de las fluctuaciones cíclicas. Se comprenderá fácilmente esto refiriéndose a los efectos acumulativos que caracterizan la progresión de la crisis y de la depresión clásicas. Al principio de éstas, el despido provoca la caída de los gastos en bienes de consumo; a causa de ello, los encargos (inversiones) se reducen sucesivamente en los dos sectores, lo que provoca nuevos despidos, etc. Si, por el contrario, desde los primeros despidos y las primeras reducciones de las inversiones privadas, los poderes públicos aumentan sus gastos, esta progresión de la crisis queda detenida. Y se detiene en un cierto nivel hasta que las fuerzas intrínsecas del sistema provocan la reanudación de la actividad.

Observaremos esto inmediatamente si comparamos la primera fase de las depresiones de la postguerra con las de las dos grandes crisis de la anteguerra. Aparece así que la amplitud de la caída inicial no disminuyó fuertemente al principio de la depresión de 1957 si se la compara con la de la crisis de 1929; precisamente lo que distingue esas depresiones de las crisis de antes de la guerra es que se detienen a ese nivel.

## EL CAPITALISMO CONTEMPORANEO

Sin embargo, el Estado no puede crear cualquier clase de masa de poder adquisitivo suplementario; ahora bien, cuanto más fuerte es la depresión, mayor tiene que ser el poder de compra de «reemplazo» y más fuertes resultan las tendencias inflacionistas. El dilema ante el que se halla colocado el Estado en la era del capitalismo en decadencia es el siguiente: **tiene que elegir entre crisis o inflación.** La primera no puede ser evitada sin que la segunda se acentúe.

A primera vista, la inflación «moderada» provocada en los países capitalistas de Occidente por el aumento de los gastos públicos improductivos no parece amenazar el porvenir de la economía capitalista. Por ello, numerosos especialistas invitan vivamente al Estado a abandonar ese «pseudo-peligro» y a hacer generosamente **deficit spendings** en proporciones crecientes.

Pero se trata de una concepción de corto alcance. La tendencia a la inflación más o menos permanente provoca numerosas dificultades en el funcionamiento normal de la economía capitalista. Favorece la especulación y aumenta la inseguridad, la cual perjudica las actividades de inversión «normales». Desarregla o bloquea los mecanismos que en el ciclo clásico de la época de la libre competencia conducen normalmente a la reactivación. Ya no hay caídas de precios, ni siquiera en período de depresión. Las compras de los consumidores no juegan ya un papel motor en la reanudación. La baja del tipo de interés no hace aumentar sensiblemente las inversiones, etc. Así, ya en el curso de la depresión 1957-58, los gobiernos de Estados Unidos y de Inglaterra vacilaron en aplicar los remedios conocidos para reabsorber rápidamente la crisis por temor a reanimar el alza de precios antes incluso de la reanudación, lo que se produjo prontamente a pesar del modesto nivel de las sumas suplementarias gastadas.

Esto no significa que el Estado capitalista pueda permitirse el lujo de asistir pasivamente a una crisis importante. En la coyuntura política y social de hoy día, ello parece excluido. Semejante crisis provocaría a breve plazo el desmoronamiento del capitalismo en numerosos países, que se verían enfrentados con el ejemplo de sociedades de economía planificada que ignoran el paro y disfrutan de un nivel de vida que se eleva regularmente. El capitalismo optará, pues, por las técnicas «anticíclicas»; pero no lo hará de manera vacilante, con numerosas reticencias. En definitiva, no evitará que la inflación se acentúe. La capacidad de resistencia monetaria —que es, por definición, limitada en el tiempo— parece así ser el obstáculo insuperable con el que tropieza, a la larga, la intervención moderadora del Estado en el ciclo económico. La contradicción existente entre el dólar, instrumento anticíclico en los Estados Unidos, y el dólar moneda de cuenta en el mercado mundial, se ha hecho insuperable, y se traduce por un déficit tendencial de la balanza de pagos de los Estados Unidos.

Pero la sustitución de los **gastos públicos productivos** por los gastos improductivos, ¿acaso no tiende a evitar, al mismo tiempo, la crisis y la inflación? Los gastos improductivos pueden ser de dos clases: gastos de consumo productivo o gastos de inversión productivos.

Los primeros están en contradicción con la propia lógica del capitalismo. Privar a las clases no asalariadas de cantidades del orden de los 20-30.000 millones de dólares al año para redistribuirlas a los asalariados (sus familias o los asalariados sin trabajo), únicamente lo aceptaría la burguesía en circunstancias en que hubiera ya perdido de hecho el poder político; se podrían entonces aplicar remedios mucho más radicales. Por otra parte, los efectos a largo plazo de tales medidas serían catastróficos para el capitalismo: tenderían a aumentar considerablemente el salario míni-

mo vital, los «elementos históricamente considerados como necesarios» en ese salario, y ello no como consecuencia de un aumento de la productividad del trabajo, sino por una verdadera redistribución de la renta social, es decir, por una **baja considerable del tipo de beneficio**. No hay ningún precedente histórico que permita suponer que la burguesía esté dispuesta a aceptar semejante transformación de su régimen.

Lo mismo sucede con las inversiones productivas del Estado. Estas llegarían, de hecho, a suscitar una competencia en el sector privado en el momento mismo en que éste se queja ya de superproducción y de capacidad excedentaria. Cierto es que las inversiones productivas podrían ser vertidas en los sectores «nuevos» que exigen fondos considerables y no garantizan todavía un rendimiento normal (ejemplo: la industria nuclear). Tales inversiones no harían, sin embargo, más que preparar mejores condiciones de rentabilidad y crearían a breve plazo una presión capitalista para que el sector privado se beneficiara de esas condiciones ventajosas. Además, queda excluida la posibilidad de que puedan invertirse sumas de la importancia de varias decenas de miles de millones de dólares por año en esos sectores nuevos.

Queda el problema de las inversiones improductivas de un género particular, lo que lleva consigo **economías indirectas** para el capitalismo: hospitales y servicios sanitarios mejorados (que reducen los gastos por enfermedades del personal); carreteras perfeccionadas (que reducen los gastos de transporte); sistema de enseñanza mejorado (que reduce el período de aprendizaje de los obreros y empleados), etc.

Tales gastos, incluso si son en lo inmediato «inflacionistas», reducirían a largo plazo la inflación secular aumentando la productividad del trabajo obtenida con un stock de capital (y un stock monetario) determinado. Sin embargo, es igualmente poco probable que los capitalistas admitan el aumento considerable de esos gastos. Incluso un autor como Strachey, que parece sin embargo fundar su teoría en ese factor, debe reconocer que una fiera resistencia se manifiesta al respecto en los medios capitalistas; esta resistencia no decae más que cuando se trata de gastos de armamentos.

Finalmente, no debe olvidarse que un capitalismo que no conoce «más que» depresiones, no deja por ello de ser un capitalismo sin crisis; se trata, simplemente, de un capitalismo con crisis menos catastróficas que las del período 1929-39. Muchas otras razones que determinan la inevitabilidad de las fluctuaciones cíclicas continúan siendo válidas. **En cantidades absolutas**, las pérdidas y derroches provocados por esas depresiones son considerables y continúan siendo un testimonio constante contra el régimen y una exhortación permanente a su sustitución por un sistema económico y social más racional.

Así, sólo en el curso de la depresión norteamericana de 1957-58, el número de obreros en paro total pasó de los cinco millones y el de parados parciales de dos millones y medio. La producción de los Estados Unidos sufrió en el curso de estos dos años una pérdida de cerca de cien millones de toneladas de acero (exactamente treinta y tres millones en 1957 y sesenta y un millones en 1958), y de cerca de cinco millones de automóviles, pérdidas que se aproximan a las de la crisis de 1929-33. La idea de que los trabajadores aceptarían a la larga permanecer condenados o amenazados cada cuatro años por el paro, y que considerarían este régimen como normal, suprimiendo toda necesidad de transformación de estructura, apenas es realista. Por lo demás, ninguna prueba ha sido todavía aportada de que el capitalismo haya «superado las crisis».

### LAS LEYES DE DESARROLLO DEL CAPITALISMO EN LA EPOCA DE SU DECADENCIA

**H**A llegado el momento de tratar de realizar una síntesis de las diferentes tendencias del capitalismo contemporáneo. ¿En qué medida esas tendencias son conformes con las leyes generales de desarrollo del sistema capitalista tal como Marx las formuló en el siglo XIX? ¿En qué medida se apartan de esas leyes? ¿Han surgido tendencias nuevas y contradictorias?

El capitalismo de los monopolios y la cartelización general de la economía conducen a la coexistencia de un grupo de tipos de beneficio diferentes (que se escalonan desde el tipo más elevado, que es el de los sectores monopolizados, hasta los tipos de los sectores donde juega una «competencia» más o menos «normal»: comercio al detall, etc.). La potencia de los grandes monopolios impide en general el aflujo de capitales nuevos a los sectores que se benefician de los tipos de beneficios más elevados, salvo en circunstancias completamente excepcionales (guerras, reconstrucciones, conquistas militares, etc.). De ello se derivan los fenómenos de autofinanciación y de «supercapitalización» de los sectores monopolizados; y también el reparto en el tiempo de los proyectos de inversiones, el papel creciente del Estado en tanto que «salida de apoyo» para los capitales excedentarios y una cierta atenuación de las fluctuaciones cíclicas.

Pero esas mismas tendencias desencadenan igualmente fuerzas de sentido contrario, en cierto modo «compensadoras». Cuanto más grande es el número de sectores industriales en los cuales la penetración y la acumulación primitiva se revelan imposibles, tanto más se extienden los sectores al margen de la industria, hacia los cuales afluyen los capitales pequeños y medios. Esto constituye una explicación suplementaria del auge adquirido en nuestra época por el sector llamado de los «servicios». Como la composición orgánica del capital, en ese sector, es fuertemente inferior a lo que es en la industria, se realiza así una cierta elevación del tipo medio de beneficio.

Por otra parte, si bien los monopolios se esfuerzan en retrasar lo más posible ciertas innovaciones técnicas que amenazan las inversiones fijas existentes, esas innovaciones corren sin embargo el riesgo de realizarse cada vez más, primeramente en la periferia de la gran industria, siendo después introducidas en bloque, y masivamente, en períodos bastante espaciados, por los propios monopolios. Durante esos períodos, la «vida» útil del capital fijo se abrevia. Ello explica en parte la reducción del ciclo que aparece a partir de ese momento por ejemplo en vísperas de la primera guerra mundial; en los años siguientes al fin de la segunda.

Los monopolios no sólo están obligados a actuar así por miedo a una competencia por parte de las «industrias nuevas». Esas bruscas «llamaradas» que constituyen las revoluciones tecnológicas (2), que interrumpen periódicamente la tendencia al estancamiento secular, son igualmente una respuesta al reforzamiento del movimiento sindical y a la elevación tendencial de los salarios reales, que parecen ellas mismas favorecer temporalmente.

(2) Esas «llamaradas» constituyen hoy, cada vez más, un subproducto de la economía de rearme y de guerra. En ese dominio, la investigación tecnológica se prosigue sin interrupción, y desemboca —con un retraso más o menos significativo— en la utilización pacífica de esos descubrimientos e innovaciones.

La reducción de las fluctuaciones cíclicas, la reducción de la amplitud del paro obrero, corren en efecto el riesgo de deprimir a la larga el tipo de plusvalía, o al menos de retardar su aumento. La reacción principal del capital a la baja tendencial del tipo de beneficio se vería así obstaculizada. Impulsiones tecnológicas como la producción en cadena o la «automación» (a cuarenta años de intervalo en los Estados Unidos) permiten a la vez volver a «guarnecer» el ejército de reserva industrial y aumentar rápidamente la productividad del trabajo. A partir de ese momento dependen del tipo de plusvalía.

El desarrollo de industrias nuevas, la «ayuda a los países subdesarrollados», la extensión de los gastos del Estado a la vez en el plano militar y no militar, el crecimiento de los «gastos de distribución» y del sector terciario, juegan todos ellos el mismo papel de válvula de seguridad del capitalismo en decadencia. Ofreciendo nuevos campos de inversiones a los capitales, contrarrestan temporalmente la tendencia secular al estancamiento y a la plétora de capitales sin posibilidad de colocación remuneradora. La industrialización de los países subdesarrollados, la extensión rápida de las revoluciones tecnológicas a todos los sectores (comprendidos los de la distribución), la inflación creciente, actúan en sentido contrario.

En el plano puramente económico, esta evolución no debe conducir a un desmoronamiento automático del capital, incluso aun cuando la mitad de los capitales durmieran en los Bancos o sirvieran para financiar trabajos públicos «absurdos», desde el punto de vista de los capitalistas. Pero, social y políticamente, el período de decadencia del capitalismo educa a la clase obrera para que se interese por la gestión de empresas y por la dirección de la economía en su conjunto, en el mismo sentido que el capitalismo de la «libre competencia», y la educa también para que se interese por la repartición de la renta social entre beneficios y salarios. La consecuencia de todo ello es una elevación y una agudización potencial de la lucha de clases, a la cual la burguesía puede oponer dos reacciones: el Welfare state y el Fascismo.

## LA BANCARROTA DEL CAPITALISMO

SEGUN Vauvenargues, «la hipocresía es un homenaje que el vicio rinde a la virtud». Por analogía, puede decirse que la práctica creciente del intervencionismo de Estado aparece como un homenaje involuntario que el capital rinde al socialismo.

Ciertamente, la intervención creciente del Estado en la economía, el aumento mismo del sector «público», e incluso la nacionalización de los sectores económicos deficitarios, no son el «socialismo». Una economía no puede ser un «poquito socialista», del mismo modo que una mujer no puede estar un «poquito encinta». La intervención estatal, el dirigismo, se practican en el marco del capitalismo para consolidar el beneficio, al menos el de las capas decisivas de los monopolios. Si zapan al mismo tiempo, y a largo plazo, los fundamentos del régimen, ello es simplemente una manifestación más de las contradicciones que lo desgarran interiormente.

En su fase de decadencia, el capitalismo exagera una serie de contradicciones propias al sistema. Exacerba la contradicción entre la socialización de la producción y la apropiación privada. Esta socialización toma una forma particularmente manifiesta en la tentativa de resumir todas las actividades económicas de la nación en presupuestos económicos, en una contabilidad nacional. Para reconocer también oficialmente la socialización de hecho de



la vida económica, y **suprimir** la propiedad y la gestión privadas de la economía que impiden la organización racional, son dos cosas muy diferentes.

En esta fase, el capitalismo exagera la contradicción entre el carácter organizado, planificado, del proceso de producción en el interior de la empresa, del trust, o incluso de la rama industrial, y la anarquía de la economía capitalista en su conjunto. La idea de la planificación es aceptada y aplicada por la burguesía; puede decirse incluso que es de origen burgués. Pero la burguesía únicamente la acepta y la adopta en la medida en que ella no pone en peligro el motivo del beneficio, o no engloba el conjunto de la vida económica, sustituyendo la producción para satisfacer las necesidades a la producción para el beneficio. Exagera también la contradicción entre la unificación internacional progresiva de la economía y el mantenimiento de móviles de beneficio capitalista que presiden la acción internacional del capital. El problema del subdesarrollo se halla ante la conciencia mundial. Se admite la subcapitalización como causa de ese fenómeno. La supercapitalización de las grandes naciones capitalistas es tan pronunciada que son necesarios enormes gastos improductivos para salvarlas del estancamiento secular. Y, sin embargo, ningún esfuerzo eficaz se emprende, ni puede ser emprendido, para **ayudar de manera desinteresada a la industrialización** de los países subdesarrollados.

El capitalismo exagera también la contradicción entre la tendencia al desarrollo de las fuerzas productivas y los obstáculos que dificultan este desarrollo a causa de la existencia misma del capital. ¿Quiere escapar a esta contradicción estimulando la salida de sus productos? Entonces, la rentabilidad misma de la operación es puesta en discusión. ¿Quiere escapar a esta contradicción acentuando las inversiones improductivas? Entonces, la lenta desvalorización de la moneda acaba por precipitar el mismo estancamiento secular al que el sistema había querido escapar.

Jamás el contraste entre las riquezas inmensas potencialmente a disposición de todos los hombres y la miseria, el derroche o el subempleo de los recursos humanos y técnicos, ha sido tan evidente como hoy. Si los hombres no aprenden a reorganizar su sociedad según los mismos métodos científicos que les han permitido obtener brillantes victorias sobre la naturaleza, las fuerzas productivas corren el riesgo de transformarse una última vez, y definitivamente, en fuerzas de destrucción colectiva: las de la guerra nuclear.

Ernest MANDEL

# El marxismo y la cuestión nacional

Por ANDRES NIN

*El presente estudio es un capítulo de «Els moviments d'emancipació nacional», obra de Andrés Nin publicada en 1935 por las «Edicions Proa» de Badalona y desaparecida, como tantas otras, durante los primeros años de la represión franquista.*

*Andrés Nin fué uno de los mejores escritores marxistas de España. Publicó diversas obras de valor, tanto en castellano como en catalán. Entre sus creaciones en lengua catalana se destaca especialmente «Els moviments d'emancipació nacional», libro que alcanzó un gran éxito cuando se publicó y que será reeditado sin duda alguna el día que el proletariado de Cataluña se libere de la dictadura franquista.*

*El problema de las nacionalidades sigue siendo de una gran actualidad en nuestro país. Por eso nos ha parecido interesante publicar en las páginas de nuestra revista, por vez primera en castellano, este capítulo del libro de Andrés Nin, en el que se resumen magistralmente los fundamentos de la concepción marxista de la cuestión nacional.*

*Andrés Nin, una de las figuras más nobles y puras del movimiento obrero español, jugó un papel capital en la Revolución Rusa. Figuró durante varios años entre los principales colaboradores de Lenin y Trotsky. Fué secretario de la Internacional Sindical Roja y miembro del Soviet de Moscú. En junio de 1937, hace veinticinco años exactamente, fué asesinado en Alcalá de Henares por la policía de Stalin. Era por aquel entonces el secretario político del P.O.U.M.*

*Al publicar este estudio, rendimos homenaje a la memoria de Andrés Nin, revolucionario intransigente que consagró su vida y su obra a la causa de los trabajadores.*

**E**L problema de la emancipación de las nacionalidades oprimidas, particularmente agravado después de la guerra imperialista de 1914-1918 (que destruyó el monstruoso imperio plurinacional austro-húngaro a cambio de la balcanización de Europa, llena de peligros y amenazas para la paz del mundo), ofrece un interés indiscutible para el movimiento obrero, el cual no puede desentenderse de ninguno de los aspectos de la lucha

## EL MARXISMO Y LA CUESTION NACIONAL

emancipadora de los hombres y de los pueblos, y, muy especialmente, para el de aquellos países que, como el nuestro, lo tiene planteado de una manera tan viva.

La revolución social no se desarrolla en línea recta, no es el *Grand Soir* con que soñaban los revolucionarios ingenuos del siglo pasado, el hundimiento espectacular del régimen capitalista, como consecuencia de un acto de fuerza breve y decidido, y la sustitución casi automática del viejo orden de cosas por una sociedad más justa y más humana, surgida de un abrir y cerrar de ojos, con todos los atributos de un mecanismo perfecto y regular.

Por sorprendente que pueda parecer, y pese a la experiencia decisiva de los últimos años, esta concepción ingenua y falsa sobrevive todavía en nuestros días en la conciencia de numerosos militantes del movimiento obrero, y ella les impide rechazar todas aquellas acciones que no comporten, de una manera inmediata, esa «revolución» maravillosa que ha de realizar la transformación catastrófica y radical de la sociedad en veinticuatro horas. Casi no hay que decir que los revolucionarios de esta categoría consideran con un menosprecio altivo, o con una absoluta indiferencia, problemas como el de la liberación de las nacionalidades oprimidas.

Y, sin embargo, los movimientos nacionales juegan un papel de enorme importancia en el desarrollo de la revolución democrático-burguesa, arrastran a masas populares inmensas a la lucha y constituyen un factor revolucionario poderosísimo que el proletariado no puede dejar de tener en cuenta, sobre todo en un país como el nuestro, donde la citada revolución, pese a la caída de la monarquía, no se ha realizado todavía. Volverse de espaldas a estos movimientos, adoptar frente a ellos una actitud de indiferencia es hacer el juego al nacionalismo opresor y reaccionario, aunque se quiera cubrir esta actitud con la capa del internacionalismo.

En una carta del 29 de junio de 1886, Marx, refiriéndose a Paul Lafargue, que en una reunión del Consejo General de la Primera Internacional había negado las nacionalidades, decía a Engels que Lafargue, sin darse cuenta, entendía por «negación de las nacionalidades» su absorción por la nación francesa. ¡Cuántos pseudo-internacionalistas de nuestro país adoptan una actitud hostil ante el problema catalán en nombre de un internacionalismo que, en la práctica, significa la hegemonía de la nación castellana sobre las otras!

La posición del proletariado en esta cuestión ha de ser clara, concreta e inequívoca: inspirarse en el propósito inmediato de estrechar los lazos de solidaridad entre los obreros de las diversas naciones que forman el Estado actual e impulsar el movimiento en el sentido de la revolución social, fin supremo al cual ha de subordinarse todo.

### LA BURGUESIA Y LA NACION

**L**OS movimientos de emancipación nacional son un fenómeno propio de la sociedad capitalista, por el hecho de que el fundamento económico de la nación es el desarrollo del intercambio sobre la base de la economía capitalista.

Las formas de la sociedad primitiva (tribu, clan, etc.) corresponden a diversos grados de desarrollo de la humanidad. Las unidades políticas y sociales de la Antigüedad y de la Edad Media sólo eran naciones en germen. La nación, en el verdadero sentido de la palabra, es un producto directo de la sociedad capitalista, ya que surge y se desarrolla allí donde surge y se desarrolla el capitalismo. La nación se caracteriza por la existencia de relaciones económicas capitalistas determinadas, la comunidad de terri-

torio, de idioma y de cultura. Cada uno de estos factores, considerado aisladamente, no basta para definir la nación: es preciso la existencia de los cuatro. Inglaterra y los Estados Unidos tienen el mismo idioma, pero constituyen dos naciones diferentes. Castilla, Cataluña y Vasconia tienen un territorio política y económicamente común, pero son naciones distintas.

Los progresos del modo de producción capitalista, que determinan el movimiento democrático en general, también originan el antagonismo entre las naciones que forman parte del Estado y, por tanto, los movimientos de emancipación nacional. Y si la historia, según la interpretación marxista, es la historia de la lucha de clases, la historia de las naciones es una lucha de clases.

La burguesía tiende a constituirse en Estado nacional porque éste es la forma que mejor corresponde a sus intereses y que garantiza un mayor desarrollo de las relaciones capitalistas. Los movimientos de emancipación nacional expresan esta tendencia, y, en los Estados plurinacionales donde ejercen el poder los grandes terratenientes, adquieren una amplitud y una virulencia extraordinarias. En este sentido puede decirse que no representan más que un aspecto de la lucha general contra las supervivencias feudales y por la democracia. En efecto, la historia nos demuestra que la lucha nacional ha coincidido siempre con la lucha contra el feudalismo. Y esta es, principalmente, la circunstancia que la convierte en un factor progresivo. ¿No vemos, por ejemplo, en los momentos actuales, que todo lo más reaccionario de la política española forma un bloque compacto contra las aspiraciones liberadoras de Cataluña?

Cuando la creación de los grandes Estados ha correspondido al desenvolvimiento capitalista y lo ha favorecido, constituye un hecho progresivo. La formación del Estado alemán, la unidad italiana, para no citar más que dos casos típicos, nos ofrecen ejemplos elocuentes. Cuando la formación de los grandes Estados precede el desarrollo capitalista, es decir, cuando se constituyen antes que las relaciones feudales hayan sido superadas por las relaciones burguesas, la unidad que resulta es una unidad regresiva, despótica, de tipo asiático, que dificulta el desarrollo de las fuerzas productivas en lugar de favorecerlo. Los ejemplos más característicos de este tipo de unidad se encuentran en los ex imperios ruso y austrohúngaro y en España. Por este motivo, la lucha por la emancipación nacional ha adquirido en estos países un carácter tan agudo y una importancia tan enorme como factor revolucionario.

#### UN PROBLEMA DE LA REVOLUCION DEMOCRATICO-BURGUESA

**E**N el transcurso de las revoluciones burguesas del siglo XIX, los países más importantes de Europa resolvieron el problema nacional; éste subsistió, en cambio, en los Estados plurinacionales que todavía no habían realizado su revolución democrático-burguesa.

En los movimientos de emancipación nacional, las diversas clases sociales actúan con las mismas características que las distinguen en la lucha general por las reivindicaciones democráticas, de las cuales aquellos no son más que un aspecto.

Los intereses de la economía capitalista empujan a la burguesía a luchar contra las reminiscencias feudales, que representan un obstáculo a su avance triunfal. Ahora bien, esta lucha se desarrolla en condiciones históricas muy distintas de las que caracterizaron las épocas de las revoluciones burguesas anteriores. Entonces, la burguesía era todavía una fuerza progresiva, cuya

consolidación coincidía con los intereses generales de la humanidad. Hoy, es una fuerza regresiva y su persistencia constituye un peligro para dichos intereses, con los cuales se encuentra en abierta contradicción. Entonces, la burguesía cumplía su misión histórica con la ayuda directa de las masas obreras y campesinas, sin cuya ayuda no hubiera podido triunfar. Hoy, el proletariado es, numéricamente, mucho más fuerte, posee una conciencia de clase mucho más elevada, y aun cuando tiene un interés vital en resolver los problemas fundamentales de la revolución democrático-burguesa, sólo considera esta revolución como una etapa a fin de seguir avanzando en el sentido de las realizaciones de carácter socialista y no está decidido a lanzarse al combate en provecho de la dominación burguesa.

En cuanto a los campesinos, los términos del problema también han variado fundamentalmente. Como se sabe, la cuestión de la tierra puede ser considerada como la piedra angular de la revolución burguesa. Los campesinos representan una gran parte de la población, una inmensa masa consumidora de productos industriales; pero solamente liberándolos de la sumisión feudal y dándoles la tierra es posible aumentar su capacidad adquisitiva.

En el período anterior, la burguesía capitalista podía atacar, sin consecuencias para su propia dominación, el derecho de propiedad de los grandes terratenientes, cuyo poderío tenía interés en destruir. Hoy, el miedo de que este ataque estimule la ofensiva proletaria contra el derecho de propiedad en general hace que se vuelva recelosa, y su actitud ante el problema agrario resulta conservadora y regresiva.

En las circunstancias actuales, la burguesía no puede resolver los problemas fundamentales de su propia revolución y, por lo tanto, el de la emancipación de las nacionalidades oprimidas; y en los momentos decisivos, cuando entran en acción grandes masas populares, aterrorizada ante las posibles consecuencias del movimiento, amenazadoras para su dominación, retrocede y pacta con los elementos semif feudales (1).

La defección de la gran burguesía provoca casi siempre una reacción popular que determina el desplazamiento de la dirección del movimiento de emancipación nacional hacia los partidos pequeño-burgueses.

La fraseología pomposa propia de estos partidos, su actitud exteriormente revolucionaria, su intransigencia verbal y su demagogia desenfadada les conquistan la simpatía y la confianza populares.

Pero los fallos fundamentales de esta clase no tardan en manifestarse. Vacilante e indecisa, como reflejo de la situación intermedia que ocupa en

---

(1) Este esquema se refiere, naturalmente, a los países que no han logrado todavía liquidar las supervivencias feudales, como, por ejemplo, España. No entra en nuestro propósito estudiar aquí el problema de la emancipación nacional en las formas complejas propias de la época del imperialismo, el cual conduce a la creación de grandes unidades económicas del capital financiero que rebasan los límites nacionales, a la aparición de nuevos Estados, como ha sucedido después de la Gran Guerra, feudatarios de una potencia determinada, es decir, incapaces de crear una economía nacional que no se encuentre bajo la dependencia del capital extranjero, y a la lucha de las colonias por su liberación. Así, el capitalismo, que fué un instrumento de emancipación nacional, se convierte, en su etapa imperialista, en un instrumento de opresión de las naciones; esto se explica por la contradicción existente entre el desarrollo de las fuerzas productivas de la economía mundial y los límites nacionales y estatales del capitalismo.

la economía capitalista, la pequeña burguesía prodiga los excesos declamatorios en perjuicio de las realizaciones concretas, tiembla ante las medidas radicales por miedo, al mismo tiempo, de discontentar a la burguesía y de fomentar el movimiento «anárquico» de las masas, se inclina hacia la política de las concesiones, y cuando, bajo la presión popular, se lanza a la lucha y a la rebelión, lo hace a regañadientes, sin decisión, más bien asustada de las posibles consecuencias de un «desbordamiento» popular que decidida a combatir resueltamente.

En estas condiciones, los movimientos de emancipación nacional corren, bajo la dirección de la pequeña burguesía, la misma suerte que la revolución democrática en general.

### EL PROLETARIADO Y LA CUESTION NACIONAL

**P**OR su naturaleza y por la misión que le reserva la historia, el proletariado es la clase social llamada a realizar lo que no son capaces de llevar a cabo ni la pequeña ni la gran burguesía: la revolución democrático-burguesa. Por consiguiente, solamente el proletariado puede resolver radicalmente la cuestión nacional. Ahora bien, es necesario que adopte una actitud clara y definida. En este sentido, la tradición del marxismo le señala una orientación precisa.

Gracias principalmente a la aportación de Lenin, el proletariado cuenta con una teoría sólidamente fundamentada que puede servir de guía para la acción. Esta teoría ha sido la coronación de un largo proceso de elaboración cuyos inicios hay que buscar en la época turbulenta de los años 40 del siglo pasado, y en la reacción ante los acontecimientos que la caracterizan de los grandes revolucionarios que construyeron los fundamentos del movimiento obrero internacional.

Las ideas de Marx y de Engels sobre los movimientos de emancipación nacional, cuyo papel progresivo subrayaron repetidamente, no constituyen un cuerpo de doctrina estructurado. Marx y Engels consideraban la indiferencia ante estos movimientos como una ayuda al chovinismo opresor, fuente del poder de clase de la burguesía de la nación dominante.

Sin embargo, los fundadores del socialismo científico no consagraron al problema una atención preferente. La época en que vivían tenía otras exigencias. De las ideas dispersas que se encuentran sobre esta cuestión en sus trabajos políticos y en su correspondencia (que, digámoslo de pasada, constituye una fuente inagotable de enseñanzas), se desprenden, de todos modos, las líneas generales de una posición clara y firme. Estas premisas teóricas constituyen la piedra angular en que se basa todo el edificio de la doctrina del marxismo revolucionario sobre este punto.

La idea central de Marx y Engels era la subordinación de todos los problemas a los intereses generales de la revolución. Su actitud ante los movimientos de emancipación nacional no podía eludir esta norma fundamental e infrangible y, consecuentes con esta norma, se pronunciaban decididamente, por ejemplo, contra el movimiento paneslavista, que hacía el juego a la reacción y contribuía activamente a ahogar el impulso revolucionario de las masas populares.

Su posición puede resumirse así: actitud democrática consecuente ante los movimientos de emancipación nacional, ayuda incondicional a todo lo que éstos tengan de progresivo y que sirva los intereses generales del proletariado. Pero, al mismo tiempo, afirmación de la unidad de la clase explotada por encima de los intereses nacionales. Toda desviación del democratismo consecuente en este aspecto era considerada por ellos como

una desviación burguesa y reaccionaria y, del mismo modo, toda desviación de los principios de la unidad proletaria era considerada como una manifestación de la influencia burguesa sobre este último, como una reminiscencia del nacionalismo burgués. Por eso reaccionaban con igual energía tanto contra los que, como Proudhon, en nombre de un internacionalismo abstracto, estimaban que la cuestión nacional era un «prejuicio burgués», como contra los que subordinaban la causa del proletariado a los intereses nacionales.

La actitud de Marx y Engels se encuentra tan lejos del nacionalismo burgués, limitado, patriótico, que tiende a sustituir la lucha de clases por la unidad nacional superior, como del internacionalismo abstracto que, inconscientemente, sirve de tapadera a la política de opresión nacional.

Basándose en las tesis fundamentales de sus maestros y en la rica experiencia de los movimientos de emancipación nacional, Lenin elaboró, en lucha constante contra todas las desviaciones (Otto Bauer, Renner, Rosa Luxembourg, etc.), una doctrina que es una aplicación magistral del método marxista a las situaciones históricas concretas, y que resumiremos sucintamente.

Todos los movimientos nacionales tienen un contenido democrático que el proletariado ha de sostener sin reservas. Una clase que combate firmemente todas las formas de opresión no se puede mostrar indiferente ante la cuestión nacional; no puede, bajo ningún pretexto, desentenderse del problema. El proletariado sólo puede adoptar una actitud: sostener activamente el derecho indiscutible de los pueblos a disponer libremente de sus destinos y a constituirse en Estado independiente si tal es su voluntad. «¡Ningún privilegio para ninguna nación; ningún privilegio para ningún idioma! ¡Ninguna opresión, ninguna injusticia con respecto a la minoría nacional! He ahí el programa de la democracia obrera.»

El reconocimiento del derecho indiscutible a la separación ni comporta, sin embargo, en manera alguna, la propaganda en favor de esta separación en todas las circunstancias, ni tampoco considerarla invariablemente como un hecho progresivo. El reconocimiento de este derecho disminuye los peligros de disgregación y afirma la solidaridad indispensable entre los trabajadores de las diversas naciones que integran el Estado. Al sostener este derecho, el proletariado no se identifica con la burguesía nacional, que quiere subordinar los intereses de clase a los intereses nacionales, ni con las clases privilegiadas de la nación dominante, que quieren convertir a los obreros en cómplices de la política de opresión nacional.

La lucha por el derecho de los pueblos a la independencia no presupone la disgregación de los obreros de las diversas naciones que forman el Estado mediante la existencia de organizaciones independientes. El marxismo revolucionario siempre ha sostenido la necesidad primordial de la unión de los trabajadores de las citadas naciones para la lucha común y ha combatido vigorosamente toda tentativa encaminada a dar una estructura federalista al partido revolucionario del proletariado.

Esta política es la única susceptible de garantizar el derecho absoluto de las naciones a decidir de su suerte, de destruir los chovinismos unitario y nacionalista, de acabar con las rivalidades entre los pueblos, de consolidar la unión del proletariado y de construir los sólidos cimientos en que tendrán que basarse en el futuro las confederaciones de pueblos libres.

Andrés NIN

## De la idea de alienación al análisis del mundo moderno

Por PIERRE NAVILLE

**L**A idea de alienación está de moda en el movimiento socialista desde hace algunos años, sobre todo en Europa. Pero esta idea es tan confusa y tan vaga que hay serios motivos para preguntarse si acaso no ha llegado el momento de criticar su uso, e incluso de reemplazarla por nociones más precisas.

La idea de alienación es empleada sobre todo en los medios filosóficos de inspiración marxista o cristiana y ha adquirido un fuerte tinte metafísico. Por lo demás, no es utilizada por la clase obrera. En realidad la han desarrollado principalmente los intelectuales a la busca de una noción bastante comprensiva y amplia para recubrir todas las actitudes y hechos que conciernen al sentimiento de dependencia, de opresión, de explotación, etc... ligados a la desposesión. Pero la significación de tal noción se ha ampliado de tal modo que ya no sirve para gran cosa como instrumento de análisis o de explicación. En realidad, esa noción ha contribuido, en el curso de estos últimos años, a impedir que se aclaren de un modo científico y racional las nuevas formas de desposesión y de explotación de las masas, dando al término de alienación un vago sentido de angustia, de extrañeza, de abandono, etc. Ha llegado, pues, la hora de proceder a una crítica de dicha noción, al menos en el sentido en que es utilizada por la filosofía de hoy.

En primer lugar, la idea de alienación está ligada al empleo de las lenguas europeas y particularmente latinas. Es una idea que ha sido desarrollada por filósofos, juristas y religiosos europeos. Resulta muy difícil decir lo que ella representa exactamente para los pueblos de Asia y Africa. En China, en la India, en el Islam, las nociones de este género están mezcladas con concepciones bien diferentes sobre la situación del hombre en la naturaleza, sobre las relaciones de los hombres entre ellos, y sobre la significación de la persona y de sus propiedades. En Europa, la idea de alienación tiene un origen jurídico en el mundo romano y moral en el cristianismo. Pero estas dos fuentes son extrañas al mundo asiático y africano. Las tradiciones filosóficas, religiosas, sociales son tan diferentes en estas diversas civilizaciones que no se pueden explicar ciertas actitudes por el empleo universal del término alienación, con el sentido que este término ha tomado en la filosofía occidental. Sería necesario reemplazarlo por un análisis de ciertos mecanismos sociales y psicológicos traducidos en lenguaje científico, que es el único lenguaje verdaderamente universal.

En segundo lugar, la tradición filosófica occidental de la alienación debe ser revisada remontándose a sus fuentes. Para esto hay que comprender en qué condiciones se sirvió Marx de tal expresión, sobre todo durante su juventud, es decir, cómo la sacó de la filosofía de Hegel. Pero hay que



## DE LA IDEA DE ALIENACION AL ANALISIS DEL MUNDO MODERNO

saber también de dónde la sacó el propio Hegel o, mejor dicho, cómo la elaboró. Pues bien, Hegel la sacó de dos fuentes: de la tradición cristiana y de la reflexión de los filósofos franceses del siglo XVIII, especialmente de J. J. Rousseau y de Diderot. Comencemos por analizar la posición de J.J. Rousseau.

En «El Contrato Social», Rousseau escribe: « Hay muchas palabras equívocas que deberían ser explicadas; pero limitémonos a la palabra **alienar**. Alienar es dar o vender. Pues bien, un hombre que se hace esclavo de otro no se da; se vende al menos por su subsistencia; pero ¿por qué se vende un pueblo? Un pueblo no se vende y no puede hacerlo salvo si todos sus miembros se alienan el uno al otro, de suerte que ya no hay ni explotadores ni déspotas. Las cláusulas del contrato social se reducen entonces a una sola; a saber: la alienación total de cada asociado, con todos sus derechos, a toda la comunidad; ya que, primeramente, puesto que cada uno se da totalmente, la condición es igual para todos y, en consecuencia, ninguno tiene interés en hacerla onerosa a los demás. Además, como la alienación se hace sin reserva, la unión es lo más perfecta posible. En fin, como cada uno se da a todos, ninguno se da a nadie. Por lo demás, como la soberanía no es más que el ejercicio de la voluntad general, no puede alienarse nunca, aunque resulte de la alienación mutua de los que la constituyen. En resumen, «todo lo que cada uno aliena, en virtud del pacto social, de su poderío, de sus bienes, de su libertad, es únicamente la parte de todo eso cuyo uso importa a la comunidad; pero es preciso convenir también que sólo el soberano es juez de esta importancia.»

Como se observará, la alienación no tiene para Rousseau un sentido negativo. Al contrario, el pacto social se funda en la alienación, a condición de que ésta sea mutua y general. Para Diderot, que no defendió nunca una teoría política precisa, la alienación es sobre todo un hecho de civilización en el cual el hombre resulta en cierta manera extraño a sí mismo porque rompe su contrato original con la naturaleza y los sentimientos naturales. Esto es lo que se expone en sus escritos como «Jacques le Fataliste» y «Le Neveu de Rameau». Ni Diderot, ni Rousseau (y muchos otros en su época) entran en la mecánica social y económica gracias a la cual la alienación se convierte en una modalidad esencial de las realizaciones sociales y humanas. Se sienten impresionados primeramente por los efectos nefastos de la civilización industrial, que hace al hombre cada vez más hostil al hombre (en el sentido en que Hobbes y Maquiavelo habían descrito ya la sociedad como un estado de guerra «de todos contra todos»), pero estiman que esta hostilidad puede ser transformada en una asociación, un contrato positivo, si cada uno acepta alienar su voluntad general en provecho de la soberanía común, general.

Hegel parte de estas ideas, que culminarán en la teoría del Estado y de la burocracia, pero añade algo que no existía en los filósofos franceses, y que es el **sentido trágico cristiano**. Para él, el hombre se orienta hacia el exterior tanto como hacia sí mismo. El hombre tiene necesidad de los demás (y de Dios), y, sobre todo, de dominar a los demás. Pero al exteriorizarse dominando a los demás, resulta extraño a sí mismo, al menos parcialmente; se aliena, se siente perdido, abandonado. La alienación tiene un sentido enteramente negativo. Las condiciones políticas y sociales modernas no hacen más que acentuar este sentimiento. La división del trabajo, la técnica maquinista, la separación de la sociedad en dueños y servidores hacen que la alienación sea dolorosa. El hombre que trabaja está alienado en provecho de los que le emplean. Y los patronos se alienan también con respecto a los que trabajan para ellos. Cada uno está alienado en pro-

vecho de la sociedad y de sus instituciones políticas, y todo el mundo sufre de ello. Hay un estado de escisión que se establece por doquier. Todos los seres humanos, todos los dominios sociales, se hacen extraños los unos a los otros. Y el conservador Hegel no ve otro antídoto a esta situación más que en la exaltación del Estado, e incluso de la burocracia que le representa. Rousseau admite la posibilidad de hacer de la alienación el fundamento del contrato social democrático. Pero Hegel, instruido por los comienzos del capitalismo, ve en la alienación una manifestación esencial de la situación del hombre en la naturaleza y en la sociedad, a la cual sólo se puede poner remedio subordinando esta última a la existencia del Estado, potencia superior a los individuos y sobre todo superadora de sus conflictos.

En los tiempos de su juventud, Marx se encontró en el cruce de las tesis de Rousseau y de Hegel. Por eso mismo, su noción inicial de la alienación, ampliamente desarrollada en sus primeros escritos filosóficos, se resintió de esta posición incómoda. Fueron Saint Simon y sus sucesores, herederos de Rousseau en una cierta medida, los que hicieron comprender a Marx el aspecto positivo de la alienación en la sociedad moderna, bajo la forma de una asociación que, lejos de aniquilar al individuo, le asegura el máximo de garantías. Pero la asociación resulta imposible por el carácter antagónico de la sociedad capitalista. Y es este carácter antagónico el que Hegel había presentado, bajo una forma fuertemente dramática, como idealismo objetivo.

Marx combinó primeramente las dos concepciones, y no sin una cierta confusión. Pero, poco a poco, a través de las polémicas y gracias a la elaboración de un método científico de investigación, Marx reemplazó la idea filosófica y general de la alienación, tal como se encontraba en las obras de Rousseau y de Hegel, por algo nuevo (1). En «El Capital», si Marx utiliza todavía el concepto de alienación, es para restituírle el sentido que tiene en el derecho romano. El análisis del «Capital» se evade de los conceptos filosóficos y entra en el dominio de las determinaciones científicas. Los escritos en los que Marx esboza los principios de las relaciones comunistas o socialistas no tienen nada que ver con una «desalienación» a la moda filosófica. Marx busca, en la previsión y el cálculo económico y social, determinaciones científicas óptimas de la libertad humana. Desde el punto de vista religioso, metafísico o poético, esta evolución puede parecer una regresión; pero hoy se puede comprobar que si hay siempre «alienaciones» en todas las formas de sociedad existentes, los conceptos psicológicos son incapaces de explicárnoslas; en realidad, ni siquiera permiten descubrirlas y describirlas. La crítica del capitalismo, del socialismo de Estado, de la burocracia, del colonialismo no es posible con conceptos filosóficos, o bien se reduce a anatemas humanistas sin alcance alguno. Lo que cuenta hoy, es la crítica de los nuevos fenómenos de desposesión y de explotación, en el trabajo de elaboración de conceptos científicos que conduzcan a la acción.

Si ser «alienados» quiere decir «ser extraño a algo», es preciso presentar las determinaciones reales por las cuales el hombre resulta extraño a algo. Pero no puede tratarse de una simple relación especulativa, es decir, de una situación pasiva, pensada por cada individuo. Se trata de una relación que supone una actividad recíproca, antagonismos, conflictos y modos de resolución de estos conflictos. Sin embargo, en sí, «sentirse

(1) He estudiado ampliamente esta evolución en mi libro «De la aliénation à la jouissance», Ed. Rivière, París 1956.

extraño a alguna cosa» no tiene nada de obligatoriamente nefasto; a veces, esto hasta presenta ventajas. Hay también dominios en los que la «alienación» es quizá más durable, y siempre posible, que en el mundo social y económico. Tal es el caso, por ejemplo, del mundo del amor y de las relaciones sexuales. Y es también el dominio del comportamiento lógico-afectivo, cuando da lugar a los «trastornos mentales». Es en suma el dominio de la patología de los comportamientos en general. Por lo demás, no es seguro que los fenómenos de alienación que se producen en estos dominios sean siempre generadores de sufrimiento. El sentimiento de «extranjería» que experimentan ciertas categorías de «alienados» (locos) puede muy bien ser, a su manera, un signo de adaptación, que la sociedad reprueba, pero que no corresponde a los conflictos sociales, ni siquiera quizá al mundo social como tal. Es muy posible que la mayor parte de las «alienaciones» amorosas, en el mundo moderno, adquieran un carácter dramático por razones sociales, pero esto está por demostrar. En todo caso, las situaciones de que acabo de hablar demuestran el carácter relativo del concepto de alienación en relación con las determinaciones sociales y económicas. En cuanto a estas últimas, la noción de alienación no nos es de una gran utilidad.

Por consiguiente, nos veremos obligados a trazar el marco de estudios que no pretendan facilitar una «filosofía de la vida» o algo similar, sino que tiendan a **elaborar instrumentos críticos susceptibles de ser utilizados en una transformación de la sociedad que haría posible la libre elección de las asociaciones y participaciones consideradas como deseables por los individuos o los grupos.** La elaboración de estos instrumentos reemplazaría ventajosamente las disertaciones sobre la alienación o la desalienación. Pero ella choca con obstáculos que revelan precisamente la eficacia crítica de tales instrumentos.

Yo puedo citar, entre estos obstáculos (o dominios), los cuatro siguientes, que me parecen los más importantes: 1. — El régimen del salario. 2. — Los antagonismos nacionales. 3. — La crisis de la expresión de las ideas. 4. — Los conflictos de razas y de civilizaciones. Las alienaciones esenciales (para los que quieren conservar el término) en el campo social responden a estos cuatro tipos de relaciones. Me limitaré a indicar cómo puede ser abordado cada uno de ellos.

En primer lugar, como regla general, estas situaciones deben ser consideradas con criterios **universales**. Los fenómenos de desposesión se presentan, evidentemente, de modo diverso según las regiones, los momentos, etc. Sin embargo, están actualmente en relación en el mundo entero. A este respecto, no hay dos mundos heterogéneos (capitalista y socialista o «libre» y «totalitario»), ni siquiera tres. No hay más que uno que debe ser considerado en su totalidad: la explotación en un punto del globo tiene relaciones o repercusiones en muchos otros.

1. — **El régimen del salario.** De las tesis fundamentales del marxismo resulta que el régimen del salario, característico de la civilización capitalista y socialista de Estado, es la forma más profunda de la desposesión obrera, de la explotación del trabajo, de la desigualdad. Mientras subsista el régimen del salario persistirá la alienación económica esencial, la que se refiere al uso de los productos sociales, generadora de todas las demás formas de explotación. La teoría del salario no ha progresado apenas desde hace 50 años. Las formas de «explotación mutua» del asalariado soviético, en particular, no han sido objeto de ningún estudio serio, pese a que al fin están al orden del día.

2. — **Los antagonismos nacionales.** Se trata aquí de antagonismo entre Estados, nacionales. El Estado es inseparable de la existencia de naciones soberanas, distintas y con intereses opuestos.

Las exigencias nacionales son los mayores obstáculos a la instauración de un verdadero internacionalismo. El socialismo no puede desarrollarse plenamente (y todavía menos el comunismo) en los marcos nacionales, estatales. Las relaciones socialistas son privadas de su sustancia por las exigencias de una fragmentación nacional de los intereses. El nacionalista es un hombre «alienado» con relación a otro nacionalista. La multiplicación de las nuevas naciones en el mundo no hace más que complicar esta situación. Esta es una de las situaciones más graves a las que tienen que hacer frente los socialistas, en el Este, en el Oeste y en el «Tercer Mundo».

3. — **La crisis de la expresión de las ideas.** Se trata aquí de la crisis de la expresión de las ideas en el marco de los Estados nacionales burocráticos, es decir, si se quiere, de la «alienación burocrática» bajo su forma moderna. En todas partes, los partidos, los grupos de afinidad y de ideas, los sindicatos se han convertido en máquinas que se insertan, bajo la forma de aparatos de presión, en la vasta burocracia del Estado. Los individuos son desposeídos de su derecho de opinión y de agrupación, explotados como «ciudadanos», como portadores de reivindicaciones y de ideas. El educador es reemplazado por el «cuadro». Cada uno se siente «extraño» a los aparatos que le dominan cada vez más completamente. La vida política se va convirtiendo en una propaganda planificada al servicio del nacionalismo, del Estado, de la economía de explotación hábilmente encubierta por el manejo psicológico y técnico de las masas.

3. — **Los conflictos de razas y civilizaciones.** En fin, el problema más temible del futuro es quizás el de la alienación racial y cultural.

Esta forma de desposesión es la resultante de la crisis que socava la antigua dominación de los blancos sobre el mundo. Grupos étnicos, razas enteras, civilizaciones milenarias, como las de Asia, del Medio Oriente, de Africa, oprimidas y colonizadas durante largos años, han reanudado una marcha independiente hacia la civilización. El hombre blanco está desequilibrado, pese a que posee todavía en el mundo una incontestable supremacía en medios de producción y de destrucción. La «descolonización» es un inmenso proceso que puede reemplazar un sistema de explotación por otro. Estos movimientos, que se producen en territorios inmensos, poblados por más de 2.000 millones de personas, engendran los sentimientos más diversos de frustración, de aspiración, de fracaso y de triunfo, los cuales traducen toda suerte de «alienaciones». Basta con pensar, por ejemplo, en el pequeño pueblo judío que sigue sin encontrar un lugar estable en nuestro planeta...

Estas observaciones tienden solamente a mostrar la complejidad de los problemas a partir del momento en que se renuncia a las generalidades filosóficas sobre la alienación para afrontar la solución técnica y humana de situaciones completamente nuevas. Por tanto, hay mucho que hacer todavía para forjar los nuevos conceptos, los instrumentos de análisis concreto, los razonamientos científicos que permitirán abordar las verdaderas cuestiones del socialismo con posibilidades de éxito. La tarea es inmensa. Pero en fin de cuentas corresponde a la ciencia social surgida del pensamiento de Marx, abordarla en las condiciones más favorables.

Pierre NAVILLE.

# El drama de América Latina

Por OSCAR WAISS

ES un error común pensar que las veinte naciones latinoamericanas son, substancialmente, idénticas, tanto en su composición racial, como en su forma de producir y de organizarse. Aun entre países vecinos, las diferencias son considerables. Mientras en Guatemala la mayoría indígena es indudable, en Costa Rica representa menos del uno por ciento. Lo mismo puede decirse de Chile, Argentina y Uruguay, con un volumen indígenas prácticamente nulo, respecto de Brasil, Bolivia, Paraguay y Perú, países en los que la masa aborigen gravita pesadamente.

Cuadros desarrollados por la CEPAL nos señalan que, mientras en México el 65 % de la población activa está aún ocupada en la agricultura, de la cual proviene apenas el 30 % del valor de las exportaciones mexicanas, en Argentina solamente trabaja la tierra un 36 % de la población activa, a pesar de que la casi totalidad de sus exportaciones son agropecuarias. Sobrepasan, todavía, a México, países como Colombia, con un 74 %, Nicaragua, con un 73 % y Brasil, con un 67 %, mientras Chile, debido a su industrialización reciente, se mantiene en un nivel paralelo al de su vecina de allende los Andes.

Estos fríos guarismos, traducidos al lenguaje de la vida social, significan profundas diferencias en el orden de la manera de producir y de vivir. La forma en que se distribuye la población ocupada es un índice muy seguro del progreso técnico. En Estados Unidos, la gente ocupada en la producción de materias primas, que requiere procedimientos sencillos, era hace un siglo una parte que equivalía al 67 % de la población, y hoy esa proporción alcanza difícilmente a un 27 %. Cuando se produce poco, los hombres se concentran en la producción de alimentos y materias primas, que se obtienen con mayor facilidad. Pero, a medida que la técnica progresa, los sobrantes de población se orientan hacia la industria, los transportes, el comercio y los servicios personales y del Estado. El nacimiento de la industria moderna implica, con absoluta regularidad, en cualquier país donde el fenómeno acontezca, la formación de una población excedente industrial, atraída por los mejores salarios o las regulares expectativas. Esta población, que se ausenta de los campos, donde los salarios son bajos y las condiciones de vida mezquinas, es la que les permite a los industriales, criollos o foráneos, disponer en todo momento de la mano de obra que requieren sus nuevas empresas. En la América Latina que adopta la forma capitalista de producir, el ejército industrial de reserva o exceso relativo de población, de que habló Marx, también hace su aparición potencialmente revolucionaria.

Pero no es posible deducir de las líneas anteriores, la conclusión de que estos pueblos están sometidos a leyes generales diferentes dentro de la dinámica económica mundial. Un mismo origen, una evolución casi paralela y factores externos similares, terminan por primar sobre el aislamiento político. Porque es preciso señalar que desde el período colonial, los países latinoamericanos vivieron curiosamente aislados, unos de otros. A las dificultades de orden geográfico y al escaso desarrollo de los medios de transporte, habría que agregar cierta tradición individualista hispana, derivada de la aplicación de los viejos fueros medievales. Ello es bastante

claro si se analiza el carácter de los movimientos revolucionarios en las colonias latinoamericanas. Siempre se trata de alzamientos locales, derivados de resentimientos inmediatos, y no de rebeliones generalizadas que provengan de acuerdos previos o de propagandas colectivas. Ni siquiera escapan a esta definición los movimientos de más envergadura, como la sublevación de Tupac Amaru, en el Perú, el levantamiento de los comuneros del Socorro, en Nueva Granada, o las tentativas de Francisco Miranda, en 1806. La misma revolución de la Independencia es el reflejo múltiple de las mismas causas y no la acción concertada y coordinada de los diversos caudillos nacionales. Baste señalar que los dos capitanes más destacados de la gesta liberadora, Bolívar y San Martín, sólo vinieron a conocerse el año 1822, en la histórica conferencia de Guayaquil.

Tenemos, entonces, que el desarrollo cantonal de los países latinoamericanos es un hecho histórico, lamentable, si se quiere, pero un hecho, después de todo. Es claro que hubo, durante el período de la organización nacional, regiones que fluctuaron entre un país y otro y aún países enteros que se unieron y se separaron, al compás de los incidentes de la guerra. No han dejado de haber, tampoco, anexiones posteriores, fruto de pequeñas guerras de rapiña, generalmente alentadas por intereses extraños, en que el capitalismo financiero internacional movía los hilos en cuyo extremo saltaban como marionetas caudillitos o generales de poca cuantía. Pero la síntesis del proceso han sido las veinte repúblicas del sur del río Grande, diferentes, extrañas, pero con ese inconfundible aire familiar que permite distinguir la consanguinidad histórica.

Un estudio porcentual del comercio exterior latinoamericano realizado en el año 1938, y que efectúa el uruguayo Rodney Arismendi en su libro «Para un Protuario del dólar», indicaba que 11 de las 20 Repúblicas dependían de las exportaciones de un solo producto que cubría más del 50 % del volumen total de las exportaciones. «En tres casos, el 75 % o más del valor de la exportación correspondía a un solo producto. Todos los países, sin excepción, cubrían más del 20 % de su exportación con un solo artículo. En 19 países, tres productos alcanzaron el 50 % o más de la exportación. Únicamente México alcanzaba con tres artículos un 37 % de la producción exportada».

Y no se trata de toda clase de productos. Los países latinoamericanos viven de la venta de materias primas, ya sea de las minas o de los campos. Mientras Venezuela, Bolivia, Chile y Perú viven del producto de sus exportaciones mineras, que pasan en los dos primeros países del 90 % y en Chile del 80 %, Argentina, Uruguay, Brasil, Guatemala y Cuba viven de la carne, el café, los plátanos y el azúcar. Pero todos se encuentran en la etapa precapitalista, y en gran medida, en un período de producción de tipo feudal, que llega en algunos casos al extremo de no diferenciarse fundamentalmente de la manera cómo se trabajaba y se producía en la época colonial. Es así como en los momentos de crisis del sistema mundial del capitalismo, los pueblos de estos países semicoloniales son los que pagan los platos que rompen las grandes potencias industriales. Estas potencias erizan sus aduanas, defienden a toda costa sus propios niveles de vida, en un esfuerzo por impedir los alzamientos revolucionarios dentro de sus fronteras, y dejan de adquirir las materias primas superfluas o las pagan a precios miserables, que no cubren ni siquiera los costos de producción. En cambio en los períodos en que necesitan esas materias, las permutan por créditos o divisas que sólo ellas puede absorber. Bien pudo decir el senador norteamericano Kenneth McKellar, a pesar de su reconocida filiación reaccionaria, en diciembre de 1943: «En resumen, a cambio de materiales bélicos vitalmente necesarios, Estados Unidos ha provisto a estos países de documentos de crédito, de dólares fabricados por sus sistemas bancarios y de oro que Norteamérica no sabía en qué emplear. Es de esperar que en el período de la postguerra obtengan la compensación apropiada a sus riquezas naturales, a su trabajo adicional y al reducido nivel de vida que han soportado durante la presente guerra. En suma, América Latina ha

## EL DRAMA DE AMERICA LATINA

suministrado mercancías cuando escaseaban y parece como si EE.UU. se las hubiera de devolver cuando son más abundantes. Parece que, en conjunto, EE.UU. se ha llevado la parte del león en el negocio...».

Este proceso no ha transcurrido sin producir llagas. A los primeros intentos de integración económica y política, siguieron profundos derrumbes sociales. En 1839 se preparaban los estados unitarios que constituyeron la Gran Colombia; después vino la división de las provincias de la América Central; luego la del Virreinato del Plata que se segmentó en tres nuevos Estados, Paraguay, Bolivia y Uruguay. Brasil consiguió dividir definitivamente el Virreinato del Plata, culminando su victoria con la creación del Uruguay, como Estado tapón en el estuario del Plata. La tragedia de las conflagraciones europeas se repetía, como remota parodia, en los confines vírgenes de América. Estados Unidos desmembraba México, en una guerra de rapiña sin precedentes en estas latitudes, y después desembarcaba sus «marines» en las desgarnecidas costas de Centroamérica: una vez en Costa Rica, una en Guatemala, seis en Nicaragua, cinco en Honduras y siete en Panamá. Mientras tanto, Chile guerreaba con Perú y Bolivia, Bolivia con Paraguay, Perú con Ecuador, Ecuador, a su vez, con sus vecinos del norte y todo el continente ha visto levantarse fronteras hostiles y límites erizados, que han sabido explotar políticamente jefecillos o dictadores de ocasión, para hacer su propio negocio, en el más estricto sentido de la palabra.

Si nos empinamos sobre esas fronteras y tratamos de echar un vistazo a la casa por dentro, nos encontramos con situaciones que superan, con creces, a la más tropical imaginación. En Colombia se produjeron, sólo hasta comienzos de este siglo, unas setenta revoluciones o conatos que provocaron 80.000 muertos en 1879 y 100.000 en 1899. Bolivia ha sufrido entre 1820 y 1890 no menos de sesenta revoluciones, fueron asesinados seis presidentes y diez Constituciones fueron promulgadas. La anarquía política de Argentina, en 1820, creó las condiciones para la sangrienta tiranía de Juan Manuel de Rosas, que se extiende hasta mediados del siglo. Y todavía tiene vigencia la frase del doctor Tejedor, que dijo en una sesión de la Cámara de Diputados de la provincia de Buenos Aires, en 1857, que «la tiranía de Rosas es más que un hecho, es una época».

La época, por desgracia, es todavía nuestra época, y otros cien años de vida independiente no han sido bastantes para hacer desaparecer la sombra fatídica de Rosas, ni siquiera en su propia patria. En nuestros días, en el siempre convulsionado Altiplano, un presidente terminó su vida colgado de un farol y un Mamerto Urriolagoitia, hurgándose despreocupadamente las narices, fué capaz de borrar con el codo un resultado electoral producto de un comicio ordenado por su propia mano. Exactamente lo mismo se hizo en Venezuela, donde la feroz tiranía de Pérez Jiménez protagonizó los crímenes más escalofriantes de una historia ya de por sí bastante trágica. Cuatrocientos mil paraguayos viven en el exilio, en Argentina y Brasil, en circunstancias de que la población total de esa pequeña nación se empina, apenas, al millón y medio de habitantes. Durante cinco años, la jauría militarista del Perú, que encabezaba el general Odría, aulló en torno a la casa donde vivía bajo el amparo diplomático de Colombia el dirigente aprista Víctor Raúl Haya de la Torre. Y todos estos hechos palidecen, todavía, ante los episodios monstruosos que vivió la infortunada República Dominicana bajo la dictadura de Rafael Leónidas Trujillo. Por otra parte, en Nicaragua, un sujeto llamado Anastasio Somoza, asesino confeso del héroe Sandino, fué el tirano de turno, como lo fué «un sargento llamado Batista» en Cuba. La débil estructura económica de estos países no ha podido expresarse políticamente, por lo general, sino en caricaturas de la democracia burguesa. Un poco por aquí, y otro poco por allá, se suele respirar aires más agradables. Incluso suele romperse la cadena por algunos de sus eslabones más débiles y aparecer regímenes audazmente renovadores y auténticamente democráticos. A veces se derrumban luego, o degeneran velozmente, como suele suceder en Venezuela; otras se yerguen

con heroísmo, como sucedió fugazmente en Bolivia y como se vive hoy, dramáticamente, en Cuba. En todo caso son un síntoma de que el organismo se defiende y constituyen experiencias que servirán de verdaderos ensayos preliminares a la inevitable revolución latinoamericana.

El capital financiero ha despertado a la historia a millones de seres en estos confines, que abandonan lentamente las formas precapitalistas a través de las cuales se vinculaban a la sociedad contemporánea, y se incorporan a formas más avanzadas de producción, en que existe una mayor concentración masiva y un nivel político más elevado. En la retorta de las luchas sociales bullen nuevas fórmulas que buscan su cauce natural. La válvula colonial les permitió a las grandes potencias industriales atenuar los antagonismos internos, pero al precio de exponerse, con el tiempo, a una explosión mucho mayor. «El capitalismo, dice Bujarin en su obra «La economía mundial y el imperialismo», ha tratado de adaptar el desarrollo de las fuerzas productivas a los límites nacionales de su explotación por medio de las conquistas imperialistas. Pero se ha mostrado incapaz de resolver este problema, aun por sus propios métodos». Por eso despiertan a la vida política, no sólo las masas populares de los países industriales, sino también las sumisas multitudes de los países coloniales y semicoloniales. El capitalismo consigue retardar la crisis final, pero sus problemas fundamentales retornan siempre agigantados por el curso de los años. Los límites de la expansión pacífica del capitalismo en América Latina, que rompe los modos de producción precapitalistas, parecen estar llegando a su fin.

Este es, por lo demás, un fenómeno mundial. Los japoneses intentaron disimular el proceso recurriendo al eufemismo de la «esfera de coproperidad en el Asia», e Hitler, al «nuevo orden o economía de gran espacio». Con más delicadeza, los yanquis hablan de las «zonas de influencia» y hasta elucubran, en su tiempo, la doctrina Monroe. Traducido al lenguaje de los hechos el monroísmo ha significado, en Puerto Rico, que el 80 % de la tierra cultivable pertenece a cuatro sociedades imperialistas: la «Fajardo Sugar Co.», la «South Porto Rico Co.», la «Eastern Sugar» y la «Aguirre Sugar Co.», todas norteamericanas. Las grandes potencias toman, sencillamente, las tierras y las minas, las hacen producir con gran beneficio, pagando a los nativos los más inverosímiles salarios y estableciendo contratos con los gobiernos locales de una increíble audacia, asegurándose, de paso, los mercados para la colocación de sus productos manufacturados y hasta de sus excedentes inmovilizados de capital, que prestan con alto interés sin tener necesidad, siquiera, de moverlos de sus depósitos bancarios.

Como ejemplo típico de las concesiones que se hicieron, y todavía se hacen, a los capitalistas extranjeros, podemos citar el contrato Soto-Keith, del 21 de abril de 1884, entre el gobierno de Costa Rica y la United Fruit, que financió el alzamiento contra el poder legítimo del Presidente Jacobo Arbenz, de Guatemala. En ese contrato inicial, el gobierno concedió a la Compañía ochocientos mil acres de tierras nacionales no explotadas «que elegirá la Compañía con todas las riquezas naturales que contengan dichas tierras y la faja de territorio inherente al derecho de paso para la construcción del ferrocarril y los edificios necesarios; y el material de todas clases que pueda encontrarse en las tierras nacionales no explotadas a lo largo del ferrocarril; y dos de los lotes de propiedades nacionales actualmente medidos en el puerto Limón, para la construcción de muelles, almacenes y estaciones, todo ello sin reembolso de ninguna clase...»

Todo en América se repartió y se regaló con idéntica despreocupación, sin tasa ni medida. En el período colonial, las encomiendas se entregaban con ilimitadas extensiones: «parándose en la loma tal, por el oriente, hasta donde se pierde la vista»; así se solían fijar los deslindes. Cada encomienda involucraba los caciques que vivían en ellas y todos sus indios. Repartida la tierra laborable entre un pequeño número de privilegiados, que terminó asegurándose la continuación hereditaria a través de los mayorazgos y los censos perpetuos, prosiguió el reparto de las riquezas naturales, esta vez



## EL DRAMA DE AMERICA LATINA

a cargo de los gobiernos «independientes». El indio, el criollo, el mestizo, la masa campesina unida históricamente al suelo patrio, fueron siempre el personaje olvidado del drama americano. Solamente hoy el personaje comienza a protagonizar su rol, para muchos fuera del libreto y pide cuentas a los dilapidadores de la herencia nacional. Esa petición de cuentas se suele llamar reforma agraria o nacionalización de las minas.

Durante más de cien años de vida independiente —por decirlo de algún modo— las naciones latinoamericanas no han conseguido estabilidad política. La excepción puede ser Chile, a pesar de que, por lo menos en dos oportunidades, 1891 y 1924, el régimen jurídico normal descarriló por algún tiempo. La inestabilidad proviene de dos causas principales: pobreza e intervención. La pobreza es el resultado inevitable de un intercambio en que obtienen cada vez menos por las materias primas exportadas y deben pagar cada vez más, por las mercaderías que se traen. Sobre esta materia deberemos extendernos más adelante. La intervención es también el resultado inevitable de los intereses del capital financiero que utiliza, como dijo Lenin, a su buena amiga, la diplomacia.

A raíz de los agregados que, unilateralmente, por supuesto, hizo Teodoro Roosevelt a la doctrina Monroe, los Estados Unidos se convirtieron en un gendarme que, según la propia expresión de Nicholas John Spykman, representante del pensamiento universitario yanqui, «en virtud de esta doctrina hiciéronse desembarcos de marinos, se vigilaron las elecciones, se controlaron las aduanas, se administraron los bancos centrales, se establecieron de hecho protectorados sobre diversos Estados del Caribe...» El propio Wilson, que trató de dar marcha atrás, intervino, sin embargo, en México y en Haití. Dice francamente el mismo Spykman que «la mayor parte del engrandecimiento territorial de Estados Unidos se hizo a costa de la América Latina: Luisiana, Florida, Texas, California, Puerto Rico y Panamá. El llamado imperialismo sin dolor de los norteamericanos, sólo a nosotros mismos nos ha parecido exento de dolor.»

En un comienzo, la potencia que intervino principalmente en la política latinoamericana fué Gran Bretaña. Eliminada Francia, en 1803 y España en 1822, sólo Gran Bretaña permaneció como país tutelar, merced a su hábil actitud durante las rebeliones emancipadoras. Walter Lippmann, frío expositor de las conveniencias norteamericanas, en su libro «La política exterior de los EE.UU.», reconoce esta situación y dice: «Esto era cierto en Bolívar, el Libertador, que escribía en enero de 1824 que solamente Inglaterra podía cambiar la política de los aliados. Era cierto en Alemán, el ministro de Relaciones Exteriores de México. Era cierto, también, en Rivadavia, el ministro de Relaciones Exteriores de la Argentina. Cuando el peligro hubo pasado definitivamente, todos estos hombres reconocieron que la actitud británica había sido la verdaderamente decisiva, aunque no desconocían el papel de los Estados Unidos. Es, en efecto, absurdo atribuir mayor peso a la neófita democracia americana de 1823 que a la potencia cuyo prestigio nunca había sido mayor, y cuya fuerza jamás había sido tan impresionante, como ocho años después de la derrota de Napoleón en Waterloo.»

Sin embargo, no tarda en irrumpir el capital norteamericano que ya, en la primera mitad del siglo pasado, obligó a los ingleses a reconocer su importancia en el tratado Clayton-Bulwer, firmado en 1850. Mediante este tratado, las dos potencias imperialistas resolvieron tolerarse mutuamente en esta parte del mundo. Medio siglo después, los ingleses reconocían la preeminencia yanqui en el tratado Hay-Pauncefote, firmado en 1901. Desde entonces, con escasas excepciones, el imperialismo yanqui pasó a ser el decisivo.

Ya sea una u otra potencia, la verdad es que el capital financiero internacional irrumpe violentamente en el proceso de consolidación política latinoamericana. En la caída de Gallegos, Presidente constitucional de Venezuela, intervino el Departamento de Estado, en el cual Nelson Rockefeller, se desempeñaba como Secretario Auxiliar para los Asuntos de Latinoamérica. Entre Nelson Rockefeller y el grupo Morgan monopolizan la

Standard Oil, la G.M.C., la General Electric, la U. S. Steel Co., la American Telephone and Telegraph, la International Harvester, la Montgomery Ward, la Western Electric, la Phelps Dodge, la Armour Co. y más de seiscientas compañías, sin contar con que disponen de la mayor parte de las acciones de los dieciséis Bancos billonarios de los Estados Unidos. Las medidas legislativas adoptadas por el gobierno legítimo de Venezuela sobre el petróleo repercutían sobre las utilidades de los monopolios y, a través de esa «buena amiga» que es la diplomacia, manejada por el propio Nelson Rockefeller en persona, los monopolios pavimentaron el camino a la dictadura sangrienta de Pérez Jiménez, gobierno que, por supuesto, no aplicó las medidas legislativas válidamente aprobadas por el Parlamento de esa nación.

En el caso de Bolivia, la intervención yanqui ha sido siempre descarada. Cuando triunfó en las elecciones presidenciales el señor Víctor Paz Estenssoro, y alentando al usurpador Mamerto Urriolagoitia, el diario «New York Times» escribió con toda impudicia: «Bolivia es importante para el Occidente democrático como el único gran productor de estaño en el hemisferio. Una tregua de paz y de orden sería ventajosa para todos los interesados». Es decir, el hecho de desconocerse una elección en que venció el candidato que no pudo hacer campaña alguna y ni siquiera entrar en el país, era considerado «ventajoso» por el diario que llena sus columnas con alabanzas a la democracia y con impropiedades contra los regímenes totalitarios del «oriente». La tregua de paz y orden convenía a todos los «interesados», es decir, a los inversionistas extranjeros. En esta oportunidad no podemos quejarnos de la falta de franqueza del vocero periodístico del capital financiero.

Conocimos, en el pasado, los métodos expeditos que usaron en Guatemala, ante la consternación e indignación de los pueblos del continente. Los tres imperios periodísticos norteamericanos y sus tres consorcios cablegráficos derivados, invadieron la prensa mundial con estúpidas versiones, distinguiéndose la International News Service, o sea, el grupo Hearts, cuya grosería y falsedad lograron superar a sus compinches. La lucha entre el pequeño país y la poderosa United Fruit culminó con un zarpazo tan indigno, que hasta los elementos reaccionarios de América Latina se sintieron conmovidos.

El caso de Cuba, que llega a una peligrosa tensión en el momento de escribirse estas líneas, y cuyo desenlace no nos atrevemos a prever, es otro ejemplo dramático de la misma política.

Durante el período de Perón, en la Argentina, estos métodos se evidenciaron casi groseramente. Mientras Perón procuró actuar por su propia cuenta, el Departamento de Estado conspiró abiertamente contra él y el embajador Braden, del consorcio cuprífero que explota los minerales chilenos, intervino vigorosamente en la política argentina. Pero cuando Perón llegó a acuerdos satisfactorios con el señor Milton Eisenhower, la prensa yanqui y los noticieros cinematográficos se olvidaron de inmediato del carácter dictatorial de su gobierno y los públicos latinoamericanos debieron acostumbrarse a ver en la pantalla al «señor presidente» mostrando generosamente toda su dentadura. Sin perjuicio de abandonarlo a su suerte, cuando ya no les prestaba más servicios.

Naturalmente que, si en el terreno de las intervenciones puramente políticas, es necesario guardar —a veces— ciertas formas, en el terreno de las sanciones económicas existe mucha mayor liberalidad. Cuando el Senado norteamericano quiso ayudar a las compañías petroleras expropiadas en México resolvió enmendar la National Stolen Property Act en el sentido de colocar fuera del comercio mundial los productos procedentes de «cualquier propiedad adquirida violando la ley o que haya sido confiscada». Solamente al considerar el riesgo político de una ley semejante, el Comité de Cambios Judiciales de la Cámara norteamericana, a petición del Departamento de Estado, redujo el alcance de la disposición dando facultades al Presidente para prohibir, cuando lo estimara conveniente, las importaciones de «propiedad robada».

Los Estados Unidos no han abandonado nunca su propósito de asegurar las materias primas de todo el continente para la industria yanqui. Así en la IV reunión consultativa de Cancilleres americanos, en la resolución sobre defensa económica y controles de seguridad, se restringe la libertad de comercio para «aumentar la disponibilidad de productos escasos en los países del mundo libre», resolución que se hace jugar en relación con la ley Bartley, lo que obliga, en la práctica, a los países latinoamericanos, a consultar a las embajadas norteamericanas acerca de si pueden o no exportar determinados productos.

Cuando la consulta no se hace, las consecuencias suelen ser funestas. Por ejemplo, Chile vendió dos mil quinientas toneladas de cobre que se encontraban en una refinería de Hamburgo, en tránsito por Alemania Occidental para el solo efecto del proceso de refinación. Se embarcó, en noviembre de 1953, una partida de 1.045 toneladas con destino al puerto de Amberes; pero cuando se quiso embarcar la segunda partida, para completar las dos mil quinientas del convenio, intervinieron las autoridades de ocupación que se apropiaron de las barras de cobre y se inició un proceso por contrabando contra el agente comercial de la Caja de Crédito y Fomento Minero de Chile, dueña del mineral confiscado. Un país que trata de vender su propio mineral, que se encuentra en tránsito por otro país para ser refinado, termina acusado, nada menos que de contrabandista. Podemos, entonces, decir que en el plano de las sanciones económicas no se suelen guardar las buenas maneras diplomáticas.

Lo que irrita particularmente a los pueblos latinoamericanos es la falsía de los personeros imperialistas. Prohíben mercados, con el pretexto de que hay que estar del lado del «mundo libre» contra las dictaduras, y acarrear así cada vez mayor miseria a los habitantes de estos confines. Pero, paralelamente, sostienen en la propia América Latina a todos los dictadores, algunos de los cuales aventajan en mucho a los peores tiranos de otras latitudes. Los pueblos latinoamericanos no puede explicarse cómo puede ser bueno para ellos lo que se condena para otros. Y llegan a la conclusión de que los agentes del imperialismo velan sólo por sus intereses, ocultando sus negras intenciones tras una cortina de palabras huecas y de burda demagogia, en que se hermanan con las bandas de militarotes alzados que han pisoteado los más elementales principios de justicia, de humanidad y de decencia.

Mientras tanto, no es difícil comprobar la afluencia de capitales que explotan con intensidad las riquezas naturales de estos países, obteniendo utilidades que serían imposibles en su país de origen. Según datos oficiales del Consejo Económico Social de las Naciones Unidas, el movimiento neto de capitales a largo plazo de los Estados Unidos hacia la América Latina, durante el período 1946-1950, totalizó alrededor de 1.500.000.000 de dólares, en su mayor parte constituidos por inversiones privadas. En cuanto a las inversiones públicas, corresponden en su casi totalidad a préstamos del Eximbank cuyo monto oscila entre 160 y 180 millones de dólares al año. Pero más importante es señalar que el valor total de las inversiones privadas directas estadounidenses en la América Latina ascendió de 3.000.000.000 de dólares al 31 de diciembre de 1945 a 5.100.000.000 a fines de 1950, lo que representa un aumento medio anual para los cinco años de postguerra del orden de los 420.000.000 de dólares. «El aumento de 2.100.000.000 de dólares, dice la CEPAL, habido desde la última guerra ha sido debido tanto a la inversión de nuevos capitales como a la reinversión de utilidades».

No hay que olvidar, sí, que estas cifras no pueden considerarse aportes netos al desarrollo industrial y económico, ya que existe el factor de la salida de estos capitales en forma de remesas de utilidades e intereses. Tomando cifras globales entre los años 1945-1952, el delegado chileno a la Conferencia de Caracas, señor Jorge Prat, pudo hacer afirmaciones de indudable interés: «Desde 1945 a 1952, dijo, esta salida de recursos ha alcanzado a 5.773 millones de dólares; en cambio la afluencia de capitales

ha sido de 3.992 millones de dólares, de los cuales corresponden 2.598 millones a readquisiciones de inversiones extranjeras, quedando sólo como afluencia neta la cantidad de 1.394 millones de dólares. En consecuencia, la diferencia desfavorable a la América Latina ha alcanzado a 4.379 millones de dólares, lo que significa que toda esta región no ha dispuesto de una afluencia neta favorable de capital extranjero y que, por el contrario, parte importante de su esfuerzo nacional ha tenido que distraerse en el cumplimiento de compromisos o en el servicio de inversiones».

No debe pensarse en que la defensa de estas inversiones queda entregada al simple azar o al juego de las relaciones diplomáticas normales. Una intrincada red que abarca desde los Pactos Militares hasta toda la especie de presiones económicas aprisiona a los gobiernos latinoamericanos y los priva de toda autonomía resolutive en los asuntos de mayor trascendencia. Con la misma meticulosidad con que se prepara en las democracias populares la trama de un proceso público de purga, la gran democracia del Norte prepara el escenario para las conferencias panamericanas o las reuniones de cancilleres. También aquí hay hombres que recitan un papel aprendido previamente y más de un dictador hace el rol de los agentes provocadores que arrastran a los demás en su caída. Y como reflejo directo de los intereses económicos comprometidos puede observarse que, mientras más degradante es la dictadura en un país latinoamericano, mayor respaldo cuenta ese gobierno en los círculos financieros internacionales, es decir, en la Casa Blanca, y que mientras más decidido es un gobierno popular en la prosecución de una política de defensa de los intereses nacionales, más resistencia encuentra en esos mismos círculos. Ahondando en el análisis del proceso descubriríamos también que, dentro de cada país, los sectores más retardatarios sirven siempre de base de sustentación política a la intervención foránea, en la medida en que esa intervención rompe la fuerza combativa de las masas y favorece su propia supervivencia económica.

Se llega así a la formulación de una ley sobre la penetración imperialista en los países semicoloniales. Mientras mayor es la potencia financiera y el avance técnico de los grupos colonizadores, más estrechos son, también, los lazos que los unen a los grupos que representan formas precapitalistas o semif feudales de producir en los países dependientes. Los representantes de las formas más modernas del capitalismo se alían con los sobrevivientes de etapas económicas supradas históricamente; para unos se trata de asegurar mercados en que surtirse a bajo precio de materias primas y en que colocar productos manufacturados sin competencia; para los otros se trata de mantener privilegios que les permiten vivir parasitariamente a costa de la miseria de las mayorías nacionales. Unos y otros tienen los mismos enemigos y la necesidad los hace unirse.

Como corolario del principio anterior puede afirmarse que mientras más poderoso sea el agente del capital financiero que interviene en la política interna de los países semicoloniales, mayor será su preocupación por impedir el progreso industrial de ellos. Toda clase de maniobras se pondrán en juego para impedir que los metales se refinan y manufacturen en el país de origen o que se desarrollen industrias derivadas de las materias primas nacionales, porque medidas de ese orden independizan a tales países respecto de la potencia industrial colonizadora. No es, en ninguna forma, una casualidad, que al estudiarse porcentualmente la calidad de las importaciones de las naciones latinoamericanas, se constate en la casi totalidad de ellas, tal vez con la sola excepción de Venezuela, una paulatina y progresiva disminución de los bienes de capital en favor de los bienes de consumo. Muchas razones se dan para ello; que la refinación resulta más cara en el país de origen que en el país comprador, que las nuevas industrias no tendrían mercados suficientes, etc. Pero en el lenguaje de la fría realidad económica, ello significa, simplemente, empobrecimiento por un lado y mayores utilidades por el otro.

Finalmente, mientras mayor es la concentración del capital financiero,

mayor es también su audacia en los procedimientos. Ya Lenin, en su obra clásica sobre el imperialismo, señalaba que el aumento del riesgo es una consecuencia, al fin y al cabo, del aumento gigantesco del capital, el cual, por decirlo así, desborda el vaso y se vierte hacia el extranjero... Pensemos que Lenin, sobre la base de cifras del año 1912, atribuía a los grupos Morgan y Rockefeller juntos, el dominio sobre un capital de once mil millones de marcos y que actualmente entre ambos controlan aproximadamente 150.000.000.000 de dólares, distribuidos entre 444 compañías del grupo Morgan y 222 del Rockefeller. Agreguemos a lo anterior que ocho grupos de banqueros controlan más de un centenar de las doscientas cincuenta grandes corporaciones que dominan el 67 % de la producción norteamericana. ¿Podrá existir alguna duda sobre las inclinaciones de estos potentados cuando se trata de defender sus inversiones o aumentar sus ganancias? Si ellos no vacilan en montar gigantescas empresas para conquistar nuevos territorios, extrayendo desde el corazón de las montañas o desde la entraña de la selva la materia prima que necesitan, tampoco pueden vacilar en sobornar funcionarios o derribar gobernantes. Los países del sur del río Grande han aprendido, en la dura escuela de la experiencia, el valor de las declaraciones líricas sobre la buena vecindad, la democracia y el mundo libre.

Es conveniente advertir, para quienes están acostumbrados a la aplicación literal de viejas fórmulas doctrinarias, que cuando Marx expuso su teoría sobre la colonización, en el capítulo XXV del tomo 1.º de «El Capital», se refería a tierras realmente vírgenes colonizadas por inmigrantes libres, situación que no corresponde a la época actual en el continente americano, donde las tierras vacantes que absorben al trabajador y lo hacen económicamente autónomo, prácticamente no existen. Hoy día, gran parte de la población latinoamericana es exclusivamente agrícola, la industria familiar casi no existe y el exceso relativo de población constituye una innegable realidad. En estas condiciones, las leyes generales enunciadas tienen una absoluta validez, sin que ahora puedan los dueños de la tierra simular tendencias progresivas, como lo hicieron durante el curso de la revolución de la Independencia. El drama histórico de las multitudes latinoamericanas, que es una parte del drama mundial de los trabajadores, se aproxima a su desenlace.

OSCAR WAISS

Pierre BROUE - Emile TEMINE

**«LA REVOLUCION Y LA GUERRA DE ESPAÑA»**

La colección popular del Fondo de Cultura Económica de México acaba de poner a la venta la versión castellana de esta obra, indispensable para comprender el proceso revolucionario español de 1936-1939

Los pedidos pueden efectuarse a:

«TRIBUNA SOCIALISTA»

17, rue de Chaligny, PARIS XII

## ARTE Y LETRAS

# En Granada, tras los pasos de García Lorca

**S**E le vió caminar entre fusiles: *¿quién no ha sentido resonar en su corazón el bellissimo y dramático verso de Antonio Machado evocando la muerte de García Lorca a manos de sus verdugos franquistas? Y es que la muerte de Lorca era una muerte-símbolo que elevaba al nivel de la leyenda, del mito, el hecho cotidiano y anónimo: la muerte multitudinaria iniciada en 1936. Pero, además, la muerte de Lorca era, y sigue siendo, una muerte-acusación, una muerte que continúa enhiesta y vibrante como una bandera ensangrentada señalando a sus asesinos, a los asesinos múltiples del pueblo español levantado contra la opresión y la injusticia seculares: nunca Franco y sus castas han podido borrar en el alma del pueblo esta acusación que se erguía y se yergue poderosa desde la otra orilla de la muerte. La muerte de Lorca es un hecho sociológico, algo que pertenece a la leyenda del pueblo español en lucha por su libertad y su justicia.*

*¿Leyenda? Ha habido mucho de leyenda en esta muerte-símbolo. No hablamos ahora de los subterfugios y de las mentiras de la propaganda oficial, deseosa de exculpar al régimen de Franco del bárbaro asesinato. Hablamos de los rumores brumosos que en España se pasaban de boca en boca. Nada se sabía de cierto: sólo el hecho de la muerte. Pero ¿y la verdad?*

*La verdad, hela aquí en este librito apasionante que ha escrito el hispanista y crítico francés Claude Couffon: A Grénade, sur les pas de García Lorca (Seghers, Paris, 1962). Fervoroso de Lorca, Couffon ha seguido paso a paso el caminar del poeta hacia su muerte: un caminar granadino que le lleva de la «finca de San Vicente» (la casa de sus padres) a la de su amigo Luis Rosales, de allí a la comisaría del barrio y finalmente al Gobierno Civil, de donde saldría esposado hacia Viznar, un pueblecito de los alrededores, donde se iba a consumir la pasión y muerte de nuestro gran poeta. ¿Los nombres? Aquí están todos: el del principal respon-*

sable, muerto en 1938, y los de los otros, que aún viven —quizá para vergüenza suya, y, en todo caso, de España—. La verdad, toda la verdad que es posible conocer, está en este bello y dramático reportaje de Claude Couffon, escrito al mismo tiempo con una gran eficacia narrativa y con una estricta sujeción a los hechos que el autor ha logrado descubrir en sus peregrinaciones granadinas.

El libro de Couffon no habla sólo de la muerte de Lorca, sino también de su vida: en sus conversaciones con quienes conocieron al poeta, en su búsqueda de textos y de testimonios, Couffon nos da a conocer muchos detalles inéditos sobre la infancia del poeta en su pueblo natal, sobre sus años granadinos, sobre sus ideas políticas... A propósito de estas últimas: Lorca ha pasado por ser un hombre apolítico, o en todo caso por un hombre de ideas liberales más o menos vagas. Juzgue el lector por algunas de las declaraciones del poeta que Couffon recoge en su libro: «Estoy y estaré siempre del lado de los que no tienen nada y a los que se niega hasta la tranquilidad de esa nada... Ponen delante de mí, en una balanza, el resultado de esta lucha: aquí, tu dolor y tu sacrificio; allí, la justicia para todos, incluso con la angustia del paso hacia un futuro que se presiente pero que no se conoce. Pues bien, descargo con todas mis fuerzas el puño sobre este último platillo». «El día en que el hambre desaparezca, se producirá en el mundo la explosión espiritual más grande que la Humanidad haya conocido nunca. Los hombres no podrán nunca figurarse la alegría que estará el día de la Gran Revolución».

A continuación reproducimos unos pasajes del capítulo dedicado al asesinato de Federico García Lorca.

F. S.

## Cómo fué asesinado Federico García Lorca

Por CLAUDE COUFFON

Para escapar a la amenaza inminente de detención, en medio de la terrible represión franquista, llevada a cabo sobre todo por la famosa «Escuadra Negra», que ha hecho presa en los medios republicanos y obreros de Granada, Federico García Lorca ha huido de la finca de San Vicente (la casa de su familia en Granada) y se ha refugiado en la de los Rosales (Luis,

*también poeta, es su amigo y, aunque falangista como sus hermanos, trata de salvar a Lorca). Pero los enemigos del poeta acechan el momento oportuno para apoderarse de su presa. No van a tardar en conseguir su propósito. (N.D.L.R.)*

**S**ON las cinco de la tarde del 18 de agosto. La casa está silenciosa: José y Antonio (Rosales) están en jira de inspección por los suburbios de Granada, Miguel está de servicio en el cuartel y Luis se bate en el frente de Guadix; Doña Luisa (la madre) descansa en su habitación. Tumbado en pijama sobre su lecho, Federico está leyendo.

Suena el timbre de la puerta. Un timbrazo que hace saltar al poeta de su cama. A estas horas, nadie viene a casa de los Rosales. ¡Nadie! La señora Rosales, que charlaba con su hija en el primer piso, ha ido a abrir.

—Pero, es un error...

El hombre que se presenta y que reclama «al señor García Lorca» no es un teniente coronel de esa Guardia Civil que tantas veces ha puesto el poeta en la picota. ¡No! Se llama Ramón Ruiz Alonso y dirige una sección de la «Escuadra Negra». Obrero tipógrafo que prefirió la política a las monótonas tareas de la imprenta, se había afiliado unos años antes a la C.E.D.A. de Gil Robles, siendo elegido concejal de Granada y, más tarde, diputado a Cortes. Fanático y orgulloso, sufría cruelmente del desprecio en que, a pesar de sus funciones, le tenían los jefes de su partido y de los partidos «hermanos» —el mismo José Antonio Primo de Rivera le había dado el sobrenombre de «el obrero domesticado»— y, desde el levantamiento, saciaba su rabia sobre los «rojos», convirtiéndose en uno de los principales proveedores de los osarios de la ciudad. Unos días antes, encontrándose en un café de Granada con sus amigos, se enteró de la noticia —por lo demás falsa— de la detención y la ejecución por los republicanos, en Madrid, del dramaturgo católico Jacinto Benavente; entonces, Ruiz Alonso anunció: «Bueno, si ellos han matado a Benavente, nosotros tenemos a García Lorca» (1).

Y, bruscamente, Ruiz Alonso había decidido «liquidar» al poeta, tras haber tenido que buscar durante un cierto tiempo su escondite. El día en que se presentó por primera vez en la finca de San Vicente para detener a su víctima, ésta había desaparecido. La finca era demasiado pequeña, demasiado sencilla, para poder esconderse realmente en ella. Así, pues, el poeta no estaba. De todos modos, Ruiz Alonso volvió dos, tres veces, registrando toda la casa y tratando brutalmente a García Rodríguez (el padre de Lorca). En su última visita, no pudo resistir al placer de torturarlo:

—Si no me dices dónde se esconde tu hijo, te llevaré a ti.

(1) Este Ruiz Alonso, huyendo sin duda de su crimen —de sus crímenes— abandonó Granada después de la guerra, instalándose en Madrid. Hoy posee una pequeña imprenta cercana a la glorieta de San Bernardo. Alguien que le ha conocido afirma que, sin saber nada de su crimen, observó en él algo física y psicológicamente repulsivo: quizá una marca indeleble. (N.D.L.R.)



## COMO FUE ASESINADO FEDERICO GARCIA LORCA

Después le golpeó y el viejo vaciló bajo los golpes. Entonces, la hermana del poeta, creyendo engañarle, respondió:

—Pero si no está escondido. Ha salido, simplemente... Ha ido a leer versos en casa de un amigo..

Con aquella gente no había nada que hacer. Ruiz Alonso se marchó, con la intención de volver un poco más tarde acompañado de sus hombres. Y fué entonces cuando la frasecita empezó a rondarle la cabeza. Se habían burlado de él, pero le habían dado una idea. Versos en casa de un amigo... Un poeta sólo puede buscar refugio en casa de otro poeta. El, que frecuentaba los medios literarios de la ciudad, tardaría poco tiempo en descubrir al cómplice. Poetas, quedaban pocos en Granada. E incluso, bien pensada la cosa, sólo conocía a uno —limpio de toda sospecha—: Luis Rosales. Y aun así sólo le conocía por su reputación, pues Luis vivía sobre todo en Madrid. En cambio, veía frecuentemente a sus hermanos José y Antonio, hombres «puros» como él, con los que «trabajaba» en las depuraciones... Discreta, prudentemente, sin dar la alarma, Ruiz Alonso se informaba...

Y así fué como, sin gran dificultad, descubrió al que buscaba.

En el patio, la señora de Rosales parlamenta. Está sola en la casa y debe avisar a su hijo Miguel. Va a telefonarle, y Ruiz Alonso le hablará de sus intenciones... En el segundo piso, escuchando desde el rellano, Federico comprende. Tras fijar en doña Luisa unos ojos llenos de espanto, el poeta se lanza hacia la parte superior de la casa. Le queda una sola esperanza, una esperanza loca: la huída por los tejados. Para llegar a la terraza que cubre la casa de los Rosales y que quizá representa la libertad, el poeta ha de realizar el último esfuerzo, el esfuerzo desesperado de una voluntad cuya fuerza decuplica el miedo. Por desgracia, pronto se le aparece la terrible realidad. Una altura de varios metros separa la terraza de los Rosales de los edificios vecinos. ¡Todo está perdido!

Abajo, en la calle, se oye el ruido de botas sobre el asfalto y unas voces dando órdenes, unas órdenes sobre cuyo sentido es imposible equivocarse. En la claridad deslumbradora de la tarde, los tricornos negros relucen con un brillo horrible, y los fusiles, bajo las capas grises, dibujan sus bultos siniestros. ¡Los guardias civiles! Son tiradores hábiles, que apuntan siempre a la cabeza o al corazón. Si le vieran... Pero en la escalera suenan ya pasos. Unos instantes después, sobre la terraza, sin fuerza ya ni para resistir, el poeta cae en manos de Ruiz Alonso.

\*

\*\*

Y aquí comienza la leyenda. ¿Cuál fué exactamente, en aquellas terribles jornadas de depuración, el suplicio del poeta? ¿Cuál fué la actitud ante la muerte de quien, durante su corta vida, la había sentido caminar tan frecuentemente a su lado y sabía que marcaría con un sello trágico su destino?

Desde hace veinte años, las versiones más contradictorias se han multiplicado por todo el mundo, tratando de excusar o de explotar el crimen, sin ser nunca convincentes. Hubo primero, al terminar la guerra civil, las versiones de los que escaparon del infierno de Granada. Con palabras ambiguas, como avergonzados de las torturas que sus vencedores les habían hecho sufrir, contaban su calvario y después évocaban la muerte del mejor de ellos, del menos responsable también: Federico García Lorca. Pero su testimonio resultaba incompleto, mutilado, pues aquellos hombres,

que habían tratado antes que nada de salvar su vida, sólo podían aportar sobre la muerte del poeta los rumores que circulaban de boca en boca por las cárceles y que sabían les habían llegado ya deformados, transfigurados por la leyenda.

Después vino la versión oficial. Esta versión la dió, mucho más tarde, en el mes de diciembre de 1948, el escritor José María Pemán, en el diario « A.B.C. ». No, no hay que acusar a la Falange de la muerte del gran poeta español García Lorca, decía en sustancia el portavoz del régimen, sino a un puñado de criminales que actuaron por su propia cuenta y sin que las autoridades, demasiado ocupadas por la guerra, pudieran intervenir. En efecto, si no es a la Falange a quien corresponde la responsabilidad de la muerte del poeta, se puede en cambio acusar de ella a otras fuerzas de represión, apoyadas oficialmente. Ya hemos visto como, en Granada, Falange, «Escuadra Negra» y otros movimientos de depuración actuaban en estrecha coordinación. ¿Por qué las autoridades españolas, si son verdaderamente ajenas a la muerte de Lorca, tardaron doce años en disculparse? Por otra parte, ¿cómo no comprender toda la ambigüedad criminal que hay en la respuesta dada en octubre de 1936 por el gobernador civil de Granada a una carta del escritor inglés H. G. Wells que, en nombre del PEN Club, preguntaba si se había fusilado o no al poeta: «Ignoro el lugar donde se encuentra don Federico García Lorca?»

Pero dejemos aquí toda polémica. Estas páginas tienen únicamente por objeto exponer los elementos rigurosamente auténticos que hemos podido reunir en Granada, y estos elementos son, en nuestra opinión, explícitos...

Acompañado por Miguel Rosales, que volvió rápidamente al domicilio familiar, Federico fué primero conducido bajo buena escolta —Ramón Ruiz Alonso y dos acólitos: Tres Castro y García Lis— a la comisaría de policía vecina, en la calle de la Duquesa. Allí permaneció poco tiempo. Los García Lorca eran personalidades demasiado importantes en Granada para que un comisario de barrio osara asumir la responsabilidad de detener sin órdenes a una de ellas. El comisario declaró su incompetencia. Sólo el gobernador civil, el comandante Valdés, podía decidir la suerte del poeta.

De la comisaría, el ex diputado a Cortes y su séquito condujeron a Federico al gobierno civil, situado un poco más lejos en la misma calle. Ya he explicado cómo, desde el primer día de la represión, la mayoría de los sospechosos detenidos por los comités de depuración eran conducidos al gobierno civil antes de ser «juzgados» por el comandante Valdés. En una de estas salas llenas de una multitud inquieta e implorante abandonaron los esbirros a Federico. Se ha hablado a veces de que el poeta hubo de sufrir torturas. No lo creo. Pero su suplicio moral debió ser terrible, pues parece imposible que en medio de tanta miseria e incertidumbre no brillara alguna luz de esperanza en el corazón confiado del poeta del amor, del poeta-niño.

Pero las horas pasaban. Al calor asfixiante del mediodía sucedió el frescor de la incomparable noche granadina. Mas para aquellos seres aplastados, embrutecidos por la espera, nada contaba. Los que entonces vieron a Federico me dijeron más tarde que en aquellos momentos apenas le reconocieron (2). Tan anónimo como la muchedumbre que le rodeaba, el

(2) Esta fué en particular la impresión de un joven barbero de la ciudad, Benet, que por orden de la señora de Rosales fué a llevarle una manta para la noche, víveres y tabaco.

## COMO FUE ASESINADO FEDERICO GARCIA LORCA

poeta ya no era más que un preso semejante a todos los demás, un detenido mudo, vencido, un poco arisco, que esperaba tuvieran a bien comunicarle su sentencia de muerte.

Cuando, al caer la noche, su nombre resonó en la sala y le arrastraron ante la autoridad suprema de la ciudad, ¿encontró el poeta a pesar de todo la fuerza de defenderse y de gritar su inocencia? Lo que esta entrevista fué sigue siendo un misterio. Ningún testigo asistió a la escena y la única persona que habría podido informarnos, el comandante Valdés, se ha llevado su secreto a la tumba (3). Lo único que sabemos es que la condena fué verdaderamente fulminante puesto que unos instantes después Federico, esposado, era trasladado a otra sala, la sala puesta por el comandante Valdés a disposición del capitán Nestares, su verdugo, adonde éste venía a recoger a sus víctimas.

No se le vió «caminar entre fusiles», como escribiera en un poema admirable aquel que fué su maestro y amigo: Antonio Machado. Cargado en plena noche en un coche del gobierno civil, los mercenarios a las órdenes de Nestares se llevaron al poeta a toda velocidad.

\*  
\*\*

Dos lugares de los alrededores de Granada comparten el triste privilegio de haber visto asesinar a los hombres de la ciudad: el cementerio, situado sobre una colina, no lejos de la Silla del Moro, donde descansan de ocho a nueve mil fusilados, y Viznar, un pueblecito miserable, construido en una escarpadura de la sierra del mismo nombre, a una decena de kilómetros de la ciudad; Viznar en cuyo «barranco» debe haber un poco más de un millar de muertos...

Viznar fué el lugar adonde en aquella trágica noche del 19 de agosto el coche del gobierno civil condujo a Federico. Un poco apartada del pueblo, sobre un antiguo molino probablemente de origen árabe, se eleva una construcción sin estilo, de aspecto moderno: la Colonia. Lugar de cita para los falangistas antes de la sublevación, la Colonia se convirtió a partir de ésta en prisión. Todos los días, todas las noches, llegaban pequeños grupos de presos condenados a muerte por el comandante Valdés; al alba, eran arrastrados hasta el pequeño barranco y fusilados. Las tumbas, poco profundas, las excavaban otros presos, guardados con esta intención en el sótano de la casa y más tarde ejecutados también. Federico pasó en la Colonia sus últimas horas. ¿Conservó durante esta breve detención la esperanza de que sus amigos, avisados quizá, intervendrían en su favor? De los que fueron sus compañeros en aquellos instantes no queda nadie.

Pero aquella misma noche la noticia de la detención del poeta se había extendido como la pólvora por toda Granada. De vuelta a su casa, Luis Rosales, puesto al corriente de la situación, multiplicaba las gestiones en el gobierno civil. Tres de sus camaradas, falangistas de la primera hora y amigos de Lorca, Cecilio Cirre, Leopoldo Martínez y Adolfo Claravana, le acompañaban. ¡En vano! Sólo encontraron a un coronel de la Guardia civil, que se contentó con registrar su declaración, y a Ruiz Alonso, que

---

(3) Valdés murió en 1938, roído por una enfermedad venérea. Se dió su nombre a una calle de Granada, pero los granadinos, por desprecio, siguen utilizando el nombre antiguo.

descubierto y amenazado por Luis Rosales, se apresuró a eclipsarse. En cambio, no pudieron llegar hasta el comandante Valdés. Este, aislado en una de las salas, continuaba «juzgando», protegido por una guardia pretoriana. Un solo hombre habría podido pasar sin salvo-conducto el cordón de guardias: José Rosales, otro señor todopoderoso de la ciudad. Pero José no aparecía por ningún lado. Y, además, ¿habría podido su intervención hacer cambiar a Valdés de decisión? Este tenía poca costumbre de indultar a un condenado, aunque el condenado fuera el más grande artista de toda España...

Al amanecer, en compañía de unos cuantos detenidos, Federico subió por el camino polvoriento que corre junto al cauce pedregoso de un río casi seco. El «camino de la fuente», tal es el nombre que las almas sencillas de Viznar han dado a este sendero árido que conduce efectivamente a una fuente de nombre no menos evocador: la «fuente de Aynadamar», es decir, en árabe, la fuente de las lágrimas...

El camino de la fuente... Por última vez, mientras caminaba hacia la muerte, el poeta pudo contemplar, en la luz violeta de la mañana, un paisaje muy cercano a su corazón: a la izquierda, dominada por la sierra, completamente azul a estas horas, la vega, semejante a un mar tranquilo, y a lo lejos, pasado Santa Fe, la masa oscura de los chopos tras los cuales se oculta Fuente Vaqueros, el pueblo natal del poeta. Un poco más cerca, en el centro de la llanura, el Genil que estira entre los árboles su dorso brillante de serpiente de agua... Más cerca aún, casi a sus pies, las suaves colinas, los olivos...

**El campo  
de olivos  
se abre y se cierra  
como un abanico...**

Pero a la derecha, cuando vuelve los ojos, es una visión de horror. ¡El barranco! La inmensa grieta roja y pelada, sin un árbol, sin una flor, sobre la cual se abren los pozos. ¡Los pozos! ¡Las fosas! Las tumbas, si puede llamarse tumbas a estos cerretes de tierra rojiza que apenas recubren la fila interminable de los cuerpos martirizados.

Lo que fué el suplicio del poeta, el suplicio de todos los fusilados de Viznar, es un tema del que en Granada sólo se habla con mucha discreción. Son demasiadas las atrocidades, los insultos a la dignidad humana, que se ocultan bajo este nombre: Viznar, para que los granadinos consientan en informar a un extranjero curioso.

No obstante, una noche, cuando ya desesperaba de llegar a conocer la verdad, ésta me fué al fin revelada. Era en una de esas tabernas con olor a aceite y a mariscos que constituyen el encanto del Albaicín. Toda la noche la habíamos pasado, varios andaluces conocidos casualmente y yo, recorriendo el barrio en busca de un «cantaor» y de un guitarrista que pudieran divertirnos. Hubimos de reconocer nuestro fracaso (...). Al fin, desalentados, entramos en la taberna y mis compañeros, sentados ante una copa de anís y las tradicionales tapas, comenzaron de nuevo la eterna discusión política sin la cual cualquier conversación andaluza es inconcebible. Aquella misma mañana habían detenido en Barcelona a unos cuantos sindicalistas y los periódicos decían que serían pasados por las armas. Mis compañeros estaban exasperados. Comprendí que podía hablar y, relacionando los fusilamientos de Barcelona con los de Granada, me atreví a lanzar el nombre de Federico García Lorca. Y añadí: Viznar. La discu-

## COMO FUE ASESINADO FEDERICO GARCIA LORCA

sión se interrumpió bruscamente. Mis compañeros bajaron los ojos y sus rostros parecían inmóviles.

—Escuche —me dijo uno de ellos—, no debe usted hablar de Viznar. Porque Viznar es la vergüenza de todos los granadinos.

Y el hombre añadió:

—Yo estuve en Viznar... Yo los vi en Viznar. ¡Ay, señor, nunca olvidaré lo que hicieron esas gentes!

¡Esas gentes! Así es como he oído designar en toda Granada a los verdugos de Nestares, como si no fueran españoles, como si no fueran granadinos. Hubo un pesado silencio y el hombre prosiguió:

—Le han hablado a usted del barranco, ¿no es verdad? Quizá le hayan dicho que allí eran los propios presos los que debían cavar las tumbas. Y nada más, ¿verdad? Los que usted ha preguntado se han callado porque tienen miedo y no quieren pensar más en ello, aunque el remordimiento les tortura. ¡Pues escuche! Cuando habían excavado sus tumbas —generalmente de noche, a la luz de los faros—, conducían a los presos ante un cura falangista que les confesaba, a los que lo querían. Junto al cura estaba el cura del pueblo, un buen hombre, al que aquellas escenas aterraban, pero que se veía obligado a ayudar a su superior. Terminada la confesión, se les quitaba a los presos las esposas y se les obligaba a levantar los brazos por encima de la cabeza; entonces llegaba la orden fatal: «¡Correr!», gritaban los verdugos. En tal momento, a espaldas de los desgraciados, los ejecutores levantaban sus revólveres y se oían las dos detonaciones secas que destrozaban las nuca... Cuando los cuerpos caían mal, por ejemplo hacia atrás, les empujaban a puntapiés hasta los pozos. Así es como se moría en Viznar, señor.

El hombre se calló y añadió después:

—Hace unos cuantos años, el trazado de las fosas era aún visible; se tocaban unas a otras. Después han querido ocultar el crimen. Han plantado pinos y han labrado el suelo en ciertos sitios. Ahora, los cuerpos han acabado de pudrirse en el fondo de los pozos y la tierra se ha ido hundiendo lentamente sobre ellos. Pronto no quedará nada en Viznar y entonces podrán fabricar su leyenda, gritar que es mentira, decir que todas aquellas matanzas fueron sólo un invento de los «rojos», como nos llaman a todos aquí, a nosotros que no consentimos en ser cobardes...

Y el hombre añadió:

—Por lo que se refiere a Federico, puedo decirle, señor, hasta donde llevaron su audacia sus verdugos. Dos días después de asesinarle, vinieron a vender en el café más grande de Granada, el «Imperial», su estilográfica y su medalla. Sabe usted, la medalla de oro que le regalaron sus amigos cubanos cuando estuvo allí, tres o cuatro años antes de la guerra.

Claude COUFFON

## CRITICA DE LIBROS Y REVISTAS

W. L. Shirer

### “Le troisième Reich des origines à sa chute”

Editions Stock, Paris 1961

W. L. Shirer, corresponsal de prensa norteamericano en Berlín durante el ascenso y la llegada al poder del nazismo en Alemania, ha escrito un voluminoso libro sobre el hitlerismo, apasionante y decepcionante al mismo tiempo.

Apasionante porque se destaca entre la multitud de obras consagradas a este período de la historia por la amplitud de su documentación, en gran parte inédita. Shirer ha tenido acceso a numerosos documentos que ha sido el primero en utilizar públicamente. Por lo demás, no parece que su elección haya sido muy acertada; en este terreno, Shirer se ha guiado por dos consideraciones: aclarar mil pequeños detalles de la pequeña historia del III Reich, describir minuciosamente la historia militar del régimen hitleriano y especialmente de la segunda guerra mundial, poniendo así claramente en evidencia el alto grado de degeneración intelectual, sexual, moral y física que caracterizaba a los jefes del nazismo; por otra parte, Shirer nos ofrece un relato vivo, preciso y frecuentemente revelador del conjunto de la guerra de 1939-1945. Pero ni las depravaciones y los ridículos amores de Hitler, ni la pasión de Goering por

las joyas y los trenes eléctricos, ni el salvajismo obsesionante de Himmler han podido determinar el curso de la historia. La lectura del segundo tomo, enteramente centrado en la historia militar de la guerra mundial, es una gran decepción: raras informaciones sobre la economía de guerra nazi y solamente de pasada acerca de los campos de concentración; ningún análisis de la actitud de las diversas capas sociales con respecto a Hitler, a medida que éste se hunde progresivamente en el caos; en cambio nos encontramos innumerables páginas completamente fútiles acerca de los casos de conciencia de los generales del alto mando y de su pseudooposición, cada día aplazada para el siguiente; Shirer no tiene tampoco ninguna explicación que darnos acerca del inmenso conflicto de intereses que fué la guerra, choque entre imperialismos ahitos e imperialismos hambrientos, en más de una ocasión dispuestos a entenderse a costa de la U.R.S.S.

La obra es decepcionante porque Shirer jamás explica nada a fondo. Ordena bien, con un talento evidente de periodista, los materiales de que dispone, pero en el fondo saca muy poco partido de ellos. Jamás intenta Shirer analizar cómo

el partido nazi se transformó de un grupo de siete miembros, tres de ellos locos, en una organización de masa, capaz de destruir el Partido Socialista y el Partido Comunista en beneficio del gran capital.

Este ejemplo —podríamos elegir una veintena de ellos— nos muestra la parte débil del libro: si bien nos suministra precisiones o retoques interesantes acerca de diversas cuestiones, no nos permite responder a ninguno de los problemas que plantea la ascensión rápida y la instalación del hitlerismo en Alemania.

Sin embargo, el profundo conocimiento de los acontecimientos que posee Shirer hace que éste trate algunas cuestiones de fondo. Así, a propósito del hundimiento de los socialdemócratas y de los comunistas afirma: «No podemos decir que sucumbieron combatiendo». Acerca de la táctica del P.C. escribe: «Los comunistas, a petición de Moscú, consagraron todos sus esfuerzos a la estúpida tarea de destruir primero a los socialdemócratas». Lo que dice acerca de los socialdemócratas es, tratándose de un historiador liberal, particularmente sabroso:

«Catorce años de participación en la política de la República, catorce años pasados aceptando todos los compromisos necesarios para mantener los gobiernos de coalición habían minado la fuerza y el ardor de los socialdemócratas, de tal forma que su partido apenas si era ya otra cosa que un grupo de presión oportunista, decidido a regatear condiciones para los sindicatos... Carecían de espíritu de decisión... Era un partido cansado, derrotista, dominado por hombres de edad, animados de buenas intenciones, pero mediocres en su mayoría... Eran... demasiado maniobreros, demasiado tímidos... como lo demostraron con su incapacidad de reaccionar cuando Von Papen envió un pelotón de sol-

dados para destruir el gobierno constitucional de Prusia.»

Pero Shirer no va más allá de este análisis psicológico, y a esto se reducen sus intentos de explicación, por otra parte raros, del nazismo, pues el autor se siente débil en este terreno. Una vez cumplida la tarea de presentarnos a Fichte, Wagner y Nietzsche como los padres espirituales del nazismo, se contenta con referirse, dudando aquí y allá, a la responsabilidad colectiva del pueblo alemán. A veces se inclina por la responsabilidad colectiva, y a continuación señala que, pese al terror y al asesinato, el movimiento nazi perdió numerosos votos en las últimas elecciones legales, que Hitler llegó al poder «por la puerta trasera, gracias a sórdidas negociaciones políticas con los reaccionarios de la antigua escuela», y, finalmente, ve que era el arma de los patronos: «Los grandes hombres de negocios, apaciguados por la promesa de que el nuevo gobierno iba a reducir a los trabajadores organizados y a permitir al gran capital realizar los negocios a su guisa, fueron requeridos para suministrar los fondos». ¿Responsabilidad colectiva o no? En realidad Shirer no sabe qué responder a esta pregunta. Todo su libro es así. Como buen liberal norteamericano —muy inferior a los historiadores liberales franceses, todos ellos más o menos influidos por los métodos marxistas de análisis—, Shirer ignora la lucha de clases y los fundamentos del análisis marxista, integrados, sin embargo, actualmente a la ciencia histórica. Incapaz de comprender que el fascismo es el último, bárbaro y costoso medio de defensa de un capitalismo en crisis, Shirer se ahoga en las consideraciones psicológicas, las indignaciones morales, las intrigas mediocres, las historias de cancillerías y los chismes diplomáticos.

D. S.

## Los últimos escritos de Andrzej Stawar

Ediciones Kultura, París 1961

**A**NDRZEJ Stawar, nacido en 1900 en el seno de una familia de campesinos pobres, ingresó en el Partido Comunista polaco hacia 1920. Sin descuidar sus actividades políticas, se convirtió pronto en uno de los críticos literarios más eminentes de su país. Marxista convencido y consecuente, después de 1930 entró en conflicto con la política rusa. En el momento de los grandes procesos de Moscú, abandonó su partido.

Después de la guerra y de la toma del poder por los comunistas polacos, Stawar no ingresó en el nuevo partido comunista. Mientras los cuadros de este partido se engrosaban con elementos arrivistas, ajenos al movimiento obrero y al pensamiento marxista, Stawar, uno de los más profundos y brillantes marxistas polacos, no ejerció actividad alguna en el seno del nuevo régimen. Más tarde, se mantuvo al margen de las corrientes «revisionistas» que se manifestaron en Polonia antes y durante la revolución de octubre de 1956.

Durante los primeros años de la postguerra, Stawar observó un silencio completo, un silencio impuesto tanto por las circunstancias como por su propia actitud. En realidad no reapareció hasta 1955 con una serie de estudios literarios brillantes que le valieron el primer puesto entre los críticos marxistas polacos.

En la primavera de 1961, Stawar, enfermo ya, hizo un viaje a París, en

donde se puso en contacto con «Kultura», importante revista mensual de emigrados polacos de tendencia progresista y examinó la posibilidad de que fueran publicados por dicha revista algunos de sus escritos. El volumen proyectado tenía que englobar tanto algunos de sus ensayos escritos antes de la guerra como ciertos textos escritos posteriormente en París. Estos últimos textos son los de un hombre moribundo que luchaba en vano contra unos sufrimientos físicos que iban agravándose de día en día.

Stawar murió en un hospital de Saint-Germain-en-Laye (alrededores de París) en agosto de 1961. Los dirigentes comunistas polacos hicieron trasladar sus restos mortales a Varsovia, en donde se organizaron solemnes funerales con todos los honores militares. La prensa literaria de Varsovia presentó a Stawar como «un gran pensador marxista». Unos días después, «Kultura» publicó en París el libro de Stawar bajo el título «Los últimos escritos de Andrzej Stawar».

El libro de Stawar no es de los que se leen fácilmente. Una inteligencia rara, conocimientos filosóficos, históricos, económicos y literarios admirablemente profundos y un dominio absoluto del tema encuentran su expresión en un estilo difícil, en formulaciones demasiado sintéticas, que suponen en el lector no solamente un conocimiento profundo del tema, sino también la capacidad de reconstruir toda una parte del razonamiento sobreentendido



en el texto. El libro de Stawar es seco, su análisis metódico y frío; pero todo ello queda aligerado por una ironía acerada, que parece destinada a ocultar la indignación moral.

Stawar es un marxista convencido. Para él, el marxismo representa un método susceptible de ordenar y de explicar los hechos sociales. Esta doctrina, dice Stawar, permite «comprender muchas cosas y, lo que es más importante todavía, coordinar los acontecimientos que, de otro modo, se disolverían en una masa incoherente de azares». Al mismo tiempo, Stawar invoca el célebre «dubitare» de Marx. «La duda regular —afirma el autor— es el medio más importante de reforzar la doctrina».

Esto determina su actitud contra la ideología oficial rusa. «La teoría expuesta por los filósofos oficiales se presenta así: no son los razonamientos y los postulados abstractos los que constituyen la fuente de las concepciones teóricas; lo que cuenta en el momento actual son los actos del gobierno, las ordenanzas, cartas y circulares del secretario general y de los organismos del gobierno y del partido dirigidos por él... Así, todo trabajo teórico sólo tiene razón de ser si justifica la práctica gubernamental, comprendiendo incluso los virajes tácticos ligados a las necesidades del momento». Dicho en otros términos: «El marxismo es reemplazado por una especie de pragmatismo administrativo que se sirve de la terminología social marxista. De este modo, el marxismo, doctrina crítica de espíritu científico, se transforma lentamente en una colección de fórmulas petrificadas y de dogmas que son científicamente tan fuertes como la teoría de la infalibilidad del Papa».

Stawar, rechazando el «pragmatismo administrativo», aplica a los fenómenos un análisis marxista riguroso. A título de ejemplo, veamos

su polémica contra ciertos glorificadores de Lenin: «Nadie puede negar el papel enorme de Lenin en la revolución, pero allí donde se trata de un movimiento de fuerzas sociales, del nacimiento de toda una formación social que engloba a millones de hombres, es imposible para un marxista admitir que un individuo, por importante que sea, pueda decidir del desarrollo del proceso social». Y más lejos: «Semejante simbolización de los movimientos sociales por personalidades no puede conciliarse, en manera alguna, con el marxismo. Ella representa, por el contrario, un rasgo característico de esa corriente del pensamiento europeo que había expresado de la manera más clara Carlyle en su teoría de los héroes.»

Del mismo modo que se niega a deificar a Lenin —por el que sin embargo siente la más viva simpatía—, se niega a diabolizar a Stalin, al que, por cierto, todo le opone. «No hay razón alguna para suponer que Stalin fué un tipo particularmente patológico», dice. En el dominio personal, psicológico, Stawar procede, pues, a la explicación del «Casrenwahnnsin» staliniano por las circunstancias y el clima de la «corte del Kremlin». Pero —y esto es mucho más importante—, encontramos en su libro un ensayo marxista muy serio para explicar tanto el stalinismo como la «desestalinización». Mucho antes del XX Congreso y de las débiles críticas de un Togliatti, Stawar se niega a caer en esa simplificación dudosa que consiste en explicar los males sociales a través de la «maldad» de un hombre. En lugar de eso, Stawar efectúa un análisis de los procesos sociales y económicos, de los acontecimientos internacionales, de la formación y del crecimiento de la burocracia rusa, etc.

Para explicar la «desestalinización» emplea el mismo método. Stawar discierne dos razones principa-

les que debían poner fin al régimen de terror. En primer lugar invoca la resistencia creciente de los «hombres del poder». El historiador futuro —dice Stawar— tendrá que determinar, por medio de elementos estadísticos, el tiempo medio durante el cual los dignatarios rusos permanecían en el poder antes de afrontar la caída violenta, la prisión perpetua o la pena de muerte. Se verá entonces que esta media era extraordinariamente corta. El segundo argumento se refiere a la política demográfica. En Auschwitz, la media de vida de un preso era calculada en tres meses. La media de vida en los campos rusos, que no se consideraban como campos de exterminación, ha sido calculada en cuatro años. Procediendo a un cálculo aproximado, Stawar llega a la conclusión que, en la Rusia de Stalin, la vida de diez a doce millones de seres fué abreviada de ese modo. Semejante sistema en materia de población no podía ser mantenido a la larga.

Stawar analiza con el mismo espíritu, y siguiendo el mismo método, problemas como el bonapartismo y el fascismo, la burocracia rusa, la literatura soviética, etc. Al

tratar cada uno de estos problemas da pruebas de una inteligencia penetrante, de un espíritu crítico y de una erudición extraordinarios. Sin embargo, no hay en su libro conclusiones, proposiciones precisas que sirvan de remedio al mal que ve y que denuncia. Es posible que Stawar no haya tenido el tiempo necesario para escribir esta parte positiva y constructiva. Pero no hay que descartar que haya querido permanecer en el marco del análisis histórico. De todos modos, todo lo que se puede sacar de este libro notable a ese respecto es una sugestión muy vaga relativa a la reforma del sistema burocrático de la U.R.S.S. y a la «formación administrativa» de la población con vistas a llegar a una economía sana, a una gestión normal de los asuntos públicos. Según Stawar, hay en Rusia experiencias en ese sentido, que no pueden ser utilizadas en el momento actual, teniendo en cuenta la «eliminación total del pensamiento crítico de la vida de la comunidad. Toda racionalización en este dominio exige una ruptura con el monopolio del poder y una admisión, aunque sólo fuera parcial, de las ideas divergentes».

A. M.

## DOCUMENTOS

# Fidel Castro se levanta contra la burocracia y los métodos stalinistas

**H**ACE unos meses se inició en Cuba el proceso de constitución de un partido único, el Partido Unido de la Revolución Socialista (P.U.R.S.). Las fuerzas que deben integrarlo son, esencialmente, el Movimiento del 26 de Junio, el Directorio Revolucionario y el Partido Socialista Popular (comunista).

Sin embargo, antes de llegar a la constitución definitiva del P.U.R.S. se creyó necesario pasar por una etapa previa que permitiese integrar las diversas fuerzas con mayor facilidad. Así nacieron las O.R.I. (Organizaciones Revolucionarias Integradas) que funcionan actualmente.

No es éste el momento de analizar las razones de orden interno e internacional que determinaron este proceso de creación de un partido único. La decisión nos pareció equivocada. Los peligros que encierra la creación de un partido único no son ni mucho menos imaginarios y tienen nombres precisos: liquidación, por falta de oposición constructiva, de las bases esenciales de la democracia socialista, burocratización extrema en ausencia del control de las masas, autoritarismo, monopolio del poder, que pasa fatalmente a manos de una casta. Por lo demás, cuando en la formación de un partido único intervienen los partidos comunistas de formación staliniana, los peligros son aún mayores. Generalmente se va a la liquidación sistemática de todos cuantos se oponen a la constitución de un poder burocrático, y a la supremacía absoluta del aparato dirigente sobre la clase obrera.

Esta manera de apreciar la nocividad del partido único, de la mentalidad y los métodos burocráticos que engendra, no es nueva. Para muchos militantes del obrero español data de la experiencia de la Revolución de 1936 en nuestro país. Pero, precisamente por ser vieja, se nos había objetado a veces que ya no correspondía a la realidad porque la evolución de la propia U.R.S.S., después de la muerte de Stalin, había influido fuertemente sobre los partidos comunistas del resto del mundo.

Cuando se planteó en Cuba el proyecto de crear el partido único de la revolución y surgieron las O.R.I., estábamos convencidos de que se iniciaba la lucha por el poder en el seno mismo de la nueva organización, que los stalinistas iban a tratar de controlar valiéndose de los métodos utilizados en otros países. Es muy posible, pensábamos, que Castro y los componentes del Movimiento 26 de Junio, faltos en general de experiencia en este terreno, sean desbordados y desplazados, que el poder real pase a manos de los núcleos stalinianos. Pero en el fondo abrigábamos la leve

esperanza de que quizá, después de los XX y XXII congresos del P.C. de la U.R.S.S. y de las violentas requisitorias que en ellos se pronunciaron contra Stalin, ciertos métodos podían haber cambiado.

La realidad confirma que no ha sido así, por lo menos en Cuba. Será preciso esperar que surjan nuevas generaciones de comunistas, con otros hábitos y otra formación política, que en la U.R.S.S. se produzcan cambios más profundos y, sobre todo, que fuerzas socialistas triunfen en otros países para que desaparezcan definitivamente unos procedimientos que tanto daño han causado al movimiento obrero internacional.

En cambio comprobamos con gran satisfacción que, contrariamente a lo que temíamos, Castro y sus partidarios no han sido desbordados por los stalinistas, ni se han prestado a hacerles el juego. Pero a juzgar por su brutal reacción, el peligro ha debido ser inmenso. Tanto más si se tiene en cuenta que Cuba se halla en una situación internacional muy difícil y puede considerarse como una fortaleza sitiada. Pues bien, aun a riesgo de dar argumentos a sus múltiples enemigos del exterior, Castro no ha vacilado, en una serie de importantes discursos —que la prensa mundial tanto capitalista como jruschevista se ha guardado muy bien de reproducir, salvo en raras excepciones— en denunciar los métodos utilizados por un sector stalinista como absolutamente contrarios a los intereses y a las aspiraciones de los trabajadores. Con gran lucidez y una cantidad impresionante de detalles, Fidel Castro ha denunciado todo el sistema montado por los stalinistas para acaparar la dirección de las O.R.I. y del Estado. Ciertamente, Castro no ha atacado a toda una organización, sino a algunos hombres de la misma. Pero los métodos denunciados por él son los tradicionales de un sistema, de una mentalidad y, en este sentido, no cabe la menor duda que combate las concepciones básicas del stalinismo que, desgraciadamente tienen aún raíces profundas.

La experiencia de la marcha hacia el partido único en Cuba es de un valor inestimable pues no se trata de especulaciones puramente teóricas, sino del análisis de realidades vivas que mañana pueden repetirse en otros países.

Los discursos de Castro son en general bastante largos y no podemos reproducirlos por completo por falta de espacio. Hoy nos limitamos a dar extensos párrafos de los que pronunció en La Habana el 13 y el 24 de marzo del año en curso. Aunque datan de algunos meses, su contenido es de gran actualidad, sobre todo para los trabajadores y los jóvenes militantes españoles, que siguen con tanto interés el desarrollo de la experiencia cubana. Todos los párrafos reproducidos corresponden exactamente al texto original. Sólo hemos suprimido los pasajes si no secundarios —en estos discursos cada frase tiene un profundo sentido—, por lo menos de importancia más limitada.

Digamos para terminar, que, en estos discursos, Fidel Castro no solamente combate los métodos stalinistas, sino también todas las deformaciones que suelen producirse en todos los procesos revolucionarios. En este sentido, las críticas del dirigente revolucionario cubano tienen un valor general y merecen ser meditadas con la máxima atención.

L. R.

## Discurso ante los estudiantes de la Universidad de la Habana (13 de Marzo)

Esta es una ocasión doblemente importante para nosotros. Primero porque recordamos una fecha histórica, singularmente importante en el proceso revolucionario; y segundo porque nos reunimos con los jóvenes, nos reunimos con los estudiantes.

### **AQUI ESTAMOS CONMEMORANDO ESTE ANIVERSARIO CON UNA JUVENTUD QUE SURGE Y SE DESARROLLA EN MEDIO DE LA REVOLUCION**

¿Y qué juventud queremos? ¿Queremos acaso, una juventud que simplemente se concrete a oír y a repetir? ¡No! Queremos una juventud que piense. ¿Una juventud, acaso, que sea revolucionaria por imitarnos a nosotros? ¡No! ¡Una juventud que aprenda por sí misma a ser revolucionaria...! Una juventud que se convenza a sí misma, una juventud que desarrolle plenamente su pensamiento.

¿Y por qué creemos que se desarrollará esta juventud revolucionariamente? Sencillamente, porque tiene todas las condiciones para lograrlo, tiene todas las condiciones que le permitirán desarrollarse revolucionariamente, pensar y actuar revolucionariamente. No decimos que el ejemplo no valga; el ejemplo influye, el ejemplo vale. Pero más aún que la influencia, que el ejemplo, vale la propia convicción, vale el pensamiento propio. Y sabemos que esta juventud será revolucionaria, sencillamente porque creemos en la Revolución, porque tenemos fe en las ideas revolucionarias, y porque sabemos que esas ideas se ganarán el pensamiento y se ganarán el corazón de esta juventud.

¿Y a qué viene este preámbulo? ¿De qué vamos a hablar nosotros hoy? Nosotros queremos sencillamente hablar de los jóvenes a los jóvenes. Y este preámbulo tiene algo que ver con lo que voy a exponer aquí esta noche, y que los jóvenes deben analizar. Yo voy a hacer una crítica aquí esta noche a un hecho que parece incidental, y, sin embargo, debemos criticar y analizar, y vamos a analizarlo públicamente.

He aquí que en esta noche se presenta un caso, un ejemplo que nos ha de servir de lección y nos ha de servir para hacer un análisis revolucionario.

El compañero que actuó como maestro de ceremonias leyó al principio de este acto una serie de documentos, algunas palabras, algunos escritos, y, entre ellos, leyó el testamento del compañero José Antonio Echeverría. Y nosotros, mientras él leía, íbamos leyendo también el testamento en la última página de un folleto que nos habían entregado, íbamos leyendo mecánicamente... «Testamento Político de José Antonio Echeverría al Pueblo de Cuba»... Y comenzó a leerlo. Leyó el primer párrafo, leyó el segundo párrafo, comenzó a leer el tercer párrafo y cuando estaba al final del tercer párrafo, notamos que saltó al cuarto párrafo, dejando de leer tres líneas. Compañeros, no se apresuren a formar juicio, ni siquiera a echarle la culpa al compañero. Por curiosidad fuimos a leer la parte que él

había saltado y vimos que dice... voy a leer el tercer párrafo: «Nuestro compromiso con el pueblo de Cuba quedó fijado en la Carta de México, que unió a la juventud en una conducta y en una actuación; pero las circunstancias necesarias para que la parte estudiantil realizara el papel a ella asignado no se dieron oportunamente, obligándonos a aplazar el cumplimiento de nuestro compromiso»... Y ahí salta... «Si caemos, que nuestra sangre»... y leo las tres líneas que decían: «Creemos que ha llegado el momento de cumplir. Confiamos en que la pureza de nuestras intenciones nos traiga el favor de Dios, para lograr el imperio de la justicia en nuestra Patria».

Presten atención que esto es muy interesante. No aplaudan. Yo pienso: «¡Caramba, qué casualidad! ¿Se habrán omitido de manera intencional estas tres líneas? Me quedo con esa duda, y le pregunto al compañero, cuando termina de leer, quién le había dado los papeles, quién había preparado eso». Y me dice: «A la entrada me dieron instrucciones. Yo dije que iba a leer esto y me dijeron que quitara estas tres líneas».

**«¿SEREMOS TAN COBARDES, COMPAÑEROS, QUE VENGAMOS AQUÍ A LEER EL TESTAMENTO DE JOSÉ ANTONIO ECHEVERRÍA Y TENGAMOS LA MISERIA MORAL DE SUPRIMIR TRES LINEAS?»**

¿Será posible, compañeros?! Vamos a hacer un análisis ¿Seremos nosotros, compañeros, seremos tan cobardes y tan mancos mentales que vengamos aquí a leer el testamento de José Antonio Echeverría y tengamos la cobardía, la miseria moral, de suprimir tres líneas? (Aplausos). ¿Sencillo porque esas líneas hayan sido expresión, bien formal de un modismo, o bien de una convicción, que a nosotros no nos toca analizar, del compañero José Antonio Echeverría? ¿Vamos a truncar lo que escribió? ¿Vamos a truncar lo que creyó? ¿Y vamos a sentirnos aplastados por lo que pensó, por lo que haya creído en cuanto a religión? ¿Qué clase de confianza es ésa en las ideas propias? ¿Qué clase de concepto es ése de la Historia? Y ¿cómo concebir la Historia de manera tan miserable? ¿Cómo concebir la Historia como una cosa muerta, como una cosa putrefacta, como una piedra inmóvil? ¿Podrá llamarse «concepción dialéctica de la Historia» a semejante cobardía? ¿Podrá llamarse marxismo semejante manera de pensar? ¿Podrá llamarse socialismo semejante fraude? ¿Podrá llamarse comunismo semejante engaño? ¡No! Quien conciba la Historia como debe, quien conciba el marxismo como debe y lo comprenda y lo interprete y lo aplique a la Historia, no comete semejante estupidez. Porque con ese criterio (aplausos) habría que comenzar por suprimir todos los escritos de Carlos Manuel de Céspedes, que expresó el pensamiento de su tiempo, que expresó el pensamiento de su clase, que expresó el pensamiento revolucionario que correspondía a un momento en que los criollos, los representantes de la riqueza nacional, se rebelaron contra el yugo y la explotación de España. ¿Y qué ideas influían en aquellos hombres? Las ideas de la Revolución Francesa. Es decir: la de la Revolución burguesa. Y ¿qué ideas influyeron a los próceres de América? ¿Qué ideas influyeron en Bolívar? ¡Aquellas mismas ideas! ¿Qué ideas influyeron en Martí? ¿Qué ideas influyeron en Maceo? ¿Qué ideas influyeron en Máximo Gómez y los demás hombres de aquella gloriosa estirpe? ¿Qué ideas influyeron en nuestros poetas de aquel tiempo, representantes de la cultura cubana, raíz de nuestra historia, sino las ideas de aquel tiempo?

Entonces tendríamos que suprimir los libros de Martí porque Martí no fué marxista-leninista, porque Martí respondió al pensamiento revolucionario que había en nuestra Patria en aquella era. Si el marxismo-leninismo es la ideología de la clase obrera, cuando esa clase surge y toma conciencia de sí misma y se lanza a la lucha por su redención, ¿cómo podemos pedir que ése fuera el pensamiento, cuando la tarea que se le presentaba a un país, la tarea que se le presentaba a la América Latina en la hora de su independencia, y la tarea que se le presentaba a nuestra Patria eran tareas nacionales, tareas de otra índole, tareas de otro tipo, que correspondían al desarrollo de nuestra Patria en aquel momento dado?

## DISCURSO ANTE LOS ESTUDIANTES DE LA HABANA

Por ese camino habría que abolir el concepto revolucionario desde Espartaco hasta Martí. ¡Por esa concepción miope, sectaria, estúpida y manca, negadora de la Historia y negadora del marxismo, habría que caer en la negación de todos los valores, en la negación de toda la Historia, en la negación de nuestras propias raíces! ¡Cuando todo ese acervo de progreso humano, de esfuerzo humano, de sacrificio humano debemos recogerlo y acumularlo en la historia hermosa de la Patria y en la historia hermosa de una humanidad que progresa, que ha venido progresando desde el principio, y que sigue progresando, y que seguirá progresando cada vez más!

Por ese camino llegaremos a la situación de creernos nosotros ultrarrevolucionarios y creer que hemos hecho toda la historia de la Patria. ¡Olvidados de las decenas de miles de mambises que cayeron, olvidados de las decenas de miles de héroes que murieron en el camino, todos los cuales, en un grado o en otro, fueron jalonando ese camino, fueron haciendo la historia de la Patria y fueron creando las condiciones en virtud de las cuales nosotros, generación afortunada, tuvimos la oportunidad de llegar a las metas más altas! ¡Y ver cumplidos sueños que fueron sueños de generaciones de luchadores, que unas tras otras se sacrificaron, se inmolaron preparando el camino!

¡El invocar sus sentimientos religiosos —si esta frase fué expresión de ese sentimiento—, no le quita a José Antonio Echeverría nada de su heroísmo, nada de su grandeza, nada de su gloria, porque él es expresión del espíritu rebelde de la juventud universitaria, del espíritu generoso de aquella juventud, que por boca de uno de sus más valerosos dirigentes escribió tan sereno y desinteresado testamento! ¡Tan sereno y generoso testamento! ¡Como quien tuviera casi la certeza de que iba a morir!

Con esos esfuerzos, con esos sacrificios, con el conjunto de toda esa sangre generosa, de esa sangre rebelde, de esa sangre heroica, donde se mezcló el afán de libertad de todos los jóvenes, desde Mella hasta José Antonio Echeverría. ¡Con la sangre de Mella y con la sangre de José Antonio Echeverría y con la sangre de muchos como ellos se fué haciendo la historia de la Patria!

La grandeza de la Revolución es saber ir uniendo todo ese esfuerzo, toda esa sangre para hacer la Revolución y para llevarla adelante. ¿Cómo podemos nosotros pararnos ante nuestros enemigos con moral si recurrimos a esos trucos? ¿Se sabe que los contrarrevolucionarios han usado esa frase para tratar de presentar a José Antonio Echeverría como instrumento de su pensamiento? Es decir, del pensamiento de los contrarrevolucionarios que han tratado de utilizar esa frase para combatir a la Revolución, para combatir al marxismo. Que los contrarrevolucionarios, con la hipocresía y la endebles moral que los caracteriza, actúen en esa forma, se explica. Por esa razón nosotros, los revolucionarios, los marxistas, vayamos a suprimir esa frase, no se explica.

### «...LOS EXPLOTADORES, A LO LARGO DE TODA LA HISTORIA, HAN QUERIDO UTILIZAR LA RELIGION CONTRA LA REVOLUCION»

Se sabe que un revolucionario puede tener una creencia. Puede tenerla. La Revolución no obliga a todos los hombres, no penetra en su fuero interno, no excluye a los hombres. A todos los hombres que quieren a su Patria, a los hombres que quieran que en su Patria haya justicia, se ponga fin a la explotación, al abuso, a la odiosa dominación imperialista, no los obliga ni los hace desgraciados sencillamente porque alberguen alguna idea religiosa. Ya se sabe que los latifundistas, los explotadores, a lo largo de toda la historia han querido utilizar la religión contra la Revolución.

Y así está en la Declaración de La Habana: los paganos romanos —es decir: los patricios romanos que tenían su religión, que era la religión de la clase dominante— utilizaban su religión para perseguir a los cristianos, llevarlos a la hoguera y sacrificarlos en el circo. Y el cristianismo era la religión de los humildes, de los esclavos, de los pobres de Roma. Pasó el

tiempo, desapareció la esclavitud —es decir: aquel régimen esclavista—, vino un orden social nuevo —el feudalismo— y entonces los curas, los arzobispos, los papas, y aquellos señores, invocando la religión llevaban a la hoguera a los hombres de pensamiento revolucionario que se oponían al orden feudal. Los primeros filósofos y pensadores que expresaron el pensamiento de una clase que nacía eran llevados a la hoguera por los inquisidores.

Luego se estableció otro orden social: el capitalismo. Desarrolló el capitalismo y se convirtió en imperialismo, y entonces nos encontramos a los arzobispos anatematizando a las revoluciones proletarias y pidiendo el fusilamiento de los abanderados de la clase revolucionaria. Es decir: de los trabajadores. Y entonces, invocando la religión persiguen el pensamiento revolucionario.

Los latifundistas, y los esbirros y los criminales que vinieron a Playa Girón traían cuatro curas, y a uno de los cuatro curas o a dos, los tiraron en paracaídas, y habían venido por el camino diciendo misas. Siempre enarbolando sentimientos en los que no creen, porque ¿qué sentimiento religioso podía tener aquella manada de traidores, de explotadores y de esbirros? Posiblemente, jamás fueron a una iglesia la mayor parte de ellos. Sin embargo, estaban allí arrodillados delante del cura, cuando venían a asesinar campesinos y obreros, cuando venían a instaurar otra vez el imperio de las compañías americanas, de la explotación extranjera y del yugo de los latifundistas y de los explotadores de toda laya. ¡Y venían con un crucifijo en la mano!

Se sabe que esa es la actitud de los contrarrevolucionarios y tratan de arrastrar en esa actitud a gente creyente. Como no tienen ninguna bandera justa, no tienen ninguna causa que atraiga a las masas, tratan de acudir a las creencias religiosas, a las supersticiones, a lo que sea. Pero ¿qué culpa tiene de eso un buen católico, un católico sincero que sea miliciano, que esté con la Revolución, que esté contra el imperialismo, que esté contra el analfabetismo, que esté contra la explotación del hombre por el hombre, que esté contra todas las injusticias sociales? ¿Qué culpa tiene?

Ahora bien: nosotros hacemos un documento revolucionario, lo publicamos en varios idiomas, lo apoya todo el pueblo, vota por él más de un millón de ciudadanos que está allí; en la América Latina encuentra un extraordinario eco. ¿Qué decimos nosotros en él? Que en la lucha por la liberación nacional, en la lucha contra el imperialismo, deben unirse todos los elementos progresistas, todos los elementos patrióticos, y que en ese frente debe estar desde el católico sincero, que no tenga nada que ver con el imperialismo ni con el latifundismo hasta el viejo militante marxista. Declaramos eso a todo el mundo, y venimos aquí —con una cobardía que no tiene nombre— a quitar del testamento de un compañero la invocación que hizo del nombre de Dios. Mientras por un lado les decimos que tienen que unirse, y que si son patriotas y son revolucionarios, para luchar contra el imperialismo, y para luchar contra el latifundismo, y para luchar contra la explotación no es obstáculo ser creyente, ser cristiano, ser de cualquier religión, y que otro sea marxista, tenga su fe en la filosofía marxista, que eso no es obstáculo. ¡Y venimos ahora aquí con esa cobardía a suprimir una frase! No se puede pasar eso por alto, porque eso ¿qué es? Un síntoma, una corriente miserable, cobarde, mutilada, de quien no tiene fe en el marxismo, de quien no tiene fe en la Revolución, de quien no tiene fe en sus ideas.

Para que se acabe de apreciar con un ejemplo lo trágico de esta situación, es el caso que el compañero que ha recibido la orden de tachar las palabras es poeta, tiene este librito de versos, y entre sus versos está uno que dice: «Plegaria para el Dios anónimo». Empezó expresándome su creencia, y después me dijo que ahora tenía un complejo. Un compañero miliciano, un compañero maestro de ceremonias, un compañero integrado a la Revolución, y por el hecho de que un día escribió versos que hablaban de Dios tiene que vivir acomplejado. ¿Cómo no va a acomplejarse si llega



## DISCURSO ANTE LOS ESTUDIANTES DE LA HABANA

aquí y le dicen: quita esa palabra? ¿En qué se convierte la Revolución? En una coyunda. Y eso no es Revolución. ¿En qué se convierte la Revolución? En una escuela de domesticados. Y eso no es Revolución.

Y ¿qué tiene que ser la Revolución? La Revolución tiene que ser una escuela de revolucionarios, la Revolución tiene que ser una escuela de hombres valientes, la Revolución tiene que ser forja de caracteres y de hombres; la Revolución tiene que ser, ante todo, fe en sus propias ideas, aplicación de sus ideas a la realidad de la historia y a la realidad de la vida. La Revolución tiene que llevar a los hombres al estudio, a pensar, a analizar para tener convicción profunda, tan profunda que no haya de menester de trucos. Si hablamos de esto es porque creemos en nuestro pueblo, porque creemos en las ideas revolucionarias, porque sabemos que nuestro pueblo es revolucionario y porque sabemos que nuestro pueblo será cada día más revolucionario, porque creemos en el marxismo-leninismo, porque creemos que el marxismo-leninismo es una verdad incontestable.

Sencillamente por eso, porque tenemos fe en nuestras ideas y tenemos fe en nuestro pueblo, no somos tan cobardes para aceptar semejante cosa. Lo sentimos mucho por el autor de esto, pero debiera hacerse una buena autocritica.

### «SI HOY ESTAMOS EN ESTE ESCALON TAN ELEVADO DE LA HISTORIA Y DEL PENSAMIENTO REVOLUCIONARIO, ES PORQUE SE EMPEZO DESDE EL HUMILDE PRIMER ESCALON DE NUESTROS PRIMEROS PATRIOTAS»

¿Cómo nosotros, ante una generación nueva, ante una generación que empieza a estudiar, sedienta de aprender, sedienta de leer, sedienta de penetrar en el estudio de la Historia, sedienta de penetrar en el estudio del marxismo, vamos a ponerle unas orejeras tan grandes que no le permitamos ni leer completo un documento histórico de un compañero de la Revolución, de un compañero que, al igual que Martí, que Mella, que Maceo, que Guiterras, hizo la historia y fué construyendo, escalón por escalón, ese camino de la Patria? Sí. El primer escalón sería muy bajito, pero era el primer escalón. Y así, sobre el primero el segundo, y sobre el segundo el tercero. Así se ha ido construyendo la historia de la Patria.

¡Si hoy estamos en este escalón tan elevado de la historia y del pensamiento revolucionario, es porque se empezó desde el humilde primer escalón de nuestros primeros patriotas!

Aquí hay muchos que se creen más revolucionarios que nadie, y creen que la Revolución está en gritar, y creen que la Revolución está en decir: «izquierda, izquierda». No quiero hacerles ninguna crítica a los Jóvenes Rebeldes, desde luego, porque ellos han rectificado algunas de sus consignas. Por ejemplo, ellos decían: «somos socialistas, pa'lante y pa'lante, y al que no le guste que tome purgante». A mí no me gustaba, sinceramente, esa consigna porque no era positiva. La cambiaron: «somos socialistas, pa'lante y pa'lante, y al que no esté de acuerdo la mano levante». Esa consigna es positiva. Lo otro es presentar al marxismo como un purgante, «y al que no le guste que tome purgante». No está invitando a nadie a estudiar, no está invitando a nadie a convertirse al marxismo. Le dice: «te lo tragas si quieres y si no quieres; si no te gusta, toma purgante». ¿A quién van a conquistar con eso?

Creo que estamos ya crecidos y un poquito maduros, y podemos afrontar estos problemas para ir creando de verdad un espíritu revolucionario, pero no un espíritu de palabra ni de imposición. ¡Qué es eso! ¿Dónde, cuándo? ¿A quién se le ha impuesto aquí el marxismo? El pueblo se ha vuelto marxista por convicción propia; porque la misma Revolución se lo ha enseñado. Nadie se lo ha impuesto, señores.

Sin embargo, nosotros creemos que hay que crear más espíritu marxista, y en la juventud, sobre todo, hay que crear algo más que espíritu socialista. ¡Hay que crear espíritu comunista!

¿Qué ocurre muchas veces y que resulta deprimente? Se extrae un cuadro de los Jóvenes Rebeldes. Es un muchacho de conciencia desarrollada. Pero es soltero, y tiene 18 ó 17 ó hasta 16 años, y lo llevan a trabajar a un ministerio, donde existe una escala de sueldos en la que a él, en virtud de la plaza de responsabilidad que se le asigna, le corresponden quinientos pesos mensuales. ¿Se hacen revolucionarios de ese modo? ¿Se crea así el espíritu comunista? No. Y si más adelante se casa con una muchachita que a lo mejor tiene otro gran sueldo, entre los dos ganan unos mil pesos. Y ocurren muchos casos como éste.

¿Qué creamos con eso? Creamos un ciudadano que se acostumbra a recibir mucho más de lo que necesita, y la fórmula del socialismo es: «cada cual da según su capacidad y recibe según su trabajo». La fórmula clásica del comunismo es: «cada cual da según su capacidad y recibe según sus necesidades». Mal podremos hacer nosotros un comunista de ese joven retribuido muy por encima de sus necesidades. Otro caso sería si ese mismo joven tuviera siete hermanos, huérfanos de padre y madre, y él tuviera que sostener a toda la familia, y planteara su caso. Pero de otro modo ¿no corrompemos a ese joven? Bueno, si no lo corrompemos, ¿no lo acostumbramos a un ingreso mucho más allá del que necesita? Así no hacemos revolucionarios. Así no hacemos comunistas.

Hay que crear un espíritu más revolucionario ante el trabajo, ante los semejantes, ante todo el pueblo, ante la sociedad y ante la vida. Hay que hacerlo, y hay que hacerlo con los jóvenes.

Nosotros hemos tenido problemas. Se han aumentado sueldos, se les ha dado ingresos más que satisfactorios a ciertas categorías de técnicos, pero no se puede proceder lo mismo con los nuevos muchachos, los que alfabetizaron, ahora están en secundaria básica y más adelante pasarán a la preuniversitaria y hasta a la Universidad, y pronto se graduarán y hasta se habrán especializado en cirugía o en otra cosa —pero jóvenes todavía, con 22 ó 22 años— y acaso ya casado con una compañera que gana igual que él. Digamos ochocientos pesos cada uno. Es decir: ¡mil seiscientos pesos! ¿Es eso espíritu revolucionario?

**«...A TODOS, TODO LO QUE NECESITEN  
CON EL ESFUERZO DE TODOS»**

Me refiero a los que ahora empiezan. Pase si se trata de los ya graduados, e incluso los que todavía están en ese trámite universitario. Pero con toda esa generación, con estos sesenta mil becados, ¿vamos o no vamos a empezar a crear una actitud verdaderamente revolucionaria, una actitud más elevada, más generosa, y más revolucionaria ante la sociedad y ante la vida?

Estas son cosas que sinceramente nos preocupan, son cosas que sinceramente debemos comenzar a plantear y a resolver para hacer una sociedad nueva, una generación nueva, sin egoísmos, sin individualismos antisociales. La generación que va a vivir en la sociedad de la abundancia, donde se les va a poder brindar a todos todo lo que necesiten con el esfuerzo y el trabajo de todos.

Esta mañana, durante una reunión de dirigentes obreros donde se hacía entrega al comité ejecutivo de la C.T.C. de más de 300 casas en un antiguo reparto de veraneo y de vacaciones de las clases dominantes, ya en manos de los trabajadores, fué de extraordinaria significación para nosotros hacer uso de la palabra allí, junto a una de esas escuelas donde hay cinco mil jóvenes estudiando, donde antes no podía siquiera transitar el ciudadano. Cuando hablábamos de todo lo que eso representa para el porvenir de la Patria, cuando les preguntaba si alguno de ellos tenían familiares allí, y al ver que muchos levantaban la mano recibimos una gran satisfacción, y dijimos que vale la pena el esfuerzo que se está haciendo, y que si tenemos que pasar hambre para que esa juventud crezca fuerte y saludable estamos dispuestos a pasarla. Para nosotros fué de una gran alegría ver aquel estallido de entusiasmo y de aprobación.

## DISCURSO ANTE LOS ESTUDIANTES DE LA HABANA

Satisfacción que se acrecentó cuando más adelante, al detenernos junto a una construcción donde había medio centenar de obreros, conversando con ellos les preguntamos si tenían algún familiar entre los becados. Y aquellos humildes obreros de la construcción casi todos levantaron la mano, porque uno tenía un hijo, otro tenía dos, otro tenía un sobrino, otro tenía un hermano; el otro tenía a la novia estudiando en El Nacional, en la Escuela de Domésticas, estudiando taquigrafía y mecanografía. Y, prácticamente, no había uno que no tuviera un familiar, más o menos allegado.

Es la clase obrera, esa clase que produce, esa clase que trabaja, esa clase que siente tan profundamente la Revolución y que ve bien cerca de ellos lo que la Revolución significa.

¿Qué mejores condiciones que esas —decía— para forjar revolucionarios, donde los jóvenes lo reciben todo, porque se los da la sociedad, porque se los da el pueblo trabajador? Allí van a estudiar conforme a su capacidad y van a recibir conforme a sus necesidades. Desde ahora son estudiantes que practican una especie de fórmula comunista: cada cual estudia según su capacidad y recibe según sus necesidades.

¿Qué mejores condiciones y qué mejor escuela revolucionaria? ¿Qué mejores condiciones para desarrollar, impulsar el espíritu revolucionario de los jóvenes, el verdadero espíritu revolucionario? La convicción y la conciencia, el conocimiento profundo, la preparación.

Ese es el revolucionario que nosotros queremos. El revolucionario que queremos en la organización política de la Revolución; ese tipo de hombre que sea ejemplo; ese núcleo que tenga autoridad no simplemente porque se anúcleo, sino porque sea ejemplo; que tenga autoridad no porque se la imponga a nadie, sino porque todo el mundo la reconozca. Porque, quien quiera pasar por revolucionario siendo un vago, no se ganará el respeto de nadie; quien quiera ser revolucionario siendo un privilegiado, no se ganará el respeto de nadie.

Por eso hay que ganar la autoridad que da el ejemplo, que da la conducta. Y así tienen que ser los núcleos; y no descansaremos, compañeros, ni debemos descansar en la incesante lucha porque en el aparato político de la revolución, en el Partido Unido de la Revolución, se junten los mejores hombres y mujeres de la Patria.

Y que a la organización juvenil de la Revolución pertenezcan y en ella militen los mejores jóvenes de la Patria. Los más disciplinados, los más cumplidores, los más estudiosos, los más abnegados, los más trabajadores. Lo mejor de nuestra juventud y que siempre constituya un honor, un altísimo honor, un honor siempre, una satisfacción siempre.

¡Privilegios, jamás! ¡Guerra al privilegio! ¡Guerra a todo lo que sea debilidad, a todo lo que sea acomodamiento!

¡Guerra a ese sectarismo, que lleva al privilegio, que lleva al pantano! ¡Salgamos de ese pantano inmundo de un sectarismo miserable, y empecemos, compañeras y compañeros! ¡Empecemos a hacer lo que la historia espera de nosotros, lo que la Patria espera de nosotros, lo que América espera de nosotros. Lo que el mundo espera de nosotros!

## Discurso sobre el funcionamiento de las O.R.I. (23 de Marzo)

### «DECIR LA VERDAD»

EN primer lugar, deseo traer a colación aquí un pensamiento, de Lenin, quien dijo que la actitud —es decir—, la seriedad de un partido revolucionario se mide, fundamentalmente, por la actitud ante sus propios errores. Y así también nuestra seriedad de revolucionarios y de gobernantes se medirá por nuestra actitud ante nuestros propios errores.

Claro que los enemigos siempre están atentos a conocer cuáles son esos errores. Cuando esos errores se cometen y no se autocritican el enemigo los aprovecha. Cuando esos errores se cometen y se autocritican el enemigo puede aprovecharlos, pero de muy distinta forma, porque de una forma no se superarían esos errores, y de otra forma sí se superan esos errores. Por eso nosotros hemos decidido tomar una actitud honesta y sería ante nuestros propios errores.

En ese sentido el grupo de compañeros revolucionarios que habíamos estado actuando como miembros de la dirección de las Organizaciones Revolucionarias Integradas hemos estado discutiendo ampliamente, haciendo un análisis serio, un análisis honesto, un análisis profundo de todo este proceso, de la integración de todo este proceso, desde el primero de enero hasta hoy. Analizando todo lo que hemos hecho: las cosas buenas que se han hecho, y también analizando los errores que hemos cometido.

Según eso, nosotros hemos sometido a un proceso de análisis toda esta etapa de formación de las Organizaciones Revolucionarias Integradas. Este no es un problema sencillo, este no es un problema sin importancia. Este es un problema de vital importancia, porque tiene que ver, sencillamente, con el poder político de la Revolución, tiene que ver con los métodos de la Revolución, tiene que ver con la ideología de la Revolución.

Era lógico que la Revolución se preocupase del problema de organizar su aparato político, su aparato revolucionario. Y así comenzó todo el proceso que nosotros hemos explicado aquí en más de una ocasión, mediante el cual fueron uniéndose y fueron integrándose las distintas fuerzas revolucionarias que habían participado en el proceso, o que representaban fuerzas de masas, fuerzas de ideas, fuerzas de opinión. Y representaban, además, experiencia, representaban un caudal de valores que la revolución necesitaba vertebrar dentro de ese aparato.

Ahora bien: todo el mundo sabe que este proceso, que ha durado tres años, ha estado preñado de acontecimientos, de episodios, de luchas. No ha sido un transcurrir normal, no ha sido un desarrollo tranquilo, sino que, como toda revolución, y más una revolución en las condiciones que se desarrolla la Revolución Cubana, en condiciones «sui generis», en circunstancias difíciles, lógicamente tenía que afrontar una serie de problemas, una serie de dificultades que ha ido venciendo.

Ahora bien: todo ese proceso de integración de las fuerzas revolucionarias, todos los pasos que se han dado en ese sentido, ¿han estado exentos de errores? No. No han estado exentos de errores. ¿Eran inevitables esos errores? No se puede precisar con exactitud hasta qué punto los errores

## DISCURSO SOBRE EL FUNCIONAMIENTO DE LAS O.R.I.

eran inevitables. Mi pensamiento íntimo es que esos errores no eran evitables. Es decir, que no podían evitarse.

Ciertos problemas, ciertos vicios, ciertas actitudes, eran si no imposible —y yo creo que era imposible—, por lo menos muy difícil de evitar. ¿Por qué? Porque una revolución es un proceso muy complejo, porque en una revolución intervienen una cantidad de factores muy variados, una cantidad de pensamientos y de métodos, de ideas, de hombres, muy distintos, una cantidad infinita de circunstancias que van condicionando el proceso. Porque el proceso se contruye sobre la realidad. El proceso no se construye de una manera idealista en la cabeza de los hombres. El proceso se construye como una realidad viva sobre una determinada realidad económica, social y política.

Y, sobre todo, chocaba la Revolución, desde el primer momento, con los intereses de las clases dominantes, con los intereses de las clases económicas que veían con temor a la Revolución, que veían como una amenaza a la Revolución. Chocaba la Revolución con la ideología de esa clase. Chocaba la Revolución con el pensamiento, con los hombres de esa clase, con las actitudes de esta clase, con los intereses de esa clase. Chocaba la Revolución con ideas establecidas en nuestro país, inculcadas en nuestro país por la reacción, inculcadas por el imperialismo, divulgadas por los enemigos del progreso. Toda una serie de ideas falsas, de ideas conservadoras, de ideas contrarrevolucionarias, y que tenían la fuerza de la costumbre, tenían la fuerza de los años. En algunos casos tenían la fuerza de los decenios, y puede decirse que hasta la fuerza de los siglos.

Esa era la fuerza que tenían todas esas ideas, frente a las cuales se enfrentaban las ideas nuevas de la Revolución .

¿Dónde estaba la fuerza de las ideas de la Revolución? ¿Estaba en la propaganda que se había hecho? ¿Estaba en los partidos que hubieran podido organizarse para divulgar esas ideas? ¿Estaba en los periódicos existentes, en las estaciones de radio, de televisión? No. La fuerza de las ideas nuevas, de las ideas revolucionarias estaba en la realidad económica y social de nuestro país. Esas ideas representaban verdades que tenían que enfrentar una realidad, verdades que tenían que enfrentar las mentiras de los enemigos de las clases explotadas, verdades que tenían, sencillamente que abrirse paso.

En el fondo de todo estaban los intereses de las clases: el campesino, el obrero, el ciudadano humilde, la familia pobre reaccionaban de acuerdo con sus intereses de clase; los ricos, los latifundistas, los grandes almacenistas, los banqueros, los educados en las ideas del imperialismo, ideas que además respondían a sus intereses, tenían otra reacción.

Todos estos hechos marcaron una gran pugna, marcaron una gran lucha de ideas. ¿Qué ideas salieron vencedoras? Salieron vencedoras las ideas revolucionarias. Salieron vencedoras las ideas de las masas. Salieron vencedoras las verdades nuevas de la Revolución. Salieron derrotadas todas las mentiras, todos los dogmas, todas las falsedades, todas las hipocresías.

¿Quiere decir que esa lucha ha terminado? No. Esa lucha no ha terminado. La lucha asume muy distintas formas. Formas muy sutiles a veces. Es decir, que en las primeras grandes batallas entre las ideas nuevas y las viejas, las ideas nuevas, las ideas revolucionarias, han salido victoriosas. Sin embargo, la lucha prosigue, y la lucha proseguirá durante mucho tiempo, y proseguirá en escala nacional, en escala internacional, en escala universal.

Naturalmente que cuando los que representan la ideología revolucionaria, la ideología marxista, cometen errores, el enemigo los aprovecha. Cuando los que representan las verdades revolucionarias tienen fallas, tienen equivocaciones, tienen lagunas, el enemigo lo aprovecha.

¿Dónde se engendran esos errores? Las mismas condiciones políticas, económicas y sociales, que engendran la lucha, a su vez engendran los errores. Y entonces aquí ocurrió lo siguiente: la lucha contra las ideas

reaccionarias, la lucha contra el imperialismo, la lucha contra los desertores, la lucha contra las corrientes conservadoras, que fué una lucha a muerte, porque la vida de la Revolución dependía del triunfo de las ideas de los reaccionarios o del triunfo de las ideas de los revolucionarios, del triunfo de las ideas del imperialismo o de las ideas socialistas, de las ideas marxistas. En esa lucha a muerte, cuando todo el esfuerzo, toda la energía, toda la atención había que destinarlos a ese frente, por otra parte se engendraba otro tipo de errores que en su oportunidad la Revolución tenía también que rectificar, errores que en su oportunidad la Revolución tenía también que combatir.

Ahora bien: de un error, como de cualquier cosa negativa, como de cualquier cosa dañina, como de cualquier enfermedad, pueden verse determinados síntomas. Pueden ver algunos que se están cometiendo determinados errores. Sin embargo, los errores no se pueden empezar a combatir sino en el momento en que se han hecho evidentes, sino en el momento en que ya comienzan a convertirse en una opinión. Es decir: cuando los hombres toman conciencia, cuando las masas —no solamente los dirigentes, sino las masas—, toman conciencia de esos errores.

Nosotros vamos a hablar de errores cometidos. Sin embargo, eran determinados errores que, en realidad, sólo se podían combatir cuando se hacían evidentes a todos, cuando todos tomaban conciencia de esos errores y de sus consecuencias negativas.

#### «UNO DE LOS PROBLEMAS QUE SE ENGENDRARON EN LA LUCHA FUE EL SECTARISMO»

Uno de los problemas fundamentales que se engendraron en la lucha frente a las ideas reaccionarias, en la lucha frente a las ideas conservadoras, frente a los desertores, frente a los vacilantes, frente a los elementos negativos, fué el sectarismo. Se puede decir que fué el error fundamental que apareció al calor de la lucha ideológica que se estaba librando.

Ese error fué engendrado por las condiciones en que se desarrolló el proceso revolucionario, y por la lucha seria, fundamental, que las ideas revolucionarias tuvieron que librar contra los elementos conservadores y contra las ideas reaccionarias.

¿Qué tendencia se originaba? Se originaba una tendencia de sentido opuesto. La tendencia a desconfiar de todo el mundo, la tendencia a desconfiar de todo aquel que no tuviera una vieja militancia revolucionaria, del que no tuviera una vieja militancia marxista. Lógicamente —y, desde luego, es correcto decirlo—, en determinadas circunstancias de este proceso, en determinadas circunstancias de esta lucha, cuando se libraba una batalla seria de ideas, cuando había confusión, cuando había mucha gente vacilante, si se iba a designar un compañero para un cargo de mucha confianza, de un trabajo especialmente importante, que requiera personas de seguridad en sus ideas. Es decir: personas que no estuviesen afectadas por la duda, por la vacilación. Como método era correcto, precisamente, seleccionar un compañero que por sus ideas, que por su vieja militancia, brindara un ciento por ciento de seguridad que era un compañero firme, de que era un compañero sin dudas en su mente acerca del camino revolucionario, para una serie de funciones.

Cuando aquí aparecía «desertó el encargado de negocios tal, desertó el cónsul tal, desertó el agregado tal» no era el caso de que la República pudiera estar gastándose el lujo de estar situando personas que por no estar políticamente seguras y bien formadas, dieran lugar a frecuentes escándalos, al bochorno para la Revolución, al espectáculo de que no había gente segura para designarla en tales cargos.

Bien: eso es correcto, no se puede negar que eso es correcto. Determinadas circunstancias originaban determinadas necesidades. Bien. Pero

## DISCURSO SOBRE EL FUNCIONAMIENTO DE LAS O.R.I.

la Revolución continúa avanzando, la Revolución llegó a convertirse ya en un poderoso movimiento ideológico, las ideas revolucionarias fueron ganando a las masas, el pueblo de Cuba, masivamente, fué abrazándose a las ideas revolucionarias, enarbolando las ideas revolucionarias.

Las ideas revolucionarias se convirtieron en conciencia no de una minoría, no de un grupo. Se convirtieron en conciencia de las grandes masas de nuestro país. Bastará que quien lo dude recuerde simplemente la Declaración de La Habana, la Segunda Declaración de La Habana, la presencia de un millón de cubanos, el entusiasmo con que ese millón de cubanos apoyó las ideas revolucionarias, las ideas radicales, las ideas verdaderamente avanzadas, contenidas en aquella Segunda Declaración de La Habana, el entusiasmo con que la apoyó, la sensibilidad política con que distinguía el valor de cada frase.

¿Qué demostraba eso? Que las masas se habían vuelto revolucionarias, que las masas habían abrazado la ideología marxista, que las masas habían abrazado el marxismo-leninismo.

Eso no fué una cosa caprichosa, eso no fué una cosa impuesta a las masas. Las mismas leyes revolucionarias, los mismos hechos de la Revolución fueron ganando a las masas para la revolución, fueron convirtiendo a las masas revolucionarias. Una serie de hechos que comenzaron por una serie de leyes de beneficio popular: reducción de las tarifas telefónicas con anulación de los contratos leoninos obtenidos al amparo de la tiranía; la Reforma Urbana, sobre alquileres, con la rebaja de alquileres primero, la de los solares, después la Reforma Urbana; después las leyes de nacionalización de las empresas extranjeras y después las leyes de nacionalización de las grandes empresas. Fueron pilares, piedras que señalaron el camino de la Revolución, el avance de la Revolución, el avance del pueblo.

¿Quién puede negar el entusiasmo con que las masas se hicieron soldados de la Patria? ¿Quién puede negar el entusiasmo con que esas masas realizaron una serie de tareas como el trabajo voluntario, acudieron a cuanto llamamiento se les hizo, a cuanto concentración se les solicitó, a actos patrióticos, a actos revolucionarios?

¿Quién puede negar el heroísmo con que combatieron los soldados de la Patria, los milicianos —hombres y mujeres—, el heroísmo con que combatió el pueblo a los mercenarios de Playa Girón.

¿Quién puede negarlo? Basta ver el número de bajas, para comprender con qué heroísmo, con qué desprendimiento las masas se lanzaron al combate. ¡Estaban combatiendo conscientemente, plétóricas de entusiasmo, por la Revolución Socialista!

¿Qué quiere decir eso? Que se había producido un gran cambio de calidad en las masas: se habían convertido en revolucionarias. Eso es un hecho cierto, un hecho innegable. Quien no lo comprenda así es un miope, quien no lo comprenda así es un ciego, quien no lo comprenda así es, sencillamente, un idiota.

Si esa era una realidad que se había producido, ¿podíamos nosotros aplicar métodos que correspondían a realidades distintas? ¿Podíamos convertir en un sistema métodos que las necesidades de la lucha en un momento determinado reclamaban? ¿Podíamos convertir aquella política en un sistema? ¿Podíamos convertir aquellos métodos de selección de los compañeros para las distintas funciones del Estado, para las distintas funciones administrativas, en un sistema? No podíamos convertir aquellos métodos en un sistema. Es incuestionable y la dialéctica nos enseña que lo que en un momento determinado es correcto como método, un poco más adelante puede ser incorrecto como método. Eso nos lo enseña la dialéctica. Lo otro es dogmatismo, mecanicismo. Querer aplicar las medidas que corresponden a un momento determinado por necesidades nuestras, determinadas a otra situación en que las necesidades son otras, en que

las circunstancias son otras. Nosotros convertimos ciertos métodos en sistema y caímos realmente en un espantoso sectarismo.

¿Qué sectarismo? El sectarismo de creer que los únicos revolucionarios, que los únicos compañeros que podían ser de confianza, que los únicos que podían ir a un cargo en una granja, en una cooperativa, en el Estado, en dondequiera, tenían que ser los viejos militantes marxistas. Caímos en eso, se caía en eso. En parte inconscientemente, o todo parecía indicar que esos problemas de sectarismo se producían de una manera inconsciente, se producían de una manera fatalista, que era un virus, que era un mal inculcado en el cerebro de mucha gente y que era difícil de combatir. Realmente resultaba difícil de combatir, y sobre todo resultaba difícil de combatir hasta que ese virus no hubiese originado una enfermedad.

Nosotros muchas veces nos preguntábamos, y nos decíamos ¿A qué se deberá, dónde está la raíz de ese espíritu sectario, implacable, sistemático, que se encuentra en todas partes, que se encuentra en todos los niveles, que se encuentra en todos los sitios? ¿Dónde están las causas, las raíces de ese espíritu sectario? Porque costaba trabajo comprender que ese espíritu se engendrara fatalísticamente, sólo en una serie de circunstancias.

A veces se podía pensar: Bueno... Esto es una política de grupo... Esto es una política de partido. Esto parece que tiene muchos responsables. Desde luego que responsables hemos sido todos, en mayor o menor grado. Pero cuando nosotros entramos en el análisis de este problema, cuando los compañeros viejos y nuevos —de alguna manera tenemos que llamarnos aquí para distinguirmos. Vamos a llamarnos viejos y nuevos. Vamos a llamarnos así durante esta trasmisión, y después buscaremos un nombre para todos— pero fuimos a analizar todo esto. Cuando ya ese virus se había apoderado de la mente de mucha gente, cuando ya ese virus era una verdadera enfermedad; porque naturalmente el sectarismo, como tal sectarismo, es malo, es malo, por una serie de razones que nosotros vamos a enumerar después. Pero sobre todo es malo porque crea condiciones para males todavía mayores.

Aquí la afectada con nuestros errores era nada más que la Revolución y eso sencillamente era lo que estaba ocurriendo: se estaba comenzando a ver toda una serie de manifestaciones absurdas, estúpidas, equivocadas. Esta Revolución se estaba saliendo de su vía principal y estaba marchando por un ramal.

Fuimos a analizar, y fué necesario plantear estas cuestiones en el seno de los compañeros que estaban fungiendo de dirección nacional, que era un número más reducido. Fuimos al análisis abierto de estos problemas, de una serie de manifestaciones, de una serie de errores, de una serie de anomalías que estaban ocurriendo. Fuimos al análisis a fondo, en serio. A discutir, a criticar, a autocriticar.

¿Qué era lo que se estaba formando? ¿Qué era lo que estaba pasando aquí? ¿A dónde nos estaba conduciendo ese espíritu sectario «a outrance»? ¿A dónde estaban conduciéndonos ciertas anomalías, ciertos fenómenos? Nosotros estábamos en la tarea, entre otras cosas, de organizar el aparato político de la Revolución, las Organizaciones Revolucionarias Integradas. Es decir: las O.R.I. Es decir: el embrión, la estructura de lo que ha de ser el Partido Unido de la Revolución Socialista.

Bien. Todos estábamos dedicándonos a la tarea de organizar ese Partido. Cada cual ha estado cumpliendo aquí con infinidad de obligaciones, en un frente de trabajo o en otro frente de trabajo.

Otros trabajaban en las tareas de la formación del Partido. Y el Partido iba formándose, o las O.R.I. iban formándose, las O.R.I. iban integrándose. Pero ¿estábamos haciendo realmente un verdadero partido marxista? ¿Estábamos constituyendo una verdadera vanguardia de la clase obrera? ¿Estábamos realmente integrando las fuerzas revolucionarias? No



## DISCURSO SOBRE EL FUNCIONAMIENTO DE LAS O.R.I.

estábamos integrando las fuerzas revolucionarias. No estábamos organizando un partido. Estábamos organizando una coyunda. No estábamos organizando un partido. Estábamos organizando, o creando, o fabricando una camisa de fuerza, un yugo, compañeros. No estábamos promoviendo una asociación libre de revolucionarios, sino un ejército de revolucionarios domesticados y amaestrados.

### «UNA SERIE DE CIRCUNSTANCIAS PERMITEN A ALGUNOS TERGIVERSAR LAS FUNCIONES DE UNA ORGANIZACION»

¿Por qué? Por una serie de causas. A veces se reúnen una serie de coincidencias que permiten a algunos individuos tergiversar las funciones de una organización, hipertrofiar sus funciones, malbaratar las mejores oportunidades, destruirlas, utilizarlas en la peor forma. Y eso era, sencillamente, lo que estaba ocurriendo.

¿Por qué ocurren esas cosas? Yo voy a decir mi parte, y creo que es la de muchos compañeros porque nosotros, los que estamos identificados plenamente con la Revolución, los que hemos hecho de la Revolución una cuestión vital, fundamental, de la vida de cada uno de nosotros, los que hemos hecho de la Revolución nuestra carne, nuestra sangre, nuestra alma, no concebimos que otros puedan verla de otra forma, no concebimos que esa Revolución tan sagrada para todos nosotros, que ha costado tanta sangre, que ha costado tanto luto, que ha costado tanta energía y tanto sacrificio de nuestro pueblo, pueda ser tomada de pretexto o de instrumento por nadie para satisfacer vanidad, para satisfacer ambición, para satisfacer motivos que no sean de índole pura y estrictamente revolucionaria.

Eso fué lo que nos pasó a muchos, a la mayor parte, prácticamente a todos los compañeros revolucionarios en este proceso de integración de las Organizaciones Revolucionarias Integradas, o desintegradas.

**Bien. Cuando vinimos a ver, todo era una reverenda basura.** Perdónenme la irreverencia. ¿Los hombres que estaban en ella? No, de ninguna manera los hombres que estaban en ella. Los hombres son muchas veces víctimas de los errores de los demás. ¿Es porque la inmensa mayoría de los hombres que estaban en ella no eran buenos? No. La inmensa mayoría de los hombres que estaban allí eran magníficos revolucionarios, fieles revolucionarios. Fieles al socialismo, fieles al marxismo, fieles a la Revolución. El problema no estaba en eso. El problema estaba en el método y en los fines mediante los cuales se estaba vertebrando ese aparato.

El compañero que recibió la confianza —no se sabe si la recibió o la autorrecibió— porque se le designara o porque de una manera espontánea fué destacándose en ese frente, y en consecuencia tuvo a su cargo la tarea de organizar o de actuar como secretario de organización de las Organizaciones Revolucionarias Integradas, que gozó de la confianza de todos, que actuó con el prestigio de la Revolución, que con la autoridad de que inviste a cualquier revolucionario el hecho de hablar en nombre de todos los demás compañeros de la Revolución, cayó, compañeros, lamentablemente, muy lamentablemente, en esos errores que nosotros estamos aquí anunciando: el compañero Aníbal Escalante.

No es grata tarea para nadie, para nosotros no lo es, tener que discutir estos problemas, tener que exponerlos. ¿Nos duele? Sí, nos duele. Nosotros no podemos ver a Aníbal Escalante como hemos visto a otros hombres que fueron de la Revolución y después la traicionaron.

Aníbal Escalante fué un comunista durante muchos años. En nuestra opinión fué un verdadero comunista, un honesto comunista. ¿Se ha vuelto Aníbal Escalante un anticomunista? No. ¿Un capitalista? No. ¿Un pro imperialista? No se ha vuelto un pro imperialista. ¿Ha traicionado a la Revolución pasándose al campo enemigo? No ha traicionado a la Revolución pasándose al campo enemigo.

Aníbal Escalante ha sido compañero nuestro en los trabajos de dirección de la Revolución durante algún tiempo. Más duro todavía es el caso para aquellos compañeros que lo tuvieron junto a ellos no un año, no dos, no tres, sino diez, veinte, años de lucha. Años difíciles, como comunista. Bien se sabe que era dura la vida de un comunista, grande el acoso, el ataque, la calumnia, las campañas, el esfuerzo por aislarlo, por cercarlo, por destruirlo.

Aníbal Escalante pasó por todas esas cosas y llegó a ver convertida en realidad en nuestra Patria lo que interminables años soñó como aspiración, como un ideal de sus ideas justas, como oportunidad de transformación de nuestro país semicolonial, país oprimido por el imperialismo y el capitalismo, en un país socialista. Sin embargo, Aníbal Escalante erró. Aníbal Escalante, comunista, incurrió en graves errores. ¡Es que los comunistas yerran también! ¡Son hombres! ¿Es la única vez? No. Muchas veces han errado los comunistas. La historia del movimiento, del mismo movimiento comunista internacional, desde que surgió en las ideas y en los libros, en el esfuerzo y el trabajo de Marx y de Engels, hasta que con Lenin logró el establecimiento del primer poder socialista, tuvo grandes errores.

Hombre al fin, y como todo ser humano expuesto al error, el compañero Aníbal Escalante cometió grandes errores.

Nosotros consideramos que el compañero Aníbal Escalante ha tenido mucho que ver con que el sectarismo se convirtiera en un sistema, con que el sectarismo se convirtiera en un virus, en una verdadera enfermedad en este proceso. El compañero Aníbal Escalante es responsable de haber llevado ese espíritu sectario hasta el máximo grado, de haber llevado ese espíritu sectario con fines de tipo personal, al objeto de vertebrar una organización cuyos controles estuvieran en sus manos, y que además introdujo en esa organización una serie de métodos que conducían a la creación de un Partido —como decimos— sino de una coyunda, de una camisa de fuerza.

Nosotros consideramos que Aníbal Escalante con estos actos no actuó de una manera equivocada e inconsciente, sino actuó de una manera deliberada y consciente. Se dejó arrastrar por la ambición personal, sencillamente. Y, como consecuencia, introdujo una serie de problemas, introdujo —en dos palabras— un verdadero caos en el país.

¿Por qué? Muy sencillo: la idea tiene todo el apoyo del pueblo; la idea de organizar el Partido Unido de la Revolución Socialista, la idea de organizar una vanguardia, un Partido de vanguardia de la clase obrera tiene todas las simpatías de las masas; el marxismo tiene todo el apoyo de las masas; el marxismo-leninismo es la ideología del pueblo cubano, la función del Partido marxista-leninista, como vanguardia de la clase obrera, tiene toda la aprobación del pueblo; el principio de que ese Partido tiene la dirección, ejerce la dirección de la Revolución, tiene toda la aprobación del pueblo; el pueblo la acepta como un principio fundamental del marxismo-leninismo. Era muy fácil, ante esas condiciones de aceptación de todo el pueblo, era muy fácil convertir ese aparato ya aceptado por todo el pueblo en un instrumento para fines de tipo personal. El prestigio de las O.R.I. era inmenso. Cualquier directriz, cualquier instrucción emanada de las O.R.I. era acatada por todos. Pero las O.R.I. no eran las O.R.I.

El compañero Aníbal Escalante fué ingeniándose para ser él las O.R.I. ¿Cómo? Mediante un mecanismo bien sencillo: actuando desde la secretaría de organización daba instrucciones a todos los núcleos revolucionarios y a todo el aparato como instrucciones emanadas de la dirección nacional. Y fué creando el hábito de ir a recibir las instrucciones allí, en las oficinas de la secretaría de organización de las O.R.I., que eran acatadas por todos como instrucciones de la dirección nacional. Pero, al mismo tiempo, utilizaba toda esa circunstancia para ir creando un sistema de controles que estuviera totalmente en sus manos.

## DISCURSO SOBRE EL FUNCIONAMIENTO DE LAS O.R.I.

Estaba creando condiciones y dando instrucciones que tendían a la conversión de ese aparato no en un aparato de vanguardia de la clase obrera, sino en un nido de privilegios, de tolerancia de beneficios, en un sistema de mercedes y de favores de todos los tipos. Fué tergiversando por completo el papel del aparato.

Pretendió establecer una participación en todos los niveles del aparato político en las cuestiones administrativas, por donde, con una confusión espantosa, lamentable y bochornosa, se había establecido el criterio de que el núcleo mandaba, de que el núcleo podía quitar y poner administradores, de que el núcleo gobernaba.

En consecuencia, lo que se estaba introduciendo en el país era una verdadera anarquía, un verdadero caos.

Al nivel de la secretaría de organización, por otro lado, era ya imposible para un ministro cambiar un funcionario, o cambiar un administrador sin llamar a la Oficina de las O.R.I., en virtud de hábitos que este compañero —engañando a los funcionarios del Estado, haciéndoles creer que actuaba por instrucciones de la dirección nacional— trató de establecer y, efectivamente, llegó a establecer en alto grado.

Los núcleos decidiendo y gobernando en todos los niveles los problemas de los ministerios, en vez de resolverse dentro de los ministerios, iban a la oficina de las O.R.I. A tal extremo que si una gata paría cuatro gatos, había que ir a la oficina de las O.R.I. para ver qué se resolvía sobre eso.

Es decir, que ya no había un tema, ya no había una cuestión, ya no había un detalle, que no tuviese que ser discutido en la oficina de organización de las O.R.I. De donde tanto en el nivel superior como en el nivel inferior —no vayan a creer; en cosa de pocas semanas, si acaso algunos meses— se ha ido creando un proceso verdaderamente anormal, absurdo, intolerable, caótico, anárquico. Un mandonismo en la gente, un afán de decidir todos los problemas.

Y ¿qué era el núcleo? ¿Un núcleo revolucionario? Estaba convirtiéndose en un cascarón de revolucionarios, concededor de mercedes, que quitaba y ponía funcionarios, quitaba y ponía administradores, y, en consecuencia, no iba a ser rodeado por el prestigio que debe tener un núcleo revolucionario, emanado única y exclusivamente por su autoridad ante las masas, por sus integrantes como modelos de trabajadores, como prototipos de revolucionarios, sino porque era el núcleo donde podía recibirse un favor, esperar un favor, una merced, un daño o un bien. Y alrededor de los núcleos naturalmente, iban creándose las condiciones para formar una cohorte de aduladores, que no tiene nada que ver con el marxismo ni con el socialismo.

En esas condiciones, el caos. Esas no son las funciones de un núcleo revolucionario. Esa es una mixtificación completa de los principios del marxismo-leninismo. Esa es una confusión espantosa de las ideas socialistas. Eso sirve, en primer lugar, para crear el caos y el desastre, una hipertrofia. Un Partido marxista-leninista de la clase obrera tiene la dirección de la revolución, tiene la dirección del Estado, pero tiene la dirección del Estado por conducto de sus canales adecuados, tiene la dirección del Estado por medio de la dirección nacional de ese organismo, que tiene jurisdicción sobre el aparato político y sobre la administración pública.

¿Cuál es la función del partido? Orientar. Orienta en todos los niveles, no gobierna en todos los niveles. Crea la conciencia revolucionaria de las masas, es el engranaje con las masas, educa a las masas en las ideas del socialismo y en las ideas del comunismo, exhorta a las masas al trabajo, al esfuerzo, a defender la revolución. Divulga las ideas de la revolución, supervisa, controla, vigila, informa, discute lo que tenga que discutir, pero no tiene las atribuciones de quitar y poner administradores, de quitar y poner funcionarios.

**«...INOCULACION VIRAL DE LOS VIEJOS VICIOS POLITIQUEROS QUE PADECIO NUESTRO PAIS»**

En el núcleo tienen que estar los mejores revolucionarios, los mejores trabajadores. El partido no debe debilitarse para fortalecer la administración pública. La administración pública debe promover sus propios funcionarios. En la Granja, en la Cooperativa, no tiene que pedirle al núcleo, no tiene que importar al funcionario. Tiene, sencillamente, que promover entre los trabajadores.

En una masa de quinientos trabajadores, cualquiera puede estar seguro que hay por lo menos cinco generales, hay diez músicos, veinte artistas. Es que en cualquier masa de trabajadores hay una infinita variedad de inteligencia, de talento, de caracteres, de valores.

¿Quién que presume de marxista puede desconocer que en la masa se encierran todos los valores, todas las energías, todas las inteligencias? Y, ¿creer que la inteligencia, la promoción de los valores tienen que depender del núcleo revolucionario? No: el núcleo tiene que trabajar con toda la masa, educar a toda la masa, pero cuando se va a designar un jefe de personal, a cubrir un cargo importante no hay que ir al núcleo para que lo escojan. Hay que extraerlo de la masa, promoverlo en la masa.

Esa es la tarea del administrador. Esa es la tarea de la administración pública. La administración pública debe promover en la propia masa, y los centros de trabajo deben promover de entre la propia masa de trabajadores. Deben promover sus funcionarios según sus cualidades de trabajador, según sus aptitudes, o de lo contrario se convierte en un problema politiquero, en una merced. Se empieza a rodear a los núcleos de un ambiente de guataquería, de adulación, de pretensiones de cargos. ¡Esa no es tarea del núcleo!

La tarea del núcleo es otra. Es distinta que las tareas de la administración pública. El partido dirige, dirige a través de todo el partido y dirige a través de la administración pública.

La facultad la tiene el ministro para designar, para quitar, para poner, dentro de las normas que le traza la Revolución, dentro de las normas que le trazan los reglamentos y las leyes del país, pero, al mismo tiempo, es responsable ante la dirección política de la Revolución de sus funciones, de su trabajo. Sencillamente tiene que dar cuenta de lo que hace. Ahora, para dar cuenta necesita, lógicamente, tener atribuciones.

Aquí, en virtud de este caos, en virtud de esta anomalía, en virtud de esta hipertrofia, ningún ministro tenía ya atribuciones, ningún funcionario, ningún administrador, tenía que ir a discutirlo con el núcleo.

Ningún ministro podía decidir nada, porque cuando no era el núcleo el que discutía, había que llamar a las oficinas de la O.R.I. ¿Se concibe monstruosidad semejante? ¿Se concibe absurdo semejante? ¿Se concibe, compañeros, basura semejante?

Hay que calificarlo tal como es. Esto no significa, ni mucho menos, hablar con odios contra nadie, ni despiadadamente contra nadie. Nosotros debemos analizar, censurar, criticar seriamente todas estas cosas.

Esa locura de mando, esa «mandomanía», esa «gobiernomanía» que se apoderó de algún compañero, acompañadas de un sectarismo que llegó a extremos verdaderamente insólitos.

¿Era un poder real? No. No era un poder real. Era un poder formal. Era un poder ficticio. En manos de ese compañero no había ningún poder real. ¡Afortunadamente no había ningún poder real! El poder real no estaba allí. El poder real de la Revolución no se puede hurtar tan sencillamente, en esa forma. No se puede escamotear en esa forma, compañeros. ¡Eso es un intento de escamoteo ridículo e imbécil!

Pero detrás de eso había una intención evidente. Claro, que un mal como ese en nuestro país no podía desarrollarse, porque nuestro país no es

## DISCURSO SOBRE EL FUNCIONAMIENTO DE LAS O.R.I.

proclive a la mansedumbre ni a la domesticación. ¡Ni los revolucionarios son proclives a eso! Pero mediante el engaño se trataba de crear condiciones que permitiesen crear una coyunda, una camisa de fuerza, un aparato para servir usos personales, y que después barrera con todos los valores viejos y nuevos de la Revolución.

¿Es éste acaso, un problema de mandos, compañeros? ¿Un problema de quiénes mandan y quiénes no mandan? No, compañeros.

Si esto fuera simplemente un problema de quiénes mandan, compañeros, o quiénes gobiernan, o quiénes dirigen, si eso fuera lo que se estuviera discutiendo aquí, y no un problema fundamental de principios revolucionarios, no cuestiones que atañen a la esencia y a la vida misma de la Revolución, nosotros no estaríamos aquí, compañeros, no estaríamos hablando aquí.

Además, nosotros no nos postulamos para gobernantes, ni nos sacamos el Poder en una rifa, ni mucho menos. Fué el resultado de una serie de circunstancias históricas, de una serie de hechos. Fué el resultado de un proceso revolucionario.

Este problema fué necesario discutirlo porque es vital para la Revolución, fundamental para la Revolución, sencillamente porque esos errores hay que rectificarlos, esa política desacertada y absurda, injertada aquí dentro de un proceso revolucionario lleno de gloria y lleno de grandeza sencillamente había que liquidarla, había que arrancarla de raíz.

Es lógico que esto creara un espantoso sectarismo. Esto explica por qué ese sectarismo era promovido. Esto explica el por qué de ese sectarismo implacable, insaciable, incesante, que aparecía por todas partes, que aparecía por todos los rincones de un extremo a otro del país. ¡Eso no promovía una verdadera integración, compañeros! Eso promovía cuerpos extraños dentro de la integración, y hacía que las fuerzas que tenían que integrarse, que tenían que fundirse, operan como fuerzas no integradas, como fuerzas no fundidas, y así se encontraba usted, al cabo de muchos meses ya de integradas oficialmente las fuerzas, que salía uno y decía: «No, porque éste no es del Partido». ¿De qué Partido, si ya aquí había una organización nueva? «No, porque éste es del Partido... y es del Partido... y del Partido»... Y empezó a crearse un verdadero caos.

Esto, naturalmente, se sumó a toda otra serie de contradicciones, se sumó a toda otra serie de problemas, a infinidad de cuestiones, de discusiones, de males. En alguna otra ocasión, nos hemos referido a esto, y hemos criticado duramente cualquier clase de sectarismo: el sectarismo de «La Sierra», o el sectarismo de los «veinte años de militancia».

Censurábamos la ridiculez de aquel que se ponía a restregarles en la cara a los demás su sectarismo serrano. Si estuvo en las montañas, si estuvo aquí. Pero surgió otro sectarismo, que no fué oportunamente combatido, que no fué debidamente combatido, compañeros: el de «los quince años» y el de «los veinte años».

Cuando todo el pueblo se vuelve revolucionario, cuando todo el pueblo —es decir: la inmensa mayoría de nuestro pueblo—, abraza el marxismo-leninismo, ¡qué absurdo resultaba caer entonces en el sectarismo de la vieja militancia, empezar a restregarle a la gente los tales años, presentarse así en los centros de trabajo! Y que entonces todo el mundo viera que aquel sectarismo no era sólo un sectarismo de palabra, sino que para recibir un trabajo de dirección de personal, para recibir determinadas funciones en la empresa, los trabajos mejor remunerados, había que militar en aquella secta. No llamo secta al viejo partido marxista-leninista, sino que llamo secta al espíritu que crearon o que se creó después de la integración.

¿Qué esperanza quedaba para las grandes masas obreras, para las grandes masas de trabajadores? ¿Qué situación la de millones de ciudadanos? Porque si los comunistas habían sido unos cuantos miles, los viejos

comunistas; el pueblo, que había abrazado la causa del marxismo-leninismo, estaba integrado por millones de ciudadanos.

No hay más que tener dos dedos de frente, si no se tienen más, para comprender que la aplicación de tal política, el alarde de tal militancia, acompañado de la circunstancia real de que aquel que no estuviera respaldado por semejante timbre no tenía la menor esperanza de ser seleccionado para nada; ni para ir de técnico, ni para asumir un cargo en la Granja, en la Cooperativa, en el Municipio, en la Provincia, y en la J.U.C.E.I. o en el Estado. Se comprende perfectamente la insensatez, la idiotez, la negatividad de semejante política.

¿Qué engendraba eso? Una vanidad, una prepotencia, un privilegio. ¿Qué engendraba eso sino condiciones que iban a granjear a los viejos comunistas la antipatía o el recelo de las masas, sino las condiciones que iban incluso a desviar de su camino, de su línea, de su vida, de su trabajo, de su espíritu, a un viejo comunista?

Unase eso a la tolerancia de los errores. Unase eso al hecho de que si era un viejo comunista el que cometía una falta sobre él no se tomaba ninguna medida ni se le quitaba del cargo, ni se le sancionaba en ninguna forma disciplinaria, sino la tolerancia a todos los errores, cualesquiera que fuesen, a cualquier abuso, a cualquier injusticia.

Desde luego, que ésa no era una política de masas, ni generalizada, pero sí era un método establecido de la tolerancia con cualquier falta. Crear el espíritu de casta, crear el espíritu de camarilla, porque todo eso venía muy bien con la política de formar un aparato para fines y ambiciones de tipo personales.

Esas eran las consecuencias. Era lógico que se creara un espíritu de prepotencia, y que algunos compañeros estuvieran «por la calle del medio». Creían que se habían sacado la Revolución en una rifa. Por lo menos, así actuaban, con olvido de la sangre, de los sacrificios que costó.

Todo este espíritu provoca injusticias, desaciertos, equivocaciones. Así, por ejemplo, la idea, la injusticia que se ha cometido con muchos viejos compañeros del Ejército Rebelde. Un día vamos a un sitio y nos encontramos más de cien oficiales a quienes vimos luchar en muchos combates. «¿Qué hacen ustedes? ¿No están al mando de tropas?» —No. «¿Qué pasó con estos compañeros?». —Bueno. Por bajo nivel político no se les puso al mando de la tropa. ¡Ah! Bajo nivel político. Y, ¿qué es el bajo nivel político? ¿Cómo van a venir ahora con los bajos ni los altos niveles políticos, cuando se trata de compañeros que han hecho la Revolución, que han hecho la guerra victoriosamente, que han conducido, han hecho posible el triunfo de la Revolución Socialista? ¿Cómo se puede haber luchado por una Revolución Socialista, y después decir que quien luchó y peleó por esa Revolución, y fué leal a ella, y en los momentos de vacilaciones no vaciló, y estuvo siempre presente, y se enfrentó a los vacilantes, y se enfrentó a los enemigos, y estuvo siempre dispuesto a morir, y se movilizó cuando los mercenarios y pudo morir combatiendo a los mercenarios después de haber declarado que esta Revolución era socialista, le van a quitar el mando de tropas por bajo nivel político, y van a poner a un bachiller cualquiera, capaz de recitar de memoria un catecismo de marxismo aunque no lo aplique? ¡Entonces un bachiller cualquiera, que no peleó ni sintió ninguna inclinación por combatir tiene más alto nivel político y debe mandar una tropa! ¿Eso es marxismo? ¿Eso es leninismo?

¡Qué absurdo que los hombres puedan haber muerto para hacer posible una Revolución como ésta, que hubieran podido dar la vida para ella y, sin embargo, después se le quitara el mando de la tropa por tener bajo nivel político! Digo que eso es una insensatez, una injusticia, una política carente de todo sentido marxista, proletario, leninista.

Esas cosas han pasado, compañeros, y son producto de un sectarismo que debemos erradicar. Son verdades dolorosas, rectificaciones inevitables que debemos haber.

Bien sencillo, compañeros: no estábamos creando un aparato, ya dije que estábamos creando una coyunda, una camisa de fuerza. Voy a decir más: estábamos creando un cascarón de aparato. ¿Cómo? Las masas no estaban integradas. Aquí se habla de Organizaciones Revolucionarias Integradas, pero ¿qué eran las Organizaciones? Era una organización hecha según militancia en el Partido Socialista Popular.

Si nosotros vamos a hacer una organización, una integración, y no integramos las masas, no estaremos haciendo ninguna integración, estaremos cayendo en un sectarismo como el que caímos.

Entonces, ¿cómo se hicieron los núcleos? Voy a decirlo: en todas las provincias al secretario general del P.S.P. lo hicieron secretario general de la O.R.I., en todos los Municipios al secretario general del P.S.P. lo hicieron secretario general de la O.R.I.; en todos los núcleos el secretario general del núcleo... el miembro del P.S.P. lo hicieron secretario general del núcleo. ¿Eso es integración? De esa política es responsable el compañero Aníbal.

¿Qué engendra eso, qué consecuencias? Todo lo que hemos luchado todos contra el anticomunismo, la lucha ideológica, la prédica incesante destruyendo el anticomunismo; porque el anticomunismo —lo decíamos nosotros— engendraba el sectarismo por otro lado, porque los marxistas-leninistas aislados, acosados, tendían a protegerse cerradamente en su propia organización.

Bien. Esas son las consecuencias del anticomunismo, del hostigamiento: engendran el sectarismo. Erradicado el anticomunismo, entonces el sectarismo a «outrance» de permanecer engendra de nuevo el anticomunismo, y la confusión, porque empiezan veinte gentes a preguntarse: «¿pero esto es comunismo, esto es marxismo, esto es socialismo?; ¿esta arbitrariedad, este abuso, este privilegio, toda esta cosa?, ¿esto es comunismo?» Si esto es comunismo dirán como el Indio Hatuey entonces: cuando el Indio Hatuey lo estaban quemando vivo se acercó un sacerdote a decirle si quería ir al cielo. Y dijo: «No, yo no quiero ir al cielo si el cielo es esto». ¿Comprenden? Yo tengo que hablar claro.

Nadie tendrá la menor sospecha, y yo creo que el que la tenga a esta hora está completamente «tostado». Vamos a emplear esta palabra.

Tengo que hablar en estos momentos con una extraordinaria objetividad, pero con una extraordinaria objetividad, franqueza, lealtad, honestidad. No callar nada. Nos encargaremos de que nuestras palabras no sean confundidas, compañeros.

#### «ESE SECTARISMO ENGENDRA NUEVO ANTICOMUNISMO»

Pues bien: ese sectarismo engendra nuevo anticomunismo. ¿En qué cabeza de marxista-leninista cabe adoptar, cuando la Revolución Socialista está en el poder, los métodos de cuando el marxismo-leninismo no estaba en el poder, sino que estaba completamente acorralado y aislado? Aislarse de la masa en el poder. Eso es una locura, eso es una locura. Que lo aisle a uno el enemigo, las clases dominantes, los explotadores, cuando los latifundistas y el imperialismo están en el poder, pero cuando los obreros, los campesinos están en el poder, aislarse de la masa, divorciarse de la masa es un crimen. Y entonces el sectarismo se vuelve contrarrevolucionario porque debilita y perjudica a la Revolución.

¿Cuál debe ser el ideal de un marxista-leninista? «Estos son mis ideales, esta es mi causa». Durante muchos años fuimos unos pocos, diez mil, quince mil, cinco mil, los que fuesen, los que fuesen de verdad. ¿Cómo en el momento en que esa misma causa, su causa, su bandera, su ideal, ese ideal de tres millones de cubanos, va entonces a aislarse de la masa y actuar exactamente igual que como cuando eran cinco mil, diez mil o quince mil? Eso es un error gigantesco, compañeros; incurrir en ese error

es un crimen, es un crimen contrarrevolucionario; eso cuando tenemos ya una fuerza de masa. Hay que construir la estructura de esa masa, esa estructura hay que construirla con nuevas fuerzas, con nuevos cuadros, no sólo con un reducido grupo de cuadros, cuando la organización era muy pequeña, cuando el Partido marxista-leninista tenía unos pocos miles de simpatizantes; cuando el marxismo-leninismo tiene millones de simpatizantes en nuestro país, hay que construir la estructura de esos millones. Lo contrario es como hemos dicho nosotros en algunas reuniones querer construir un edificio de cuarenta pisos sobre un edificio de dos plantas. ¡Se derrumba, compañeros, se cae de la masa!

Nosotros hemos caído en ese error. Y desde el punto de vista marxista-leninista eso es un gran error, un grave error, un imperdonable error, un error que hay que rectificar.

¿Cuál era el resultado de eso? Bien sencillo: comenzaron a organizarse los núcleos revolucionarios, pero los núcleos eran clandestinos. ¿Ustedes conciben un engranaje con las masas clandestino? ¿Y hacer un núcleo clandestino exactamente igual al que se hubiera hecho bajo Batista? Es decir, que la masa no lo conocía.

#### «ENTONCES ¿QUE HICIMOS?»

Vamos a la Ambar Motors. Un centro proletario de más de quinientos trabajadores. Vamos a tener una asamblea. Allí se había constituido un núcleo de nueve...

El núcleo era de nueve con el mismo método: el compañero administrador, la secretaria del administrador, el cuñado del administrador...

Cuando nosotros vamos allí a confrontar un poco la opinión del núcleo, sale el responsable de personal, en un centro proletario como aquél, repleto de obreros con «pull-overs», y pantalones de mecánico llenos de grasa, con una camisita de colorines y un pantalón blanco, miembro del núcleo revolucionario. ¡Qué demonios! ¡Estaba a mil leguas de distancia de la masa! ¿Qué pasó? Pues pasó esto:

Sacaron a los viejos militantes y los hicieron miembros de la dirección. Los que quedaban, porque otros habían pasado a otros cargos. Los hicieron miembros de la administración: jefe de personal, administrador. Después, cuando hicieron el núcleo, como volvieron a agarrar a los viejos militantes, a la comisión esa de administradores la hicieron del núcleo. Los del núcleo eran viejos militantes, administradores todos. ¡No había nadie de la masa en el núcleo, nadie de la masa! Era un núcleo de administración.

Estos ejemplos ilustran los errores que hemos cometido.

Bueno, ¿qué pasaba con estas cosas? El Ministerio de Industrias premia a sesenta obreros todos los meses, o cien. De los sesenta presentes, sólo cinco eran de los núcleos revolucionarios. El promedio va de cinco a diez miembros de los núcleos revolucionarios, cinco a diez de cada cien trabajadores. ¿No es así, más o menos? De cinco a diez, de cada cien obreros, premiados. Esas son las cosas que nosotros —todos: los viejos y los nuevos— tenemos que rectificar en un empeño común.

Nosotros dijimos: Hay que rectificar esta situación. Ese no es un engranaje con las masas. ¿Por qué, sin embargo, hay tanto poder de movilización? Estábamos engañándonos. No se debe a ese cascarón, sino a los medios que tiene la Revolución para movilizar las masas: el radio, la televisión, el periódico. Aquel cascarón no movilizaba masas.

¡Bien arreglados hubiéramos estado si en un momento de ataque del enemigo hubiéramos tenido que estar dependiendo de ese cascarón de partido! Era un cascarón.



## DISCURSO SOBRE EL FUNCIONAMIENTO DE LAS O.R.I.

### «NO HABIA UN ENGRANAJE CON LAS MASAS, Y ESA ES LA FUNCION DE UN PARTIDO PROLETARIO DE VANGUARDIA»

Pero bien, ése no era un aparato para movilizar las masas. En realidad había un gran poder de movilización a través de la Comisión de Orientación Revolucionaria, un gran poder —fundamentalmente— a través de los vehículos que tiene la Revolución en sus manos para movilizar las masas. Pero no había un engranaje con las masas, y ésa es la función de un partido proletario de vanguardia.

Entonces nosotros tenemos, sencillamente, que integrar las masas. Habíamos hecho unas O.R.I. Organizaciones Revolucionarias Integradas, y las masas, que son masas revolucionarias y que son las que hacen la revolución y hacen la historia, no estaban integradas, porque no había nadie de la masa, nadie. Así se hicieron las Organizaciones Revolucionarias Integradas.

Yo estoy seguro de que cualquier comunista, cualquier ciudadano, viejo o nuevo, está de acuerdo en que eso es una equivocación. Cualquiera que piense.

Es decir, que nosotros habíamos cometido todos estos errores. Nosotros tenemos que ser un partido de vanguardia de la clase obrera, una organización marxista-leninista vanguardia de la clase obrera. Nosotros tenemos que gobernar en nombre de la clase obrera, y a la Revolución la estamos haciendo, y estamos gobernando este país en nombre de la clase obrera, de las clases trabajadoras.

El Partido nuestro tiene que ser un partido organizado con métodos marxistas, no con los métodos de Luis XIV —vuelvo a repetir esta frasecita que la he dicho en algunas reuniones—. Los métodos de Luis XIV son: el partido soy yo, y empiezo a señalar los miembros del partido. No, eso no es centralismo democrático es una cosa muy distinta, es una dirección que organiza un partido con métodos marxistas-leninistas, de selección, de trabajo. ¿Qué busca? Busca agrupar dentro de ese partido a lo mejor del pueblo, a lo mejor de la clase obrera. Lo mejor de los trabajadores del país debe estar en ese partido. ¿Quiénes? Los obreros modelos, los modelos de trabajadores, que los hay a montones.

Es decir, que el primer requisito para ser del núcleo, es ser un trabajador ejemplar. No se puede ser un constructor del socialismo ni un constructor del comunismo si no se es un trabajador ejemplar. Nadie que sea un vago, un holgazán, tiene derecho a estar dentro de núcleo revolucionario.

Ahora bien, eso no es suficiente. La experiencia que hemos tenido en esta asamblea nos ha ilustrado con muchos ejemplos interesantes. Tiene que ser un trabajador ejemplar, pero además tiene que aceptar la Revolución Socialista, tiene que aceptar la ideología de la Revolución, tiene que desear —desde luego— pertenecer a ese núcleo revolucionario, aceptar las responsabilidades que impone ser del núcleo revolucionario; pero es necesario, además, una vida limpia. Es decir: no haber estado al servicio de la tiranía como soldado, como policía.

Porque, desde luego, la masa no va a elegir el núcleo. El Partido no es un Partido de elección: es una selección que se organiza mediante el principio del centralismo democrático. Ahora, hay que tener en cuenta la opinión de la masa. Es muy importante que los que pertenezcan a ese núcleo revolucionario tengan pleno apoyo de la masa, extraordinario prestigio en la masa.

¿Cómo vamos a dejar a la masa fuera? ¿Cómo vamos a divorciarnos de las masas? Entre los viejos hay muchísimos obreros ejemplares que las mismas masas señalan. Hay otros que ya no son obreros ejemplares, no tenemos por qué oponernos, porque ser comunista no es un título nobiliario ni hereditario; ser comunista es una actitud ante la vida, y esa actitud tiene que ser la misma desde el primer día hasta el mismo momento

de su muerte. Ser comunista es una actitud; cuando se abandona, aunque se haya sido comunista, ya no es una actitud comunista ante la vida, ante la Revolución, ante su clase, ante su pueblo. Y entonces, ¡no convirtamos nosotros eso en un título hereditario!

Hemos caído en ese problema, hemos caído en problemas de castas, no en problemas de clases, compañeros. No abandonemos el principio de la clase, para caer en problemas de castas, en títulos nobiliarios, en privilegios, en sectarismos, compañeros. Todo buen marxista, todo buen comunista tiene que comprender esto.

Sencillamente, tenemos que aplicar métodos marxistas-leninistas a nuestro trabajo; seguir una política de métodos y una política de principios. Una política de métodos y de principios es la única política correcta, la única política que garantiza a todos; se sienten todos seguros. Aquella política sectaria amenazaba con barrer; ya nadie se sentía seguro en virtud de aquel sectarismo; muchos compañeros veían por dondequiera una serie de actos completamente sectarios; nadie se sentía seguro. ¿Por qué? Porque no era una política de principios, porque no era una política de métodos correctos. Una política de principios, una política de métodos correctos es garantía para todos los revolucionarios, seguridad. No se trata de que los amigos míos, o del otro entren. No es una política de amigos. No es una política de incondicionales. No es una política de gente amaestrada, ni de gente sumisa.

¡No!! Un partido marxista-leninista, vanguardia de la clase obrera, es una libre asociación de revolucionarios, donde todos los revolucionarios siguen una política de método, de principios, política que garantiza a todos contra la injusticia, contra el abuso de poder, contra la discriminación, contra el maltrato, contra todas esas cosas, que todos se sientan por igual garantizados, el nuevo, el viejo.

Nosotros hemos sido duros hoy, entendíamos que era necesario serlo, que era útil serlo, que era sano serlo. Porque entendemos, compañeros, que a partir de este momento, compañeros, debe cesar definitivamente toda diferencia entre viejo y nuevo, entre la Sierra y el Llano, el que tiró tiros y el que no tiró tiros, el que estudió marxismo y el que no estudió marxismo antes.

¡Tengan la seguridad, compañeros, que así, así será invencible nuestra Revolución! ¡Tengan la seguridad, compañeros, tengan la seguridad que así no habrá fuerza en el mundo que pueda jamás derrotar nuestra Revolución! Y repito aquí lo que dije una vez cuando llegamos a la capital de la República: hemos vencido nuestros propios obstáculos, no nos quedan más enemigos que nosotros mismos, que nuestros propios errores; sólo nuestros propios errores podrían destruir esta Revolución! ¡Lo repito hoy, mas digo que no, que no habrá error al que no le salgamos al paso y que por lo tanto no habrá error que sea capaz de destruir la Revolución! ¡No habrá errores que no sean superados y nuestra Revolución será por eso invencible!

# Déclaración de las Juventudes Socialistas revolucionarias de España

*Las Juventudes Socialistas Revolucionarias, organización constituida recientemente, nos han enviado el siguiente documento. Lo reproducimos a título informativo y porque refleja el estado de espíritu que reina actualmente en los medios más avanzados de la juventud obrera y universitaria de España.*

**L**A última ola de huelgas que ha sacudido tan duramente la dictadura franquista constituye el más reciente e importante acontecimiento ocurrido hasta ahora en la lucha sin cuartel entre los trabajadores españoles y sus explotadores. Las J.S.R. saludan emocionadamente a los trabajadores españoles, que se han puesto definitivamente en pie. La madurez política y el espíritu de decisión mostrado por los trabajadores industriales y agrícolas y por la minoría universitaria revolucionaria han podido sorprender a aquellos que bajo etiquetas más o menos acreditadas, víctimas de su senilidad política y de su derrotismo incurable, se preparan a convertir a los trabajadores españoles en una simple fuerza de apoyo de la burguesía, cuyos intereses hacen imperativa la búsqueda de una solución de recambio —y no otra cosa— al régimen actual, desgastado por sus veintitrés años de abuso del poder. A nosotros no nos ha sorprendido.

Si bien creemos sinceramente que nos encontramos en el umbral de una etapa de luchas decisivas y triunfantes, en las que nos proponemos participar, nuestro optimismo no nos impide tener en cuenta la totalidad de los aspectos, tanto positivos como negativos, puestos en evidencia no sólo por las recientes huelgas, sino también por el conjunto de las luchas de los trabajadores bajo el régimen franquista.

Es evidente que las insuficiencias actuales del movimiento obrero tienen su origen, ante todo, en el grado deficiente de su organización, explicable a su vez por una multitud de razones: derrota de la guerra civil, represión de la dictadura, clandestinidad, incapacidad de los partidos para cumplir su misión histórica, etc... La ineficacia de que hacen gala la mayoría de las organizaciones tradicionales produce un sentimiento de repulsa muy natural por parte de los trabajadores, lo que les obliga a combatir en orden disperso. En tales condiciones lo más que se puede conseguir son victorias parciales.

Triste destino sería el de la juventud trabajadora si tuviese que poner su esperanza en la acción de los viejos partidos. Su pasado puede haber sido muy glorioso; pero su presente real nos ofrece un cuadro anonadador; fosilización burocrática de sus estructuras, falta de confianza en los trabajadores, supeditación de la lucha a intereses extraños, alejamiento de las realidades españolas, espíritu de capilla mirando siempre al pasado y jamás

al futuro, éstas son las taras que convierten la enfermedad senil de los partidos políticos tradicionales en un mal sumamente grave.

Lo ocurrido en España no es, sin embargo, excepcional. Un fenómeno análogo tiene lugar a escala mundial. Se podrían citar multitud de ejemplos de fallos de los partidos clásicos, seguidos por la acción victoriosa de la juventud organizada. Así ha sucedido en Cuba y en otros países. Sabemos perfectamente que el caso cubano no se puede transplantar automáticamente a España, pero toda la experiencia de la Revolución Colonial nos induce a preguntarnos: ¿Y por qué no, nosotros? Mejor dicho: ¿Por qué no, vosotros, jóvenes trabajadores y estudiantes españoles, deseosos de una sociedad justa, libre y sin privilegios?

Las J.R.S. no se proponen ser un grupo político más. Han nacido para llenar un vacío: aspiran simplemente a ser una organización revolucionaria. En tanto que tales nos declaramos inspirados en la filosofía marxista, en sus métodos de análisis y en sus concepciones materialistas de la historia y de la sociedad. La lucha de clases es, digámoslo sin ningún género de dogmatismo, una verdad ineludible e históricamente demostrada. El conflicto que opone a los opresores y oprimidos de España tiene que acabar con la liberación de los últimos. La victoria de los trabajadores se traducirá por la organización de un nuevo tipo de sociedad y no por la proclamación de unos cuantos principios abstractos. Para que esta sociedad se convierta en una realidad, las J.S.R. invitan a los jóvenes obreros y a los campesinos, a los soldados y a los estudiantes a luchar, por todos los medios, por el siguiente Programa revolucionario:

1. Nacionalización de las grandes industrias, de la Banca, de los medios de transporte y de los seguros.
2. Expropiación sin indemnización y colectivización de los latifundios.
3. Organización federativa de España, favoreciendo en todo momento las autonomías locales y la descentralización administrativa.
4. Supresión del ejército profesional y de la policía. Creación de milicias populares.
5. Creación de una central sindical única, absolutamente independiente del gobierno y de los partidos políticos. Control obrero de la producción.
6. Separación de la Iglesia y el Estado.
7. Plan de escolarización, que haga realidad la enseñanza gratuita en todos sus grados.
8. Garantía de las libertades fundamentales (reunión, asociación, opinión, libertad religiosa, etc.).
9. Igualdad total del hombre y la mujer y derechos políticos y sociales a partir de los 18 años.
10. Política internacional independiente de los bloques y basada exclusivamente en la defensa de los intereses de los trabajadores españoles y del mundo entero.

La publicación de nuestro programa, sin tergiversaciones ni ambigüedades, limita, sin duda, nuestro campo de acción. No lo lamentamos. La nebulosidad puede ser una ventaja para pescar en río revuelto, pero al final, en los momentos críticos, la eficacia se resiente. Surgen las divergencias en el seno de la organización y ésta acaba por estallar o renunciar a sus objetivos revolucionarios. Una organización de jóvenes obreros revolucionarios no puede permitir que entren en sus filas individuos con sus pies en la derecha o a caballo sobre la barricada. En tales condiciones, independientemente de la voluntad de los posibles militantes revolucionarios, indefectiblemente se acaba siendo la pantalla de los partidos reaccionarios con la cual se intenta engañar a los trabajadores, siendo la misión del pretendido partido de izquierdas hacer «pasar» una política de derechas. La realidad diaria, en política, enfrenta a los grupos o partidos con

## LAS JUVENTUDES SOCIALISTAS REVOLUCIONARIAS DE ESPAÑA

un dilema: subordinar las oportunidades tácticas a los principios, o viceversa. No nos produce ninguna alegría decir que hasta ahora la mayoría de las organizaciones españolas han elegido la vía de la subordinación de los principios a las oportunidades del momento. Teniendo en cuenta el éxito de los métodos oportunistas en la lucha contra el franquismo, permítasenos elegir la segunda vía: la que sacrifica todo a la defensa de los principios de la Revolución. Creemos que no sólo es la vía más justa, sino también la más realista.

Es fácil deducir que no nos hacemos ilusiones acerca de la eficacia de palabras como «unidad» o «reconciliación». Tampoco contribuiremos a que se las hagan los trabajadores. El mito de la unidad o el de la reconciliación encuentran un fácil eco en los sentimientos profundos de solidaridad y de paz de los trabajadores, pero en realidad son un señuelo que se les arroja para inducirles a toda clase de concesiones y mantenerles quietos. Estas consignas sirven únicamente para desarmar ideológicamente a los trabajadores. Los opresores por el contrario encuentran en ellas buenos motivos de satisfacción, pues saben a qué atenerse.

Las J.S.R., seguras de la justicia de su lucha y llenas de fe en la juventud trabajadora española, os invitan a ingresar en sus filas.

Julio, 1962.

### «TRIBUNA SOCIALISTA»

puede adquirirse en las siguientes librerías:

**Librería Española (Ediciones Hispanoamericanas)**

26, rue Monsieur-le-Prince, Paris (6<sup>e</sup>)

**Librairie H. Sauramps**

34, rue Saint-Guilhem, Montpellier

**Librairie L.E.E.**

1, boulevard d'Arcole, Toulouse

**A. Paisance**

13, place de la République, Bayonne

**Dépôt Central de Journaux**

59, rue Gambetta, St-Jean-de-Luz

**Maison de la Presse**

Pavillon Edouard VII, Biarritz

# Les Cahiers du Centre d'Études Socialistes

## NUMEROS APARECIDOS

- N° 1. — MARXISME ET PENSEE SCIENTIFIQUE (Laurent Schwartz)
- N° 2. — DE L'EMANCIPATION NATIONALE A LA REVOLUTION SOCIALISTE EN AFRIQUE NOIRE (Th. Munzer)
- N° 3-4. — L'ECONOMIE POLITIQUE QU'EST-CE QUE C'EST ? LE BUDGET DES FAMILLES ET L'EVOLUTION DU POUVOIR D'ACHAT (M. Rungis)
- N° 5-6. — L'EVOLUTION DES TECHNIQUES (R. Filiatre)  
LES TRANSFORMATIONS ECONOMIQUES ESSENTIELLES (M. Rungis)
- N° 7-8. — LES NOUVELLES REALITES SOCIALES (S. Mallet)  
A REALITES NOUVELLES, ORIENTATION POLITIQUE NOUVELLE (Y. Craipeau)
- N° 9-10. — COMMENT FONCTIONNENT LES ENTREPRISES ET POUR QUI ?  
— LES STRUCTURES ECONOMIQUES FRANÇAISES (M. Rungis)
- N° 11-11 bis. — LES CONDITIONS DE LA RECHERCHE SCIENTIFIQUE ET LE MARXISME (J. Langevin)  
— MARXISME ET PENSEE SCIENTIFIQUE (L. Schwartz)
- N° 12. — L'ARMEE ET L'ETAT EN FRANCE (P. Naville)
- N° 13-14. — STRUCTURES SOCIALES ET ACTION DE MASSE (A. Hauriou, P. Naville)

N° 2, 11 et 12 : L'exemplaire :	France	1,50 NF
	Etranger	2,00 NF
N° 3-4, 5-6, 7-8, 9-10, 11-11 bis et 13-14 L'exemplaire :	France	2,40 NF
	Etranger	3,00 NF

### ABONNEMENTS (par numéro) :

15 cours	15,00 NF	21,00 NF
30 cours	29,00 NF	40,00 NF
55 cours	53,00 NF	66,00 NF

Rédaction et Administration : 17, rue de Chaligny, Paris (12<sup>e</sup>)

C.C.P. PARIS 18.462-71 — Tél. : DOR. 23-96

## TRIBUNA SOCIALISTA

*Revista independiente de crítica e información*

Redacción y Administración : 17, r. de Chaligny, Paris-12

*Precios de suscripción*

(6 números)

España .....	140 pesetas
Francia .....	14 NF
Otros países de Europa .....	16 NF
Países de América .....	4 dólares USA

Los giros deben remitirse a Compte Chèque Postal 8711-53, París, Madame Vaillant, 1, avenue du Général de Gaulle, La Garenne (Seine). Esta dirección puede utilizarse también para los envíos por Giro Postal Internacional.

Dir. gérant de la publication : Jean-René CHAUVIN

Imp. « E.P. » 232 rue de Charenton Paris-12°

